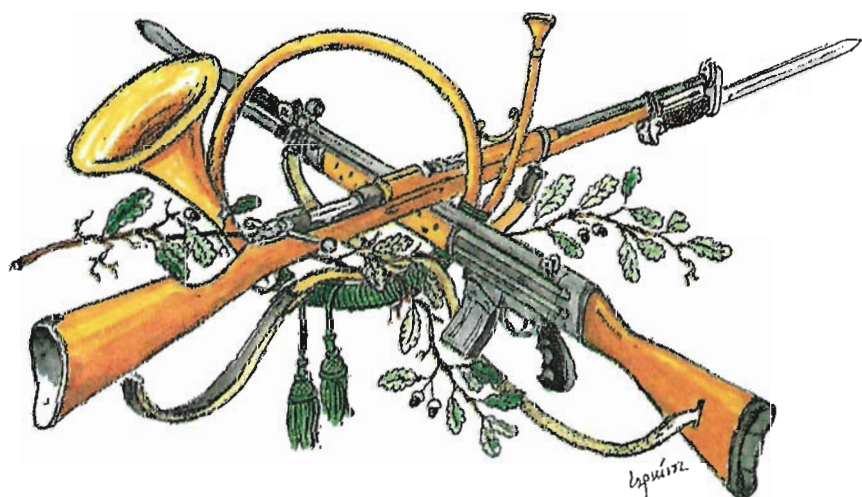


LUIS ESQUIROZ MEDINA

# CHASCARRILLOS MILITARES



I.S.B.N.: 84-7823-374-4

Depósito Legal: M-8570-1995

Imprime: IMPHET.- Clara Campoamor, s/n. - 28025 Madrid

## SEMBLANZA DEL AUTOR

LUIS ESQUIROZ MEDINA

Coronel de Infantería



Posee los diplomas de Esquí-escalada y Carros de Combate.

Artista polifacético al estilo de Leonardo da Vinci, lo mismo maneja los pinceles, el lápiz o la plumilla, que trabaja la madera noble en tallas de Santos Patronos; o acaricia el hierro en sentida forja, casi siempre volcada en lo litúrgico.

Humanista y caballero, narrador incansable, poco conocido fuera del ámbito de las Unidades de Montaña, investigador nato, aficionado a la heráldica y uniformología, asiduo lector de libros viejos, y sabedor de "cosas raras".

"Forofo" del armamento, su entretenimiento y mejoramiento. Siendo inventor de "artilugios" como ayudas a la instrucción, que han merecido felicitaciones de los más conspicuos conocedores de la especialidad, por su trascendencia.

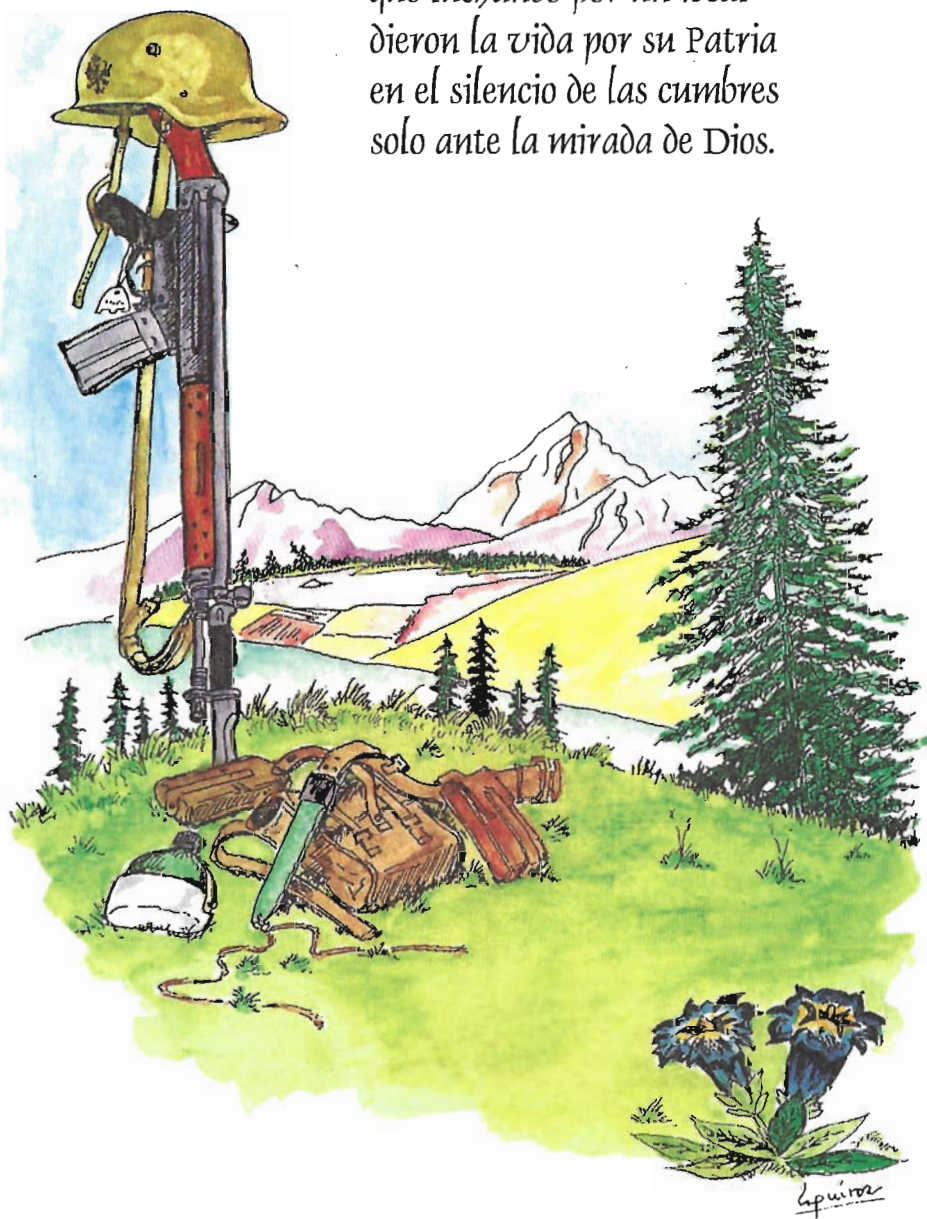
Colaborador de las Revistas "Ejército" y "Guión".

Por las Unidades y Centros, en que ha estado destinado, quedan "vestigios" de su paso y creatividad.

Hoy aquí lo presentamos como "Costumbrista Militar".

VICENTE CARRETERO ROYO  
CORONEL DE INFANTERÍA

A todos los hombres,  
sin excepción de credos ni religiones,  
que luchando por un ideal  
dieron la vida por su Patria  
en el silencio de las cumbres  
solo ante la mirada de Dios.



## INTRODUCCION

Llevado por mi cariño a las TROPAS DE MONTAÑA, y a instancias de mi buen amigo lleidatano Jaime Bernadó i Tomás, recopilé para un folleto, un pequeño extracto de estos Chascarrillos junto a unos apuntes de mi trabajo sobre la HISTORIA DE LOS CAZADORES, que bajo el título "Chascarrillos Militares, los Cazadores", fue publicado en edición reducida y numerada (200 ejemplares) por la entidad bancaria "LA CAIXA DE BARCELONA" como homenaje al EJERCITO el día de la "PASCUA MILITAR" de 1990.

Los hechos que dieron pie a estos Chascarrillos, simples anécdotas de ingenuas vivencias acumuladas a lo largo de mi vida militar y familiar, en el transcurso de los años, yo no digo que fueran, o no fueran, y si fueron, tal vez no lo fueron exactamente como aquí se narran; pero lo que sí, desde luego quieren ser, es el reflejo de unas Unidades, que con sus virtudes y sus vicios, lo dieron todo al servicio de su Patria y cada día miran al peligro cara a cara, sin darle importancia ni pedir nada a cambio.

¿Qué menos podemos hacer que recordarlas?



Jaime Bernadó i Tomás

PREAMBULO PARA LA EDICION DE  
"CHASCARRILLOS MILITARES, LOS CAZADORES"

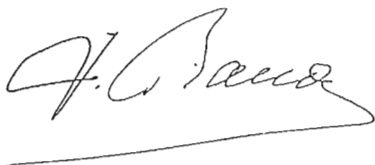
Un SOLDADO "roto y estropeado" nos va a deleitar con memoranzas militares. ¿Quién con más títulos? Se trata de un anecdotario castrense en el que la ironía fina, gruesa, o muy gruesa, se desliza entre las apretadas líneas que contienen la anécdota. Es una ironía sana, fresca, sin asomo de amargura o de resentimiento. Es, al igual que el alma del noble soldado que lo escribe, limpia; diríamos que hermosamente limpia, como corresponde a aquellos elegidos que no saben conceder importancia ni al riesgo que comportan los actos que realizan ni a la consecuencia de este riesgo cuando esas fatales consecuencias se producen. La propia chanza a costa de sus lecciones constituye una perenne lección de MORAL MILITAR que nunca agradeceremos bastante los que, de una u otra forma, conocemos, queremos y respetamos, al Sr. Coronel.

Si el libro que presentamos sirve siquiera para que algunos de nuestros compañeros sonrían —pues conocen bien el "argot" empleado— y admiren todavía más —si lo conocen— o comiencen a admirar, si no es así, al SOLDADO que lo escribió, vale la pena el empeño.

Pero, si a través de sus páginas, la lectura llega a ser comprendida rectamente por el público no especializado, y ello favorece el milagro de una más fecunda aproximación a la idiosincrasia de nuestro Ejército, el objetivo se habrá engrandecido y ennoblecido todavía más.

Quiera Dios que el empeño de "nuestro Coronel" se cumpla y las anécdotas narradas enriquezcan esa forma militar de ser tan peculiar y tan sencilla a la par. Que El bendiga sus callados sufrimientos por la Patria y a los demás nos proporcione análogos arrestos, si la ocasión llegare.

Así sea.



Francisco Javier Planas Corsini  
General de División

## PREAMBULO

En la línea de los mejores clásicos del humor castrense —el siempre recordado "Milicia y humor" del General Bermúdez de Castro—, el Coronel de Infantería Luis Esquiroz Medina ha escrito estos "Chascarrillos Militares" que, con el añadido "de Cazadores" se publicaron por primera vez, en edición reducida, en 1990.

Sólo unos cientos de afortunados tuvieron la oportunidad de sonreír con la lectura de sus páginas. El éxito alcanzado y las muchas aportaciones espontáneas con otras anécdotas y sucesos del ámbito castrense, que sus compañeros le hicieron llegar, animaron al Coronel Esquiroz a escribir esta segunda versión —aumentada y mejorada—, de sus "chascarrillos".

Su título puede llevar a engaño; pues no se trata de un nuevo compendio de "chistes" sobre o de militares. La erudición, la afición a la historia y las costumbres de los Ejércitos, el conocimiento del armamento, pertrechos y vestimenta de los mismos, de los que hace gala el autor, convierten las páginas de este libro en un "tratado de vida militar" que, aún a través de una óptica casi —en ocasiones— esperpéntica, no deja de translucir la recia humanidad de aquellos que saben reír y sonreír de su misma personal circunstancia.

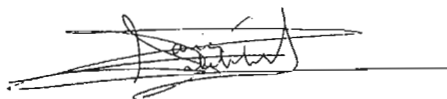
Sólo una persona tan vitalmente volcada a un pleno y largo ejercicio profesional, con la perspicacia, el fino humor y la socarronería del Coronel Esquiroz, podía llevar al buen puerto de sus potenciales y agradecidos lectores, las muchas anécdotas que las peculiaridades de la vida militar hacen aflorar y que sólo la tradición oral, del "boca a boca", ha ido manteniendo, especialmente en encuentros nostálgicos de veteranos compañeros.

El haber conseguido reunir las, sistematizarlas y, sobre todo, rodearlas de la imprescindible descripción literaria que sitúa al lector "no iniciado", en el contexto castrense en que cada anécdota sucedió, ha sido la valiosa y meritoria labor del autor.

No sólo a los profesionales militares van dirigidos estos "Chascarrillos". A través del Servicio Militar muchos ciudadanos españoles han tomado contacto, aunque haya sido y sea circunstancial, con un modo de vida y unas normas de actuación distintas a las suyas habituales. También ellos verán reflejados en muchas de estas páginas,

situaciones y hechos conocidos de su época del servicio militar y estoy seguro que, como en otros lectores, su sonrisa y su nostalgia, será el mejor premio que el Coronel Luis Esquiroz Medina reciba por su obra.

Que así sea.

A handwritten signature in black ink, appearing to read 'Javier Calderón Fernández', is written over a horizontal line. The signature is somewhat stylized and overlaps the line.

Javier Calderón Fernández  
Teniente General



## INDICE

I.- LA PREGUNTA CAPCIOSA . . . . .	19
II.- LOS CORRIENTES . . . . .	25
III.- EL PEDO. . . . .	31
IV.- LA CUENTA ANUAL . . . . .	35
V.- CON EFE, MI CORONEL, CON EFE . . . . .	41
VI.- EL DE LA MINA . . . . .	47
VII.- EL SEMENTAL . . . . .	55
VIII.- LA ESPARCETA . . . . .	61
IX.- "EL BRIEFING" . . . . .	65
X.- LA CONTRASEÑA . . . . .	69
XI.- DUELO DE BANDAS. . . . .	73
XII.- EL FILANTROPO . . . . .	77
XIII.- EL LIBERAL . . . . .	81
XIV.- UN MAYOR PERTINAZ . . . . .	85
XV.- DUDA FISIOLÓGICA . . . . .	89
XVI.- LAS PRACTICAS DE TOPOGRAFIA . . . . .	93
XVII.-UNA BATIDA DE CONEJOS . . . . .	97
XVIII.- LA CRITICA. . . . .	103
XIX.- LOS GUANTES . . . . .	107
XX.- LA VADINA . . . . .	113

XXI.- EL CELO . . . . .	117
XXII.- EL LLORON . . . . .	121
XXIII.- LA ORDEN DEL REGIMIENTO . . . . .	125
XXIV.- EL DESPORTILLO . . . . .	129
XXV.- LA LLUVIA . . . . .	135
XXVI.- EL INVENTARIO . . . . .	139
XXVII.- LAS GUERRETAS . . . . .	143
XXVIII.- EL ASPIRANTE . . . . .	147
XXIX.- EL CORPUS . . . . .	151
XXX.- LA BIGORNIA . . . . .	157
XXXI.- LA PERSUASION . . . . .	161
XXXII.- PRESTACION DE AUXILIO INOPORTUNA . . . . .	167
XXXIII.- LAS COVACHUELAS . . . . .	171
XXXIV.- NI NADA, NI NADA . . . . .	177
XXXV.- EL 2º ESCALON . . . . .	183
XXXVI.- LA GRAN PARADA . . . . .	187
XXXVII.- EL BRINDIS . . . . .	193
XXXVIII.- EL TOQUE DE REGIMIENTO . . . . .	199
XXXIX.- LAS ACLARACIONES EN LENGUA VERNACULA	205
XL.- LOS LUMEROS . . . . .	211
XLI.- SIN LUGAR A DUDAS, MILITAR . . . . .	217

XLII.- EL PAJARO . . . . .	221
XLIII.- ERROR DE TRANSMISION . . . . .	227
XLIV.- LA AEROFAGIA . . . . .	233
XLV.- EL VALOR ACREDITADO . . . . .	239
XLVI.- LA INTEMPERIE . . . . .	243
XLVII.- EL PELOTARI . . . . .	247
XLVIII.- LA COMUNA HIPPI . . . . .	253
IL.- EL MORO . . . . .	257
L.- EL HUY, YU, YUI . . . . .	261
LI.- EL JALONAMIENTO CON VANGUARDIAS . . . . .	267
LII.- EL ARMARIO DEL CAPITAN . . . . .	271
LIII.- EL CACHETE MILITAR . . . . .	277
LIV.- LA REYERTA . . . . .	285
LV.- LA "KERMESSE" . . . . .	293
LVI.- EL MARINERO . . . . .	299
LVII.- LA SERIE «T». . . . .	303
LVIII.- EL TIRO NOCTURNO . . . . .	311
LIX.- A LA GALLEGA . . . . .	317
LX.- LA MAQUINA . . . . .	323
LXI.- EL ZURRIBURRI . . . . .	329
LXII.- EL VALOR SE LE SUPONE . . . . .	335

LXIII.- EL MOSTACHO . . . . .	347
LXIV.- EXCUSATION NON PETITA, ACUSATIO MANIFESTA . . . . .	353
LXV.- EL TELEMETRISTA . . . . .	359
LXVI.- EL SALUDO . . . . .	367
LXVII.- LA EJECUCION . . . . .	373
LXVIII.- EL DESCABELLO . . . . .	383
LXIX.- LOS VOLUNTARIOS . . . . .	391
LXX.- LA PATRONA . . . . .	397
LXXI.- EL VIOLINISTA . . . . .	403
LXXII.- LAS CENIZAS DEL HEROE . . . . .	415
DESPEDIDA . . . . .	421
HOMENAJE FINAL . . . . .	423

## **CHASCARRILLO**

Cuento agudo y jocoso,  
anécdota ligera,  
frase de sentido equívoco y gracioso.  
(Que así les resulte su lectura.)

# la pregunta capciosa

---



*Se dan consejos, pero no se da el juicio para sacar provecho de ellos.*

*La Rochefoucauld*

Allá por los años 52 ó 53, siendo Cadete en Toledo, conocí con motivo de un "Desfile de la Victoria" en Madrid a un Coronel retirado, de Estado Mayor, compañero y amigo de mi padre desde que coincidieron destinados de Tenientes en un Batallón de Cazadores. A este viejo militar es a quien mejor le he visto definir por medio de una anécdota, lo que es una pregunta capciosa.

Era este Coronel exquisito en el trato, hombre culto y sobre todo, dotado de un fino sentido del humor británico, tal vez adquirido por sus relaciones con ellos a lo largo de su carrera como agregado militar en distintas embajadas; entre otras las de Ankara y Londres. Se sentía muy orgulloso, y siempre que se le presentaba una oportunidad ponía de manifiesto su gran amistad con el Coronel Sir Lewis Parker Warbunton, Coronel de Caballería del Servicio de Estado Mayor, con el que había coincidido en distintos lugares como agregados militares, y finalmente, en Londres, en donde hasta sus esposas congeniaron y los relacionó con "todo el Londres" presentándolos en el Club Militar, a su tertulia en la que fue acogido como uno más.

En una tarde nubosa de mediados de diciembre, mientras rememoraban viejas campañas, comparándolas con las últimas maniobras, entraron en el salón de fumadores donde se encontraban, un grupo de oficiales recién salidos de la Academia Militar de Sandhurst, en la que el día anterior, como clausura del curso, su graciosa Majestad la Reina había entregado los Despachos de Oficial.

Los tradicionales uniformes multicolores de los viejos regimientos, puestos en aquellos jovencísimos oficiales, ofrecían al conjunto el aspecto de un cuadro de la época napoleónica. Pronto el Coronel Parker se percató de la existencia de un Teniente que vestía la casaca roja de dorados botones con alto cuello y bocamangas azules de los "Escoceses Grises", su antiguo Regimiento. No perdió de vista ninguna de sus evoluciones. Revivió con nostalgia el día que vistió por primera vez la casaca roja. Aquellos muchachos se sentían portadores de todas las glorias de sus respectivos regimientos. Después de cuatro años de rígida disciplina, el encontrarse allí codo a codo con las viejas glorias del Ejército, llenaba sus caras de felicidad y sus almas de sueños y aspiraciones. Ahora podrían demostrar todo lo que tenían dentro.

Al día siguiente, nuestro teniente se presentó al Regimiento. En la Sala de Estandartes se saturó de ver, en cuadros y vitrinas, los restos gloriosos de aquellas gestas e historial que ya se sabía de memoria.

En el despacho del coronel, entre los retratos de los antiguos jefes del Regimiento reconoció con alegría al Coronel Ponsonby, <sup>(1)</sup> y al pulcro señor del bigote blanco que la noche anterior le observaba en el Club Militar. En el Escuadrón conoció a su Capitán, un duro jinete, y fue dado a conocer a la Unidad. También le fueron mostrados cuidados dormitorios y cuidadísimas cuadras con un ganado gordo y reluciente.

En los días siguientes hizo grandes esfuerzos por conseguir entrar en contacto con el viejo Coronel del cuadro, que jugaba al ajedrez y charlaba en el salón de fumadores. A la semana eran grandes amigos, el joven Teniente ya tenía un paño de lágrimas donde amortiguar sus contrariedades y un saco de experiencias de donde echar mano en cualquier necesidad.

En su primer servicio de Semana, al asistir a la distribución del pienso, vio cómo el "ordenanza de caballo" del Capitán daba ración doble al caballo del mismo, y para cumplir más exactamente con sus obligaciones del servicio, quiso saber de su mismo jefe cuál era el motivo de aquella alimentación extra. Necesitaba conocer el padecimiento del caballo para esmerarse en su dedicación, y repleto de la mejor voluntad y del peor tacto, no se le ocurrió mejor cosa que al encontrarse con el Capitán, preguntarle a boca jarro:

— ¡Mi Capitán! ¿Por qué a su caballo, además de ración doble de grano se le da también verde?

El Capitán le miró con verdadero asombro, sin saber determinar si se trataba de una audacia, una ingenuidad o una estupidez. Después de inflar y desinflar el pecho varias veces y de acariciarse con dos dedos el final del bigote, ante la expectativa del resto de los oficiales, dijo:

— Teniente...., eso es una pregunta capciosa.

Y dándose la vuelta le dejó plantado mientras se alejaba golpeándose las botas con la fusta. Nuestro Teniente se quedó perplejo, y aunque era la primera vez que oía la palabreja, dedujo que algo no marchaba bien y decidió consultar a su consejero

---

(1) Coronel Ponsonby. El héroe de Waterloo, el de la famosa arenga: "Escotland for ever, no quarter". Escocia para siempre, guerra sin cuartel.



particular, el cual, al ser preguntado aquella misma tarde en el Casino Militar, mientras fumaban una pipa, le contó la siguiente anécdota para explicarle qué cosa era una pregunta capciosa:

— Siendo yo Teniente y destinado en este glorioso Regimiento, surgió un cabecilla rebelde en las montañas del Pakistán, que arrastró tras de sí a los Derviches a una guerra santa, que puso en gran aprieto al Estado Mayor del Ejército Colonial de la India, por lo que fuimos concentrados y en muy pocos días, embarcábamos formando parte de un fuerte ejército de la metrópoli camino de aquel teatro de operaciones.

Desembarcamos en Howrah, puerto de las cercanías de Calcuta, en donde nos concentramos y reforzamos los Regimientos de Lanceros de Bengala. Pronto estuvimos encuadrados y listos para operar: a mi regimiento le correspondió salir en dirección norte, cubriendo la línea de ferrocarril, y al llegar a las proximidades de unos desfiladeros que se sospechaba podían estar ocupados por los insurrectos, mi escuadrón fue encargado de la exploración y mi sección de la descubierta. Cuando ya casi teníamos flanqueado el mal paso, fuimos sorprendidos por una gran multitud de Derviches que nos cortaron la retirada y en aquel callejón tras larga refriega que puso de manifiesto el valor y entrega de los hombres de este "nuestro regimiento", y la tenacidad y saña de un pueblo fanático alimentado con odio. La Sección se había quedado reducida, entre muertos y heridos, a un corto número de hombres descabalgados y sin posibilidad de hacerlo al haber caído acribillados todos los caballos al carecer de abrigos donde guarecerlos. Agotadas las municiones, esperábamos sable en mano vender caras nuestras vidas en el asalto final que esperábamos sangriento; pero no fue así, pues al sabernos sin municiones por varias "fintas" que hicieron sin contestar fuego por nuestra parte, esperaron a la noche, para la que ya faltaba poco, y al abrigo de las sombras se descolgaron en tropel imposibilitando nuestros movimientos, por lo que fuimos hechos prisioneros.

Conducidos al campamento que tenían en las montañas, aquel cabecilla que odiaba a los hijos de la "Rubia Albión" y quería deshonar al ejército británico, dio la orden de que el prisionero que no se dejara sodomizar fuera pasado por las armas tras ensañarse con los más atroces tormentos.

Nuestro buen Teniente, absorto y embebido en la narración del enfrentamiento, sin pensarlo espetó:

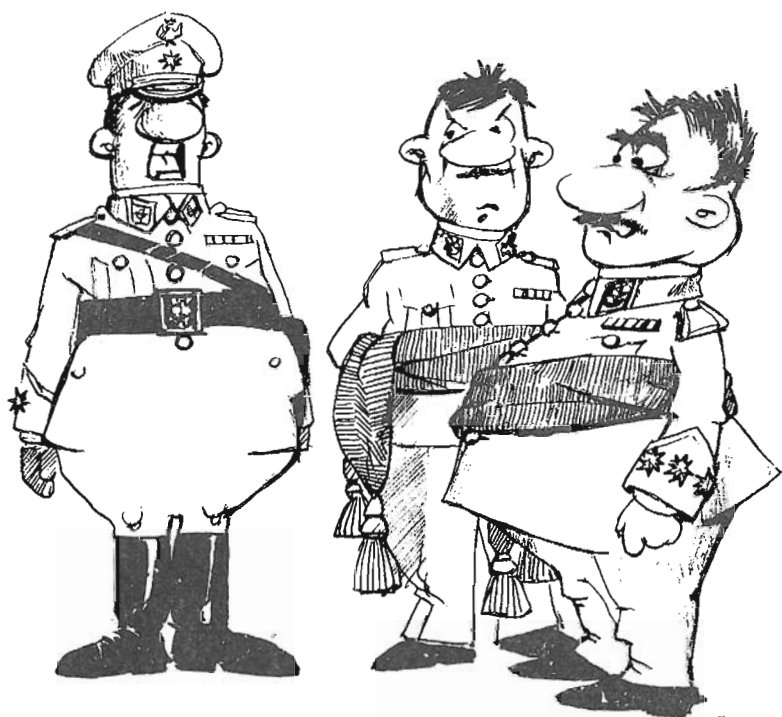
— Y Usá, mi Coronel, ¿que hizo?

La voz del Coronel rugió:

— ¡¡¡Teniente!!! Eso es una pregunta capciosa.

# los corrientes

---



*Culbras*

## LOS ESTADOS MAYORES

Por la sierra turbia de los mundos llanos,  
sin gritos metálicos, sin voz de tambores,  
van las cabalgatas de los soberanos  
estados mayores.

Los grises capotes, los cascos bruñidos,  
las caras de vieja de los mariscales gotosos  
o hepáticos que lanzan gruñidos  
breves y fatales.

La gafas de oro de los comandantes cercan  
los ojuelos verdosos y agudos; brillan  
los monóculos de los ayudantes  
que meditan mudos.

Fingen las espuelas luceros de oro en la noche  
oscura de las medias botas; los sables  
pronuncian un himno sonoro,  
de punzantes notas.

Se habla en un idioma de argucias complejas.  
Lleva el polinomio el triunfo del fuerte.  
Son las ecuaciones como las madejas  
que urdirán la muerte.

Del rito estratégico las palabras técnicas  
-ataques en cuña, marchas envolventes-, dichas  
con recuerdos de las politécnicas  
por los subtenientes...

Europa está herida. Hay sangre y destellos.  
Por su inmensa llaga de rojos colores, como  
unos gusanos ondulan los bellos  
Estados Mayores.

Son tristes y trágicos. Dicen que son buenos  
para dar victorias, tierras y cultivos;  
no serán amables, pero por lo menos  
son decorativos.

¿Qué importa el diálogo ni la razón práctica  
si pueden servir de tema a un artista?  
Son rosas de luz los sabios en táctica  
para un colorista.

En napoleónicas visiones antiguas vuelve  
la epopeya que hace un siglo fue.  
¿Por qué reaparecen esas estantiguas  
que con una lupa pintó Meissonier?

Mauricio Bacarisse.

Un Comandante estaba de guarnición en una plaza, que era cabecera de División, además de contar con el Gobierno Militar de la Provincia. El General Gobernador, había establecido que los Jefes salientes de "Jefe de Día", se presentaran ante su autoridad a las diez horas, para darle novedades del Servicio. Este ceremonial diario se realizaba sin ninguna demora, y rarísima era la vez en que a las diez y quince no se estuviera ya fuera del despacho, despedido y libre del Servicio.

Terminado este requisito, se personaba el citado Jefe en el despacho del Mayor de Plaza y entregaba el correspondiente parte, y desde aquí, lleno de optimismo y resignación, se encaminaba, por estar dispuesto por él, al despacho del Coronel Secretario del Gobierno, Coronel de Artillería y Jefe del E.M., para darle verbalmente las mismas novedades que ya había rendido al General Gobernador. Esto que se dice tan rápido y parece tan sencillo, necesitaba por lo menos una hora de antedespacho en un pasillo que acumulaba el más variopinto personal, esperando la apertura de la "Puerta Santa".

Un cierto día, bien por acumulación de papeles o por tratarse de fechas próximas a algunas maniobras, a las doce y veinticinco, el sufrido Comandante, saliente de servicio, aún estaba en la puerta esperando para ser recibido.

Estando en éstas, y coincidiendo con la llegada de un Capitán de Artillería, G-3 del Cuartel General de la División (gran mozo él, hubiera dado buen juego en una Batería de Montaña). Su Señoría abrió, salió e ignoró al pueblo llano que se encontraba en el pasillo, lo enfiló y empezó a marcharse por él. Momento en que su G-3 le abordó diciendo:

— ¡Mi Coronel! Hay aquí tres Capitanes profesores de la Academia de "Tal", que querían hablar con Usía.

— Sí, sí, ya lo sé.

Contestó el Coronel y siguió marchando.

— Es que son artilleros.

Insistió el Capitán.

— Sí, sí ya lo sé.

Volvió a contestar el Coronel, aunque esta vez parándose.

— Es que además son de Estado Mayor.

Insistió nuevamente el Capitán remachando con énfasis lo de E.M.

— ¡¡¡Hombre!!! ¡¡Haberlo dicho!! Es que yo creía que eran de los CORRIENTES.

Contestó el Coronel como justificándose, y girando sobre sus talones emprendió el regreso a su despacho mientras hacía con el brazo ademán de recibirles.

Ante aquel sorprendente diálogo, el sufrido Comandante, que ya estaba amostazado de las dos horas y pico de pasillo, interponiéndose en su camino y cuadrándose perfectamente con un fuerte taconazo dijo:

— ¡¡¡Mi Coronel!!! Yo, que además de ser de Infantería, también soy de los "Corrientes", estoy saliente de Servicio y no ha habido ninguna novedad. ¿Con su permiso me puedo retirar?

El Coronel un tanto sorprendido, y otro tanto mosqueado por el retintín, después de un prolongado silencio, sin duda alguna mientras valoraba las posibles contestaciones, optó por decir:

— ¡...Síí! Puede retirarse.

Aquello, con tanto testigo presencial en un pasillo, se corrió por toda la guarnición, y a partir de aquel día los propios Oficiales de Armas se autodefinían como "los Corrientes". Así era Don Juan.

# el pedo

---



*Las circunstancias caen fuera del dominio del hombre;  
pero la manera de conducirse en ellas es cosa que está en  
su mano.*

*Disraeli.*

En cierta ocasión, cierto Teniente, en la Escuela Militar de Montaña, no recuerdo con motivo de qué visita, inspección o solemnidad, tuvo que asistir formando como oficial en una compañía a la preparación de una gran parada en el patio de armas del acuartelamiento de San Bernardo. En lo más solemne de la parada y justo en el momento en que el Director de la Escuela pasaba revista a una compañía, un soldado componente de la misma, no pudo evitar dar suelta a una ventosidad que amenazaba con reventar su integridad física. Pero el "Diablo de las revistas" quiso que lo que él pensaba sería un escape suave y silencioso, se transformó en un horrísono pedo capaz de estremecer los cimientos de la peña Oroel. Algunas veces los "boliches" de Embún juegan estas malas pasadas.<sup>(1)</sup>

El asombro primero y el estupor después, se reflejó en la cara del Director que, lanzando improprios sobre la educación y la disciplina, se retiró sin querer saber más de aquella formación.

Los mandos de la compañía comenzando por su capitán, atónitos y perplejos, no sabían cómo actuar ante aquel desaguisado. Pero aquello no podía quedarse así, había que corregir y reprender, pero... ¿Cómo? Hasta que Don Roberto, oficial experimentado, de una gran profesionalidad y gran conocedor de la psicología del soldado, haciéndose cargo de la situación, tomó el mando de la Compañía y con gran energía y sin pérdida de tiempo, inició una tanda de movimientos de orden cerrado. La compañía entera se movía como un solo hombre, los soldados no eran dueños de sus actos y se movían como verdaderos autómatas. Al final de una de las series, colocándose al frente de la formación, con voz enérgica mandó:

— ¡A cubrirse! Ar! ¡Tú, más a la derecha! ¡Aquél, más a la izquierda!

Y mientras con la cabeza levantada miraba las hileras, con su mano derecha hacía señales para que se cubrieran los hombres, y en medio de aquel silencio sepulcral atronó la voz del Teniente:

---

(1) Boliche: Judía blanca redonda y mantecosa, famosa por su gran calidad. Las de este pueblo gozan de gran renombre.

— ¡El del pedo! ¡Un paso a la izquierda!

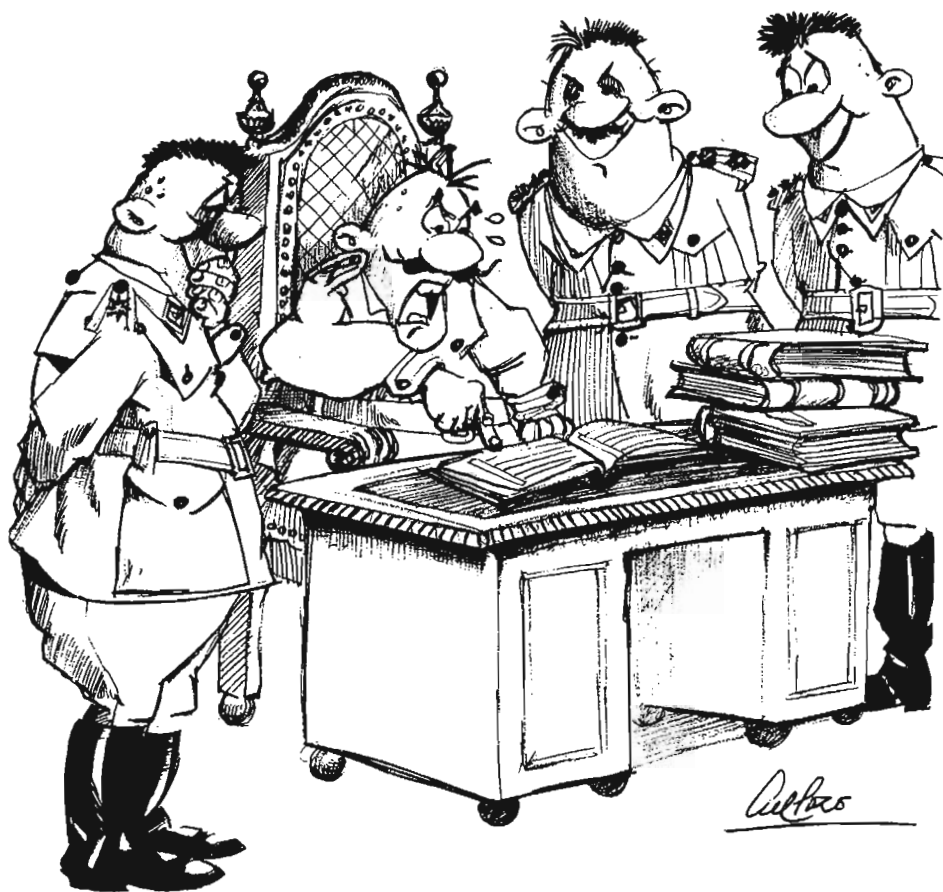
El autor del estropicio, que en el fondo era un buen soldado, al sentirse aludido no se lo pensó dos veces, y ejecutó el movimiento ordenado dando el paso fatídico.

No cabe duda de que Don Roberto era un psicólogo.



# la cuenta anual

---



*En los actos y relaciones de servicio,  
los componentes de las Fuerzas Armadas  
emplearán el castellano, idioma oficial  
del Estado.*

*En actividades militares combinadas o  
por necesidades técnicas se podrán  
emplear otros idiomas. Art 187, R.O.*

Estando cierto Capitán destinado en un Regimiento de Provincias, en una Plaza de la Cuarta Región como Capitán Cajero, aconteció que, coincidiendo con el final del ejercicio económico, llegó destinado a Capitanía de Barcelona como Subinspector, un señor recién ascendido y procedente del "Ejército del Sur", en cuyas unidades se había pasado toda su vida militar y casi completa al otro lado del charco, entre Intervenciones, Legión y Regulares.

Y si bien el tal señor, ya de por sí era bastante escamón, después de la circular que acababa de llegar advirtiendo que el Tribunal de Cuentas no pensaba tragar la más mínima, tomó la determinación de que a él "no le pillaba el toro".

Desde el día siguiente al que tomó posesión y casi sin haber puesto los pies en el suelo del despacho, se dedicó personalmente a mirar documentación por documentación, y más especialmente las Cuentas Anuales de todos los Regimientos de la Región, con el ánimo y sana intención de que nadie pudiera meterle gato por liebre. No se fiaba de nada ni de nadie y eso que había en la Subinspección dos o tres elementos que fueron destinados de Sargentos, y ya eran Capitanes antiguos sin haber salido del destino en todo el tiempo.

A resultas de este estudio exhaustivo de la "periódica", devolvió las cuentas a todos los Regimientos acompañadas de unas largas notas de reparos con los clásicos bailes de Epígrafe: Sacar de Talleres, meter en Entretenimiento de locales. Sacar de Entretenimiento de locales y meter en Cocina de Tropa por reparación, etc., etc., etc.

Bueno, he dicho a todos los Regimientos, a todos menos al del dicho Capitán, al que le llegó en lugar de los documentos con la nota de reparos, una magnífica citación, y

no precisamente honorífica, en la que le emplazaba para comparecer físicamente en Barcelona ante su autoridad al día siguiente.

No digo nada lo que pasó aquel día (y aquella noche) en el Regimiento, los chorreos iban por escalones jerárquicos y hasta que no se serenaron los ánimos, allí no se hizo más que remover papeles, tomando por fin el Coronel, a las cinco de la tarde, la sabia determinación de que como los causantes del estropicio tenían que haber sido los tres claveros, que a ellos les correspondía, y a nadie más, deshacer el entuerto, por lo que después de darse un paseíto por sus domicilios para cenar y poner al corriente a las mujeres de que no tenían hora para el regreso, y que cuando terminaran la faena lo harían, se concentró en Auxiliaría el equipo administrativo con sargentos y escribientes incluidos.

Entre cigarros y litros de café repasaron todas las cuentas, puntearon todo el Libro de Depósitos, se miraron todas las Salidas de Caja, las Ordenes de Ingreso, se aprendieron de memoria una serie de cifras, Relaciones Valoradas, Capital de Víveres, depósitos en la CAT. por carne congelada y aceite, las cantidades adelantadas a Intendencia para pagar pluses a otros Cuerpos, los Libramientos pendientes por luz y agua, en fin, todo lo que humanamente se podía retener o memorizar, parecía que al día siguiente fueran a unas oposiciones.

Cargaron unas "maletas de ejecutivo" con los oportunos libros, liquidaciones, salidas de caja y todo lo que consideraron podía hacerles falta, y una vez convencidos de que no tenían pecado alguno, por lo menos gordo, telefonearon al Coronel dándole la novedad y se fueron a casa para adecentarse, desayunar y regresaron para emprender viaje.

La salida del acuartelamiento la hicieron como si fueran a las Cruzadas. Al llegar a Barcelona y entrar en el antedespacho del General Subinspector, el cajero se sintió como un torero al iniciar el "paseíllo", se santiguó, se ajustó el cinturón y pensó "Que Dios reparta suerte".

El recibimiento fue con Bandera, banda y música, escucharon de todo un poco:

— El que compuso esas cuentas no sé si es un caradura, un temerario o un insensato, pero el que las remitió, ése no cabe duda de que es un necio. ¿A quién se le ocurre hacer constar eso en las cuentas? ¡¡¡Ni en el Tercio figuraban las barraganas en las cuentas!!!. ¡¡¡Y eso que están consentidas!!!

El Capitán cada vez sabía menos por dónde le soplaban el aire, y por la cara de circunstancias que tenían el Mayor y el Auxiliar les debía de pasar lo mismo. Cuando el Mayor en un arranque de valor quiso preguntar de qué se trataba, se le vino toda la "artillería" encima, con lo cual, permanecieron en silencio y perfectamente firmes hasta que se le terminaron las municiones, y como en aquel momento todo fue silencio, arremetió otra vez contra ellos por estar callados sin decir nada que justificara su conducta, en vista de lo cual y con un nuevo derroche de valor el Teniente Coronel Mayor preguntó qué era lo que no estaba bien, pues lo ignoraban.

— ¡¡Ah!! ¿No lo sabe?

Contestó el General, continuando:

— ¡Pues ahora lo verá!

Pulsó un timbre, apareció un ordenanza, se cuadró, preguntó si le había llamado, y recibió la orden:

— ¡Que venga el Capitán Fulano!

El Cajero pensó por sus adentros: por ahí no puede venir nada malo, pues precisamente el capitán Fulano era el que graciamente les peinaba la documentación antes de mandarla oficialmente. Al presentarse el capitán, le ordenó:

— Traiga Vd. las cuentas del Regimiento Tal.

El capitán desapareció por la puerta para reaparecer nuevamente a los pocos minutos portando un legajo que sin duda era el del Regimiento, y saliendo de entre sus folios una tira de cartulina roja que sin duda señalaba el lugar de su pecado. Se le veía muy sereno y yo diría que con cierta cara de guasa, lo que les dejó muy sorprendidos, pues no le creían capaz de guasearse de ellos y menos en aquella tesitura, al tratarse de todo un caballero, compañero cien por cien, y siempre dispuesto a echar una mano a cualquiera.

El subinspector cogió el legajo, metió un dedo por la señal, abrió los folios y mientras señalaba unos renglones subrayados de rojo, leyó:

— "Por adecentar, sanear, embellecer y desparasitar las golfas del Regimiento, 30.000,-

pesetas". ¿Mayor, me quiere Vd. explicar esto? ¡Porque mal está que lo haga el Auxiliar, pero PEOR el que Vd. se lo consienta!<sup>(1)</sup>

El Mayor que además de catalán de nacimiento, se había pasado toda su vida destinado en Cataluña, y los otros dos que ya tenían unos cuantos años de permanencia en ella, respiraron. El TCOL. se contenía la risa muy disimuladamente, pero los otros dos no podían hacerlo, y cuando sus risas mal contenidas pareció que iban a ser el catalizador que desatara todas las penas del infierno, no fue así, se conoce que algo se figuró y pensándolo mejor se dijo para sus adentros, aquí pasa algo, instando solamente:

— ¡Mayor! ¡Explíquese!

El Mayor se explicó, todos se rieron, incluido el Subinspector, por fuera, pero nunca se ha visto a un hombre con más sensación de ridículo por dentro.

¡Problemas de plurilingüismo!

---

(1) "Golfas": En Cataluña reciben este nombre las mansardas desvanes, boardillas, tejavanas, falsas u otro cualquier tipo de local que se encuentre bajo el tejado.

**con efe, mi coronel, con efe**

---



*Cervantes murió sin dote...  
y ¡a cuanto enfermo ha salvado  
el humor regocijado,  
de su inmortal Don Quijote!*

Hace algunos años, estando un comandante destinado como Ayudante de un Regimiento en una guarnición que aunque pequeña contaba con General Gobernador, aconteció que llegó un nuevo general bastante conocido en su Arma y que al poco tiempo de estar en la guarnición, también lo era por los jefes y oficiales del resto de las Armas, y aunque ya de antaño tenía un mote poco original, en la guarnición le adjudicaron el de "buenín" por la reiterada costumbre que tenía de contar anécdotas del soldado ése que vive bien en la Compañía; diciendo: «pche, ese soldadico, "el buenín"», el que es amigo del Furriel, el que siempre que hay turnos de permisos se marcha con el mejor, el que no pela guardias, "el buenín", y todo esto lo decía bajando la voz y poniéndose una mano de revés junto a la boca.

Era un hombre que mandaba y lo hacía bien, dejaba hacer sin atosigar y por su trato afable sin distanciar, se le apreciaba.

Pues bien, debido a la forma peculiar de su apellido, similar a un nombre propio pero sin una consonante (por lo visto, durante toda su vida militar tuvo problemas por la adjudicación gratuita que todo el mundo le hacía de la dichosa consonante), y así aconteció, por no ser menos, cuando llegó destinado a la Plaza que nos ocupa, y al día siguiente al verse en la orden del Cuerpo en cuestión, plasmado con consonante y todo, personalmente y por teléfono, le dio un toquecito de atención al Comandante Ayudante, para que subsanara el error y en lo sucesivo lo tuviera en cuenta.

Pasaron los días, y después de varios ejercicios y maniobras, el General congenió con dicho Comandante, que tenía muy clavado, el aunque jocoso y suave, toquecito de atención, y en una sobremesa de una inspección en el campo, donde parece que las distancias se reducen y la conversación toma un cariz festivo, surgió el incidente de la consonante en la orden, comentándolo en broma y con muy buen estilo, lo que le dio valor al Comandante, para contar al General una anécdota parecida, ocurrida al Coronel de un Regimiento que tenía por nombre de pila el de un Santo que resultaba conflictivo. La anécdota fue ésta:

En cierta ocasión salió destinado a un Regimiento un Coronel llamado D. Festículo Fernández Franco, y si ya conocía nombres polémicos en el Ejército como Guadalupe,

Rosario o Margarita, éste traía posibilidades más conflictivas, y unos días antes de tomar posesión del mando de la Unidad, se presentó en ella para hacer la salvedad y advertir al Comandante Ayudante de que lo tuviera muy en cuenta para que su nombre saliera en el artículo de la orden de la entrega del mando, sin ninguna deformación, aclarando que el tal San Festículo, con f eh, con f, era un centurión romano de la Legión Tebana, de aquellos que siendo cristianos y negándose a renegar de su religión no quisieron hacer tributos ni sacrificios a los dioses paganos, por lo que fueron condenados a muerte sumergiéndolos en un lago helado. Hecha esta aclaración el Coronel desapareció de escena hasta el día de la toma de posesión, y una vez terminado el acto y despedido el General de la Brigada que lo presidió, nuestro buen Coronel reunió en su despacho al Ayudante, Mayor y Jefes de los Batallones para que quedara bien claro y para ello se dieran las teóricas pertinentes que su nombre y apellidos eran los de Festículo Fernández Franco, con f eh, con f, y después de las palabras de ofrecimiento y de un pequeño bosquejo de cuál iba a ser su trayectoria, los despidió del despacho. Despacho que en toda la semana siguiente no abandonó, dedicándose a tomar tierra y a enterarse plenamente de las plantillas, organización, nombre y destinos de Jefes, Oficiales y Suboficiales, servicios de Plaza que hacía el Regimiento, Destacamentos que cubría y periodicidad de los mismos, en resumen, enterándose a conciencia de cómo funcionaba la Unidad y al mismo tiempo dando el ídem, para que se impartieran las teóricas ordenadas sobre su nombre y apellidos.

Transcurrido el tiempo oportuno, decidió salir del despacho y empezar a tomar contacto directo con el personal, y después de citar a los Jefes de Batallón, Mayor, Ayudante y Subayudante, con todos en corporación, decidió hacer el recorrido del cuartel, empezando, porque así lo creyó oportuno, por las cuadras, y allí que se fueron.

El puertas que los vio llegar dio la voz fuerte y clara para evitar dudas: ¡Cuadra! ¡El Coronel!

El Cabo cuadra después de mandar firmes salió a recibirle: ¡A la orden de V.S. mi Coronel, sin novedad en la Cuadra, se está efectuando la limpieza, el Sargento de Semana ha ido con el vale de la cebada a Subayudantía! Mientras tanto, los mulos encadenados a las argollas del exterior, guardaban un respetuoso silencio mientras orientaban las orejas en busca de los sonidos y dilataban los ollares rítmicamente. Todas las cabezas estaban altas, la voz de firmes la conocían perfectamente, ninguno piafaba ni escarbaba con el casco, dando manotazos contra el empedrado, hasta las moscas parecía que estaban en firmes para recibir al nuevo Coronel.

Muy bien, muchacho, manda descanso. ¡Descanso, continuar! El trajín de las escobas de brezo empezó de nuevo, las palas continuaron cargando las parihuelas con el



estiércol, un acemilero con un gran saco de paja la repartía en los pesebres. La voz del Coronel se oyó de nuevo: ¡Cabo! ¿tú sabes quién soy yo? —Sí, mi coronel. — Bueno... si no, déjalo. A ver tú, muchacho, y señaló con el índice al clásico acemilero. Sin duda buen muchacho, trabajador, pero con pocas luces, que en el fondo de la Cuadra y lejos del tumulto con su escoba y su cigarro pegado en la comisura del labio, esperaba pasar desapercibido. Nuestro hombre al sentirse aludido se cuadró y si como del fusil se tratara, le saludó con la escoba. Las caras de los acompañantes del Coronel cambiaron de expresión en previsión de lo que pudiera venir. ¿Tú sabes quién soy yo? —Sí, mi Coronel, el coronel del Regimiento. — ¿Y tú sabes cómo me llamo? — Sí, mi Coronel, sí, V.S. es ..... , con f, mi Coronel, con f, el Ilmo. Sr. D. Fojones Fernández Franco.

# el de la mina

---



*En verdad, no hay montaña  
ni cerro que no evoque la  
grata memoria de nobles cosas.*  
Arnold Lunn.

Sería por el año 1945 ó 46, cuando una vez retiradas las tropas de cobertura que guarnecían la frontera, aquellos sufridos batallones desdoblados, los cientos y pico, y ya transformadas las Agrupaciones de Cazadores de Montaña en Regimientos con tres batallones, dos en armas y el tercero en cuadro con una Plana Mayor reducida encargada simplemente de entretener el armamento, material y ganado. Cuando los Regimientos transformados se encargaron de guarnecer los refugios del Pirineo como el de la Mina, Astos, etc. La cobertura se hacía por medio de destacamentos que solían durar un mes y constituidos normalmente por una Sección que seguía en solitario el Plan General de Instrucción, al mismo tiempo que entretenía las edificaciones y si era por el verano, cortaba la leña de los pinos que marcaban los forestales para este cometido y algunas veces también caía alguno no marcado, lo que traía siempre problemas, algunas veces mayúsculos, como cuando a un Capitán se le fue la mano y mandó cortar unas hayas para fines poco confesables<sup>(1)</sup>. Este trabajo tenía que hacerse concienzuda y religiosamente, pues de ello dependía el que la guarnición de los meses de invierno pudiera tener leña seca y apilada, con que poder cocinar y subsistir cuando llegasen las nevadas.

El Oficial cuando llegaba se imaginaba que allí en la soledad de la Montaña viviría en un remanso de paz, pudiendo dedicarse a instruir a la Sección a placer, con marchas, temas, tiro, etc., pero pronto la realidad le destrozaba el paraíso imaginario, pues el teléfono no paraba de incordiar con órdenes y encarguitos que le mataban las horas y los días. "Haga instrucción contra-carro", "Mande urgentemente informe del comportamiento del carrillo Balear", "Necesidades para posible supervivencia", "Consumo día del grupo electrógeno", etc.<sup>(2)</sup> y sobre todo los estadillos y más estadillos, pues bien, con esta ambientación, se pueden Vds. imaginar que el oficial cuando era veterano o repetía destacamento, lo primero que hacía nada más terminar el relevo y tomado posesión del Refugio, era telefonear dando las novedades e inmediatamente desembornar el teléfono, las ventiscas eran muy socorridas, y de

---

(1) Tablonar para hacer unos muebles, para la oficina de la Cía. o no sé de donde.

(2) La zona prohibitiva para carros. No teníamos, ni siquiera habíamos visto el tal carrillo, lo tenían los de línea. El grupo electrógeno no sé si alguna vez funcionó, yo no lo vi nunca.

cuando en cuando alguna le organizaba la algarada de tirar un poste o cortar el tendido, era el pretexto para quedar incomunicado una temporada y tener un respiro, y luego muy serio embornar nuevamente y rápidamente telefonar (a ser posible a las horas intempestivas, para que no habiendo nadie en los despachos, no le pudieran "encajar un muerto"), dando novedades del accidente y su reparación. Si no se pasaba, y sabía explotar oportunamente las averías, solía dar buenos resultados.

Pues bien, en una de esas ficticias reparaciones, al telefonar el Teniente, tropezó con un oficial de servicio complaciente que le dio la "buena nueva" de que el Capitán General al día siguiente, salía muy temprano para hacer una visita al refugio.

Por aquel entonces la carretera de Hecho se terminaba nada más pasar la boca del Infierno y desde allí por un vado (el puente estaba volado) se cruzaba el río Aragón Subordán para adentrarse por una pista para llegar hasta el Cuartel de carabineros atravesando la Selva de Oza. Desde allí la cosa se complicaba más y por los restos de una, creo que calzada romana, o camino de herradura se llegaba a un puentecito (que creo que el ejército republicano fue el que al retirarse lo destruyó) se pasaba al acceso del camino del Puerto del Palo, vía de penetración ya empleada por el hombre primitivo para entrar en España desde Centro Europa. Pues bien, a pocas centenas de metros de este puente roto y en la ladera del puerto en una solana se encuentra el refugio.

Como el vadear el río todos los días era incómodo y el poner unas piedras gordas no solucionaba mucho el problema, pues bien por el deshielo o por la lluvia, las cubría el agua y además era de la teoría que es preferible mojarse los pies al pasar, que no el pompis al resbalar con las botas de suela de goma sobre las piedras mojadas, y el continuo mojeteo destroza las botas, tomó la decisión de montar un puente de circunstancias con unos pinos apoyados en los estribos del puente, amarrarlos bien con el generoso "alambre de paca" que todo lo arreglaba "tepes de tasca"<sup>(3)</sup>, de ese modo se salía con facilidad para cortar la leña en el bosque de Guarrinza, se podían hacer marchas al Castillo de Acher, Ibón de Estanés, etc, y sobre todo los acemileros y los mulos no tenían problemas para ir a por el suministro.

En vista de los acontecimientos que se avecinaban, el Teniente puso de dulce al refugio y sus huertes y a una hora prudencial dejó a un Sargento a cargo de la cocina y del refugio, y al otro con la tropa haciendo una instrucción que no les ensuciara mucho. Todo estaba calculado y preparado, nada le podía sorprender (eso creía él), pues hasta tenía sus modestas tapitas y su vino peleón, no eran los langostinos por los que todos

---

(3) Hierba larga de tupidas raíces que se da en los pastos del Pirineo aragonés.

sabíamos el General tenía una especial predilección, pero el "imperio" de dos Sargentos y un Teniente no da para mucho, y menos en aquellas fechas. Bajó la ladera, cruzó el puente y esperó.

Al segundo cigarro y a los veinte minutos de espera apareció el Land Rover verde de techo plateado (en esa época privativo de los Capitanes Generales) dando tumbos por el camino. Se estiró la sahariana, se ajustó la gorra, se enderezó la pistola y cuando se disponía a abrir la portezuela para facilitar la salida del coche a su Excelencia, que tenía cierto parecido con el Jefe del Estado, el coche sin detenerse, casi le arrojó y aunque mientras se quitaba de en medio gritaba advirtiéndole que el puente no se podía pasar por carecer de garantías, nadie le escuchó, el coche enfiló el puente y a los pocos metros quebrantó con su peso todas las resistencias de los alambres, éstos se rompieron, los pinos se separaron obligados por las ruedas y el coche se quedó como si estuviera sobre polines con las cuatro ruedas girando en el vacío. Fue lo menos que pudo ocurrir (por lo menos por el momento). En vista del incidente el conductor paró el motor, la puerta posterior se abrió y empezó a vomitar ayudantes y Jefes de Estado Mayor con grandes prisas y pequeña "elegancia". recordaba un barco que se hunde.

Los de atrás salieron con facilidad, pero los de delante al abrir la portezuela se encontraron con el tiempo y el espacio, pero de algo donde poner el pie, nada. A diez metros por debajo pasaba el río.

A partir de aquel momento y si no fuese por tener graves y razonadas dudas de cuál iba a ser el final de aquella aventura, el teniente se hubiera divertido, pues no es espectáculo que se vea todos los días un Capitán General metido en carnes pasando desde el asiento delantero por encima del respaldo y de la mesa plegable, y hasta la parte posterior, sobre todo teniendo un techo tan bajo por encima y un vehículo bailón sobre unos pinos crujientes y cimbreados por abajo. Cuando el Teniente al fin le ayudó a salir por la puerta posterior y llegar hasta el estribo del puente, no respiró a pleno pulmón, pero así que su Excelencia se vio con los pies en tierra firme, se revistió de toda su autoridad y arremetió contra el contrito Subalterno que ya no sabía ni qué hacer ni qué decir. El no sabía qué decir, pero el Capitán General sí y así lo hizo, creo que en el diccionario no quedó adjetivo que no utilizara.

El coche bloqueaba el puente, el mojarse los pies o lo que terciara no estaba en el programa, así que decidió pasear por la orilla maldiciendo al Teniente y consolado por su Cuartel General. Mientras tanto el Sargento acudió con la tropa y después de organizar juntamente con su oficial el salvamento del vehículo con cuerdas y a brazo, lo puso en práctica, mientras el Teniente, reclamado a la presencia de su Excelencia,

era intensa y ampliamente repasado. La recuperación del coche aunque rápida fue laboriosa y ocupó media hora larga. Cuando el General se vio el coche a salvo, no quiso saber más del refugio ni de la tropa. Montándose en él y después de prometer las más horripilantes penas del infierno, arrancó y se fue.

El Teniente después de una serie de días de terribles dudas, incertidumbres y angustiosa espera de las consecuencias de la visita, terminó el período de guarnición por lo demás felizmente y se reintegró a su Unidad sin más quebranto que el de la duda.

Pasaron los meses, y nadie hizo comentario ni alusión al incidente, mientras el oficial siguió las vicisitudes propias de su empleo y estando en el Campamento de reclutas, instruyendo la sección de destrucciones (aquella sección tan bonita que tenían las compañías Regimentales de los de Montaña), se anunció la visita de inspección del Capitán General, y para darle más esplendor decidió el Comandante montar un número final a base de la citada sección. Al señor Coronel le pareció bien el número, pero no el momento, decidiendo que era mejor iniciar el espectáculo con un tema, en que primero la Sección se luciera con apertura de brechas en alambradas, ataque a un nido de ametralladoras, con un espectacular asalto con muchas granadas de mano, para pasar a la ocupación de la posición por una Compañía de Cazadores que apoyaba la progresión de otra por la parte baja, etc., etc.

El ensayo general en vísperas de la visita fue magnífico en todo, ejecución, coordinación, cronometración, ¡estupendo!; el Coronel estaba satisfechísimo, y para rizar el rizo, fabricó una tribunilla, desde la que sin recorrer grandes distancias desde la carretera, viera el tema como una película, pasándole por delante de derecha a izquierda a una prudencial distancia y luego sin moverse le desfilara todo el Batallón por delante. "Y para darle un poquito de picante a la salsa" (ésta fueron sus palabras) "un poquito más de ruido". Y así se hizo, colocando cargas y haciendo hornillos en la trinchera, alambrada y nido, para darle fuego al colocar las pértigas, y amarrando con alambre: latas de munición, cajones de madera, cartones y muchos cachivaches del almacén viejo, estuches y máscaras antigás, un mono viejo relleno de paja, con casco y todo. (Imaginación y fantasía no le faltó al Teniente.)

El Coronel se quedó a cenar en el Campamento y un buen rato después de los cafés y copichuela a que invitó él, se fue.

La noche fue tranquila, pero de madrugada llovió un poquito, saliendo el sol a continuación, quedándose un día precioso. A las diez los motoristas, la intermitencia de las luces de unos coches y el revuelo de personal nos anunció la llegada y desde ese momento empezó el programa previsto, que terminó a la hora marcada, quedándose

muy satisfecho de lo visto, por lo que reunió a los oficiales para felicitarles por su labor y pidió se la transmitieran así mismo a los Suboficiales. Destacando el asalto con muertos por los aires y todo, autorizó para que se retiraran y él con el Coronel, Generales de la Brigada y División, E.M., y toda la "corte celestial", se fueron a la Casita del Imperio donde esperaban los célebres langostinos (que no podían faltar a lista), el güisqui Caballo Blanco y luego ya cervezas, croquetas, chorizo, almendras y todas esas cosas.

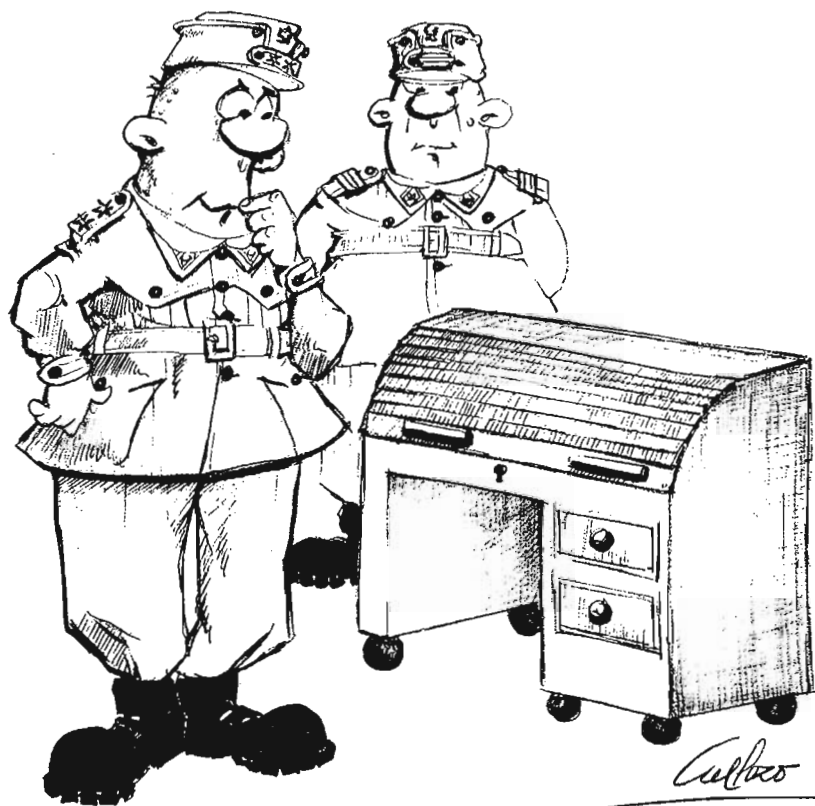
Como por causa de la lluvia se habían mojado algunas mechas, quedaron cargas sin explosionar y con peligro para el paso por la zona, por lo que se le autorizó al Teniente para que las volara mientras estaban en el comedor, y pensando el oficial que, lo que has de hacer, cuanto antes se haga es mejor, en pocos minutos adosó petardos y dio fuego, la explosión desde donde ellos estaban a 20 metros entre los pinos, les pareció normal. Se pasó revista y cuando se cercioró de que ya no quedaba nada peligroso, formó la sección e inició la bajada hacia la carretera, conforme se iba aproximando le fue pareciendo que el Capitán General y todos los acompañantes al borde de la carretera le estaban esperando y aun pensó ¡que detalle! Hoy sí que he ganado puntos. A diez metros de ellos mandó variación derecha, alto, izquierda y dijo muy fuerte y muy claro, lleno de satisfacción: "A la orden de V.E., mi General, sin novedad en la sección de destrucciones, se han efectuado las voladuras sin novedad". El Capitán General rugió. ¿Dice sin novedad? ¿A qué espera entonces para dar novedades? —mientras girando señalaba las cristalerías del Imperio—. ¡¡¡Horror!!!, no quedaba ni un solo cristal, e incluso la explosión había arrancado algunos palitroques de las ventanas<sup>(4)</sup>. Dio dos pasos al frente como quien quiere cerciorarse, arrugó el entrecejo y se quedó mirando fijamente al Teniente, moviendo los labios sin decir nada hasta que explotó: ¡¡Pero Vd. no es el de la Mina!! El Teniente con gesto contrito y voz apagada contestó: Sí, mi General. ¡¡¡Pero es que quiere Vd. matarme!!! Se dio la vuelta, se montó en el coche y se marchó. El Coronel, que era muy templado, quitándole importancia al incidente le dijo: "Si malo es que me rompa los cristales, peor es que los trozos los eche Vd. a los langostinos".

---

(4) La residencia dista del lugar de la explosión más de 400 metros. Tal vez por los pinos del monte se produjo una onda reflejada.

# el semental

---





*¡A cuantos citar no puedo  
que cura, restaura, entona,  
con su musa retozona  
Don Francisco de Quevedo!*

Era el refugio de la Mina, una de las varias, si no iguales, similares construcciones que albergaban a destacamentos de unidades de Montaña dentro de la línea "P" a lo largo de la frontera pirenaica. La vida en él, yo no digo que fuese dura, pero sí laboriosa y sobre todo una magnífica escuela de mandos en donde el subalterno se soltaba por fuerza. El amor a la responsabilidad (o la irresponsabilidad manifiesta), la audacia, la iniciativa, se acrecentaban en el joven oficial, que al estar solo, tenía que sacar todo lo que llevaba dentro.

La cocina y la calefacción eran a base de leña, cortada y apilada en el verano por los destacamentos de esos meses. Para alumbrado tenía instalado un gran grupo electrógeno, que no sé si alguna vez funcionó, yo no lo vi nunca y creí que en las altas esferas también sabían que no funcionaba, pues el motor monstruosamente grande que tenía (los enterados decían era de un submarino alemán) funcionaba con gasolina o petróleo, no lo recuerdo, pero lo que sí recuerdo es que fuera el combustible que fuera, lo seguíamos empleando para iluminación, pero en faroles belga y Petromax, lo que requería el conocimiento del arte de cambio de camisa de amianto, y digo que tenían que saber que no funcionaba, pues con la cantidad de combustible que te daban, de haber puesto el submarino en marcha, habrías tenido para dos días luz.

El destacamento casi siempre era de sección, y sólo esporádicamente y por alguna circunstancia lo cubría Compañía. Rotaban unidades de Jaca y de Zaragoza, por lo que en los relevos no podías dormirte, pues en caso de alguna pega, no es lo mismo arreglarlas entre compañías del mismo Regimiento, que de Regimiento a Regimiento.

La vida no era fácil, pues el haber era muy corto, y con treinta y tres plazas incluidos los mandos, poco se puede jugar en papeleta y si esto lo unimos a que los productos alimenticios no sólo estaban caros, sino que no los había, se puede uno imaginar el panorama de ese Teniente dejado solo a su suerte allá en medio del mundo, con el pueblo más cercano, Siresa, a 14 km. de carretera y una hora de marcha por camino. De aquí la gran importancia del ingenio y simpatía de Tenientes y Sargentos para ganarse a las gentes del valle. Pero como gracias a Dios se daba la circunstancia de que

Intendencia no ponía mayores pegas para suministrarte: aceite, arroz, café y azúcar, con estos productos te defendías, pero eso sí, no pidieras otra cosa porque no la había, a lo sumo unas lentejas con bicho incluido que era mejor no retirarlas. El pan te lo daban en harina para que tú la transformaras. El refugio tenía una panadería con todo lo necesario para fabricar pan, menos panadero. Por el contrario tenías cuatro mulos, pero no tenías cuadra, el sufrido lector se habrá dado cuenta de la solución que daba al problema el Teniente.

Y también había un cuarto altamente conflictivo, motivo y causa de muchos disgustos morales y económicos de los oficiales ingenuos que firmaban en barbecho; éste era el cuarto de los "ranchos de hierro", raciones de previsión, a base de latas del matadero municipal de Mérida con carne de buey (eran sabrosísimas), sardinas en aceite y un chocolate de tierra junto a otra pastilla comprimida de jalea de fruta. Las llaves de esta habitación no se podían dejar de la mano ni de día ni de noche, y el día de llegada al hacerte cargo, con un palo de camilla tirar la pila de latas para cerciorarte por el sonido de que no estaban vacías.

Antes de subir a Oza, y cuando paraba el Chevrolet en Hecho, que es hasta donde llegaban, era visita obligada al de la carnicería y al del café para tratar un trueque de mercancías y de ese modo conseguías carne, patatas, alubias y el pan en el horno a kilo de harina por kilo de pan, y en fin, solucionabas tu problema, que no era flaco, y para cuando empezaban las nevadas ya tenías montado un cordón de suministros, para Hecho en camión, Hecho Boca del Infierno con mulo, para lo que dejabas en la caseta de forestales dos acemileros con el ganado, y refugio caseta de los forestales un Sargento con porteadores con mochila y cuando era necesario con esquiés.

Pero todo esto no era nada, lo que más mataban eran los papeles, siendo muy peligroso el parte del relevo con el inventario firmado por el entrante y saliente, pues se contaba con poco tiempo para mirar y menos para puntear un inventario, ya que el saliente tenía prisa porque le firmarás, para emprender la marcha hacia Hecho en donde esperaban los camiones que tú habías traído, para con ellos regresar a Jaca, y en el invierno se te echaba la noche encima sin enterarte, de donde este firmar con prisas solía traer malas resultas, encontrándote con más de "un muerto" a cargo.

Y así le ocurrió a un buen amigo, Oficial cumplidor, exquisito en el trato, metódico y ordenado, delineaba que era una maravilla, el relevarle a él era un seguro de vida, no tenías ninguna pega y todo estaba señalado con rotulitos. Todo lo que tenía de ordenado, lo superaba como buena persona y así en una ocasión al recibir él, el refugio, relevando a un "zaragozano", para que pudiera llegar a Jaca para coger el tren, firmó

por las buenas y después serenamente en el silencio de la noche al ir punteando auxiliado por uno de los sargentos, les faltaba a lista un "semental", así como suena, un "semental". Lo más raro era, que estaba inventariado en la oficina. Telefonó a los amigos, mandó notas al saliente, pero como siempre por no variar éste "se llamaba Andana" y como tenía su recibí que se las ventilara el otro. Consultó con varios compañeros y nadie se acordaba del tal semental, por fin un día que le llamó el Teniente Coronel Mayor para que retirara y se hiciera cargo de unos capotes para allí, para el destacamento, bajó y miró y remiró en el archivo los partes de relevo y así descubrió que lo del semental era una delicadeza del Teniente Mengáñez, que no admitía las groserías y por su cuenta había transformado lo que con anterioridad figuraba en los partes "un burro con dos ..." (atributos de su mayor intimidad y sexo). Al leer esto pensó en el que tiraba del carrito de la limpieza, "el perico", alguien lo había bajado sin quitarlo del inventario y siguió. Así, con esa denominación figuraba en infinidad de partes, hasta que en uno muy deteriorado por el agua (sin duda se había mojado con la lluvia o con la nieve) no se sabía lo que ponía, hasta que en el anterior, es donde se encontraba la clave del misterio: Oficina del Capitán, una mesa, un sillón, dos sillas, una estantería, "un buró con dos cajones".

# la esparceta

---



*En la cabeza le dio  
un palo Juan a Ginés.  
¿Y rompióselo? Al revés,  
el palo se le rompió.  
Ginés era aragonés.*

Aquella primavera salían las unidades a instrucción por los alrededores de Jaca, pero debido a la expansión incipiente de la ciudad y de algunas factorías de distintas industrias cada vez se separaban más del Campamento de San Bernardo, de aquí que el mando decidiera marcar a las distintas compañías una zonas, a las que marchaban por la mañana y regresaban por la tarde después de hacer la primera comida en el campo.

En una jornada de éstas, el ganado de la compañía de Armas de Apoyo, deterioró o se comió alguna cosa de una finca, en vista de lo cual su Capitán visitó al propietario para que valorara los daños para indemnizarle, como así se hizo. Esto corrió como la pólvora y desde ese momento y hora, todo era llegar a la Escuela gente con reclamaciones estúpidas o menos estúpidas, pero se proliferaron las reclamaciones. Por lo que se dieron órdenes muy rígidas sobre deterioros en las propiedades particulares. Pues bien, mandando un Teniente una sección de la Plana Mayor del Batallón que podía ser una cualquiera, tenía en ella a un Sargento que era la disciplina personificada, no había terminado de dar una orden cuando ya se estaba cumpliendo, sus taconazos y los golpes de la mano al saludar eran de todos conocidos, lo mismo que con muy buena fe y en su afán de cumplir, hacía las cosas sin pensar. ¡Y así salían algunas!

Aquella mañana estando en las cercanías de Guassa, y por tocarle al Teniente Servicio de Semana juntamente con este Sargento, antes de marcharse con el Capitán a la zona de Ulle y Navasa para buscar un observatorio, un asentamiento de un Puesto de Mando y alguna cosa más, le advirtió:

— Cuando llegue el camión de la comida, si no estoy yo aquí, reúne y forma a la Compañía en columna en el camino, y sobre todo ten mucho cuidado de que no pisen los campos. Yo, en cuanto vea el polvo del camión por el camino vendré a galope. ¿Comprendido?

— Sí mi Teniente. (Contestó el sargento cuadrándose y saludando.)

Se fueron, reconocieron la zona y encontraron lo que buscaban, estando concretando el último punto y desde un altozano, el Teniente, vio el polvo del camión sobre el

camino, se despidió del Capitán y salió a galope; cuando llegó, el camión ya había parado, la compañía ya estaba formada demostrando la eficacia del Sargento, pero no en el camino, sino perpendicularmente a él, sobre un campo de esparceta<sup>(1)</sup>. Desde lo alto del caballo sin haber terminado de llegar le gritó:

— ¡¡¡Fulanoooo...!!! Pero no te he dicho que sobre el camino. ¡¡¡Que no formaras en los campos!!!

El Sargento, militar y subordinado hasta la médula, no escuchaba, seguía con el reglamento, y para presentar la Compañía en Línea mandó:

— ¡Izquierda! ¡Mar!

Y siguiendo sin escuchar lo que le decía el superior. se adelantó al frente, se cuadró perfectamente y con la mano en el primer tiempo del saludo, le encajó todas las novedades. El Teniente, que se había tirado del caballo un poco quemado por lo que estaba pasando, con no muy buenos modales, le dijo que muy bien, pero que inmediatamente sacara la compañía del campo. El sargento al final lo comprendió, y saludando nuevamente giró sobre sus tacones para dar frente a la formación, y gritó:

— ¡Atención la Compañía!

El Teniente, ya muy nervioso, le increpó:

— ¡Menos atenciones y saca la compañía del campooo...!

El Sargento, girando la cabeza, le contestó muy correcto:

— Sí, mi Teniente, ahora mismo.

¡Variación derecha! ¡Mar!

La Compañía, como un abanico, recorrió el campo en un cuadrante de un círculo de radio igual al frente de la compañía en Línea. ¡No quedó planta de pie! El teniente comprendió plenamente lo del caballo de Atila.

---

(1) Esparceta, planta herbácea que se cultiva para pienso del ganado.

# el briefing

---



*Mandar bajo el impulso  
de los nervios, no es ejercer  
la autoridad, sino la tiranía.  
Charmont.*

Creo que fue con el Alta y Baja de enero del 59 cuando pasé yo destinado a la Cía. de Armas de apoyo en donde ya estaban destinados otros amigos míos, de los que recuerdo a "Jimi" y a "Chichel" de la promoción anterior a la mía, grandes compañeros y amigos desde hacía muchos años, con el segundo desde que éramos chavales en Pamplona y con "Jimi" desde la preparatoria para la Academia. Aunque su muerte fue ejemplar y toda una lección de moral patriótica y cristiana, fue una pena que se fuera tan pronto.

Me presenté a mi Capitán, que ya conocía de cuando yo estaba haciendo el Diploma y él debía estar por la Secretaría de Estudios o alguna oficina de Dirección, pues no se le veía mucho por Candanchú, y cuando lo hacía era acompañando al Coronel o alguno de los Tenientes Coroneles y siempre de una manera fugaz.

Su imagen y su postura siempre estudiada, eran la de un señor, su andar era lento y felino, de elásticos y largos pasos adelantando al compás los hombros, al mismo tiempo que se acariciaba alternativamente una mano con la otra, calzando las dos unos impolutos guantes de lana blanca <sup>(1)</sup>, pulcro e impecable en el vestir, una raya que cortaba, en los pantalones de esquiar, botones de cuero de medio balón, en la sahariana, con una flamante escarapela de "proto" con pleno colorido, siempre parecía recién salida del almacén, cuando lo normal era tenerlas achicharradas por el sol y la nieve, impecable rombo de la escuela sin ningún deterioro en sus esmaltes, fino bigote entre rubio y canoso, cabello tordillo bien cuidado. Trataba de Vd. a los tenientes, y los dejaba pie a tierra, tanto en el Campamento de San Bernardo, como en el Hostal de Oroel (las dos paradas oficiales de la furgoneta de servicio de oficiales) con la mayor tranquilidad, diciendo "bueno, vámonos", en el momento en que él se montaba, cierto es que solía ser puntual, pero eso era igual, para él era inconcebible esperar a sus subalternos.

Se acercaba "la marcha Grande", la que todos los años la Escuela hacía allá por el mes de julio como final del Curso de Escalada y que participaban tanto las Unidades de

---

(1) Eran reglamentarios en la Unidad.



Instrucción como los alumnos de Cursos, de aquí que el Batallón hiciera marchas hasta de doble jornada y las compañías de jornada, así que teniendo que hacer nuestra Compañía una marcha al día siguiente, al alto de instrucción y cuando todos nos marchábamos, llegó el oficial de Semana diciendo que a las 14,45 todos en el despacho del Capitán, lo mismo que los Suboficiales, para celebrar un Briefing, entonces no se daba, y ninguno teníamos una idea muy clara de en qué consistía, pero a las tres menos cuarto en punto, sin faltar nadie, allí estábamos oficiales y suboficiales. Empezó el Capitán diciendo que nos pusiéramos cómodos, pero toda la comodidad consistía en estar de pie alrededor del despacho y el Capitán tras de su mesa también de pie. Nos habló de la marcha, de dos itinerarios y de dos unidades de marcha, columna A) personal y material, columna B) ganado solamente enmantado. Nadie entendimos aquella genialidad de los morteros a la espalda y el ganado descargado, ni tampoco el itinerario del ganado que tenía unos pasos difíciles con una lajas de piedra en las que era muy fácil el corte en el menudillo o la cuartilla, pero nadie dijo nada, hasta que terminada la exposición por parte del Capitán y tal vez al vernos las caras, preguntó solemnemente: "Empezando por el más moderno de los reunidos, los que quieran decir algo pueden hacerlo, me interesan sus opiniones". Todos nos miramos para ver quién era el más moderno, que resultó ser el Sargento Mengano, sargento que en otra unidad sería el más antiguo, en Armas de Apoyo era el último, ésta era una compañía de Veteranos, todos eran experimentados en la Montaña, por lo mismo Mengano hizo una exposición acertadísima y clara de lo que era el pensar general de los cuadros de mando; en un momento en que se hizo un silencio, se oyó la voz del Capitán "¿Ha terminado?", y sin darle tiempo a decir sí o no, le empujó oralmente hasta la pared; "Mire S-A-R-G-E-N-T-O. Vd. ejecute. Para discernir está el mando". "¿Algún otro de ustedes quiere hacer alguna manifestación?". Ante lo ocurrido nadie dijo nada. "Pueden Vds. retirarse". Un rosario de taconazos dio por terminado el Briefing. Si eso era un Briefing seguía sin saber en qué consistía, pero lo que sí estaba claro, que para discernir está el mando.

# la contraseña

---



*Quien quiera ser feliz,  
no sea preguntón,  
que hay cosas en el mundo,  
que ignorarlas es mejor.*

*Benavente.*

Había mandado el General Director que como complemento de la instrucción, se dieran unas teóricas sobre los toques de corneta, pues le parecía que algunos eran ignorados por la tropa, y para ello dispuso que se reunieran por compañía y en cada grupo de éstos, un corneta ejecutara todos los toques.

Eran las tres de la tarde de un día agradable del mes de febrero, el Patio de Armas del Campamento de San Bernardo de la escuela Militar de Montaña, cosa rara a esas horas, estaba desierto. No obstante, de cada uno de los patinillos que tienen las compañías y desembocan en el general, salían agudos los toques de ordenanza.

Al fondo a la derecha, rayando con el comedor, estaba la Compañía de Armas de Apoyo. En su patinillo sentados en el suelo junto a la pared, en la solana y al socaire, estaban todos los soldados de la Compañía, los Oficiales y Suboficiales repartidos en el entorno.

Al frente y centrados con los oyentes, un teniente y un corneta.

El Capitán despachaba con el Brigada en la oficina.

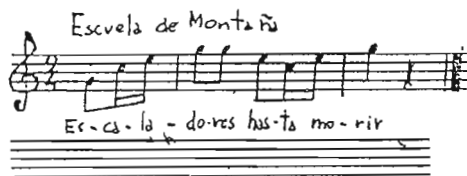
Por el patio central deambulaba con largos y elásticos pasos un capitán (que no era el de Cuartel) que mientras alternativamente se acariciaba las manos calzadas en impolutos guantes blancos, miraba hacia el Cuerpo de Guardia, como si esperara a alguien.

El Teniente, siguiendo las normas del Capitán, explicaba el toque y les cantaba un estribillo de letra facilona y pegadiza, para que al interpretar el toque el corneta, fácilmente lo identificaran. Y así, de esta manera les decía: Escuadra: "Quin-to". - Compañía: "Ya está formada la compañía". - A cubrirse: "A cubrir, a cubrir". - Regimiento: "Ros, chaquetilla y pantalón". - Fagina: "Soldadito de España no tengas pena, que en tocando fagina barriga llena". - Generala: "Los caballos vienen ya, los

caballos vienen ya, corramos, volemos, donde se halla el Capitán" (por aquello de nacer el toque ante el ataque de la caballería enemiga, y correr a formar el cuadro alrededor de la bandera que estaba junto al Capitán).

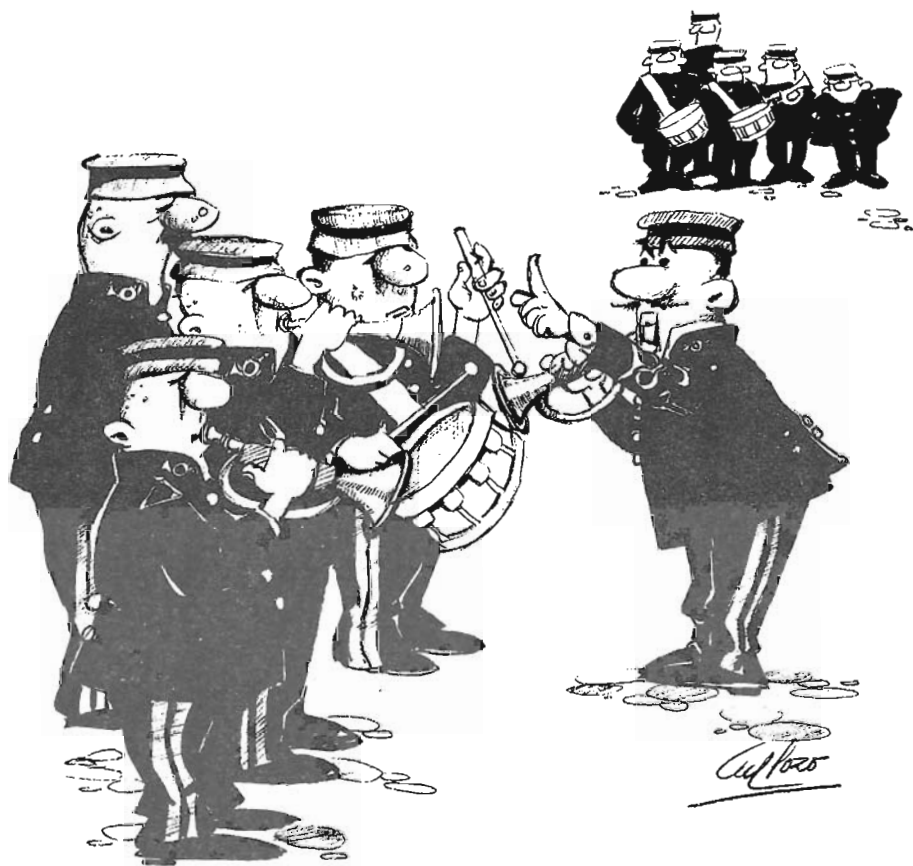
Toque por toque se repasaron todos, con música y con letra, menos dos por su conflictividad. La llamada a oficiales, y la contraseña de la Escuela. El primero, por aquello de: "Hijos de la G.P. venid, venid". Y la segunda porque debido al pique que existía entre los soldados de los Batallones de Cazadores, "los de los Batallones", y los pertenecientes a la Escuela, "los de las Escuelas" (deformación debida sin duda a que la Escuela estuvo ubicada en principio en un Grupo Escolar), la contraseña de dominio público no era precisamente: "Escaladores hasta morir", que era la oficial.

Pues bien, estando en éstas, apareció el General Director, sin duda por saber que en aquella compañía se estaba dando la teórica con letrillas. El teniente más antiguo mandó en pie y le dio novedades, el de semana fue a la oficina para avisar al Capitán. El General mandó seguir y como ya era una repetición, salió muy bien, pues todos sabían la musiquilla y la letrilla. Todo marchaba sin contratiempo, hasta que el capitán paseante del patio, que se había unido a la comitiva del General, que sin duda era lo que esperaba, y sobre todo sin darle nadie vela en el entierro. ¡Corneta toca la contraseña!. ¡Tú muchacho! (y señaló a uno). ¿Qué dice?. El muchacho se quedó en "of". Y así uno, otro y otro, el capitán de la compañía estaba negro y a punto de saltar, el General, disfrutando como siempre que creía encontrar un gazapo. Cuando de repente surgió lo inesperado, ante la última pregunta inoportuna: ¿Es que en esta compañía nadie se sabe la contraseña? Un muchacho de la última fila, saltó como un resorte y poniéndose en perfecta posición de firmes, muy indignado contestó: "SOY DE LA ESCUELA CASCAMELA". El visitante se quedó perplejo. El General se partía el pecho y sin hacer comentarios hizo mutis por el foro.



# duelo de bandas

---



*Si cuando escucho cantares  
se me inflama el corazón,  
y ahora es más su inflamación  
oyendo ecos militares.*

*Calderón.*

Hace muchos años ya, y cuando aún se tenía la bonita costumbre (es pena que todo se pierda), de que los Regimientos de Línea tocaran la contraseña al final del toque y los de Cazadores antes de él, en una ciudad norteña se encontraban los cuarteles todos reunidos en una barriada que entonces era ensanche, quedando espalda con espalda los acuartelamientos del Regimiento América n° 14 y el del Batallón Sicilia. De tal suerte que durante el día, o bien por los ruidos del ambiente o porque los horarios tenían alguna diferencia permitida por el Gobernador Militar, no ocurría nada, pero en el silencio de la noche y al toque de Retreta, es cuando siempre surgía el incidente.

Llegado el momento de producirse el toque, los dos Maestros de Banda se hacían los remolones y daban largas sin querer ser la primera ninguna de las dos unidades. Pero bien fuera porque los "Capitanes de Cuartel" del Regimiento de Línea estaban ignorantes del "duelo de Bandas", o bien porque los de Cazadores daban el beneplácito a la chiquillada de su Maestro, lo normal era que el de Línea sucumbiera e iniciara él la Retrera, mientras que los Cazadores con gran jolgorio esperaban el final, y cuando la Banda en pleno terminaba su contraseña: "América perder no puede ser", los del Sicilia contestaban con la suya a pleno pulmón: "Pero puede suceder" y así noche tras noche, y eso que los dos maestros eran íntimos amigos.

América 14

A - mé - ri - ca per - der no pue - de ser

Sicilia

Pe - ro pue - de su - ce - der

Y ya que con los duelos estamos, aún era más sangriento en la misma ciudad unos años antes, cuando estaban de guarnición otro Regimiento de Infantería "La Constitución n.º 29" y "Cazadores de Caballería" no recuerdo ni el nombre ni el número, pero sí las

contraseñas, y cuando el de Infantería al final del toque decía muy orgulloso: "Tengo una niña bonita", el trompeta de Cazadores a caballo contestaba con la trompeta grave: "Yo te la joderé". ¡¡Qué tiempos aquellos!! Y qué espíritu de cuerpo el de ellos.

Constitución  
Ten-go-rá ni-ña bo-ni-ta

Cazadores de Caballería  
Yo te la ja-de-ré

Esto de la "Guerra de las Bandas", no es cosa de un día, ni de un año, pues ya en las campañas de Africa, tengo noticias fidedignas de haberla habido.

Siendo el Batallón de las Navas amante de sus tradiciones, guardaba como oro en paño entre otras cosas, su contraseña "Las Navas no vuelve la espalda jamás", pero como por reminiscencia de su época de ultramar, en que haberes y suministros no se percibían con regularidad, era bastante común el que los desayunos de la tropa consistieran en un cocimiento, a modo de "lavatripas", de cebada tostada "apañada" con azúcar de "pilón" y "ceneque" <sup>(1)</sup> migado. Costumbre non grata que todos los componentes del batallón solían poner de manifiesto aplicando a la contraseña la siguiente cantinela "Las Navas en Cuba no toman café", y así, por idénticas razones de poco aprecio a dicho poco denso refrigerio, se conservó como hermana siamesa de la oficial yo creo que hasta nuestros días; y en ese pique simpático para el sostenimiento del "Espíritu de Cuerpo", otro de los batallones de Cazadores acantonado en la misma plaza de Tardix, siempre que sonaba la contraseña de las Navas "Las Navas en Cuba no toman café", instantáneamente les replicaban con la suya, muy similar por cierto, aunque en un tono más alto, cantando a coro acompañando al corneta con una letrilla hecha al efecto que las malas lenguas decían ser creación del propio Teniente Coronel: "Los muertos en Tardix tampoco lo ven".

Batallón las Navas  
Las Navas en Cuba no toman café

Los Muertos en Tardix  
Los Muertos en Tardix tampoco lo ven

- (1) Ceneque: Pan de munición fraccionado por varias hendiduras oblicuamente transversales, que permitan su dosificación en porciones sin presentar gran superficie a la evaporación, lo que le permitía perdurar sin endurecerse.

# el filántropo

---





Estando tomando filiaciones en una llegada de reclutas, se encontraban como de costumbre varios escribientes de Mayoría a lo largo de las mesas del comedor, para que así llegando los reclutas por varias hileras, el fichaje se hacía más rápido y fluido, y por si tenían alguna duda y para mantener el orden, un sargento, pero un sargento de aquellos que se hicieron toda la guerra del 36, y después pasaron un paquete de años en el empleo, fieles, cumplidores, tenaces, trabajadores, sufridos y cuanto de bueno se quiera decir, pero poco cultivados.

Pues bien, al tomar los datos a uno de los muchachos recién incorporados el escribiente se encontró con la siguiente pega:

— ¿Oficio?

— Filántropo.

— ¿Cómo dices?

— Filántropo.

El escribiente miró en la relación de oficios y no lo encontró por ninguna parte, en vista de lo cual gritó:

— ¡Mi Sargento! ¿Puede Vd. venir?

El Sargento se acercó preguntando al llegar:

— ¿Qué pasa?

— Que dice este muchacho que es "filántropo" y no viene en la relación de oficios.

— ¿Cómo dices muchacho?

Preguntó a su vez el Sargento, contestando el recluta silabeando:

— Fi, lán, tro, po, la misma palabra lo dice: Filos, amigo; Antropo, hombre, "Amigo de los hombres".

El Sargento en una exploración inquisitoria lo miró de arriba abajo, y ante la duda de que aquel pollo pudiera estar intentando tomarle el pelo dijo al escribiente:

— ¡Ah, ya! ¡Apunta!, ¡maricón!

# el liberal

---



*Los autores sólo aceptan los elogios,  
y por otra parte pretenden que se les diga  
la verdad. ¿Cómo hacerlo?*

*Jules Renard.*

Corrían los años de la última década del siglo XIX, y con motivo de haberse convocado un concurso para Bandas Militares en Barcelona, pidió audiencia para ser recibido por el General Gobernador Militar de Huesca y Comandante Militar de la "Plaza Fuerte" de Jaca, un Músico Mayor a la sazón Director de la Música de Plaza de aquella guarnición pirenaica.

El tal Músico Mayor, competente en su materia, gozaba de prestigio como músico y también de buen catador de los recios vinos aragoneses, lo que le hacía que en algunas ocasiones su equilibrio no fuera muy estático, característica ésta que aunque él procuraba disimular, en más de una ocasión había sido evidenciada por los jefes de la guarnición, incluido el General; pero como era persona pacífica, poco amiga de escándalos ni altercados, sus pítimas sordas habían sido tratadas siempre con benevolencia, quedándose la corrección en unos consejos cariñosos y en unas promesas de no repetirse, que siempre se quedaban en eso, en promesas.

Por otra parte, también de todos era conocido el carácter y tendencias del General Gobernador: guasón y oportuno en el decir, liberal acérrimo en el pensar, menudo de estatura, de ojos chispeantes y pillos, blanco bigote y perilla, ésta reminiscencia de Cazador. Destacando su gran arrojo y valentía, puestos de manifiesto a todo lo largo de su vida militar en la que en dos ocasiones fue ascendido por méritos de guerra, y de forma muy especial el 7 de noviembre de 1873 en la Batalla de Montejurra, en que aguantó con su Compañía de Tiradores del Norte, el empuje de la Caballería Carlista, siendo herido de gravedad y ascendido en el mismo Campo de Batalla al empleo de Comandante.

Nuestro buen Músico fue recibido, y en amistosa charla expuso al General su pretensión de concurrir al concurso. El General con cierto gracejo le preguntó:

— ¿Y dice Vd. que quiere concursar?

— Sí, mi General, si V.E. lo autoriza.



# un mayor pertinaz

---



*Medítese la historia y se verá cuántos siglos necesita a veces la razón para llegar a la justicia que el corazón comprende instantáneamente.*

*Concepción Arenal.*

La Junta Económica de cierto Regimiento, considerando que la plaza en rancho se había quedado un tanto corta y sobre todo cuando las Compañías salían al campo, consiguió arrancar al Teniente Coronel Mayor, tras enconada lucha, el reforzar esa plaza por medio de darles cerdos de la granja del Regimiento sin cargo.

La cantidad estipulada por el Mayor, con la oposición manifiesta de todos los capitanes reforzada por el Teniente Coronel del Batallón, fue la de medio cerdo por compañía y salida y de allí nadie consiguió moverlo.

El Plan General se cumplimentó, y las distintas compañías se fueron arreglando resignadas con lo concedido, aunque en todos sus informes siempre hacían constar lo corto que resultaba el haber.

Pero llegó la fecha en que le tocó salir a la Compañía de Armas de Apoyo y su Capitán después de departir largo y tendido con su Brigada los pros y los contras, sobre todo los contras, lleno de valor y de optimismo se personó en el despacho del Mayor, para expresarle lo que él consideraba sus necesidades, pero el Mayor impertérrito siempre contestaba con el mismo grito:

— ¡No! ¡Ya le he dicho que no! ¡Medio cerdo como a todos!

— Es que verá Vd. mi Teniente Coronel, mi Compañía casi tiene el doble de personal que las otras.

— Es igual, le digo que medio.

— Es que verá Vd. lo mío no es compañía aislada, que lo mío es vida y movimiento en montaña, que ya sabe que es el doble de tiempo.

— Sí, ya lo sé, pero se quedó que medio cerdo, y medio cerdo se les dio a las otras compañías, y medio cerdo es lo que le darán a Vd.

Contestó el Mayor cada vez subiendo más el tono de su voz. El Capitán no sabiendo qué hacer ni qué decir para lograr el cerdo entero, lo intentó por última vez:

— Es que además, quería hacer supervivencia, y es por lo que quería que me diesen el cerdo en vivo para que los mismos soldados lo sacrifiquen, lo descuarticen y aprendan el aprovechamiento de las vísceras.

— ¡Hombre! ¡Muy bien! Me parece muy bien. Eso de la supervivencia y lo de que ellos mismos lo sacrifiquen y descuarticen, me parece estupendo.

Y reiterativo con la idea del sacrificio y despiece por mano de la tropa, repitió nuevamente:

— ¡Muy bien! Ve Vd. eso me parece muy bien. Avise al Capitán Veterinario para que se lo den vivo.

Y cuando feliz el Capitán ya estaba a punto de franquear la puerta del despacho oyó un grito aclaratorio del Teniente Coronel: ¡¡¡PERO MEDIOOO...!!!

# duda fisiológica

---





*Lo bueno,  
si es breve,  
es dos veces bueno.*

En una Unidad y en una época, estando varios Batallones de una Brigada haciendo unos temas con fuego real, en el Campo de Maniobras de San Gregorio, se dio la circunstancia de que uno de los componentes de la plana Mayor, todas las noches al irse al saco, y todas las mañanas al llegar al imperio para el desayuno se quejaba de lo mismo, unos pertinaces dolores de cabeza.

El Teniente Coronel, ya algo preocupado por su subordinado, charló con el Teniente Médico, y quedaron en que aquella mañana aprovechando que tenía que hacer una evacuación sobre el Hospital Regional, que lo mandaría en consulta, y así lo hizo.

Al mediodía, estando comiendo toda la plana Mayor, entró en la tienda del Imperio el paciente que regresaba de Zaragoza, y al interesarse el TCol. por sus dolencias dijo:

— Sí, mi Teniente Coronel, ya me han mirado, y me han dicho que vuelva mañana que me tienen que hacer una radiografía de SENOS, y eso es lo que no entiendo. ¡¡¡Qué coño tienen que ver las tetas con el dolor de cabeza!!!

# las prácticas de topografía

---



*La experiencia siempre ha demostrado,  
y lo demuestra así mismo la razón,  
que nunca suceden bien las cosas  
que dependen de muchos.*

*Francisco Guicciardini.*

Era una bonita tarde de primeros de un junio toledano, cuando por la puerta del transformador salían de la Academia pequeños grupos de Alféreces Cadetes, cargados de archiverres topográficos: jalones, miras, trípode y teodolito. Habían empezado las prácticas de Topografía, y era en esta fase, cuando se suponía, que según los trabajos entregados unos mejorarían nota y otros podrían levantar el mediano que pesaba sobre sus espaldas.

En el camino de los Alijares, el Bucyrus, gigantesca excavadora de vapor, descansaba su roñoso y viejo esqueleto en una explanada artificial que ella misma se había hecho sobre el Barranco de la Degollada antes de morir. Sólo su potente aguijón de acero brillaba al sol entre las piedras. Los trenes de vagonetas, diminutas a su lado, parecían hormigas que acudiesen a cebarse en su cadáver. Las esparcidas moles de roca granítica y el silencio completaban el paisaje recocado por el sol.

Pronto el silencio se vio roto con la llegada de la cadetada, y como siempre, al paso por aquel lugar, saltó al aire la sangrienta broma: —¡Hay a quién no lo levanta ni el Bucyrus! ¿Verdad, Pepito? Pepito le "rezó" al chistoso y siguieron hasta Cerro Cortado, punto de enganche y origen del levantamiento topográfico, que consistía en los itinerarios al Palacio de La Sista y a la Ermita de la Guía. Allí se organizó el dislocamiento, se montaron las miras, se puso el aparato en estación y los jaloniers quitándose las camisas y poniéndoselas a modo de prenda de cabeza de un árabe saudí, jalón en mano se dispersaron por los riscos de la Ermita de la Guía a la caza y captura de lagartos, mientras dejaban abandonados a su suerte al aparatista y al cuaderista que para eso eran primeracos. Ante los hechos consumados y después de un duelo de interjecciones y calificativos cada vez en voz más alta por la distancia, optaron por tirar uno de mira y el otro de aparato. A media tarde llegaron triunfales los cazadores, con dos hermosos lagartos pinchados en los jalones; con unos papeles de periódico y unos tomillos, rápidamente estaba organizada una fogata entre dos rocas, un artista peló y descuartizó los bichos, mientras un organizado sacó un paquetito de sal y unos panecillos, esto no era fruto de la improvisación. El asado olía francamente bien y

cuando se disponían a la merienda alguien avisó: ¡El Capitán! A lo lejos se veía la inconfundible figura del "proto" a caballo, con el gorro plegado en la hombrera y la frente recibiendo el sol de la tarde.

Los del restaurante se pusieron las camisas, ajustaron correaes, guardaron la pitanza y se colocaron con los jalones dispuestos para cualquier alineación. Mientras tanto los del aparato que en ese momento habían terminado un punto, pusieron los tapones al aparato y plegando el trípode se estaban preparando para ir a otro.

El Capitán que o bien les había visto o sospechó algo al ver los componentes del equipo, al llegar preguntó con su peculiar silabeo nasal: Caballeros ¿qué están Vds. haciendo? El Cabo galonista del equipo, que era el aparatista contestó:

— A sus órdenes, mi capitán, en este momento hemos terminado el octavo punto y marchábamos para el siguiente.

— Déle el aparato al Caballero Fulano, póngalo en estación (esta operación requería un rito especial, no se podía hacer de cualquier manera: dos patas una en cada mano, pincharlas en el suelo, la tercera impulsarla suavemente con el pie derecho).

— Mientras tanto, Caballero Mengano, coja Vd. la mira y póngase en el punto.

El nuevo aparatista lo tenía en estación, el nuevo portamira se esforzaba en poner la mira de pie y por más señas que se le hacían para que la pusiera de cabeza, se pensaba que andaban de guasa y no hacía caso. Al final el Capitán se lo mandó y todavía no muy convencido de si no se querría quedar con él, obedeció.

El proto pidió la libreta para ver los datos que obraban en ella y ordenó: — ¿Qué ve Vd., Caballero Fulano? El Caballero Fulano no veía nada y después de un largo forcejeo oral, el Capitán echó pie a tierra para cerciorarse de que no funcionaba, puesto que en el cuaderno estaban los datos, y nada más llegar se volvió a la concurrencia. El Caballero Fulano, en su ignorancia no sabe que la Pantómetra tiene tapones para proteger la óptica, y uniendo la acción a la palabra los quitó. —Caballero, mire Vd. ahora a ver si tiene más suerte. El alumno se puso al aparato y mientras estaba mirando le preguntó el Capitán: —¿Qué ve Vd.? —Uno, contestó el alumno. El proto miró en el cuaderno: —Sí, uno, uno, bien... uno, pero..... uno con qué.— ¡Uno con gorro, mi Capitán!

El tiempo los hizo oficiales de Cazadores, unos de montaña donde dieron buen juego, y otros en cazadores paracaidistas, en donde uno cayó gloriosamente.

# una batida de conejos

---



Allá por mediados de este siglo, por toda la zona pirenaica se extendió una epizootia denominada Mixomatosis, epidemia procedente de Francia y que afectó terriblemente a la gran familia conejil, produciéndoles, creo recordar, entre otras cosas la inflamación de la cabeza, el abultamiento de los ojos con la consiguiente ceguera y al final la muerte; pero no sin antes darles tiempo a propagar la epidemia, lo que trajo consigo la casi extinción de la familia roedora, tanto de monte como casera.

Dada la peligrosidad que pudiera acarrear el consumir carne de estos bichos infectados y en evitación de posibles complicaciones en la especie humana, se implantó la veda para el conejo, prohibición que duró varios años.

Esta veda prolongada y conseguida la eliminación de la plaga, ocasionó que, con la gran proliferación de estos animales, no sólo se repusiera, sino que aumentara la población de una forma tan brutal, que por algunas partes llegó a ser una pesadilla, pues no respetaban ninguna clase de cultivos, cayendo en la huerta como una verdadera plaga, razón ésta que animó a varios alcaldes a recabar del Gobernador Civil la correspondiente autorización para levantar la prolongada veda y poder hacer algunas batidas con el fin de equilibrar un poco la superabundancia de conejos. Una de las zonas más castigadas por el ataque masivo de los roedores, fue la del N. de la Hoya de Huesca, al pie de las Sierras de Loarre, Caballera y Gratal, por lo que fueron los labradores de esta comarca los que se encargaron de la organización de una partida de caza para el día de la Virgen, invitando, para conseguir más fuerza, a las primeras autoridades provinciales, que prometieron su asistencia.

Con la mejor intención y en el ánimo de que resultara perfecta, decidieron por unanimidad, pedir su colaboración y organización a Don Hipólito, Sargento retirado de la Guardia Civil. Caballero intachable, gran conocedor de la topografía de la comarca y de la ubicación de todas las especies genéticas, así como de sus usos y costumbres. No en balde durante muchos años fue el Cabo Jefe de puesto de la Benemérita en un pueblo al pie de la sierra.

Don Hipólito, altruista como siempre, accedió gustoso y tomándolo con gran interés, hizo un estudio de las zonas, los bebederos más concurridos y las huertas más atacadas, montando a continuación la "Operación Yunque Martillo" con el dispositivo de un cordón de puestos de tirador a la espera, perfectamente enmascarados, de amplios campos de tiro despejados y de magnífica rasancia.

Un verdadero ejército de ojeadores disciplinados y perfectamente instruidos para el rastilleo, levantarían la caza y la empujarían hacia los puestos. Todo estaba previsto y organizado: las listas de los cazadores, los números de los puestos para el sorteo, guías para conducir a los tiradores, puesto de socorro, etc. No le faltaba más que su equipo personal y su armamento.

Tenía Don Hipólito una escopeta de un solo cañón de ánima lisa, con perrillos exteriores, de avancarga y digna de figurar en un museo. Muchos han sido los cazadores que al conocerla y enamorados de ella, le habían ofrecido, una del último modelo además de unos miles de pesetas, pero para él, la escopeta no tenía precio, la mimaba con un cariño especial y siempre la tenía engrasada y a punto. Esta vez preparó, si cabe con más precisión, la composición de la pólvora con nuevos aditamentos para que fuera más vivaz, lo mismo que los distintos tipos de perdigones que podría utilizar. Sin duda, éste sería su gran día.

Por fin llegó, desde muy temprano los invitados ocuparon los puestos y Don Hipólito dio las últimas instrucciones: guardar absoluto silencio desde que se oigan los ojeadores y no disparar nadie hasta que él con su disparo dé la señal.

La cacería ha comenzado, los tambores de lata rompen el silencio de los montes, pronto se ven aparecer por todas partes, acercándose atrevidos la masa de conejos, todo son saltos y carreras interrumpidas, la gente se inquieta, la señal no suena: ¡A qué esperará!

¡¡Buuunnn!!!

Un gran estrépito acompañando a una fuerte llamarada rojiza y densa humareda procedente del puesto del veterano Guardia Civil, fue el principio de un intenso tiroteo que fue decayendo hasta finalizar con algunos "pacos".

Al término, de todas partes surgía la misma pregunta:

— ¿Ha caído? ¿Ha caído?

— ¿Cuántos? ¿Cuántos?

— ¿Cuántos han caído?

Al disiparse el negro humo pudo verse a nuestro veterano guardia, de pie en su puesto, el escopetón tendido sobre la tierra del parapeto, su cañón rajado y retorcido, parecía

una palmera abatida por el viento. El curtido miembro de la Benemérita, fiel a su espíritu, giró en dirección a donde se encontraba el puesto de tirador del Teniente Coronel Jefe de la Comandancia, mientras con una mano levantada a su frente con cuatro dedos estirados replegando el pulgar tras la palma, con la otra señalaba su ensangrentada boca de vacías encías, informando:

— ¡¡Fii, fii!! ¡¡An pareced, fii!! ¡¡Dariba, todos; dabajo, cuato!!

Genio y figura.....



# la crítica

---



*Prestad oído al consejo de quien sabe mucho,  
pero sobre todo prestadlo al consejo de quien  
mucho os ama.*

*Arturo Graf.*

Tenía yo un compañero, que siempre que alguien, lo mismo fueran inferior o superior, se colocaba indebidamente con arreglo a su rango y condición al salir por una puerta, atravesar el patio o pasar una revista, siempre empleaba la misma frase "entrecomillada"; mientras corregía la posición.

La tal frase me tenía intrigado, y por fin un día logré que me explicara su origen y autor.

Sería uno de los primeros años de nuestro siglo, desde luego dentro de la primera década, cuando S.M. el Rey Don Alfonso XIII, giró una visita a la ciudad de Pamplona, Capital de Navarra, reino en que con tanta intensidad se habían vivido las guerras dinásticas del siglo XIX.

Esta era la primera vez que el monarca visitaba la ciudad y tanto su alcalde como la población entera hervían en preparativos.

El viaje lo efectuaría en tren y dada la distancia de la estación del Ferrocarril, en el barrio de la Rochapea, hasta el casco de la ciudad, surgió la duda del medio de transporte a emplear para este recorrido, y después de múltiples sugerencias decidió el juicioso alcalde que lo mejor era emplear su carretela <sup>(1)</sup>, con muy buenas condiciones de comodidad y estabilidad, y sobre todo con la gran ventaja, dadas las características climatológicas de la ciudad, de ser descapotable, con lo que en un santiamén en caso de necesidad por lluvia podía cubrirse, y mientras tanto podía recibir el homenaje y el clamor del pueblo.

Tomada esta decisión, ya nadie le pudo apejar de su idea y para mayor seguridad, fueron varios los días a distintas horas y con toda clase de fenómenos climatológicos, los que hizo el recorrido para que tronco y cochero se hicieran al itinerario.

---

(1) Carretela: Coche señorial de cuatro ruedas y dos puertas, con lanza para tiro por dos caballos, con cuatro asientos y caja poco profunda, con cubierta plegable que se abre y cierra a voluntad de quien lo usa.

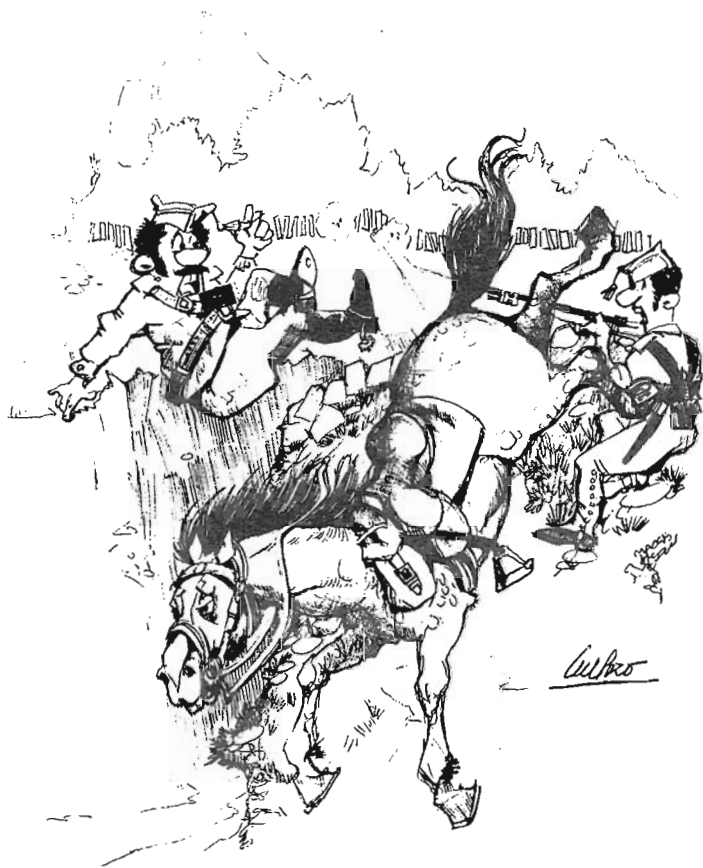
Por fin llegó el día. Con la antelación acostumbrada se encontraban en el alfombrado y engalanado andén de la estación, los Gobernadores, Diputación en pleno, Generales, comisiones y nuestro buen alcalde, que por ser el anfitrión, tenía que dar la bienvenida a S.M., y mientras todos charlaban, él paseando repasaba "in mente" todo su discurso.

El tren no se hizo esperar y a la hora prevista una bonita máquina de montaña, magnífica en sus relucientes dorados, adornada con banderas y guirnaldas, hacía su entrada en la estación pitando escandalosamente. El Infante que la conducía asomándose, saludó mientras subía a su frente las gafas de maquinista. El cornetín vibró en el aire, la compañía de honores se puso firmes, el convoy se detuvo, las portezuelas de los coches se abrieron y descendieron ayudantes, escoltas y personajes de la Casa Real; a los pocos instantes, S.M. con uniforme de Capitán General apareció en una portezuela y después de ajustarse el casco, saludó. El cornetín sonó de nuevo, la compañía presentó armas y la banda y música interpretaron la Marcha Real. Terminada la revista de las tropas, el Rey saludó a las autoridades y finalizadas las palabras de bienvenida, abrazó al alcalde. Ello hizo que, si nervioso estaba, aumentara su azoramiento. Torpemente, le invitó a subir a su carruaje y una vez en él ambos, mientras Alfonso XIII, en pie, correspondía a las aclamaciones del público agolpado en la plaza de la estación, el alcalde dejándose llevar por la fuerza de la costumbre se colocó en su asiento, en donde todas las mañanas acompañado por un concejal iba y regresaba al ayuntamiento. Visto lo cual por el Rey y haciendo gala del fino humor de que estaba dotado, acercándose a su oído le dijo:

— Mira amigo, pásate a este otro lado que nos van a criticar.

# los guantes

---



*...Y el fruto de aquella lucha fue encontrar el buen rumbo de la nave de la Patria por el sacrificio de todos.*

*Diciembre 1936 (del monumento a los defensores del pinar de Villarreal).*

Corría un mes cualquiera del otoño de uno de los cien últimos años. Nuestra Patria se hallaba inmersa en la más dura de las múltiples contiendas internas.

En una de la columnas del Ejército del Norte, un Comandante marchaba a caballo al frente de su Batallón atravesando el Puerto de Tarna, un francotirador hace blanco en ellos y caballo y caballero se precipitan por unas rocas de la cortadura <sup>(1)</sup>. Cuando es recuperado, tiene entre otras cosas la cara maltrecha y por ello es tenido que evacuar al hospital de León.

Dada la época del año y en evitación de que por algún conducto pudieran llegarle noticias a su mujer de su hospitalización, el comandante que nos ocupa decidió enviarle una carta diciéndole, que debido al mal tiempo, había cogido un fuerte catarro y que se encontraba hospitalizado. Parece mentira cómo hay veces que las mujeres se quieren dejar engañar ingenuamente; encontró tan natural que un comandante por un fuerte catarro se pudiera hospitalizar. Pues bien, a resultas de esta noticia y como era de esperar que por la época del año en que se encontraban el clima empeoraría, emprendió con todo cariño y el mayor de sus afanes la confección de un jersey y unos guantes de lana, para que por lo menos cuando saliera del hospital no tuviera que reingresar nuevamente por su falta de previsión.

¡Estos hombres en cuanto se les deja solos no se saben cuidar!

Mientras tanto la contienda continuaba su curso y una fuerte ofensiva en el frente de Alava, cortó las líneas propias produciendo una infiltración hasta cerca de Villa Real, con lo que quedó seriamente amenazada su capital, Vitoria.

---

(1) Los miembros de esta familia parecen estar predestinados a tener una especial predilección al despeñamiento. Su padre muchos años antes en la Acción del Miravalles de un tiro en la rodilla se despeñó. Su hijo años después en un accidente de escalada, también se despeñó.

Ante esta situación, el mando decidió organizar una unidad con que taponar el boquete, y entre los elementos de los que echó mano para su formación se encontraba este Comandante que, ya francamente avanzada la curación de sus lesiones, pidió el alta y con sus esparadrapos y sus gasas en la cara se incorporó y tomó el mando del Batallón recientemente creado y que recibió la denominación de "Burgos" n° el que fuera, pues muchos fueron los que con este nombre se batieron en la campaña.

La ocupación, al anochecer, de un terreno desconocido no debió de ser muy fácil, sobre todo entre los distintos pequeños brazos que tiene el pantano y el tupido bosque que puebla sus orillas, extendiéndose hasta los montes cercanos. Durante una semana las unidades de ambos bandos estuvieron mezcladas en el interior de aquel bosque, las emboscadas y los encuentros fortuitos se sucedían sin interrupción. Por fin el "Burgos" consiguió establecer una línea y obligó a los atacantes a replegarse en parte, tras duros y continuos combates por cada palmo del terreno.

Vuelta la tranquilidad y en espera de que se montara la ofensiva para recuperar la iniciativa y el terreno perdido, el Batallón entró en fase de reorganización, se repusieron bajas y se retiró personal que por su condición de casados y reservistas de quintas muy retrasadas partirían hacia la retaguardia. Uno de estos hombres, relacionado más directamente con el jefe, se le presentó para decirle que como pasaban por Pamplona si quería podía visitar a su familia y darles algún recado; agradeciéndole mucho esta atención sólo le encargó que se acercara hasta su casa y simplemente dijera a su mujer que se encontraba perfectamente.

Pues bien, Salvador Chico, que así se llamaba el soldado, cumplió fielmente su encargo y personándose en el domicilio del comandante saludó a la Sra. y tratando de contestar sin comprometerse, se defendió con evasivas sobre el frío, la lluvia, la belleza del paisaje, que el comandante estaba muy bien, que comían muy bien, etc.. A cada contestación, la mujer le preguntaba si el comandante había recibido unos guantes, los guantes aquellos que ella misma con tanto cariño había confeccionado. El soldado ignoraba por completo qué había pasado con los dichos guantes y se figuraba en su fuero interno que al comandante le ocurriría otro tanto y aún llegaba más lejos con sus conclusiones pensando que no habría nadie que pudiera saber de la vida llevada por los correos y los suministros durante aquellos días.

Ante una nueva insistencia por parte de la Sra. sobre la recepción de los guantes por el comandante, sintiéndose acorralado y no sabiendo por dónde salir, exclamó:

— ¡Mire Vd., señora...! ¡Pa guantes estaba aquello!

Desde esa ocasión, en esa familia cuando algo se pone difícil o complicado, siempre hay alguien que dice "pa guantes estaba aquello".

# la vadina <sup>(1)</sup>

---





*Envidio a los que son capaces  
de recordar su primera visión  
de las montañas.*

*Arnold Lunn*

Era a primeros de julio de 1947, cuando la Escuela Militar de Montaña se preparaba para la "Marcha Grande", así era conocida por los alumnos y tropa, la que hacía todos los años al final de los cursos de Aptitud y Diploma para el mando de tropas de Esquiadores Escaladores, como compendio y aplicación de todas las técnicas enseñadas durante el curso, viviendo intensamente el ambiente de Montaña en zonas de difícil acceso, soportando cuantas inclemencias meteorológicas se presentan en los quince o veinte días que dura el recorrido. Conociendo los problemas de estacionamiento en vivac y de los servicios en zonas de poquísimas y difíciles comunicaciones además de escasos recursos.

Aquel año consistió en una travesía por el Pirineo, desde Candanchú hasta Fuenterrabía, efectuando reconocimientos a los Valles del Veral, Irati, Valcarlos y Baztán. Para ello se organizaron dos Columnas de Marcha: A y B.

A) Constituida a base de: Profesores y alumnos de los Cursos, Compañía de Esquiadores, Sección de Destrucciones y Sección de Reconocimiento de Zapadores, o sea todos los hombres especializados.

B) Constituida por todo el resto de las Unidades de Instrucción de la Escuela tanto de Infantería, Ingenieros, Artillería, etc.

Formando parte de la Sección de Reconocimiento había un Cabo, majo mocetón, producto de los valles del Alto Aragón, sus veintiún años los había pasado sin salir de sus montañas, los riscos, los neveros, el Edelweis, los sarrios, la tormenta y la ventisca, le eran familiares. Su ininterrumpido caminar por vericuetos en busca de reses enriscadas <sup>(2)</sup> y su fortaleza y aptitudes personales le habían acreditado como un gran

---

(1) Vadina: Remanso natural de los ríos de montaña poco profundos, especie de pileta de mediana profundidad horadada generalmente en la roca. originada generalmente por remolinos o cambios de dirección del curso o golpes del agua por desnivel.

(2) Enriscar: Quedarse en un risco, sin posibilidad de moverse en ninguna dirección que le saque del atolladero.

escalador, además de hombre sensato; de aquí que el Teniente jefe de la Sección lo designara para ir en la Punta de Vanguardia en la cabeza de la Columna.

El día 20 de julio, pasando el collado de Endarlaza en dirección a Irún, al descrestar en la Ermita de San Marcial se le pudo oír gritar:

— ¡¡Mi Teniente!! ¡¡Mi Teniente!! ¡¡Ostras que vadinón!!<sup>(3)</sup>.

Nuestro cabo había descubierto el mar.

---

(3) Ostras: Exclamación admirativa típicamente aragonesa, tiene distintas variedades, ostras, ostrín, ostras pedrín, ostrín encía.

# el celo

---



*De ciencia no se debe hablar antes de saber. De arte no se debe hablar antes de hacer. De literatura no se debe hablar antes de pensar.*

*Ruskin.*

Serían los años cincuenta y tantos, cuando por toda la zona fronteriza de nuestro Pirineo, el Regimiento de Ingenieros de Fortificación, creo que era el "Fortaleza", se dedicaba arduamente a la construcción de fortificaciones de la llamada línea "P". Aún los veo cubiertos del polvo que desprendían los compresores horadando las duras rocas. Oigo el ruido infernal que se multiplicaba en veinte ecos dentro de las cavernas, todo aquel hacer y deshacer para ir delineando las distintas posiciones, que en aquel entonces era lo mejor y que hoy, al paso de tantos años y de las evoluciones de la técnica y de la táctica, tal vez se hayan quedado anticuadas, pero que aún así son un claro exponente del espíritu de independencia y entrega total de un Ejército que velaba por la defensa de nuestra Patria.

Hoy cuando veo a nuestros jóvenes oficiales mirar estas obras con la misma frialdad que si miraran una calzada romana, sin ver que ellas casi tienen alma y sentimientos, porque alma y sentimientos tenían aquellos hombres de Ingenieros que con tanto esfuerzo y tan pocos medios la construyeron. Nadie sabe, y si sabe no lo recuerda, la falta o por lo menos la escasez de materiales con que trabajaban, lo corto de los plazos de entrega de obra, lo duro del clima a esas alturas y los rudimentarios medios de castramentación y equipo con que contaron. A ellos, les quiero hacer llegar una anécdota que refleja, a mi juicio, la entereza y la rudeza de aquellos oficiales; porque rudo era el hábitat en que se forjaron.

En una de las inspecciones hechas a las obras que llevaba un teniente, fue duramente recriminado por la autoridad inspectora, por no estar terminado en el plazo señalado, un asentamiento en "caverna" para una pieza contracarro. El Teniente quiso exponer los motivos por los que había sido imposible terminar la obra, diciendo:

— Mi General, hace un mes que no recibo cemento, por más que lo pido.

— Súplalo Vd. con su celo. Fue la contestación de la autoridad.

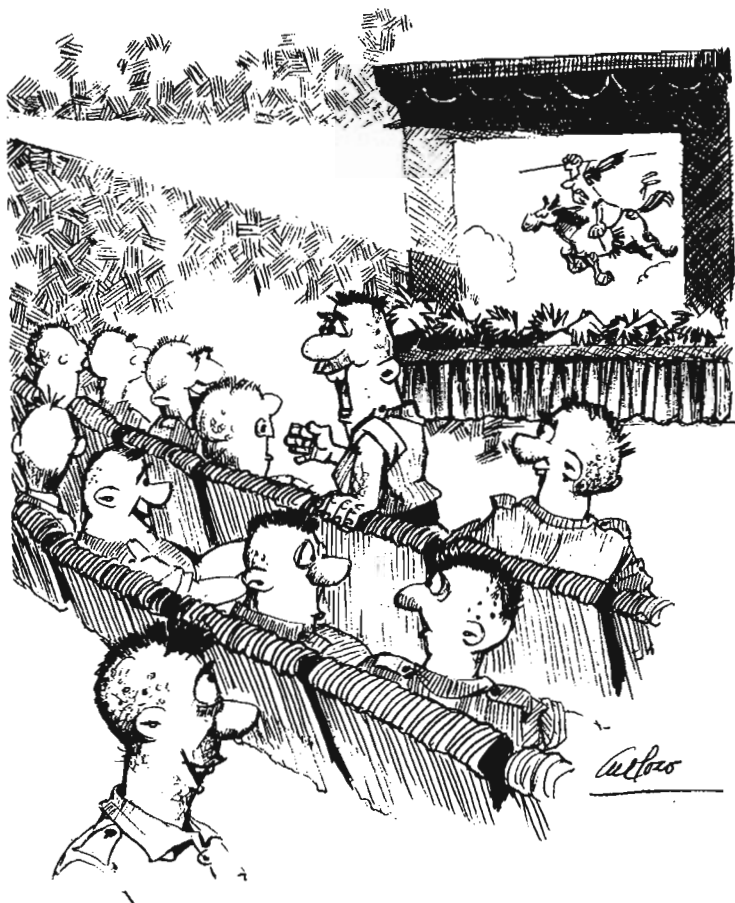
El oficial, muy amostazado, tuvo la desafortunada idea de contestar:

— Ya lo intenté, mi General...., ¡pero no fragua!

El final se lo dejo a cada lector.

# el llorón

---



Se habían realizado unos Ejercicios Tácticos de doble acción, de guerrillas y contraguerrillas en la zona comprendida entre las Sierras de San Juan de la Peña, Santa Isabel, Javierre, Loarre y Caballera, que por la gran extensión de la zona y de lo abrupto del terreno que impedía mover las tropas con rapidez, se montaron una serie de destacamentos fijos que protegían los objetivos importantes, por lo que al finalizar las maniobras y mientras se concentraban otra vez en los puntos de reunión cada una de las compañías y por tratarse de un domingo, se consideró de descanso para las unidades que ya estaban concentradas esperando el embarque a la mañana siguiente.

Al final de la comida, se presentó en el imperio del puesto de Mando, situado en las afueras de un pueblo, un individuo paisano, dueño del local donde se proyectaba el cine, preguntando si mientras esperaban el embarque, podía contar la tropa (la Cía. PIM. y todos los Servicios, más dos Cías. de Cazadores que también se habían concentrado ya a la orilla del río), con permiso para asistir voluntariamente a una sesión de cine extraordinaria que quería proyectar. Estudiado el asunto y visto que nada entorpecía y que es más, hasta casi era preferible que estuvieran allí reunidos que deambulando por el pueblo, se autorizó a su asistencia, montando simplemente el correspondiente servicio de vigilancia y asistiendo igualmente bastante número de oficiales y suboficiales francos.

El cine, de imagen no estaba mal, pero de condiciones acústicas ya estaba peor, tenía algunos ecos y resonancias que hacían perderse parte de los diálogos, pero aún así el llenazo fue total y el público de caqui aguantó hasta el final, y eso que durante la proyección hubo comentarios y anécdotas de todo tipo.

En uno de los momentos más interesantes, un niño empezó a llorar, la gente se inquietó, se removió en los asientos pero nadie dijo nada, gracias a Dios el llanto fue corto.

Al poco tiempo los lloros se repitieron, y entonces un soldado ya gritó:

— ¡¡Dale teta!!

En la oscuridad del local nadie supo si se llevó a efecto la sugerencia hecha por el soldado, pero el silencio reinó nuevamente. Varias fueron las actuaciones del niño con su monótono lloriqueo, y varias las veces que el soldado daba siempre el mismo consejo:

— ¡¡Dale teta!!

Casi al final de la sesión y ante una nueva actuación del niño, el soldado más fuerte que nunca gritó:

— ¡¡Dale teta, mañaaa!! ¡¡Dale teta!!

La madre muy indignada contestó:

— ¡¡¡Que tié siete años!!!

A lo que el soldado, rápido, le dio su último consejo:

— ¡¡Pues dale una torta!! <sup>(1)</sup>.

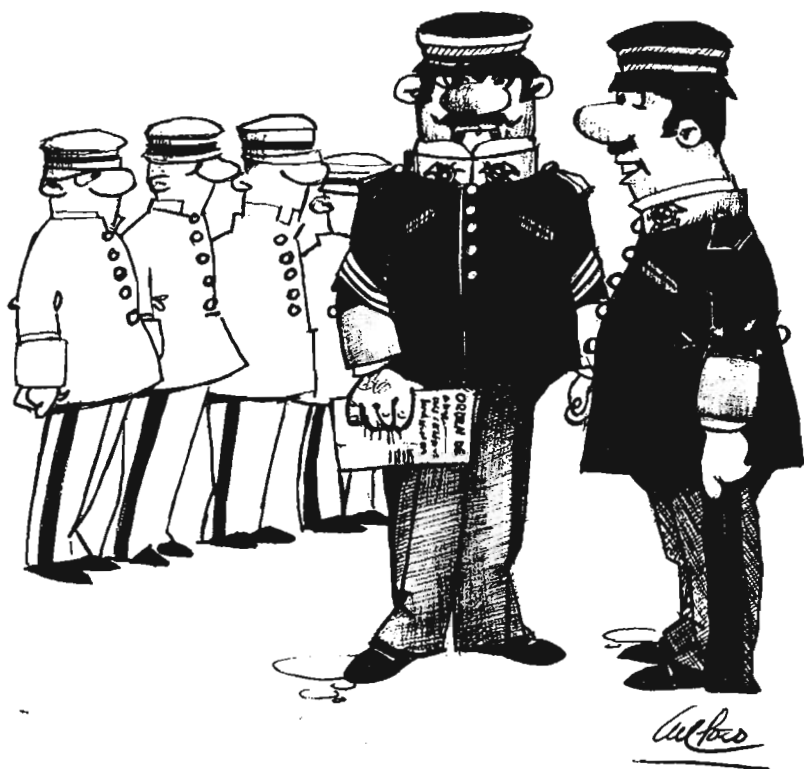
---

(1) No fue una torta precisamente lo que aconsejó el soldado, pero aquí podría sonar irreverente, aunque la intención del muchacho fuera buena.



# la orden del regimiento

---



Reinando Alfonso XIII, y con motivo de la llegada de un nuevo General Gobernador Militar a la plaza de Pamplona y para hacer su presentación con toda solemnidad, se organizó una gran Parada Militar con la participación de todos los Regimientos de la guarnición.

Era el momento en que justamente se acababan de cambiar los uniformes multicolores, por el caqui y si siempre para una formación sale en la orden de los Cuerpos reseñada la uniformidad, en aquella ocasión con más motivos, dadas las posibles interpretaciones que cabían en algunos puntos del nuevo reglamento de uniformidad, que admitía un período transitorio con permisividad de algunas prendas a extinguir.

Por ello en la orden del Regimiento de Infantería de Línea América nº 14, al tratar de la dicha Parada a celebrarse en la Plaza del Castillo, en el Artículo Uniformidad, al referirse a los oficiales con puesto en formación entre otras prendas citaba los leggings<sup>(1)</sup>.

En aquella época, los Sargentos aún eran clase de tropa y su origen generalmente procedía del voluntariado de segundones de la clase agraria que tomaban dos direcciones; para cura, o al ejército; y muchas veces los primeros rebotaban de los Seminarios integrándose en filas, dando muy buenos Sargentos. Pues bien, el día anterior a la parada, en el acto de leer la Orden después de la lista de Retreta, un Sargento fiel a sus deberes leyó la orden y al llegar al Artículo de la uniformidad dijo:

"Oficiales con puesto en formación: Uniforme caqui con calzón brech <sup>(2)</sup> y legíns".

El Teniente de semana que estaba a su costado frente a la formación, le dio con el codo mientras en voz baja le decía: "Se dice brich y leguíns". El Sargento carraspeó y leyó nuevamente vocalizando perfectamente: "brech y legíns".

El Teniente nuevamente repitió lo dicho anteriormente, y cuál no sería su sorpresa, cuando el sargento girando para darle vista con un fuerte taconazo y adoptando la posición del primer tiempo del saludo contestó:

"Mi Teniente, la orden de mi Regimiento dice LEGINS, y yo digo legíns".

---

(1) Leggings: Polaina rígida de cuero, moldeada con forma de pantorrilla.

(2) Brech: Pantalón de montar, a la inglesa, con un corte especial con piezas en la rodilla, a diferencia del corte español con costura lateral, en que delantero y espalda son iguales. "Pantalón de rana".

# el desportillo

---



*Cuatro dientes te quedaron,  
si bien me acuerdo; más dos,  
Elía, de una tos volaron;  
los otros dos, de otra tos.  
Seguramente toser  
puedes ya todos los días,  
sin que tenga en tus encías  
la tercera tos que hacer.*

Sería allá por el año 53, cuando a final de curso, como ya era tradicional en la Academia de Infantería, salió el Batallón de Cadetes en marcha por jornadas hacia el Pantano del Torcón.

La marcha no es que fuese dura, pero sí pesada por el calorazo de la Mancha en esas fechas, y por lo recta de la carretera, que la hacía monótona en aquella inmensa llanura sin referencias próximas, que daba la impresión de no avanzar; eso durante el día, que en la noche aún resultaba más uniforme, al contar solamente con ligerísimas ondulaciones imperceptibles al caminar a oscuras.

El blandorro alquitrán, aún en la noche abrasaba, de todo el calorazo absorbido durante las horas de sol. Recocía los pies en cuanto salían de las cunetas y no permitía sentarse más que en el polvo de los bordillos, al llegar al alto horario.

Los de contracarros 75/45, por lo pesado de las piezas que fueron remolcadas, los agregaron para la marcha a las Secciones de Morteros, ametralladoras y cañones de 75/13, que aunque sus piezas también se transportaban en camión, el ganado descargado pero con baste, iba por carretera.

Este ir el ganado descargado por la carretera, trajo el que algún aspeado y más de alguno con cara, dado lo oscuro de la noche se montara a la grupa de algún mulo, posición incómoda máxime cuando las chapas de los camones y gualderas le hacían ir al jinete con las piernas estiradas y los castilletes ponían en peligro su integridad física. De todas formas la emoción de la práctica de este prohibido deporte, necesitó del establecimiento de un código de señales para avisar la rápida posible aparición del "proto" con todas sus consecuencias, que al ser en aquellas secciones plaza montada, se desplazaba con rapidez de un punto a otro; para ello los caminantes entonaban una

canción que hacía descabalar rápidamente a todos los "rácanos", en vista de lo cual, algún cachondo o algún "promo" que todo podía ser, hacía justicia de cuando en cuando, cantando la contraseña aunque no viniera el "proto".

En uno de estos descabalar rápidamente, el amigo Luis, se hizo tal lío entre los ganchos para el cubre-cargas, las calabacillas para la grupera y caídas de tarria, que se quedó enganchado y en su batallar por descabalar para evitar la "Nota", se rajó los pantalones por la cruz y a punto estuvo de perder su capacidad genética, quedando como un gaucho sin braga, sangrante y maltrecho. Incapacitado de acudir a la ambulancia, por no poder confesar el origen de sus lesiones, hizo su entrada en Polán, como último recurso posible, sobre un "carrillo balear" de los morteros, cual extraño auriga asirio con un cubrecargas a modo de falda envolvente o tapa vergüenzas.

Cuando se llegó a Gálvez, punto final de una jornada dieron "boleta" de alojamiento, y juntos los dos se fueron, al ser Luises los dos y estar seguidos en la lista. La patrona, que patrona era y no patrón la que tenían, resultó ser una viejecita todo amabilidad y ganas de complacer, les enseñó dónde podían dormir, en el altillo del pajar de una cuadra en unas enormes sábanas de arpillera, de las de recoger la mies, repletas de paja sobre el entarimado del altillo.

En la misma cuadra, vacía de hacía tiempo, también tenían un abrevadero para lavarse y una pileta de piedra grande y baja, para poder hacer las abluciones. Todo aquello les pareció magnífico, sobre todo al recordar la infinidad de veces que el Capitán había repetido en clase las vísperas de la salida a la marcha, todos los artículos del código y las ordenanzas que tratan de marchas y alojamientos:

....el que maltratare a su patrón aunque fuere de palabra.....

Una vez aseados y mudados, se fueron a dar una vuelta por el pueblo, por conocerlo y además en busca de la bolsa del rancho en frío que las repartían unos camiones en la plaza, al mismo tiempo que la Música de la Academia amenizaba con alegres bailables.

Cuando visto todo lo que había que ver y pasada la lista, regresaron al alojamiento, la patrona, que todo lo que tenía de amable, también lo tenía de mal oliente y pinta de sucia, debajo de múltiples mantones, toquillas y refajos de extraños colores indefinibles, entre pardos y negros, se empeñó en calentarles la cena y suplementarla con unas granadas y un tazón de leche de cabra, que ambas cosas tenía en el corral.

Ellos se resistieron cuanto pudieron a la avalancha, que de "húmedos" razonamientos les hizo para obsequiarles. Por no pecar de descorteses y desagradecidos, y sobre todo

por parar la lluvia de escupitinas que se desprendían de su fétida boca, de pocos y negros dientes, accedieron.

Aquella anciana era el compendio de los contrastes: sobre una mesa de madera blanca y suave de tan fregada con arena que estaba, extendió un blanquísimo mantel, con los pliegues señalados de estar guardado, colocó unos platos de loza basta, desgranó las granadas y les dio la leche en dos tazones. El uno, no tenía problemas, el otro presentaba una serie de negros desportillos que ocupaban la mitad del borde del tazón. La anciana se justificó diciendo que ése era el suyo. El amigo Luis rápidamente se hizo un planteamiento de la situación; llegó a la conclusión de que si cogía el asa con la mano izquierda y bebía por el desportillo mayor, difícilmente la vieja con su desdentada boca podría hacerlo así. Pensarlo y hacerlo todo fue uno.

La anciana al verlo exclamó llena de alegría:

¡¡Que casualidad!! ¡Yo también bebo por el mismo sitio!

# la lluvia

---



*Es cosa notable que los que más hablan,  
son los que menos tienen que decir.*

*Matthew Prior.*

En unas maniobras realizadas al Norte de la provincia de Huesca por las Sierras Ferrera, Cotiellas, Chía, Baciero, Turbón y demás que contornean el valle del río Esera y sus afluentes. Bajo la dirección del Capitán General con su Estado Mayor y con la intervención de gran número de jefes y oficiales de las BRIAM y BRIDOT, actuaron Unidades de estas dos brigadas, una compañía de cazadores alpinos franceses y un crecido número de elementos de Helicópteros y del Ejército del Aire.

Debido al gran número de participantes y a la difícil orografía de la Zona, se personaron como observadores un crecido número de alumnos de un Curso, acompañados de sus profesores, que se encontraban por el Pirineo con la exposición de temas de Montaña.

Una borrasca se centró en esas fechas sobre la península, y durante los diez días que duraron los ejercicios no cesó de llover torrencialmente, con lo que el barro y el continuo mojarse el equipo aumentaron la dureza del terreno y la vida en él.

Terminado el Juicio Crítico, y con él las maniobras. Sin duda con idea de estrechar lazos, se celebró una "Comida de Hermandad" en un amplio local a la entrada del Pueblo de Campo, con asistencia de una representación de mandos de las unidades participantes, alumnos concurrentes y profesores del Curso citado y nutrido número de Alcaldes y Fuerzas Vivas de la comarca.

Durante la comida, comentaba el Capitán General con algunos Alcaldes y los Generales de las dos Brigadas participantes, la cerrazón del temporal y la dureza que éste daba al terreno, y si era habitual por esas fechas este tipo de climatología en el valle. Transcurría el diálogo por buenos derroteros, al sentirse amigos y compenetrados, después de los días de convivencia pasados, cuando a uno de los ilustres profesores visitantes, por congeniarse se le ocurrió comentar:

¿Y esto dicen Vds. que es llover? ¡Para llover, el día que enterraron a Paneque, que la caja era de plomo, y ¡¡FLOTABA!!

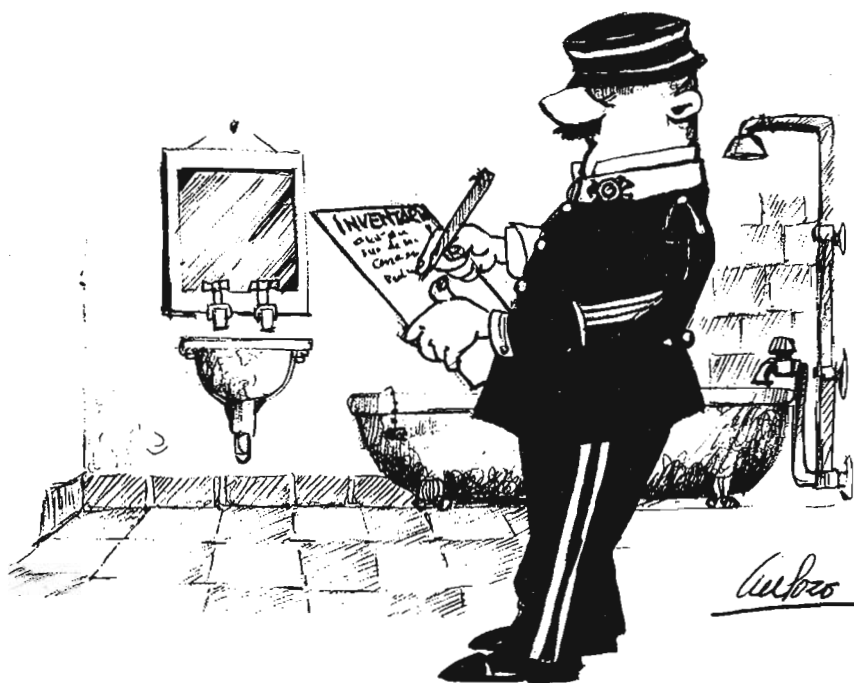


Los montañeses, que son muy escamones, a la par de que tienen un zumbón sentido del humor, no supieron encajar la gracia y uno de los alcaldes, tal vez pensando que aquella personalidad de Madrid se quería "quedar con ellos" le interpeló:

—¡Uhiii...!!!, ¡mi General...!!! ¡Eso no es nada! ¡Vd no sabe "loqués" caer agua! ¡Mire Vd...! ¡El otro año!, ¿si caería agua por esta zona? ¡¡Que hasta los "ángéles" bebían a morro!!

# el inventario

---



Era a primeros de este siglo, cuando por disolución de un Regimiento por reducción de unidades, dejó un acuartelamiento vacío, y como estaba en bastantes buenas condiciones además de ubicado en una localidad en la que interesaba seguir manteniendo una guarnición, se decidió por el Alto Mando, que otro Regimiento lo ocupara.

Para ello, el Regimiento que iba a ocupar el acuartelamiento, desplazó una comisión compuesta por varios sargentos al mando de un oficial, para entrar en relación con la "liquidadora" del otro Regimiento y hacerse cargo del material, comprobar los inventarios si los había o, de lo contrario, hacerlos.

Pues bien, uno de los Sargentos, al confeccionar por orden del oficial, el inventario del pabellón del Sr. Coronel, que carecía del mismo, al llegar al "escusado" escribió:

- Un lavabo de pileta de porcelana, con repisa de mármol, grifo y desagüe con tapón de metal plateado.
- Espejo de luna grande con cantos biselados, sobre soporte de madera curvada al fuego.
- Una taza de retrete con inodoro, tabla de asiento y tapa de madera de nogal barnizada.
- Una bañera, de hierro esmaltado, de cuerpo entero, y
- Un lavabo de porcelana en forma de guitarra para uso desconocido. (Había descubierto el bidé.)

# las guerretas

---



Durante unos ejercicios de guerrillas, en el verano del 56, en la árida zona de los Monegros (Huesca). Un cabo de los de la partida, como natural de la comarca y conocedor de ella, era el enlace y el suministrador de la guerrilla.

Uno de los anocheceres, en que burlando el cerco, se personó en Tardienta (de donde era hijo), para encontrarse con los confidentes y suministradores, se tropezó por la carretera con el cura párroco del pueblo al que conocía desde que era chaval, que venía de pasear mientras hacía los rezos:

— ¡Buenas noches, Mosén Ramón! <sup>(1)</sup>.

— ¡Buenas noches, maño! y ¿qué es lo que haces zagal por aquí, así vestido y con esa cara tan puerca?

— ¡Las guerretas, Mosén, las guerretas...! <sup>(2)</sup>.

— ¿Y qué es eso de las guerretas?

— ¡Nada, Mosén, nada!. ¡FATEZAS <sup>(3)</sup> pa ganar méritos ellos!

---

(1) Título de respeto y cariño que se da a los Sacerdotes en Aragón.

(2) eta, terminación de diminutivo empleado en Aragón.

(3) Modismo aragonés, sinónimo de tonterías, simplezas, chiquilladas.

# el aspirante

---



Sería allá por los años 51 ó 52, cuando casi a finales de curso, se celebraron en la Academia General Militar, los exámenes de ingreso de los nuevos aspirantes a Caballero Cadete. Para ellos y sus familiares durante todos los días que ocupaban los exámenes, se abría y ponía en servicio el área que ocupaban los Alféreces en el Segundo Período, consiguiendo de este modo la entrada independiente sin pasar por el Patio de Armas, haciéndolo directamente por la puerta que da a la calle frente al Cuartel de Tropa.

Allí contaban, además de con las Aulas de Exámenes, con una serie de Servicios, Salas de Esperas, Información y un bar francamente bueno, en el que la cadetada (que no lo tenía prohibido, pero sí aconsejada la no asistencia), y siempre perfectamente uniformado de paseo procuraba infiltrarse porque generalmente había algún "Coeficiente", padre o tío de aspirante, que además de ser conocido, en su afán de congeniarse por si ingresaba el niño, ofrecían buen tabaco y hasta los que venían del "otro lado del charco" regalaban algún paquetillo que en la deteriorada economía del Cadete solucionaba la semana. Pero lo que más importaba era el "fardar", contando "machadas" a las madres contritas (que también solía haber algunas) y no digamos nada cuando aparecía alguna hermanita o primita en edad de merecer, la de aventuras que tenían que hacer para ir al escuadrón, metiéndose por el pasillo de debajo de la peluquería (pasillo utilizado por los "Protos"), filtrarse en el área para atravesarla saliendo por la otra puerta a la calle, para "impresionar" a los visitantes con el mosquetón amarrado al chapón en la espalda y el sable charrasco arrastrando del tirante, mientras chasqueaban en manos, muslo y polainas los malolientes guantes de equitación. Esta aventura no siempre terminaba bien, pues la suerte maldita le hacía tropezar con algún "proto" que le "pedía nota" por infringir la prohibición de transitar por allí a esas horas y con esas pintas, pero la cosa lo merecía.

Pues bien, un sábado por la tarde o el domingo por la mañana, después de romper filas de la Revista, dos Cadetes amigos en lugar de marcharse a Zaragoza, aprovechando que estaban de "punta en blanco" se fueron a saludar a un conocido "Viejo Coronel" (así les parecía a ellos entonces) que había venido desde La Coruña acompañando a su hijo que se examinaba por tercera vez.

Lo encontraron en el bar acompañado de dos señoras jóvenes, familiares (creo que hermanas) de otro aspirante y casadas con militares. Saludaron al Coronel, se presentaron a él, les fueron presentadas las damas y entraron en conversación; conversación que siempre giraba sobre lo mismo, la vida académica y lo difícil que estaba el Ingreso, comentando el Coronel que ésta era la última vez que su Pepito lo

intentaba y si le suspendían, ya no perdería más el tiempo y lo matricularía en la Universidad. La señoras, abogando por la vocación de Pepito, repetían a coro:

— ¡Pero por Dios, don José! ¡Qué cosas dice! ¡Romper su vocación!

— ¡Si Pepito es tan joven! ¡Aún puede repetir!

A don José, que le pilló dando una calada a su cigarro, rápido lo quitó de sus labios, lo tiró con energía a una colillera y echando una enorme humareda mientras hablaba contestó iracundo:

— ¡¡¡Señoras!!! ¡Es que Vds. no saben, lo que es mantener mi Pepito en Madrid!  
¡Mantener mi Pepito en Madrid...! ¡Me cuesta un huevo!

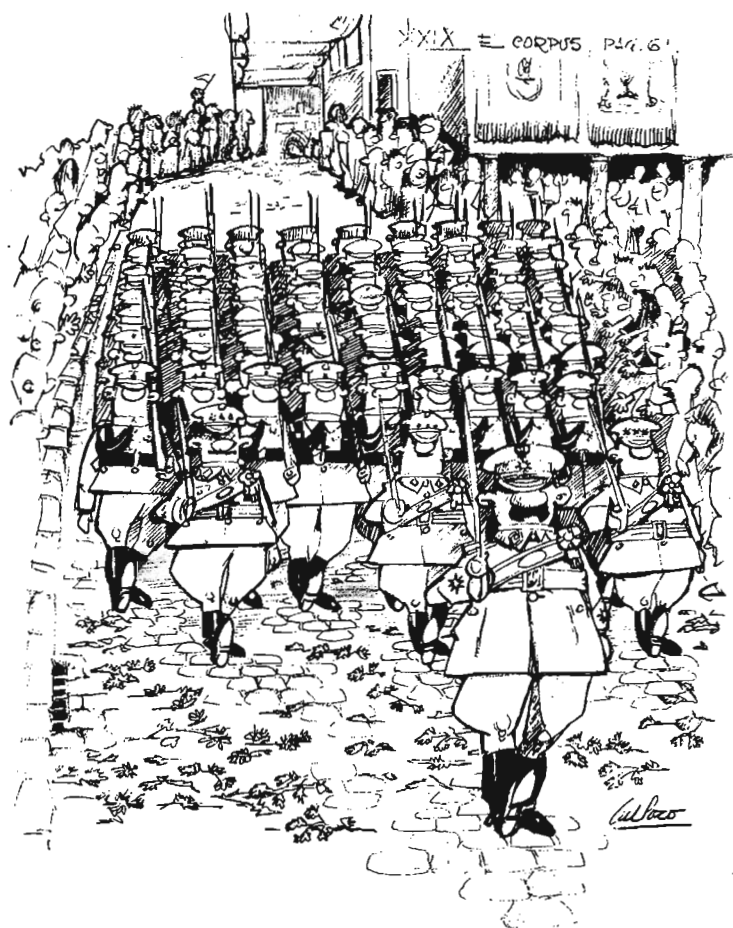
Ante la cara de damas y caballeros, inmediatamente se dio cuenta de su metedura de pata y lo arregló sonriendo:

— ¡Bueno, quise decir, un huevo de la cara!



# el corpus

---



*Ninguno mi instigador,  
nadie mi cómplice ha sido;  
y si le hubiera tenido  
nunca fuera delator.*

*Hartzembusch.*

El que ha estado en Toledo el día del Corpus y ha visto su procesión, son dos cosas que no olvidará fácilmente.

Es sorprendente y cala, esa mezcla tan bien dosificada de lo moro y lo cristiano. Moro en el ambiente, cristiano en el culto.

Las sombrías callejas torcidas y empinadas, cubren sus cielos con los entoldados que luchan constantes para no dejar penetrar a ese sol ardiente, que libremente ve el espectáculo en Zocodover, y que con algún rayo tenaz consigue pasar en la Cuesta Palacio o en la de la Feria, dando con su luz la alegría a los claroscuros de las flores y colgaduras que penden de los balcones, en donde las toledanas (que junto con los albaricoques son de hueso dulce, como dice la leyenda), sonrñen.

Hierbas aromáticas cubren el empedrado igual que una alfombra verde, prestando al ambiente su frescor, y cuando son pisadas desprenden su aroma que se condensa debajo de las lonas.

Las rojas capas de los caballeros de Illescas y los ricos ornamentos de que van revestidos los clérigos, dan una fuerte nota de color. Las tropas que cubren carrera, con sus toques de ordenanza y rítmicos movimientos de armas, rindiendo homenaje al paso de la Custodia lo dan del respeto y culto con que la ciudad entera honra a Dios en este día.

El fuerte redoblar de la Campana Gorda de la catedral y el alegre tintineo de las campanillas de la Custodia, con su original contraste, tampoco se olvida. Como tampoco nunca se olvidarán los Alféreces Cadetes de la Academia de Infantería, que en un día del Corpus formaron la Compañía que rindió honores al Santísimo y le dio escolta en la procesión.

.....  
.....  
Al parecer y según decían era Don Mariano un "Proto" pulcrísimo en el vestir, tanto de paisano como de uniforme, sobre el que lucía pasadores de varias condecoraciones alemanas, exhibía con orgullo en su brazo, el escudo de la División Azul, a la que contaban se fue siendo un niño.

Quería ser buen profesor y se preocupaba por las asignaturas del Grupo, preparando las conferencias bien documentadas. Gustaba y presumía de las comparaciones y símiles de "sal gorda", al explicar la Física y sobre todo la Mecánica, llegando al paroxismo con la descripción del freno Clayton de los ferrocarriles. Exigente en la clase e intolerante en las revistas, pero por lo que se le temía y gozaba de poca popularidad era por su conducta, fuera de la Academia.

.....  
.....

Era el Marianito, un rubiato niño repelente, gordito, llenito de cara, con gafitas redondas de bicicleta. Jaimito empollón y enteradillo.

Asiduo colaborador de su padre (que le adoraba) en el empaquetamiento de Cadetes. Sus mayores delicias consistían en delatarlos:

— ¡Mira, mira, papá! ¡Un Cadete sin guantes!

— ¡Mira, mira, papá! ¡Un Cadete fumando!

— ¡Mira, mira, papá! ¡Un Cadete se ha metido en aquella tasca!

.....  
.....

Pasa la procesión, el humo del incienso se levanta lentamente, los pétalos de flores llueven constantemente desde los balcones, la compañía de Cadetes avanza monobloque, los largos sables-bayoneta de sus inmóviles fusiles lanzan destellos al pasar por algún resquicio de sol infiltrado, los espolines de sus botines suenan cantarines en el acompasado golpear de sus pisadas, los resbalones por la hierbabuena en las fuertes pendientes y las pérdidas de equilibrio por el desigual empedrado, los absorben los otros cadetes, nada trasciende fuera de filas.

Toda la Compañía entró en Zocodover, su mitad está frente al Arco de la Posada la Sangre, el cornetín manda cambien, todos los fusiles se levantan a la vez produciendo un relámpago de sol con sus machetes, una fuerte palmada en el costado señala el final del movimiento, la mano derecha entumecida recobra la vida, pendiendo muerta en su costado.

Don Mariano y Marianito, en el bordillo de la acera, a la altura de la administración de los coches de Madrid-Toledo, contemplan el paso de la procesión, la compañía rozando el bordillo se acerca lentamente, muy pronto corre por sus filas la noticia de la presencia del niño delator, ¡ya están pasando frente a él! Una de las estáticas manos enguantadas, deja de serlo para propinarle justiciera un revés, el niño desaparece de la primera fila del público. La compañía se pierde por la calle Hombre de Palo. Don Mariano busca al niño entre la algarabía del público que invade la plaza, al fin lo encuentra junto a la pared, llorando no su dolor, sino su impotencia de acusar a su verdugo.

Terminada la procesión, el Batallón de Alumnos regresa a la Academia; mientras la compañía de honores baja por la Cuesta Santa Cruz, cruza el puente Alcántara y sube por San Servando, todo son comentarios y risas, de la justiciera sentencia cumplida.

Nada más desfilar ante la guardia, el oficial entrega una nota al Comandante, la Compañía no rompe filas continuando hasta el Campo de Deportes, en donde manda ¡alto! y ¡derecha! Lanza un "Speech". Se busca al que atentó contra "Marianito". Y, allí fue "Fuente Ovejuna", el paso ligero se alterna con la pregunta. Todo es inútil y mutismo. Dos capitanes, ante la contumacia del comandante abandonaron las filas.

Todos recordarán a aquel Capitán de pelo cetrino, nariz aguileña y poblado bigote, que impertérrito siguió corriendo con su Sección al lado de sus cadetes, y que a cada puesta en movimiento repetía:

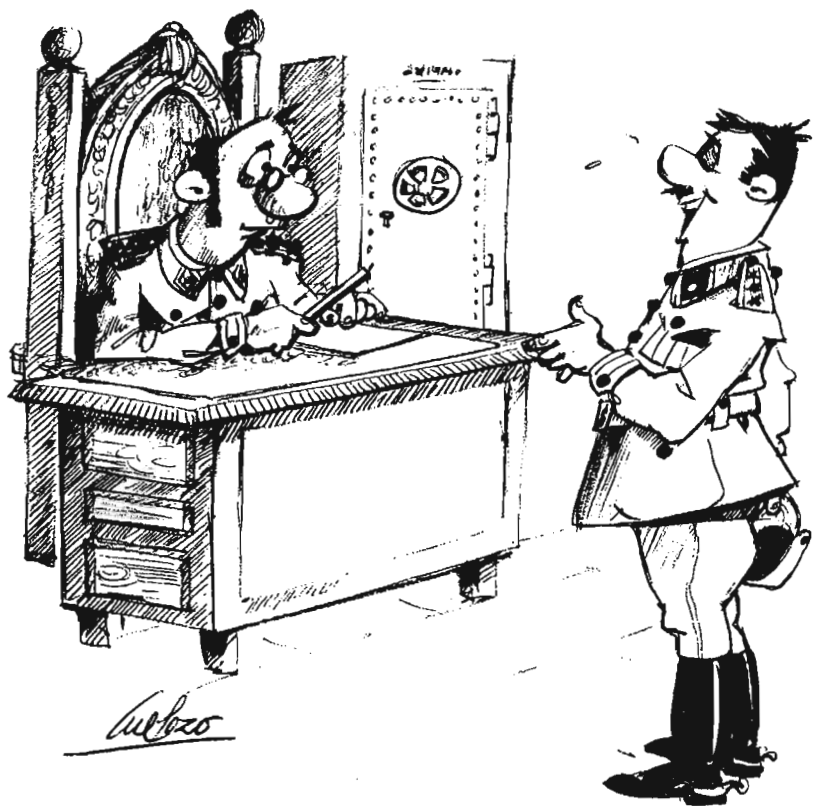
— Muy bien, Caballeros. Así hacen los Caballeros.

Sabían que era genial desde su postura al platicar, con sus dedos pulgares bajo las tapas de los bolsillos del pecho. Que le gustaba un fuerte golpe al adoptar la posición de firmes. Que cantaba loas a los campos de minas de los olivares del Jarama. Que sentía una especial admiración por "Napoleón, el genio de la guerra", a cuya citación mandaba en pie. Pero aquel día además, les demostró lo que ya sospechaban ....

¡Ser un total y completo Caballero!

# la bigornia

---



*La diosa Casualidad  
protege siempre a los audaces.*

Me contaba un Coronel, que en cierta ocasión estando preparándose las Unidades de Instrucción de la Escuela Militar de Montaña, para la Marcha de fin de Curso que todos los años hacían allá por el mes de julio. El Teniente Coronel Mayor al repartir los medios de que disponía había asignado a cada unidad tipo Compañía, un camión para la impedimenta, pero los Capitanes en su afán de aligerar a la tropa en lo posible de peso y sobre todo de volumen, estaban por todos los medios, intentando sacarle alguno más, aunque fuese un camión a medias.

Estando el Capitán de la Batería recapacitando cómo se las podía ingeniar para lograr transportar todo lo que quería y un poco también por el prurito ante los demás, de haberlo conseguido, se armó de valor y jugándose el todo por el todo, fue nuevamente a la carga, al despacho del Mayor. En la puerta se encontró a los otros capitanes cabizbajos y con ellos se marcó un farol.

Una vez dentro y agotados todos los recursos oratorios, sin haber conseguido ablandar la cerrazón del Teniente Coronel, y sabiendo la expectación de los demás Capitanes, que esperaban en el pasillo para carcajearse de su fracaso, después del "pegote" que se había echado. Sin pensar lo que decía, ni siquiera en sus posibles consecuencias, arguyó:

— Mi Teniente Coronel, Vd. sabe que nosotros los artilleros además de la impedimenta, también tenemos la "bigornia" <sup>(1)</sup>.

Al Teniente Coronel, aquello de la bigornia le sonaba mucho, pero en aquel momento no caía en la cuenta de qué se trataba, y no queriendo preguntarlo, para que no le tacharan de ignorante, después de unos momentos de duda, accedió:

— Bueno, bueno, Fulano. Diga Vd. a cuarta, de mi parte, que le den otro camión.

---

(1) Bigornia: De bicornus, pequeño yunque con dos puntas opuestas. Forma parte del equipo de campaña del maestro herrador y es reglamentario en todas las Unidades a lomo.

# la persuasión

---



*El que lucha contra nosotros nos refuerza los nervios y perfecciona nuestra habilidad. Nuestro adversario no hace sino ayudarnos.*

*Burke.*

En cierta ocasión, el General Director de un Centro de Enseñanza, en vista de que ya estaban llegando a su fin las obras de sus instalaciones, encargó a uno de sus Capitanes que le confeccionara un proyecto de mástil para la Bandera. Algo "monumental" a la par que sencillo, y que al mismo tiempo buscara varios lugares para la posible ubicación del mismo. Dándole como plazo para la presentación de los dibujos, quince días.

Pasaron los días señalados y el Capitán con la carpeta repleta de bocetos se personó en el despacho del General. Cuando terminó de despachar los asuntos urgentes y tuvo la certeza de que ya nadie le interrumpiría, lo recibió y juntos se pasaron media mañana discutiendo y comentando uno por uno los distintos bocetos.

Descartados los demás, llegaron a la elección de un proyecto y ante la sugerencia del Capitán, decidieron bajar al posible lugar de ubicación, para "in situ" hacerse una idea más clara del conjunto.

Juntos se personaron en la explanada que había ante el "Edificio noble" del acuartelamiento, que extendía su fachada al Sur, mirando la Peña Oroel. Este pabellón, además de los despachos, biblioteca, Salas de Oficiales y Suboficiales, contenía el Cuerpo de Guardia con todas sus dependencias.

Al socaire de los muros, y en la solana, los soldados de la Guardia de Prevención, sentados en dos bancos dejaban correr el tiempo, mientras se contaban, fantásticamente adornadas, las últimas aventuras. La llegada del General, Comandante Ayudante y Capitán Fulano, despertó su curiosidad y como no les llegaban más que retazos de la conversación, procuraron aumentar su atención. ¿Quién sabe, si de allí podía salir algo para "radio macuto"?

Eran el General y este Capitán, dos personajes a los que raro era el día que no se les viese juntos, por una razón u otra, pero siempre provocada por el Superior, que según decían no podía pasar un día sin hablar con él. Se aburría.



Se sentían una mutua estimación y al mismo tiempo no perdían la oportunidad de estar constantemente peleándose por las más mínimas diferencias de criterios. Dentro de la confianza que se tenían, con los respetos y distancias lógicas por la gran diferencia de empleos.

De pronto el Capitán se vio sorprendido por la salida del General:

— El mástil lo pondré amarrado al balcón de mi despacho.<sup>(1)</sup>

Y ante la duda de si lo que decía, lo decía en serio (cosa que no podía entender después de tanto boceto), o le estaba gastando una broma, miró interrogante al Comandante Ayudante, que con cara inexpresiva continuó tan mudo como toda la mañana. Optando entonces por seguir "dando carrete" contestó:

— ¡Estupendo, mi General! ¡¡Estupendo!!

— Sobre todo si bajo el mástil y sujeta a la barandilla, pone una chapa ovalada de porcelana blanca, que con letras azules diga "Casa Cuartel de la Guardia Civil". (Mientras con la mano hacía el gesto de contornear la placa).<sup>(2)</sup>

— ¡Muy gracioso-so! (Ya no había duda, tenía ganas de discutir.)

— ¡Nada más noble y más honroso que mi balcón para estar la Bandera! (dijo a grandes voces y ya continuó en el mismo tono), arrollando con una larga lista de razonamientos, por lo que según él, tenía que estar allí. El capitán, un tanto mosqueado, planteó el último argumento en la defensa de su proyecto

— Mi General y "honrosamente" todos los días al izar y arriar Bandera, el "banderas" de servicio, pisoteará con las botas la alfombra de su despacho, para llegar al balcón.

Los argumentos se repitieron, pero las voces se duplicaron. Tanto fue así, que el Capitán optó por en un silencio atajarle riendo:

— ¡Mi General...! Con todos los respetos..., quiero recordarle lo que dijo el poeta aquel, al tratar de la Infantería Española.

— ¿Qué es lo que dijo? (preguntó con voz calmosa).

---

(1) El balcón del despacho del General era en la primera planta, centrado con el edificio y sobre la puerta principal del acuartelamiento. Fachada que de por sí, decía poco en su blancura y rectitud de líneas.

(2) Así dispuesto, estaba en casi todas las Casas Cuartel del Benemérito Instituto, por toda la montaña.

— ¿No lo recuerda?. "Todo lo aguantan en un asalto, lo que no aguantan es que les hablen alto".

— Con las voces que Vd. pega, toda la guardia se está pensando que me está Vd. bronqueando y no que estamos tratando dónde poner un mástil.

— ¡¡Eso no es verdad!! ¡¡Cabo!!! (y con el gesto señaló al de puertas para que se acercara).

El Cabo corrió, se cuadró y mientras permanecía en el primer tiempo del saludo se presentó:

— ¡A la orden de V.E., mi General!

El General con su fuerte vozarrón le habló en estos términos:

— ¡¡¡Muchacho!!! ¡¡A que tú sabes que yo aprecio mucho al Capitán Fulano!! ¡ Y que no le estoy echando una bronca, que es así mi forma de hablar!

El Cabo, sin bajar aún la mano, contestó rápidamente:

— ¡Sí, mi General!

Ante los hechos, el capitán dijo: Ahora verá Vd., mi General, y girando rápidamente gritó, mientras con la mano le indicaba que se acercara:

— ¡¡¡Corneta!!!

— ¡A sus órdenes, mi Capitán!

El capitán cogiéndolo por el hombro le preguntó en voz semibaja:

— ¿A que te has dado cuenta de la bronca de P.M. que me estaba echando el General?

El corneta, con unos ojos chispeantes y una media sonrisa, dijo en tono pesaroso:

— ¡Pues... sí, mi Capitán!

El general y el capitán se miraron y los dos rieron a carcajadas. El general repitió al corneta y a toda la guardia, lo que había dicho al cabo y cogiendo del brazo al capitán, le invitó a un café para quitarse el frío.

# prestación de auxilio inoportuna

---



*En caso de catástrofe o calamidad pública el militar, salvo que tenga orden superior en contra, debe prestar su ayuda, poniendo todo su empeño en atenuar los daños y socorrer a los afectados. Art 193, R.O.*

Habiéndose terminado las obras de un nuevo hospital Militar, y puestos en marcha en él todos los servicios, se decidió por la autoridad competente que el traslado del personal desde el viejo se efectuaría, desde las primeras horas del lunes de la semana siguiente. Debiendo quedar vacíos los locales antiguos a las 15 horas.

Se organizaron distintos convoyes, tanto de camión como de ambulancia, para lo que se echó mano de la Compañía Regional de Transportes y se hizo una concentración de ambulancias, con arreglo a las posibilidades de los distintos cuerpos de la Región. De este modo se consiguió tener todo lo previsto para que todo el personal tanto Sanitario como enfermos y lesionados, supieran con antelación: n° de vehículo, convoy a que pertenecía y hora prevista de salida; con lo que se pretendía que la primera comida se hiciera ya en el nuevo establecimiento.

Un oficial de cazadores, lesionado e internado en este centro, enterado de la organización y de la hora a que le correspondía abandonar el viejo hospital, guiado por la nostalgia de ser el decano de los hospitalizados, y después de los casi dos años que llevaba entre sus paredes.

Con tantos recuerdos en cada rincón de aquel caserón, en el que aparte de salvarle la vida, le habían reconstruido. Decidió presentarse al jefe de Servicios y al Director, en solicitud de que prescindiendo de su categoría de oficial, se le permitiese ser el último que abandonase el viejo convento.

El Director consideró la petición extraña, menos mal que no viciosa, y el jefe de Servicios, no vio objeción alguna en concederle lo solicitado, dictando las órdenes pertinentes al caso.

El teniente desde temprano estuvo en pie y preparado. Haciendo tiempo, vio marchar viaje tras viaje las distintas oleadas de personal y recorrió por última vez, con su paso vacilante de largo balanceo, todo lo que había sido el teatro de aquella nueva vida que iniciaba.

A última hora de la mañana y durante este deambular vio desde la galería superior de los claustros, cómo salía de una puerta de la galería inferior denso humo al principio y largas llamaradas después.

Rápidamente se olvidó de sus lesiones, la llamada del deber le agilizó los movimientos y en pocos momentos se encontraba en el jardín frente a la puerta por la que entre sus barrotes salían largas llamaradas.

En el corto espacio que duró su bajada desde la galería superior recordó el Artículo 44 de las obligaciones del centinela: Si viere incendio...y si entre tanto... pudiera remediar o contener algo... lo ejecutará.

Y los Artículos 384, 85 y 86 del Capítulo VI "Denegación de Auxilio" del Código de Justicia Militar.

Y sin pensarlo dos veces y dado que el único oficial que allí había (aunque maltrecho) era él, rápidamente asumió el mando de cuantos hombres útiles pudo reclutar, entre sanitarios y enfermos. Formando con todos ellos una suigéneris brigadilla de bomberos, con los que en pocos minutos logro forzar la puerta del almacén siniestrado. Dio órdenes para organizar la cadena que portaba los cubos de agua y arena. Dictó instrucciones para confeccionar mascarillas con las que poder internarse en el humo, y una vez extinguido el fuego y asegurado de la no reactivación, dio un detallado parte de desperfectos y materiales destruidos: cuatro bancos de madera con respaldo y brazos de 4,20 de largo, repintados de blanco, probablemente procedentes del convento. Media docena de colchones de lana mal olientes con sus fundas ajadas y claras muestras sobre ellos de evacuaciones involuntarias. Cuatro jarras de lavabo de porcelana y siete bacinillas de lo mismo.

Omitió por olvido reseñar, que según su criterio por detalles observados, el fuego pudiera haber sido provocado.

Posteriormente se alegró de no haberlo dicho; pues si por meterse a apagarlo, "velando por su salud que había puesto en peligro" le corrieron Director, Administrador y todo el protomedicato del hospital si llega a opinar...

Entonces no lo entendió; seguro que si fuese ahora...lo comprendería.

# las covachuelas

---



Habiendo llegado destinado a mandar un Regimiento un nuevo Coronel quiso conocer a fondo el acuartelamiento en donde estaba alojado, y para ello, al día siguiente de su presentación oficial, solicitó del Comandante Ayudante del Cuerpo, que le designara sin ningún tipo de protocolo, un oficial o suboficial para que le acompañara por todo el Cuartel. Pero eso sí:

¡Que se conociera bien todas las dependencias! ¡Hasta la última "covachuela"!

El Ayudante, después de consultarlo con el Mayor, al fin le dio un nombre: el Capitán Fulano. Este Capitán además de ser ya muy antiguo, llevaba en el Regimiento una pila de años, y había pasado por todos los cargos que un capitán puede desempeñar; aparte de ser aficionado a los trabajos manuales, razón por la que en la actualidad estaba a cargo de Obras y Talleres, dependencias éstas, que juntamente con el Almacén, son precisamente las que tienen en todos los acuartelamientos mayor número de cuartuchos y recovecos.

.....  
.....

Había llegado destinado a aquella ciudad mediterránea, el dicho Capitán desde otra Unidad en la que había tenido un accidente, quedando a resultas de él, aparte de escorado como los barcos mal lastrados, renqueante del lado derecho. Razones éstas que al cabo de un tiempo de continuar en ella, le obligaron a buscar Unidades menos andarinas, o por lo menos de marchas menos duras.

.....  
.....

El nuevo Coronel, que en sus últimos empleos había estado de "proto" en la Academia General Militar, no sé si de algún accidente en esa época, o bien a resultas de alguna herida de guerra en las Campañas del 36 al 39, o en la de Rusia, la cuestión es que tenía una pierna ligeramente más corta que la otra, lo que hacía que balanceara el cuerpo al costado izquierdo al caminar.

Citado el Capitán al despacho del Sr. Coronel. Muy temprano se presentó al Ayudante, el que le adelantó de qué se trataba y aclaró el que fuera a las diez horas cuando se presentara definitivamente, pues a esa hora, era cuando quería iniciar el Sr. Coronel su recorrido, dejándole mientras tanto tiempo para "hacer sus cosas".

El Capitán, una vez puestas "sus cosas" en marcha, aprovechó el tiempo que le quedaba en estudiarse un itinerario y hacerse un "guía burros" para no saltarse nada, a la par que cambió impresiones con el Subayudante para que abriera y adecentara las covachuelas, que por no estar previsto enseñarlas en la toma de mando, no se habían limpiado y por el contrario se habían saturado de trastos con motivo de su llegada.

A las 9'50, nuevamente se presentó el Capitán al Comandante Ayudante y pocos minutos después salía por la puerta de su despacho el nuevo Coronel, enfundado en un flamante uniforme de faena con claras señales del plegado de Almacén, con el cual se le notaba poco cómodo o sin costumbre de usarlo por razón de sus destinos anteriores. Le sobran bolsillos y botones, faltándole amplitud al pantalón en la cintura que luchaba por reprimir su "curva de la felicidad". La cinta de identificación de su pecho, olía a tinta fresca de imprenta.

Aunque el día anterior ya lo había hecho en la presentación oficial, el Capitán se presentó nuevamente, a lo que el Coronel con un aire entre jocosos y dubitativo, dándole la mano contestó:

— Así que Vd. me va a enseñar ¡TODO!

La frase sonó algo rara.

Al Capitán, el tono no le llenó de alegría precisamente, pero como él decía: "En peores garitas había hecho guardia", y exagerando la postura y el decir respetuoso, pero con un aire algo chungón tanteando al Jefe respondió:

— ¿Todo? Todo lo que sea púdico, ¿no, mi Coronel?

Usía dándose cuenta de que ése no era el mejor camino, rápidamente rectificó y riéndose le dio unas palmaditas en la espalda, invitándole con el gesto a salir de los despachos:

— Cuando Vd. quiera, mi Capitán

— Cuando V.S. ordene, mi Coronel.

— ¿Le parece que empecemos por este edificio, mi Coronel?



Oficial y suboficial de guardia, Cuerpo de Guardia con sus dependencias, habitaciones del Capitán de cuartel, Salas de Oficiales y Suboficiales y sala de Banderas.

— Y después ya ¿pasamos a otro edificio?

— Me parece muy bien, y sobre todo , "Vd. manda".

Aquel recorrido terminó sin novedad por ser distancias cortas con pasillos y puertas, en los que por necesidad de pasar "de a uno", siempre como es lógico lo hacía el Coronel por delante. Pero cuando salieron al Patio de Armas para dirigirse hacia la cocina, la comitiva se organizó con arreglo a sus dignidades:

El Coronel, a su izquierda el Capitán Fulano y a los costados el Capitán del cuartel que se había unido a la comitiva y el Subayudante.

Nada más empezar a caminar para tomar la diagonal del patio, el bamboleo de Jefe y Oficial se puso de manifiesto, pero con la peculiaridad de que por ser contrarios, se separaban rítmicamente, para reunirse violentamente con un encontronazo. En vista de lo cual a los diez pasos, parándose y cuadrándose militarmente, el Capitán le hizo la siguiente sugerencia:

— ¡Mi Coronel! Si no le parece a V.S. irrespetuoso, ¿qué le parece si cambiáramos de lado? Creo que nuestro caminar sería sin problemas.

— ¡Fulano! —dijo el Coronel riéndose—, ¿sabe que me está Vd. cayendo bien? ¡Pase a mi derecha!

Así, sin problemas, conoció el Sr. Coronel hasta la última covachuela.

# ni nada, ni nada

---



En cierta ocasión y con motivo de una visita del Director General a un Centro de Enseñanza, una vez finalizados los actos protocolarios de Ordenanza, y dichas en la Sala de Oficiales las palabras de salutación y bienvenida, mientras tomaban un vino departía con el Director del Centro, a la par que de una forma más informal, pero más personal iba saludando a todos y cada uno de los Jefes y Oficiales.

.....

.....

Se daba la circunstancia de que en dicho Centro, estaban destinados como oficiales, dos hermanos. Capitán el uno y subalerno el otro, navarros por origen y nacimiento, raros ejemplares de esa región, pues ninguno de los dos bebía vino, no por especial virtud, sino simplemente porque no les gustaba (como alguno de ellos decía en broma cuando comentaban la circunstancia). Eran navarros preparados para la exportación.

.....

.....

Pues bien, en ese confraternizar de los Generales con la oficialidad, fuera por estar más cerca o fuera por las circunstancias que fueran, charlaron primero con el Subalerno:

— ¡Fulano!

Llamó el Director del Centro, al mismo tiempo que con un gesto le indicaba se acercara.

— ¡A sus órdenes, mi General!

Dijo el teniente presentándose.

— Mira, mi General, permíteme que te presente al Teniente Fulano.

Fueron las palabras de presentación del Director del Centro. A lo que el ilustre visitante siguiendo la normativa con todos empleada, señalando las botellas que tenía sobre la mesa y con ademán de servirles una copa muy cortésmente le preguntó:

— ¡Fulano! ¿Qué toma?

— ¡No, nada, mi General! ¡No bebo!

— ¡No me diga!

Exclamó sorprendido. El Director intervino bromeando:

— Sí, mi General, ¡éste es un bicho raro!

El Director de Enseñanza, remachando en su cortesía sacó una pitillera y abriéndola le ofreció al Teniente:

— ¡Es negro!

— ¡Gracias, mi General! Contestó el teniente mientras cogía uno. El General tomó otro dando tiempo con ello a que el oficial sacara el mechero.

Los tres prendieron sus cigarrillos y entre calada y calada de humo charlaron largamente. Este parloteo dio tiempo a que en la zona de observación del Director del Centro, entrara el otro hermano:

— ¡Mengano! Llamó. A éste generalmente siempre le nombraba por el nombre de pila.

El Capitán acercándose se cuadró y saludó:

— ¡A sus órdenes, mi General!

— Mira, ¡mi General! Este es el otro hermano.

— ¡Capitán Fulano! Dijo el capitán mientras apretaba la mano que le ofrecía el visitante. El General, repitiendo una vez más su ofrecimiento, preguntó:

— ¿Qué toma?

— ¿Yo? ¡Nada! Gracias, mi General, no bebo.

— ¡Es verdad! ¡Ya se me había olvidado que Vds. no beben! Y repitiendo lo hecho y dicho con el otro hermano, saco la pitillera ofreciéndole:

— ¿Un pitillo?

— ¡No, gracias, mi General! Contestó el Capitán.

— ¡Es negro! Insistió.

— ¡Ya, ya! ¡Mi General! Gracias, muchas gracias, es que no fumo.

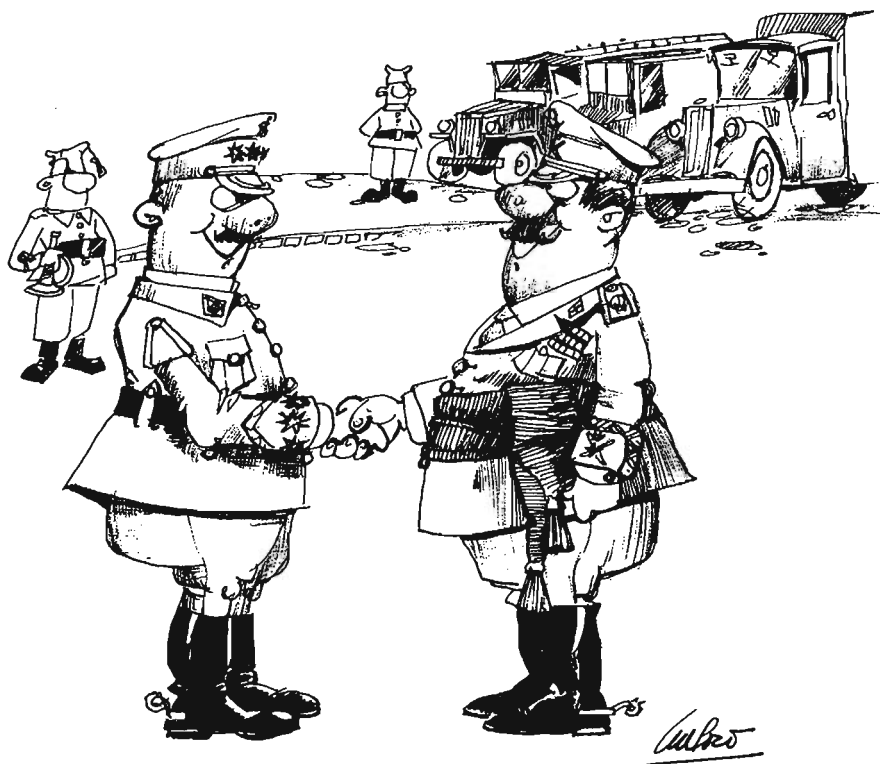
El General, con la pitillera en la mano se quedó cortado y sorprendido, y en voz baja como si hablara consigo mismo dijo:

— Vd....., ni fuma....., ni bebe..... ¿ni nada, ni nada?

— ¡Ni nada, ni nada! ¡Alguna que otra vez! ¡Mi General!

# el 2.º escalón

---



*Cuando la situación es adversa y la esperanza poca,  
las determinaciones fuertes son las más seguras.*

*Tito Livio.*

Había llegado al empleo de Coronel y por ello al poco tiempo a mandar un Regimiento un personaje, "El Chus", genial desde teniente.

Pasadas las mieles de la entrega de mando y cuando aún no se había enterado de la ubicación ni total funcionamiento de todas las dependencias del acuartelamiento, recibió un escrito del Jefe del Estado Mayor de la división, anunciándole que para el día tal, total el lunes de la semana siguiente, su Excelencia pasaría juntamente con el Jefe Regional de Automóviles, la Revista Anual.

El tal Coronel, había coincidido unos días con el General, en el empleo de teniente cuando fue destinado al Regimiento nº 33 nada más alcanzado el dicho empleo y el otro el de Capitán. Situación ésta, que mientras preparaba la visita no perdía la oportunidad de pregonar, como si con ello adquiriese más seguridad y sosiego al sentirse "viejo amigo del General".

Fueron unos días (afortunadamente pocos) de tensión, no en balde iba a ser su primera revista como Coronel de un Regimiento y sobre todo después de tantos años de Comandante y Teniente Coronel en destinos burocráticos. Tenía buenas ideas, pero se encontraba oxidado y sobre todo le faltaban "tablas".

Por fin, así llegó la víspera del "día de autos" (nunca mejor dicho). Por la tarde organizó la gran exhibición en el patio con todos los vehículos perfectamente alineados y cubiertos, de lejos parecían una caja de juguetes la noche de Reyes; todos los coches limpios y pintados, sus motores petroleados y las ruedas embetunadas con un brochazo blanco en la numeración, luces en pleno funcionamiento y arranque instantáneo, toldos reparados o nuevos. Conductores y cajas de herramientas impecables al pie de los vehículos.

Todo estaba perfecto y se sabía de memoria: plantilla, estadillo y características de todos los vehículos. Dentro del nerviosismo, estaba plenamente satisfecho. Felicitó a los colaboradores y mandó retirar el material. Aquella tarde, sin subir a su pabellón se quedó en el bar de la residencia hasta muy metido en la noche, hizo comentarios con

unos y con otros, invitó a unas tapas calientes y unos vinos, a unos solteros desocupados y a los Jefes de Batallón y Armamento "solteros en comisión"; y ya con el último telediario se fue al pabellón.

Amaneció el día de la Revista, diáfano y esplendoroso. Desde muy temprano el Sr. Coronel estuvo disfrutando de su magnífica temperatura, y todo el Regimiento de su presencia física.

A las nueve cuarenta y cinco, todo el mundo estaba en su puesto y el Coronel en la puerta. Puntualmente a las diez, el toque de atención General y la marcha de Infantes anunciaban la llegada de su Excelencia.

Todo fue un éxito: día, presentación y coordinación. Hasta el último vehículo arrancó evolucionando perfectamente y cuando se perdía por una de la bocacalles para la concentración para el desfile, vino la pregunta inesperada y conflictiva:

— ¡Muy bien!, ¡perfecto todo! Aun con el poco tiempo que llevas mandando el Regimiento, se ve que te has hecho con él.

Decía el General mientras le ofrecía su mano en señal de agrado y felicitación. Dicho esto, giró, y echando la mano izquierda sobre su hombro, mientras le daba unas palmaditas comentó:

— ¡Muy bien, "Chus"! Está todo muy bien, sólo falta que me enseñes el "2º Escalón". ¿A ver cómo tienes ese 2º Escalón? ¿Por allí, no? (dijo señalando hacia las cocheras).

Aquella pregunta fulminó al Sr. Coronel, aquello ni en letra pequeña lo había visto en su libro. Por el tono de la voz, no supo si la cosa iba en broma o en serio, pero desde luego lo que no podía hacer, era desperdiciar aquella gran faena con un mal "pinchazo" y como fuera, había que ir a por todas entrando a matar por derecho, y así lo hizo:

— ¿Segundo Escalón dices? ¡Mi General! ¡De eso, nada! ¡Ni primero siquiera! Que hemos hecho una rampa y ahora entran y salen los vehículos del garage sin ningún tipo de problemas.



# la gran parada

---



*Alta es la montaña, pero más  
alto es el espíritu del montañero.*

*Sir Francis Younghusband.*

Al igual que a Isabel II se le ocurrió pasar revista a una Gran Parada Militar en los llanos al pie del Castillo Montearagón en las proximidades de Huesca. A una principal figura de los Príncipes de la milicia, también se le ocurrió montar una magna concentración en los llanos cerca de Alcalá del Obispo en las proximidades de la misma ciudad, con vistosa parada y desfile de una Brigada entera; por lo que con tan fausto motivo, en uno de los acuartelamientos de la Plaza y en una gran nave, reunió en comida de hermandad a todos los cuadros de mandos. Aprovechando los intervalos y la sobremesa de la comida para intentar con la charla salir al paso de uno de esos "rumores periódicos" sobre un fantasmal proyecto de reducción de edades y plantillas. Al decir sin decir, pareció haber dicho lo que no dijo, y dándose cuenta de que sus palabras y explicaciones no eran acogidas con alegría precisamente, intentó ganarse al respetable gastando bromas, que por inoportunas y poco originales no sirvieron para mejorar la situación precisamente:

"No cabe duda que para subir la mole de ese Coronel a lo alto de un pico (refiriéndose a su gran estatura y voluminoso tórax), se necesita mucho espíritu." Dijo queriendo elogiar y unirse a la consideración con que contaba en la Brigada, pero sus palabras no fueron bien interpretadas por aquellos rudos montañeros; por lo que cambiando de terreno quiso probar suerte y cantó una loa al "olor a mulo", olor que según les dijo: "Ahora al estar con vosotros, me doy cuenta que hacía tiempo lo echaba de menos. Ese olor característico que acompaña a las Unidades a lomo, de las que soy un enamorado y que como prueba de ello estoy dispuesto a proponer un distintivo que os acredite como unidades de élite ante el Ejército entero".

Tampoco esta vez consiguió calar en la gente ofendida por sentirse aludida, y en vista de lo cual, el Gobernador Militar, hombre que "sabía manera" y que gozaba de prestigio entre la oficialidad, quiso echar un capotazo y llevar las aguas a buen cauce cortando el monólogo y llamando a la mesa de la presidencia por distintos motivos, a algunos Jefes y Oficiales, que fueran dándole al ilustre visitante una idea más clara de lo que era la vida en la Brigada. Entre ellos se encontraba uno, que había sufrido un aparatoso accidente de escalada y que por llevar varios años en la Brigada era algo conocedor de chascarrillos, usos y costumbres de estas Unidades.

Mucho se resistió el requerido, pero ante la insistencia del General, aceptó y allí que se fue con la sana intención de colaborar en el buen propósito, pero el "Diablo de las Revistas" (que decía el General Bermúdez de Castro) es capaz de todo y Vds. verán el resultado con arreglo al diálogo:

(El Gobernador Militar):

— Mi General, me vas a permitir que te presente al Comandante Fulano, que lleva varios años en la Brigada y que por un accidente de escalada se produjo cuarenta y dos fracturas, pasándose dos años en el hospital.

(El Príncipe de la Milicia, asomándose por encima de la mesa y después de hacerle un recorrido analizador de arriba abajo y de abajo arriba):

— ¡Hombre! Pues no se le nota, para tanto como dices.

(El interfecto):

— ¡Mi General! Quitando que me ha quedado una pierna más corta que otra y algunas complicaciones articulares, la verdad es que no me puedo quejar.

(El Teniente General):

—¿Tiene Vd. hijos?

Ante lo peregrino de la pregunta, el Gobernador Militar y el Comandante se miraron, y al final éste contestó:

— Tal vez por el mucho caminar por la montaña entre ventiscas y lluvia, se me mojó la pólvora... y no, sólo tengo hijas.

(El Teniente General):

— ¡No! ¡Es igual! Se lo pregunto por si sus hijos han heredado la cojera.

La cara del Gobernador Militar cambió de expresión y temiéndose una salida oportuna, pero poco diplomática, quiso cortar, pero el interrogado ya estaba contestando:

— ¡Mi General! Sin duda V.E. olvida, que lo que yo me rompí en el accidente, fueron los huesos y los hijos proceden precisamente de donde no lo tengo, aunque algunas veces lo parezca.

El Gobernador, ante la situación, optó por reír; el Príncipe se unió a las risas. El Comandante pidió autorización para retirarse y con una ligera sonrisa adivinándose en sus labios, se fue hacia su mesa. A los pocos momentos al salir del comedor la Presidencia, al pasar el Gobernador junto a su mesa, se disculpó:

— ¿No le dije, mi General, que esto traería malas resultas?

— ¡El Diablo de las Revistas siempre la enreda!

El General dándole la mano de pasada le tranquilizó.

— ¡Nada! ¡Eso no es nada! y sobre todo ¡¡gracias!! ¡Ha estado estupendo!

# el brindis

---



*Si quieres que las cosas se hagan bien,  
¡hazlas tú!  
Si te da lo mismo, el que se hagan bien o se hagan mal,  
¡mándalas hacer!  
Y si no te importa, que se hagan o no se hagan,  
¡manda que las manden hacer!*

*Coronel M.E.*

Corrían los años ochenta, cuando en el Acuartelamiento de un Regimiento perteneciente a una Brigada de Cazadores, el Capitán/encargado del depósito de Víveres y almacén, como cada año al acercarse las fiestas navideñas, hizo las gestiones pertinentes para conseguir buenos precios en los artículos característicos y tradicionales de esas festividades tan hogareñas, tales como: turrónes, vinos y licores. Tanto para la cocina de Tropa como para la venta a familias. Y en su afán de rebajar al máximo los precios, se comprometió en unas cantidades, que según su concienzudo estudio del Plan General de Instrucción y con estadillo en mano, tendrían salida rápida y total, con arreglo al contingente de personal presente en el Cuartel en cada uno de los dos turnos de permiso de las Navidades.

Pero ¡hete aquí! que el hombre propone y Dios dispone (algunas veces valiéndose de los Generales de Brigada), que, como el de la que nos ocupa, decidió tal vez inspirado por su Jefe de E.M., variar el orden de ocupación del CIAM de Rioseta y refugio de la Mina, con lo cual dos Compañías del Batallón, salieron disparadas precisamente en los días de las Navidades; estropeándole al Capitán Inspector de cocina tanto el estadillo como las "papeletas" previstas, por lo que se dio gran prisa en comunicar a su compañero de Víveres que quedaban sin efecto las peticiones hechas para tales días. Asumió el rebote el expresado Capitán de Víveres, y auxiliado por su fiel Sargento hicieron un exhaustivo estudio de la situación y cuando llegaron al pleno convencimiento de que al final del año les quedaba un respetable "muerto", fue contrito y "acongojado" a exponer al Teniente Coronel Mayor, el cataclismo que se avecinaba, con champagne y turrón hasta las cejas, y una relación valorada monstruo para cerrar el Ejercicio.

El Mayor, viejo luchador y con más conchas que un galápago, no le dio gran importancia al asunto, con lo que el novato y joven Capitán, alta y gratamente sorprendido, respiró profundamente, quitándosele la pesada losa que amenazaba con

aplastarle el pecho. Cuando estaba esperando oír atronador el bozarrón del Teniente Coronel invitándole a que montara una cava particular en su domicilio con el consiguiente quebranto de su paga, se encontró con que con una voz que en aquellos momentos casi le sonó hasta afeminada, considerara serenamente: las cajas de champagne sobrantes de las Navidades, vendrían muy bien para la onomástica del Rey, pues he oído, que a primeros de año entrará en aplicación un nuevo impuesto, y las botellas en el almacén no comen pan.

Y así es como en la relación valorada de finales de enero pudiera leerse: "Segura Viudas Seco", ocho cajas; y sobre ellas en el almacén un cartel: "No tocar", "para el Santo del Rey".

Llegó el licenciamiento, y con los veteranos se fue el cartel y la hipoteca. Los nuevos reclutas destinados en el Depósito de Víveres pronto aprendieron la reiterada lección del Capitán: "de la importancia que tiene, el que a final de cada mes hubieran salido cuantas más mercancías mejor; pues de esa manera se reduce la relación valorada y con ella el recibo empeñado en Caja". Esto unido a que con motivo de las Primeras Comuniones de los hijos de los Cuadros de Mando de la Unidad y la subida de precios en la calle, hizo que a finales del mes de mayo, casi no quedara champagne en el depósito.

A primeros de junio, en la liquidación de mayo, ya no figuraban en relación, más que seis botellas supervivientes de la reserva, y al presentarla el Capitán, el Mayor lo vio, y medio hablándolo consigo mismo y medio preguntándolo, le dijo señalándole con el revés del bolígrafo la línea del champagne: esto es lo que figura, pero en depósito sin cargo nos queda el del Rey.

Al Capitán le cogió en pañales la pregunta, ya ni se acordaba del brindis y contestó una serie de sonidos inarticulados, que el Teniente Coronel, que tan seguro estaba de ello, dio por afirmación.

Tan pronto como salió del despacho y sin pasar por caja para entregarla, el Capitán lo primero que hizo, fue marchar como un rayo hasta el depósito para cerciorarse del cataclismo que presagiaba. ¡Las seis botellas eran el total!

Los gritos del Capitán, el estupor del Sargento y la cara de circunstancias de los muchachos, no solucionaron el problema en el resto de la mañana.

Ya por la tarde, y con los ánimos más serenos, empezaron los raciocinios y las propuestas de solución. Se tantearon varios proveedores telefónicamente y se concertaron citas con propuestas para la mañana siguiente. "Por razones del Servicio"

(por lo menos eso se les dijo a ellos) el Capitán no estuvo presente, para obligar a dejar notas escritas de las distintas ofertas; que después serenamente fueron estudiadas al "alimón" por el dúo administrativo, llegando a la conclusión de que: en ausencia del "Segura Viudas", seco, que era el predilecto del Sr. Coronel, el más aceptable era el Rondel barato.

Satisfechos del feliz término del problema, el Capitán encargó al Sargento que telefonara e hiciera el pedido en firme.

El Suboficial cumplimentó la orden y no encontrando al representante en su despacho, concertó la operación con la Srta. que hacía de contable en la Cooperativa de Hostelería, la que dejó sobre la mesa de su jefe, la nota recibida del Regimiento. El representante la leyó, y aunque no entendió un cambio tan rotundo en el programa, lo aceptó: ¡estos militares!, con eso de las órdenes de la superioridad no se sabe por dónde van a salir.

Al aproximarse la fecha de San Juan, el Sargento se adelantó al pensamiento del Capitán y se aseguró del cumplimiento del pedido. Todo fueron buenas palabras, pero la verdad fue que el día 23 aún no estaba la mercancía en el Regimiento.

Capitán y Sargento se pusieron nerviosos y el teléfono ardió. Se confesaron con el Teniente Coronel, al que aseguraron lo que ellos dudaban que fuese cierto, que por la mañana nada más tocar Diana, las botellas estarían en el Cuartel.

Corría la mañana del 24, el Subayudante y sus muchachos, hormigueaban por "banderas" con mesas y manteles, los camareros alineaban copas.

En la mesa de la Presidencia y en las cabeceras de las otras, seis botellas de Segura Viudas seco, daban fe de que allí se iba a proceder a un brindis.

La hora es la hora, el Corneta de Guardia, según lo previsto y por Orden del Oficial, tocó en el patio llamada a Oficiales y Suboficiales.

Los últimos remoloneaban por la puerta hasta decidirse a entrar, los seis alféreces de la IMEC, ya ocupaban la punta de una de las mesas, el Teniente Coronel Mayor se paseaba inquieto bufando, ya que sólo faltaba el Coronel, y las botellas, claro.

El Coronel, poco se hizo esperar, frotándose las manos y haciendo diversos comentarios con cada uno que se cruzaba, llegó a través de la "U" de enmanteladas mesas y alineadas copas, hasta el fondo del salón, donde estaba la mesa presidencial con las "fuerzas vivas del Regimiento", que se cuadraron.



Al tropezarse con el Mayor preguntó: ¿ya está? "Sí, mi Coronel, en seguida están poniendo las botellas en las mesas", contestó, y salió disparado hacia la puerta principal. En ese momento una furgoneta llegaba como una centella a la puerta del Cuartel frenando con un fuerte chirrido derrapando con la gravilla. El Sargento Germán, la esperaba impaciente, todo fue un abrir y cerrar de ojos, las cajas de cartón pasaban de mano en mano rápidas hasta la Sala de Banderas, un camarero las destripaba, otro tras quitarles el polvo con un paño húmedo, las dejaba sobre las mesas ya descorchadas. Lo silencioso de este ritual, le mosqueó al Mayor y pidiendo una, pudo comprobar con estupor que no era "Rondel" barato, sino "Ron" del barato, y con gesto hostil, mostrando al Sargento una negra botella de Ron Negrita, le interrogó con la mirada. El Sargento, estupefacto y con cara de terror, contestó al gesto subiendo las cejas al mismo tiempo que los hombros.

El Coronel brindó con champagne y jamás supo que su Regimiento, más que como Regimiento de Cazadores, brindó como una tripulación pirata.

# el toque de regimiento

---



*Ni amigo me hizo favores,  
ni enemigo me infirió afrentas,  
que no devolviera con creces.*

*Sila*

Es raro el Regimiento, en que los "tácticos" no miren con cierto aire de superioridad a los "logísticos" y "burocráticos". La sufrida clase de los "plumíferos", es menospreciada, no con el corazón, pero sí con la lengua; como si no fuese por lo menos tan fatigoso llenarse la cabeza de números y de escritos a la respetable superior Autoridad de V.E., metidos en una covachuela; que las botas de polvo y de olor a tomillo, en la amplitud de los Campos de Instrucción. En el fondo es terror a ese tipo de posibles destinos, reconociendo en su subconsciente desconocimiento.

Cuando el jolgorio de los "guerreros" a la vuelta de la instrucción entra en el bar; la columna "Water man" sale silenciosa cargada de nicotina y de problemas sin solucionar. ¡Mañana aún serán más urgentes!

De entre los del Servicio de Semana, se pueden identificar las dos clases: los que descansan entre teórica y revista, haciendo comentarios con fondo musical de la tele, y los que queman ese tiempo cuadrando cuentas o pasando escritos para ganarlos y que salgan al día siguiente.

Esto es hasta permisible entre los pipiolos recién "escudillados" <sup>(1)</sup>, pero algunas, aunque afortunadamente raras veces, también trascienden a algunos Jefes.

Y éste era el motivo y la razón, de una guerra fría entablada entre el Teniente Coronel Jefe del Batallón, y el Capitán de la Compañía Regimental, al que no perdonaba que valiéndose de su imaginación y de contar con todos los soldados más especializados en las más diversas artes y oficios tuviera una Compañía repleta de pequeños detalles que le daban vistosidad y que hacían que fuera la Compañía que normalmente el Coronel enseñaba a sus visitantes, circunstancia que tomaba el Jefe como agravio a su Unidad.

Esta guerra y algunas pequeñas consecuencias dimanantes de la misma, obligaron al imaginativo Capitán, a sacar tiempo robándolo un poco, muy poco a la Diana y un algo

---

(1) Escudillar: Voz alto aragonesa, sinónimo de recién salidos de Escuelas, Universidades o Academias, comparativo a cuando se saca la carne del cocido.

más a la entrada en talleres y dependencias, y así de esta forma en cuatro días alternativos a la semana, pulirlos en gimnasia y orden cerrado, llegando a conseguir que previo el machacamiento de algunos, más bien muchos dedos; hicieran una tabla de esgrima de fusil digna de la Escuela Prusiana de los años 14. Y para la cuestión de formaciones logró, dada la abundancia del material humano, cuadrar una compañía a noventa hombres, de la que cada chaval tenía sus coordenadas, incluidos los suplentes, y todo con el mayor secreto posible y el solo conocimiento del Teniente Coronel Mayor, que accedía a esta petición por los resultados logrados, o más bien, por un cierto afecto hacia el Capitán, pues no en balde había sido Capitán Proto suyo en Toledo. O también, ¡que todo es posible en Granada!, por cierto puntillo y ganas de mojarle la oreja, sanamente, a su "farolón" compañero de empleo.

En estas circunstancias tomó el mando de la Capitanía, un nuevo Capitán General, y entre las normas que dio (con muy poco tiempo) fue que en su primera visita, formaran los Regimientos al completo.

Esta noticia hizo ponerse nervioso al Coronel, que después del correspondiente conciliábulo, y ante los peros del Jefe del batallón, de no responder de lo que pudiera hacer la Cía. Regimental (comentario que repitió en el bar con sus Comandantes y ante alguien más, que no tardó en hacerlo llegar hasta el Capitán de la expresada), dispuso: que aún siendo sábado esa tarde se formará a las 17,15 después de que pasara el calor fuerte de la tarde y que a las Compañías les diera tiempo de adecentar uniformes y armamento.

Desde la una y media los barberos no descansaron, ellos no formarían y así trabajaron sin prisas ni pretextos. A las cinco, cuando llegó el Capitán de la compañía, parecía la de honores del Batallón del Ministerio. Reunió en su despacho a Oficiales y Suboficiales, y ya algo llevaría en su pensamiento, cuando lo único que dijo fue: Ocurra lo que ocurra nadie obedece más ordenes que las mías, ¿enterados?. Siguió charlando cosas intrascendentes hasta que sonó el toque de Escuadra.

La voz del Cuartelero de Puertas gritó: ¡Compañía, Escuadra! Se abrieron los armeros. La Tropa, tomó fusil y machete, el Cabo de Cuartel y Sargento de Semana contaron los que quedaban, cuadró y se encadenaron. Remolnamente los soldados fueron entrando en formación. La corneta sonó nuevamente. El Cuartelero repitió: ¡Compañía, Compañía! El Capitán y los Oficiales que estaban en su despacho, dieron la última chupada al cigarro y lo aplastaron en el cenicero, tomaron los sables y salieron poniéndose los guantes.

El oficial de Semana mandó firmes y presentó la Compañía al Capitán, los subalternos entraron en su puesto de formación y el Capitán dando la orden de bajar la Unidad al

patio, se quedó mirando el Estadillo. Cuando bajaba las escaleras, por las ventanas abiertas, llegó desde el patio el toque de Batallón y llamada.

Desde diversos puntos fueron concentrándose en el patio de Armas las distintas Compañías del Batallón. Conforme llegaban a su puesto entraban en "Línea de a tres", cubrían, daban novedades y pasaban a la posición de descanso. Pronto el Batallón estuvo formado en "Orden de línea", al fondo en una esquina del patio y al pie de su pabellón, la Compañía Regimental formada en Línea y en posición de descanso, permanecía inmóvil. Sólo su Capitán al frente de ella, estático con las manos apoyadas en el pomo del sable y las piernas abiertas de cuando en cuando recorría todo el frente con pasos largos y lentos como si esperara algo. Algo, que no tardó en producirse, ¡poner nervioso al Teniente Coronel!

El Señor Coronel bajó al patio y nada más percatarse de su llegada, el Teniente Coronel Jefe del Batallón, mandó firmes; mientras el Capitán a su vez también lo hizo, para demostrar que por entonces, aún era independiente. El Teniente Coronel, tras mandarle una mirada fulminante por no respetar su orden, se adelantó hacia el Coronel para darle novedades.

Mientras dialogaba, sin duda como contestación a alguna pregunta alusiva al distanciamiento de la compañía Regimental, hizo una serie de gestos muy expresivos, pues después de señalar al Capitán (que atravesando el patio se encaminaba hacia la persona del Sr. Coronel sin duda para darle novedades), abriéndose de piernas y con las manos con sus dedos entrelazados, hacía rítmicamente, un moviminetto alternativo de arriba abajo, y de abajo hacia arriba a la altura de la entrepierna; y no pudiendo contenerse por más tiempo, espetó con grandes voces: ¡¡¡Fulano!!! ¿Se puede saber a qué espera para traer su Compañía?

El Capitán se paró en seco, coincidiendo su posición con el centro del patio se cuadró con un seco taconazo que resonó en los edificios y con su mano en el primer tiempo del saludo mientras sonaba el sable en el cemento al soltarlo, contestó sereno pero con fuerte voz. ¡Sí!, ¡mi Teniente Coronel!, ¡a que toquen Regimiento!

La cara del Jefe de Batallón se puso lívida. La del Coronel, sorprendida. La del teniente Coronel Mayor, sarcástica.

El cornetín recibió la Orden de tocar Regimiento. El muchacho, por ser toque que normalmente no tocaba en formaciones, se ofuscó y confesó desconocerlo. El Corneta de Guardia, recibió igual Orden con idénticos resultados. El Brigada Maestro de la Banda sintió los sudores del Huerto de los Olivos.

Mientras tanto el Capitán, que tras agacharse para tomar nuevamente el sable, había continuado su marcha, cuadrándose ante el Coronel le daba novedades de su Compañía, y terminado el requisito; dirigiéndose al asustado dúo de cornetas les comentó: ¿Todas las noches cuando iniciáis el toque de Retreta no tocáis: "Ros, chaquetilla y pantalón"? ¡ Sí, mi Capitán!, contestaron al unísono. Pues eso es Regimiento. Tocarlo seguido de la contraseña. Y después de saludar nuevamente al Coronel, dando media vuelta a pie firme, regresó al frente de su Compañía.

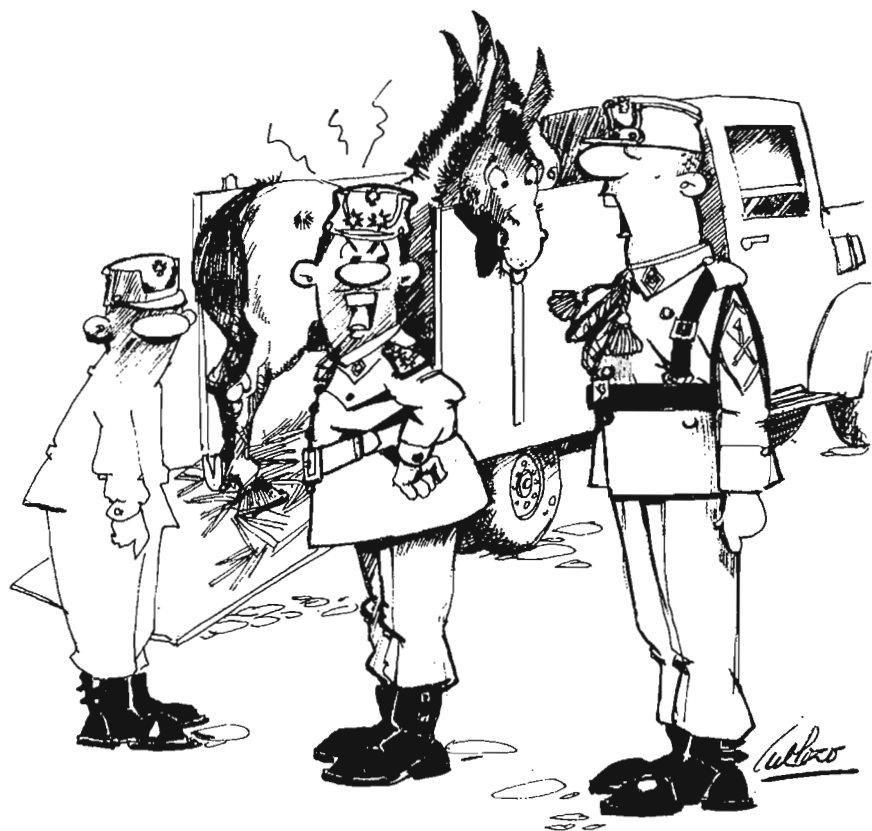
El toque no se hizo esperar, y la Compañía tampoco, la cual atravesó el patio como si a la guerra fuera, llenos de espíritu belicoso, flameando su blanco y rojo banderín.

Formada en Línea frente al Batallón, la presentó al Jefe y pidiendo autorización para entrar en formación, la colocó en la cola.

La perfección de los movimientos de conjunto, llenaron de satisfacción y de paz al Sr. Coronel, y aquella tarde quedó patente, que tanto la Compañía Regimental como su Capitán, eran para tenerse en cuenta.

# las aclaraciones en lengua vernácula

---



Dios quiso, y el Excmo. Sr. Ministro, que después de treinta años de total separación, se encontraran en una especial circunstancia dos íntimos amigos de promoción, que al salir de la Academia emprendieron dos rumbos totalmente opuestos.

El uno se encaminó al norte, y en tropas de Cazadores quemó todos sus empleos y sus años. Mandó desde Sección hasta Batallón, se diplomó en montaña y en Operaciones Especiales y desempeñó todos los cargos existentes en un Regimiento. Cuarenta y tantas cocinas figuraban en su haber a través de sus trece largos años de Capitán.

Puso el pie en todas las sierras del Pirineo, y muchos tres miles conocen su nombre; esquió en toda clase de nieves de España y de los Alpes. Alcazándole ya maduro, el empleo de Teniente Coronel, no siendo clasificado para el curso de Mandos Superiores.

El otro de salida se fue a Regulares, y poco tardó en dejar en caqui el rojo plato de su gorra. Lució chilaba por Toledo, mientras hizo el curso de gimnasia. Se preparó e ingresó en la Escuela de Estado Mayor, en el tiempo que estuvo destinado en un Regimiento de Línea de Madrid. Le puso la faja azul una alta jerarquía, por ser de los "primeracos" de su Promoción de E.M.

En principio por servidumbre de diploma, y después por querencia, no pudo salir de los Estados Mayores, en los que hizo un espléndido papel, tanto en los Cuarteles Generales de las Unidades como en el Estado Mayor Central.

Se diplomó en Psicología, Cifra, Geodesia e Interpretación Fotográfica. Dominaba el inglés y tenía su "Posee".

Llegó joven, porque lo era, al empleo de Teniente Coronel y salió airoso del Curso de Mandos Superiores.

Hasta aquí los caminos divergentes de los dos amigos; pero al llegar las fechas de que la Promoción empezará su ascenso a Coronel, el "sudista" se puso en comunicación con el "montañero" para informarse de cómo estaba el Regimiento, y qué tiempo le restaba a su Coronel para terminar el Mando.

Al Teniente Coronel, le alegró pensar que el breve tiempo que le quedaba de mandar el Batallón, lo haría a las órdenes de un conocido, que aunque "verde" en cuestiones de montaña, era hombre agradable, competente, y sobre todo amigo. Le puso al corriente



de todo, y se ofreció para asesorarle, mientras él estuviera. Era el tiempo más que suficiente para enterarse de lo que un Coronel necesita saber de la especialidad. Otra cosa sería, en el caso de destino de mando de Teniente Coronel; pero de Coronel, listo y "Paternina" <sup>(1)</sup> no había problema, le sobraba tiempo.

Y así fue como pidió y se lo dieron, un Regimiento de Cazadores, a un Coronel, si ya no "sudista", sí "centrista"; y así fue como ese Coronel se fue imponiendo poco a poco, en las técnicas, material y problemas que tienen estas Unidades. Rara era la mañana que encontrándose en su despacho el Teniente Coronel, no le llamara el Coronel tres o cuatro veces, para preguntarle alguna cosilla, y cuando estaba en el campo, no perdió la oportunidad de hacerle una visita, para también ir conociendo el terreno de la zona donde normalmente desarrollaba sus actividades la Unidad.

Al acercarse unas maniobras de la Brigada, todo el tiempo era poco para organizar la Unidad y prever todo lo que pueda pasar, pues en la montaña la improvisación es peligrosa, el clima es implacable y los itinerarios duros; y a veces intransitables. De aquí, el que aquellos días, los requerimientos de V.S. resultaran poco oportunos, restándole tiempo y sobre todo quitando coherencia a las órdenes, normas o instrucciones que el Teniente Coronel tenía que dar constantemente.

Y así fue, que estando con sus Capitanes en el patio de los abrevaderos tratando de solventar el problema planteado para el transporte del ganado, ante la falta de Vagones Jota en el Convoy por ferrocarril y la negativa de la agregación de los "adrales" <sup>(2)</sup> de Artillería, tenía que efectuarse con los cuatro de plantilla del Batallón. Se personó a la escena un gastador, que después de buscar al Teniente Coronel entre el tumulto de mulos, acemileros, Sargentos y Capitanes, lo vio aparecer en lo alto de un camión entre los mulos que estaban cargados, tratando de cargar un mulo más por camión a base de quitar los separadores y absorber los desplazamientos laterales del ganado con cuerdas que hicieran la función de aquéllos. Pero el problema era el punto de amarre a la altura conveniente.

Al oírse aludir: "Mi Teniente Coronel". Arrugó la frente al mismo tiempo que levantaba las cejas, y con los ojos muy abiertos preguntó: ¿Qué pasa, chaval?

---

(1) Paternina Banda azul: Alusión humorística y cariñosa a los de Estado Mayor.

(2) Adral: Camión especialmente acondicionado para el transporte de ganado, dotado de unos separadores transversales en la caja para evitar que el ganado que viaja de costado con relación a la marcha, por falta de equilibrio, pierda pie y al caer se produzcan lesiones.

— Que dice el Sr. Coronel, que vaya Vd. "ipso facto", que quiere decir "inmediatamente".

El Teniente Coronel, cansado de tanta interrupción, frunció las patas de gallo quemadas por el reverbero de las nieves, y entornando los párpados hasta casi dejar imperceptibles sus claros ojos, después de unos segundos de silencio contestó:

— Le dices al Sr. Coronel, que iré a "motu proprio", que quiere decir "cuando me salga de los... narices".

Y continuó buscando dónde atar la cuerda.

Aún se veía al gastador, cuando tirando la cuerda con violencia y tomando la gorra que tenía colgada en una esquina de la caja, saltando al suelo, dijo suavemente:

— Continuar hasta que encontréis una solución y me informáis.

Prendió un cigarrillo y lentamente se perdió por la esquina de las cuadras.

# los lumeros

---



*Gigantes cazadores, las montañas,  
sentadas y en la mano la barbilla,  
observan a su presa que se acerca.*

En aquella espléndida mañana de cielo azul, recortaba su inmaculada silueta la Tuca Blanca. En su collado un suave viento racheado, barría el polvo de la "nieve primavera" lanzándolo al aire, para caer después despacio, como una tenue llovizna de diamantes diminutos, que lanzaban mil destellos como el sol.

El curso de esquí estaba terminando, pero aún así la nieve era abundante, solamente en la "pala de los Vascos" las rocas afloraban. Aquel año el invierno había sido duro. Las temperaturas descendieron como pocos años se había conocido. El día de la Virgen del Pilar, la nieve hizo su presentación, amaneciendo todo cubierto de una buena capa blanca, aunque por la tarde prácticamente había desaparecido.

El Sarrio <sup>(1)</sup> y algunos otros veteranazos presagiaron un buen año; y así fue. El curso rindió mucho y la Compañía alcanzó un nivel muy respetable, fue el primer año del "andaribel" <sup>(2)</sup> aparte de que la Compañía tenía dos subidas diarias de telesilla.

Las ataduras tipo "Altus" de sirga cerrada con dos muelles tensores y cangrejo graduable habían desplazado a las de muelle lateral y muy lejos quedaban las rudimentarias "Candanchú" de cangrejo lateral y poco seguro sistema de tensado, a base de correas de cuero al cromo, que cuando no se rasgaban, se estiraban de mala manera.

Las botas de experiencias de tacón corrido y aunque con caña baja, con buen ajuste en el tobillo por la lengüeta acolchada y bordura de goma, ceñida por dos órdenes de cordones, exterior con ganchos, e interior de ollados, dejaron atrás a las chatas de becerro vuelto, que parecían de pelo de camello y se calaban sin solución, por mucha cera "Clister" que se diera en sus costuras.

La mañana había sido "una gozada", la nieve lo permitía todo, la Compañía se movía con rapidez y con soltura, ya nadie se quedaba rezagado, el Sargento de cola no tuvo

---

(1) Rumiante, parecido a la gamuza, del tamaño de una cabra, con cuernos cortos, rectos y enganchados en sus puntas. Da prodigiosos saltos y se mueve con soltura y velocidad por los riscos. Comandante Médico, así apodado cariñosamente por ser considerado por todos como experto montañero.

(2) Pequeño remonte militar de arrastre, montado por los de Ingenieros.

que "impulsar a nadie", todos giraban con precisión en el mismo punto en donde el bastón del Capitán lo señalaba, ya sólo faltaba el espaldarazo del descenso del "Tubo de la Zapatilla" por la Compañía entera.

Días atrás el Capitán, un Teniente y un Sargento con el grupo de los más aventajados lo había efectuado para tantear la nieve y el nivel alcanzado. Satisfecho del resultado, sólo esperaba un día propicio para hacerlo con todos; y ese día había llegado.

Se dividió la Compañía por Secciones, que distanciarían la bajada para evitar arrastres, el Capitán con cuatro de los mejores abrirían huella, cada Teniente marcaría el ritmo de la suya. Punto de reunión la "Ciudad de Piedra" <sup>(3)</sup>. Al final de cada Sección, la camilla de circunstancias y la bolsa de reparaciones.

Se dieron las últimas chupadas a los cigarrillos y los últimos consejos.

El Capitán miró el reloj, agrupó a los que debían acompañarle y recordó: sin dejar distancias. Sacó las espátulas a la pendiente, saltó, y empezó el descenso. Todo fue bien, al final en el "Chus" <sup>(4)</sup> y prácticamente al pasar por el "Piano" <sup>(5)</sup>, el Capitán hizo un extraño y algo advirtió gritando. Una pequeña polvareda de nieve señaló su parada junto a la primera roca de la "Ciudad de Piedra", a su costado fueron entrando los restantes del primer grupo, quedando perfectamente alineados. Mandó descanso y comentaron el cambio de nieve que les había sorprendido al final del descenso, en el que una pequeña zona del "Paco" <sup>(6)</sup> tenía costra.

Las secciones pronto empezaron a culebrear por el tubo, el descenso se hacía con orden y precisión, la primera y la segunda llegadas al punto de reunión, dieron sin novedad. Al pasar la tercera por el "Piano", un hombre de la mitad, sufrió una caída, el Sargento con los de la cola se pararon junto a él. El Capitán desde abajo se dio cuenta de que la caída había sido seria, y dejando a un Teniente con instrucciones le entregó el Mando, acercándose al lugar del accidentado.

Un mocetón de la Ribera de Navarra era el accidentado, sus espátulas habían roto la costra hundiéndose por debajo, produciéndole una frenada en seco. La fractura de tibia se identificaba perfectamente.

---

(3) Ciudad de Piedra, formación de rocas que destacan sobre la nieve, semejando de lejos tal vez un poblado.

(4) Chus: Descenso en picado prácticamente por la línea de la máxima pendiente.

(5) Piano: Bloque aislado de roca en forma de prisma.

(6) Paco: En el alto Aragón, zona en que por su orientación nunca le puede dar el sol. Por lo general siempre está helado.

Mientras el Sargento montaba la camilla de circunstancias con los esquíes y bastones del accidentado, el sanitario le ponía un autoinyectable para calmarle los dolores. El teniente montaba la férula de inmovilización y el Capitán para adelantar la evacuación al hospital, tomaba los datos para la baja: nombre, apellidos, reemplazo, llamamiento. Los primeros se los sabía de memoria, pero reemplazo y llamamiento, por tener varios en la Compañía, lo preguntó.

El Teniente, mientras inmovilizaba la pierna, trasladó la pregunta. El chaval dio unos, que el Teniente a su vez los dio al Capitán.

— No puede ser, no tenemos soldados de ese llamamiento.

Contestó rápidamente el Capitán.

El Teniente nuevamente y de una forma mecánica interrogó al soldado y tal como lo recibió lo pasó a su Capitán:

— ¡Imposible!, ¡si sólo tenemos llamamientos pares!

Nueva interrogación, nuevo traslado:

— ¡Pero si éstos ya están licenciados!.

El Capitán en persona se acercó al accidentado:

— Vamos a ver, chaval, ¿tú de cuál eres, del R tal o del R cuál?

El chaval miró a su Capitán y con gesto dolorido dijo:

— Mire usted, mi Capitán, déjese de leches, que no estoy pa luméros.

# sin lugar a dudas, militar

---



Con motivo de una de esas periódicas Reorganizaciones que se montan en nuestro Ejército, se rumoreó del posible traslado o disolución de un Regimiento, y como ninguna de las dos soluciones agradaba al personal destinado en él, se provocó una verdadera estampida.

Al no publicarse las vacantes que se iban produciendo quedóse convertido en un verdadero esqueleto viviente; difícilmente podían atender su funcionamiento y los servicios, aún reducidos al mínimo. El Subayudante, y dos más, fueron los últimos supervivientes del agonizante Regimiento.

De la noche a la mañana, al parecer, o porque las altas esferas cambiaron de criterio, si es que de verdad alguna vez habían pensado en ello; o porque solamente se trataba de un bulo, lo cierto es que nuevamente se publicaron todas las vacantes y lógicamente se cubrieron por personal nuevo.

En estas circunstancias, en una mañana soleada, y nada más terminado el relevo de las guardias, mientras, en la salida del Zaguán al patio, el Capitán del Cuartel departía con el Oficial de guardia, un individuo, vestido de paisano, pasó con aire decidido por el cuerpo de guardia, y atravesando el patio se fue en dirección a la oficina de Subayudantía.

Ante aquella actitud, preguntó el Capitán:

— ¿Quién es?

El Teniente, tras poner cara de circunstancia, preguntó igualmente al Cabo de Puertas:

— ¿Quién es?

— No sé, mi Teniente, debe ser un militar.

Fue la contestación del Cabo.

— Pues ve, y entérate.

El Cabo, agarrándose las cartucheras para que no votaran, salió corriendo con un trotecillo, se acercó al paisano, le saludó, y tras un brevísimo diálogo regresó al paso y se perdió entre el resto de los hombres de la guardia.



El Capitán, que continuaba de conversación con el Oficial, pensó que el Cabo por respeto, y con ánimo de no interrumpir, esperaba para informar: por lo que haciendo un inciso, dirigiéndose nuevamente al Teniente, pero señalando al Cabo, preguntó nuevamente:

— ¿Quién era?

El Teniente, al no ver al Cabo de puertas, llamó:

— ¡Cabo!

— ¡A sus órdenes, mi Teniente!

Contestó abriéndose paso entre la guardia.

— ¿Quién era?

— ¡Un militar!

El Teniente se dio por satisfecho, y dio por terminado el suceso.

Pero el Capitán, tras un período de silencio, sin duda mientras recapacitaba sobre los hechos, preguntó:

— ¡Cabo! ¿Cómo sabes que es un militar si no has cruzado más que cuatro palabras y no te ha enseñado ningún documento?

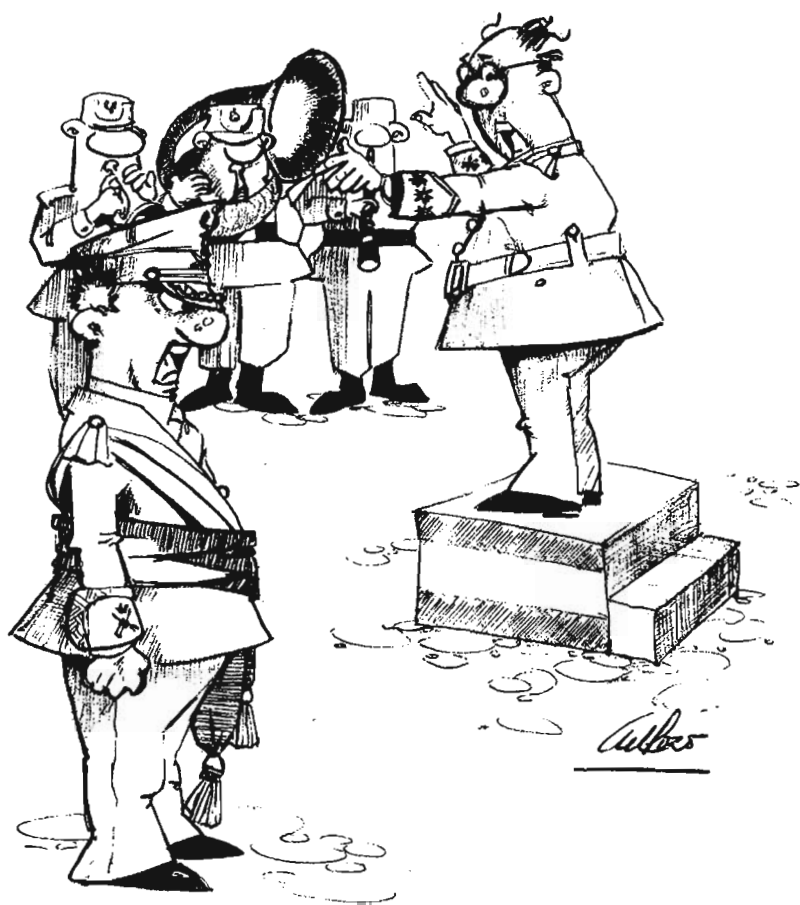
— ¡A sus órdenes, mi Capitán! ¡Porque al preguntarle, me mandó a tomar por el saco!

¡Era un Militar sin lugar a dudas!

Había sido durante muchos años el Sargento de Mayoría, y le habían conocido hasta las piedras.

# el pájaro

---



*¿No te reíste ayer ni una sola vez?  
Desperdiciaste el día.*

En cierta ocasión un Teniente Médico, que estaba haciendo una gran labor como radiólogo en un Hospital Militar de una importante Plaza, se encontró en la tesitura, de que por razón de su ascenso a Capitán, tenía que abandonar no sólo el Hospital (pues en aquel entonces, las plantillas eran por empleos, no por especialidades), sino hasta la guarnición, de no acogerse a una vacante de Capitán Jefe de Compañía, en la Agrupación de Sanidad; y sin saber ni remotamente en qué consistía el mando de una Compañía de Sanidad, la pidió y se la dieron.

En la citada Agrupación, había un Coronel Médico mandándola, que en muy análogas circunstancias había aterrizado en ella. Pero era la clásica vocación tardía, que suele despertar en ciertos Jefes y Oficiales de Servicios, que al descubrir el Mando de las Unidades, se enamoran y se sienten plenamente integrados en ellas. Esto unido a que era el clásico genio, sabio y despistado, repleto de ciencia y siempre dispuesto a adquirir más; incansable en la investigación y en la exploración de sus enfermos.

El Mando de aquella Unidad le llegó como un derivativo, se sintió relajado y con ganas de trabajar en un campo nuevo, completamente desconocido para él hasta aquel momento.

Así las cosas y justamente a los cuatro días de la incorporación del Capitán, anunció una visita el Excmo. Sr. General Inspector de Sanidad y claro está, para rendirle los honores reglamentarios, debería formar el novel Capitán con su Compañía.

Nada más empezar los ensayos, y colocado al frente de su Unidad, quedó de manifiesto que como radiólogo era una eminencia, pero como Capitán de Compañía un verdadero desastre.

La visita estaba anunciada para las 12 horas, y a las 10,30, la Compañía, más una Banda de Cornetas y Tambores prestada por un Batallón de Cazadores, formaban en el patio. Si mal había ido en los ensayos solo, con Banda le fue peor, aquel conjunto le venía grande. ¡No daba una en el clavo!

La gente se fue poniendo nerviosa y la catástrofe se vislumbraba. Los gritos, las órdenes rectificadas, las interrupciones de la Banda, las entradas fuera de lugar,

llegaron hasta los oídos del Coronel que tenía su despacho con un balcón al patio, y el buen Jefe, quemado por tal desorden, se asomó para cerciorarse de lo que sospechaba.

No pudo resistir, su ardor guerrero, lo echó al ruedo, y dejando para luego los informes que preparaba, puesto que eran las 10,45, y hasta las 12 no llegaba el General, se bajó al patio para poner orden en aquel maremagnum.

La guardia había estado formando y rompiendo filas varias veces, haciéndolo perfectamente, y el corneta era elegido. Por este lado no había peligro, y si no había peligro, ¿por qué cansar a la tropa innecesariamente? Que se cepillen las botas, y sin sentarse para que no se arruguen los pantalones, ni entrar en el Cuerpo de Guardia para que no lo ensucien, ¡que descansen! Estas fueron las instrucciones del Oficial al Sargento de Guardia. ¿Qué les quedaba? El Zaguán. Pero sin apoyarse, pues con las manos manchan de "sebo" la pared, y con los pies, de negro los dibujos de las suelas de goma. Sólo podían deambular.

El Coronel llegó al patio, e inmediatamente tomó el mando, para dar claras y terminantes las instrucciones a seguir en los ensayos hasta la llegada del General.

Mandó firmes a la voz, e indicó al corneta que diera la entrada a la Marcha de Infantes. El corneta no interpretó bien la indicación, tocando firmes nuevamente, despistando a los soldados que para esas fechas ya estaban muy confusos y algunos adoptaron la posición de descanso.

El buen Coronel subsanó el error, y para que no ocurriera nuevamente, cada cosa que ordenaba la explicaba previamente.

Así fue limando defectos y quemando tiempo, y al considerar que la Banda interpretaba la "Marcha de Infantes" con poca solemnidad, por su excesiva velocidad, se puso al frente de ella, y dando la orden de iniciarla, canturreó a grandes gritos para que las cornetas no le apagaran la voz, mientras jacarandoso, con todo su cuerpo les marcaba el ritmo:

— Ya está aquí el pájaro, ya está aquí el pájaro...

La desocupada Guardia, ante aquel desusado y divertido espectáculo de ver a su Coronel en tan original faceta de cantante y bailarín, se fueron todos al patio.

El General, tal vez por una información equívoca, inconfesada por su ayudante y por lo tanto sin corrección, se presentó en el Acuartelamiento a la hora en punto.

¡Pero a las once! No a las doce.

El centinela de desgañitó de gritar:

— ¡Guardia, a formar con armas! ¡El General!

La Guardia no se enteró, de tan ensimismada que estaba, y cuando quiso reaccionar el Oficial, el General ya salía al patio de Armas desde el Zaguán, separando, para poder pasar, a los Soldados de la Guardia, público espectador de las artes del Coronel.

Estupefacto ante tan original visión, y sobre todo ante la canción que interpretaba, tardó el General en reconocer al artista.

— ¡¡¡Coronel!!! Terminó gritando.

El Coronel giró sorprendido ante aquel grito.

La Banda se desinfló poco a poco, parándose al "ralentí" y cada uno a su aire, hasta quedar silenciosa.

— ¡¡Aquí el único pájaro es Vd.!! ¡¡¡Acompáñeme!!!

Entraron los dos solos en el despacho del Oficial de Guardia, saliendo al poco rato sólo el General, que tomando el coche se marchó.

A las pocas horas, un Oficial de Capitanía, entregaba un sobre azul al Sr. Coronel.

¡No se lo merecía!

# error de transmisión

---



En el RCZAM. "Valladolid", por sobrenombre "El Universitario", era afición, muy generalizada entre Oficiales y Suboficiales, rendir un verdadero culto a la caza, nada más natural tratándose de "Cazadores". No hacían diferenciación alguna entre "pelo" y "pluma", y dentro del primero de la caza mayor o la menor.

Pertenecían a toda clase de asociaciones cinegéticas, y de no ser por una fuerza mayor, como podían ser servicios y maniobras, conforme se iban abriendo las distintas vedas, raro era el día festivo que no salieran al campo.

En una de estas salidas, y fuera de tiempo de la caza del zorro, un teniente de la escala Auxiliar, "gran escopeta" y uno de los mayores "forofos", encontró una zorra muerta, probablemente despeñada, y con claros síntomas en sus ubres de estar criando; por lo que movido por la compasión y en evitación de que pudiera morir la "camada" al faltar la madre, se dedicó a buscar la zorrera; encontrándola, ya al anochecer y después de un exhaustivo reconocimiento por vericuetos y cárcabas.

Solamente había dos zorrillos. Pocos le parecieron, pero dada la hora y lo intrincado del terreno, consideró lo más oportuno, darlos por únicos y cargándolos, salir de la zona mientras aún viese para ello.

Ya en la pista forestal y reunido con los compañeros, decidieron criarlos a biberón, para lo cual, él se quedaría con uno, y el otro un amigo civil que contaba con una casa de campo en la que podían estar perfectamente alojados.

Pero nuestro Teniente, llevado de su buen corazón y encontrándolos tan graciosos, cariñosos y desvalidos, quiso llevarse uno a su casa para que lo vieran sus hijos. Y allí llegó con su zorrillo.

En el primer momento todo fue muy bien: biberón, juegos y alegrías. Pero al poco rato, a su mujer, aunque ya acostumbrada a genialidades parecidas en otras ocasiones, le entraron dudas y temores de posibles enfermedades y contagios a los niños, decidiendo que, una vez terminados los juegos, lo mejor que podía hacer, era llevarlo junto al otro cachorro y sobre todo fuera de la casa.

A nuestro amigo, cazador por doble vocación, no le sirvió ningún argumento, y con el zorrillo en brazos salió de casa camino del coche.

Una vez en él, y tras ligera meditación, llegó a la conclusión de que no era hora para ir a casa de nadie, y menos, teniéndose que hacer treinta kilómetros de ida y otros tantos de regreso; por lo que decidió, que lo mejor era irse al cuartel y meterlo (hasta el día siguiente) en el antiguo dormitorio del Oficial de Semana de su Compañía, lugar vacío, aislado y sin posibilidad de molestar a nadie.

Así lo hizo: en un rincón del aseo colocó un cajón con un saco, le puso un cacharro con agua y se fue feliz y contento de dejar recogido y asistido al huerfanillo.

El Coronel del Regimiento después de largas peticiones, había conseguido: que Capitanía incluyera en el plan de obras de ese año, la restructuración y actualización de las habitaciones de los Oficiales y Suboficiales de servicio, no sólo anticuadas, sino viejas.

La ubicación (dentro de cada edificio), en una misma vertical, obligaba a tener "empantanadas" tres compañías a la vez, por razón de los drenajes, lo que hacía mucho más lenta la obra.

Por razones éticas se empezó por las habitaciones de Suboficial, obligando con ello a éstos a emigrar a las de Oficial; circunstancia que ignoraba nuestro caritativo cazador.

Terminada la distribución de la segunda comida a la Tropa, y una vez pasada la lista de Retreta, los Sargentos como cada día, fueron a entregar los correspondientes partes al Oficial de Guardia, y una vez cumplido el requisito, y comprobadas y conformes las altas y bajas por el Teniente, le pidieron su permiso para ir al bar de Suboficiales hasta el toque de silencio; momento que aprovechaban para cenar, los que no lo venían ya de su casa al regreso del paseo, y para tomarse un café los restantes.

En la tranquilidad de la noche, por los patios de cuadras y abrevaderos, se oía lejano el toque de silencio, era la última vez que sonaría por aquella noche, y el corneta de la guardia finalizaría en ese punto su periplo musical que había iniciado, previa autorización del Comandante de la guardia, en el interior de la propia puerta Principal.

Los Sargentos en grupos cruzaban el patio y conforme llegaban a las puertas de sus respectivos pabellones, se despedían con un: buenas noches y hasta mañana. En un tono menor de voz para no quebrantar el reposo de los que ya estaban descansando. El de la Cía. de destinos tras charlar con el imaginaria y comprobar personalmente que las luces estaban apagadas, los pilotos encendidos, los aseos abiertos y nadie en ellos, se fue para su habitación, se desnudó, se puso su pijama y se fue hacia el aseo.



Los ruidos despertaron e inquietaron al zorrillo, y cuando la puerta se abrió para dar paso al Sargento, asustado y guiado sin duda por el instinto de conservación, saltó de su yacija y clavó sus afilados dientes de cachorro en la desnuda pantorrilla del Suboficial. El escándalo y alboroto fueron mayúsculos, interviniendo: Capitán de Cuartel, Oficial de Guardia, Sanitario de Servicio (que era un médico recién terminada la carrera), etc....

La máquina burocrática se puso en marcha, y a la par que el Sargento era sometido a las correspondientes vacunaciones anejas a todo accidente, más a la antirrábica por las circunstancias especiales; todos los partes ascendentes de novedades iniciaron su carrera de resultados imprevisibles.

El Oficial de Servicio del Gobierno Militar, que se sabía muy bien sus obligaciones, no esperó mucho para poner un Télex, a su homónimo de capitanía, aún a falta de información de detalles.

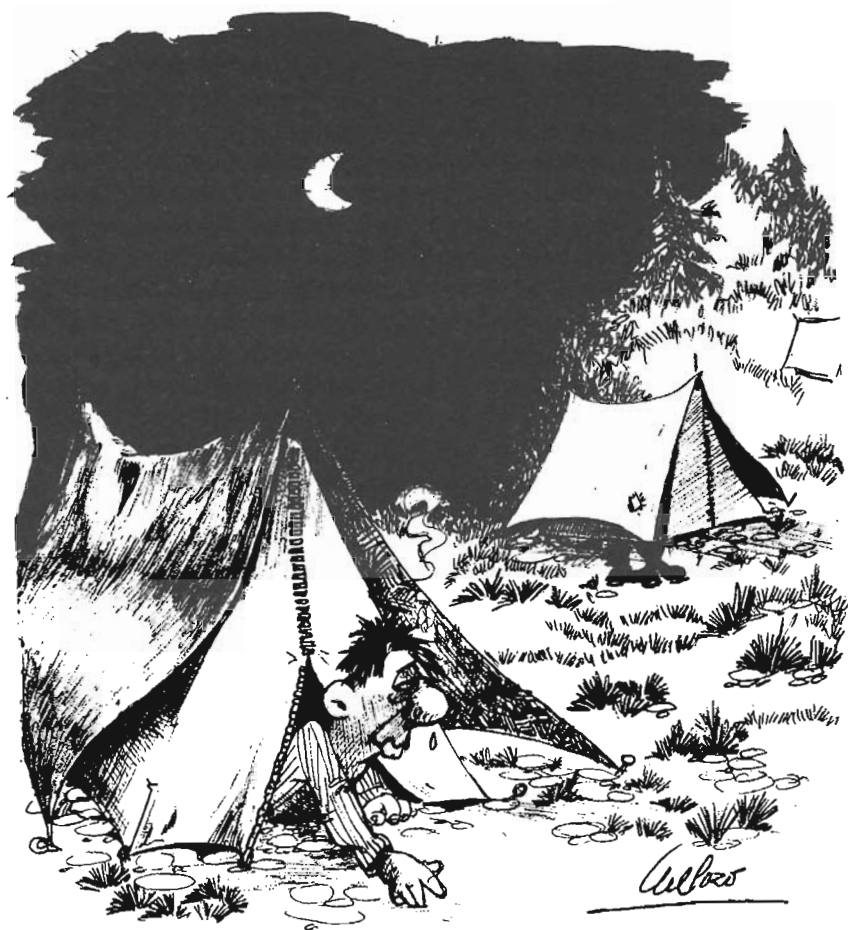
Por la circunstancia que fuera: hora intempestiva, cifrado, no estar el idóneo para estos trabajos, somnolencia, interpretación equívoca de escritura poco clara, etc., etc., etc....

La cuestión es, que ya desde muy temprano, la honesta conducta del sufrido Suboficial de Semana, quedó en entredicho, pues el jefe del Estado Mayor de la Capitanía, hasta quien había llegado la noticia dando tumbos, velando por el buen nombre de los Ejércitos, mandaba nombrar a un Capitán para que actuando como Juez especial, y con carácter de urgencia, abriera una información en averiguación de la causa por la cual: "Una zorra de Valladolid, que permanecía en el dormitorio de un Sargento de Semana, había mordido a un sargento del Batallón Gerona que estaba de Servicio y con el agravante de ser después del toque de silencio. Y que el Oficial de Guardia justifique la presencia de una mujer en el acuartelamiento, fuera del área y hora de visitas".

Costó mucha tinta volver las aguas a su cauce.

# la aerofagia

---



*La venganza es pagana y cruel,  
pero la revancha es deportiva y cristiana.*  
R. García Serrano.

Normalmente, era en la "Marcha Grande", marcha que efectuaba la E.M. de M. a fin de curso; cuando se ponían en práctica las nuevas tendencias, o se hacían experiencias con materiales y raciones de previsión, de posible utilidad, de aquí, que en la ocasión que nos ocupa, se repartieran por primera vez, unas raciones autocalentables a base de dos recipientes metálicos de hojalata, uno dentro del otro, de forma tal que en el interior del bote pequeño perfectamente sellado, se encontraba el alimento y envolviendo éste, y dentro del bote mayor, cal viva.

Las normas de utilización venían claramente explicadas, en evitación de quemaduras o inutilización de los alimentos, pues al pinchar con el abrelatas, el recipiente de alimento ya caliente, saltaba un chorro de salsa a presión, y de no obrar con precaución al verter el agua por los orificios que se practicaban en el calentador de la cal, se podía producir la inutilización de la ración por desbordamiento de la cal en plena ebullición.

La cosa es, que la ración se componía de dos módulos: uno de judías blancas con chorizo y oreja, y el otro con huevos duros con guisantes.

De todos es conocido el poder gasificador de las judías, y como los huevos duros, que ya son malolitnes de por sí, una vez digeridos aumentan su poder nauseabundo; solamente faltaba el que para mayor abundamiento, aquellos días la travesía se efectuara de unos valles a otros del Pirineo Leridano, en que eran muy pródigos los manantiales de aguas sulfurosas, que aunque, aguas potables y hasta medicinales, resultaban poco gratas al paladar, y menos los efectos consiguientes.

Formando parte de la Comumna "A": Oficiales, Suboficiales y Cabos 1ª del Curso de Diploma había una patrulla que, por la circunstancia que fuera, solamente se componía de dos Tenientes en lugar de tres; un Artillero y un Infante. El Artillero, un exquisito caballero fino en sus modales y en sus actos; y el Infante, entre otras cosas, decía padecer de "aerofagia", algo que viene a ser como a modo de "Cinturón de fuego del Pacífico" pero a lo humano, por lo que la presión de los gases internos están constantemente penando por salir de las interioridades del cuerpo humano, para expandirse por las amplitudes atmosféricas.

El famoso Caballero "Simplicísimus" de las Guerras de Religión en los Países Bajos, lo definía como: "Pedo loco", por no saber y dudar por cuál de las dos aberturas naturales, de que consta el tubo digestivo humano, quería lograr su libertad: si a modo de "regüeldo" o "ventosidad", produciéndose en el ínterin dolorosas molestias abdominales.

Pues bien, una vez ambientados los lectores, podrán imaginarse lo que es pasarse una noche dentro de una tienda "Aneto" en compañía de tan sonoro Infante, para que el Artillero a la mañana siguiente prometiera solemnemente vengarse de noche tan tormentosa.

Quería amanecer, cuando el campamento era un hervidero de hombres; todos se afanaban silenciosos en recoger sus efectos, las mochilas se lo tragaban todo, sólo quedaban sobre la hierba las telas de las tiendas húmedas por el rocío.

Al que le tocaba su transporte ese día, las sacudía una y mil veces por aligerarlas algo de su peso. ¡La importancia que tienen unos gramos, cuando hay que cargar con ellos! Alguna que otra linterna buscaba por la hierba la última clavija de la tienda.

Se repartía el desayuno cuando los primeros resplandores anunciaban que no tardaría en descrestar un sol descolorido. La luna trasnochadora, redonda y rojiza como un queso ensangrentado, desde un costado del cielo les observaba. Un sordo pateo y alguna estridencia, del regatón de un piolet sobre las piedras, denunciaban la puesta en marcha de la Columna. Al irse internando por el bosque, los madrugadores cucos se silenciaban y algún búho real asustado rompía el vuelo chasqueando las alas. Pronto se llegó a la zona de pastos y algo más tarde a la roca.

El caminar se hizo más lento y acompasado, las chanzas más distantes y las respiraciones más profundas. Se hizo un alto, siempre la "toponimia" es un buen pretexto para recuperar el resuello.

Nuevamente la Columna se pone en marcha, sobran el anorak y la gorra, aquél pasa a la mochila, pero la disciplina impide destocarse. El sudor corre por las sienas, el sol aunque temprano ya calienta. No es escalada, pero sí trepa. La patrulla de nuestros dos Tenientes, artillero e infante, marcha en la cola de Oficiales, tras ellos, la primera de Sargentos. Por el grado de la pendiente, la proximidad de los hombres es íntima. Es el momento esperado por el Artillero.

Desde la salida ha estado amasando la venganza y acumulando municiones para el contraataque.

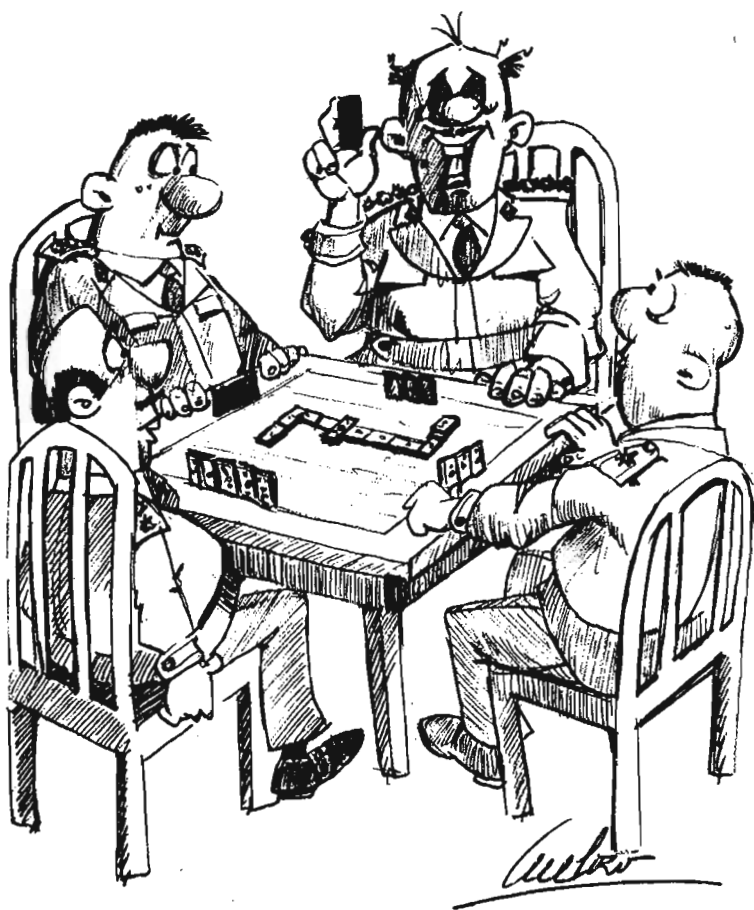
Su exquisitez se lo recrimina, pero su venganza se lo exige, poniéndose colorado deja en libertad los gases acumulados para este momento con un sonoro pedorreo como el desgajar de una rama. Y con una mezcla de satisfacción y de bochorno, gira la cabeza mientras dice: ¿qué, te lo has tragado?

— ¡Sí! ¡Mi Teniente! ¡Enterro! Es la contestación respetuosa del primer Sargento de la fila, que para más INRI también es artillero.

Pasos más atrás, agachado sobre el sendero, el Teniente de Infantería se ocupa en atarse los cordones de una bota.

# el valor acreditado

---



*El vano blasonar no es admitido  
de pecho valeroso, honrado y fuerte.  
Templa las amenazas, Fabio, y calla,  
y tu valor descubre en la batalla.*

Allá por los años setenta y tantos, en una guarnición de provincias, cercana a una gran plaza; no era raro, el que se cubrieran en segunda preferencia, las vacantes que se iban produciendo, y con personal de rebote por ascenso, en espera de la oportunidad que les permitiera el regreso a la gran ciudad. Era lo que se dice una "Guarnición Trampolín", sobre todo para los empleos Superiores en los que se dan generalmente las mismas circunstancias familiares, de problemas con los hijos por falta de universidad o de escuelas superiores; lo que hacía que fueran muchos los "solteros en comisión".

Quitando raras excepciones, de los que aún les quedaba "Genio y Figura", el resto era personal que devengaba muchas horas de residencia, por lo que pronto se contagiaron de la epidemia de dedicarse al sano deporte de "Machacar el seis doble", de seis de la tarde a 11 de la noche, con un descanso de media hora para la cena.

Por ley natural, pronto se hizo una selección, escalafonándose los jugadores con arreglo a sus conocimientos en "Divinos", de 1ª División y de 2ª, etc.; formándose partidas dentro de cada uno de los niveles.

En una ocasión, en que por haber salido algunas de las Unidades de maniobras, se encontraban muy pocos residentes, se vieron rotas las partidas habituales, mezclándose jugadores de distintas "Divisiones" en tertulias que no resultaban competitivas. No tiene sabor una pareja de "tercera regional" luchando con una pareja de "divinos", pues a la segunda mano ya conocen hasta la última ficha del contrario, permitiéndose el lujo (que resulta insultante), de aconsejarles qué ficha de las que tienen deben poner para que salga más antes de cerrar.

Una de esas tardes, por la circunstancia que fuera, aún era mayor la escasez de "puntos para una partida"; y providencialmente se encontraron: un Coronel de Artillería, aunque no ejercía de ello, dos Tenientes Coroneles, uno Infante y otro Artillero, y un Comandante de Infantería.

El Coronel, que en su brazo, y bajo el de la gran unidad, lucía el de la "Blau División"; poco afortunado lanzó su guante: ¿que les parece señores si echamos una partidita? y

cuando el resto de los jugadores mirándose entre sí, pensaban echar a las filas la composición de las parejas por la reconocida superioridad del Teniente Coronel de Artillería, continuó el Coronel: «¡Nada, nada! ¡Ya está! ¡Los que hicimos la guerra, contra los que no la hicieron!».

La frase, probablemente sería ingenua, pero se quedó un rato en el aire, arropada por un largo silencio. Y así fue como el Teniente Coronel de Artillería y el Comandante, ante aquella insinuación, o reto, y no teniendo mejor cosa que hacer hasta la hora de cenar, aceptaron,

El Sr. Coronel, aunque no era mano, desde que empezó la partida siempre llevó la iniciativa, y la contraria a su compañero. Para él sobran las reglas del dominó <sup>(1)</sup>.

¡Por algo era Coronel con mando en la Plaza!

Y aunque su compañero repetía ficha, y siempre soltando más tinta que un calamar, lo que hacía con ello presuponer que el seis doble y algunos más, estaban en su mano. Pero nuestro aguerrido Coronel, no se enteró o no se quiso enterar, y queriendo o sin querer, se pegó una cerrada genial, capaz de sorprender al más precavido jugador. ¡La valentía, les costó la partida!

El Comandante, entre respetuosa subordinación y zumbón, poniéndose de pie, y en perfecta posición de firmes, comentó:

— ¡Mi Coronel!, ¡desde luego se nota que hicieron la guerra!, pues para permitirse ese cierre, se necesita "el valor acreditado".

— No me sorprende ver sobre su guerrera una cinta de la Cruz de Hierro.

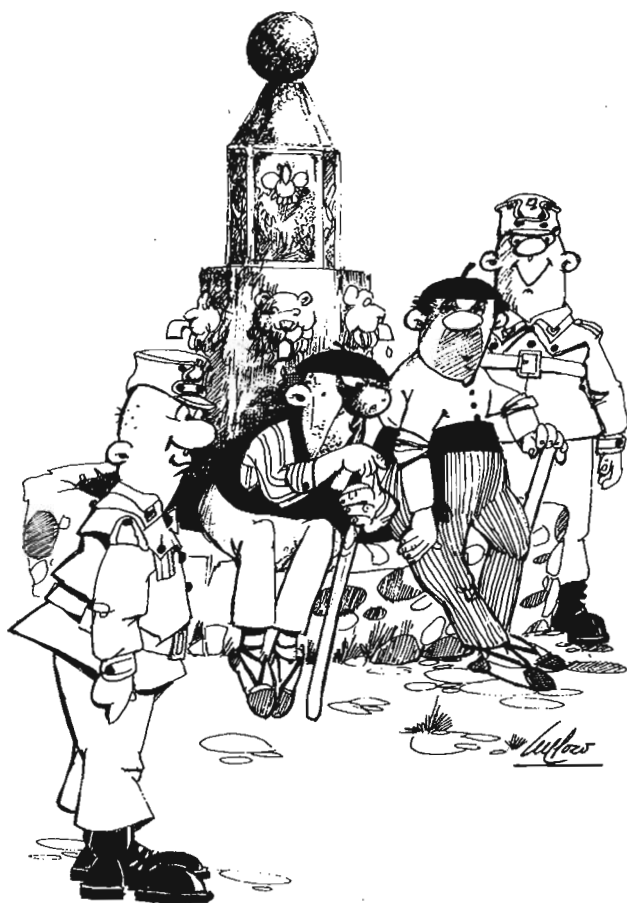
---

(1) La salida matarás, tengas o no tengas más.  
Repetirás más que un gallo, aunque te quedas a fallo.  
Perseguirás con ahínco, al doble seis y al doble cinco.  
No jodas al compañero con salidas de bombero.  
Etc...



# la intemperie

---



*Qué bonita está la sierra  
bajo el sol de la mañana;  
qué paisajes los que muestra,  
qué secretos los que calla...*

*P. Arnal Cavero.*

Corría el verano de un año cualquiera de la década de los cincuenta, cuando, una unidad de Cazadores que hacía una marcha por jornadas, llegó a un pueblo de nuestro Pirineo, y solicitado el permiso correspondiente acampó, para pasar la noche, en un soto que se encontraba a las afueras del núcleo urbano, junto al lavadero, abrevadero y fuente.

Como es normal en estos casos, el campamento se convirtió en el foco de atracción de niños y mayores; los unos para soñar aventuras, los otros para revivir recuerdos; hasta las mujeres en aquel día, tuvieron necesidad de lavar algo que, por su tamaño o condición, no podían hacerlo en su casa.

Un grupo de hombres, en que había de todas las quintas, y otro de soldados, sentados todos en los bancos y poyetes de la fuente, comentaban las diferencias existentes, entre el Servicio Militar de ahora, con relación al de sus tiempos. Los comentarios y opiniones eran de todos los gustos. Como siempre, para cada cual, sus jefes fueron los mejores, sus tiempos los más duros y sus equipos los mejores o los peores, según de que se trate; pero eso sí, siempre todo en grado superlativo.

Un veterano de la quinta del 41, de aquellos que decían fueron a la guerra con biberón, pero que hicieron "más mili que Cascorro"; cantaba las grandezas de la tienda "Aneto" mientras comentaba, que no tenían ahora razón de quejas: con esa tienda, y el "traje tormentas", ya puede arreciar el temporal, que no hay peligro de mojarse ni de pasar frío. ¡Otra cosa era lo de ellos! Que sólo tenían el poncho <sup>(1)</sup>, cuando lo tenían, pero que lo normal era, que en marchas y desplazamientos durmieran con la intemperie.

Un viejo que, sentado junto a la fuente, apoyadas sus temblorosas manos en la cayata, había permanecido en silencio durante la larga discusión, sentenció:

— Pues tu, Paco, tampoco te quejes. Pues nosotros en Cuba ¡no teníamos ni intemperie!

---

(1) Tienda "Cima", paño de lona triangular con abertura en el centro, para sacando la cabeza, colocárselo a modo de escapulario. Con cuatro paños se podía formar una tienda piramidal; con más paños tenía más posibilidades.

# el pelotari

---



*Haz tu deber, ocurra lo que ocurra; esta es la ley impuesta al caballero.*

*Chandós.*

Como de costumbre, aquel año recibió el Batallón entre el contingente de reclutas, un grupo de Soldados del norte, entre los que se encontraba un muchacho de un caserío de entre Arizcun y Elvetea, del Valle del Baztán al Norte de Navarra. Buen chaval y trabajador, euscalduna muy cerrado, de muy reducido vocabulario castellano.

Por ser fuerte y gran conocedor del ganado, fue destinado a la Cía. de Armas de Apoyo, y en Morteros de 81, prestaba sus servicios.

La Junta de Acuartelamientos de la Plaza, acompañada por el General Comandante Militar y por el Coronel y dos o tres más de la Comandancia de Obras de la Región, se personaron en el Acuartelamiento para ver y tratar con el Coronel del Regimiento, la realización de las obras propuestas por la Unidad, y programar su ejecución con arreglo al orden de urgencias que se determinara. Para ello, una vez terminados los prolegómenos en el despacho de Usía, decidieron ver "in situ" cada una de las necesidades.

De esta manera fue como, siguiendo un itinerario lógico, primero vieron todos los locales y para el final dejaron, tras una recaladita en el bar para entrar en calor, con un cortadito caliente (tantas veces capaz, si es oportuno, de mover montañas o de dejarlas en su sitio, según interese o vengan los tiros); ver la necesidad de las dos garitas, la tapia, la puerta de Carros, y camino de acceso a ella.

Aquel día la Compañía de Armas estaba de servicios, y la Sección de Morteros de 81 de Guardia de prevención. Cuando el Teniente de Guardia recorriendo las garitas se acercó al Puesto de la Puerta de Carros, coincidió con el relevo de centinelas, y ante la dificultad del Cabo para exponer a nuestro buen Baztanes la consigna del puesto, se interpuso para aclararle las dudas, y finalizada su labor aclaratoria, continuó con su inspección de garitas.

Eran las garitas una de las manías del Sr. Coronel que en vista de la imposibilidad de terminar con las escrituras y pinturas rupestres (expresión artística de todas las épocas y regiones de España, que tienen su culminación en los retretes de las estaciones de

F.C. y en las garitas de los cuarteles), a base de repintados y órdenes; no se dio por vencido, y optó por la solución del alicatado interior hasta el mismo techo con azulejo de color mostaza.

Pero si el Sr. Coronel era tenaz, los soldados más, y en vista de la imposibilidad de lucir en las paredes, tanto sus obras pictóricas, como inspiradas poesías, se cebaron en el estrecho marco de los cristales de las troneras; empezando con tímidos vivas a sus respectivos reemplazos y pueblos, para pasar con audacia a continuación, a la corta palabra de dos sílabas, que tal vez por su gran uso quedó tan corta, expresión del más primitivo oficio en la mujer, con que se ganaba el pan, y no precisamente con el sudor de su frente.

Todos estos hechos, reactivaron en Usía la adormecida guerra de la garitas; plasmada en órdenes terminantes de: inspección ocular y personal del oficial, y consiguiente parte de novedades, para proceder inmediatamente, en caso de novedad, a la busca y captura del posible autor.

Terminado el café, y una vez entrados en calor, la Junta de Acuartelamientos y Autoridades, salieron de "Banderas", y pasando por la Puerta Principal, fueron recorriendo la tapia de cerramiento del acuartelamiento, y fijaron la forma y lugar de las, consideradas necesarias, dos nuevas garitas en una zona que se estimó poco vigilada.

Continuando por el camino de acceso a la Puerta de Carros, se quedó en la necesidad, de solicitar del Ayuntamiento, el arreglo del firme en la actualidad de tierra y macadán, y por consiguiente, debido al tránsito, repleto de charcos y socavones. En la puerta, calculada en su día para el paso de carruajes, se decidió ampliarla para facilitar la maniobra de entrada a los camiones.

Terminados los reconocimientos de las posibles obras solicitadas, decidieron regresar al despacho del Coronel, para dar por concluida la inspección, y estando junto aquella puerta, lo más lógico era entrar por ella, para atravesando el Patio de Armas, llegar al Edificio Noble.

Iniciado el movimiento, el centinela, lacónico, les cortó el paso:

— ¡Por aquí, no pasar!

— ¿Qué dices, muchacho? preguntó el Coronel.

— ¡Por aquí, no pasar!. Repitió el centinela, cerrando el paso con el gesto.

— ¡Bien, muchacho, bien! Comentó el General mientras intentaba darle unas palmadas en la espalda; gesto que rehusó el soldado zafándose.

— Eso te habrá dicho el Cabo, pero se refería a soldados o paisanos, pero yo...

Y mientras esto decía, fue desabrochándose la prenda de abrigo, para dejar de manifiesto el rojo fajín, atributo de su rango. El soldado sin inmutarse, y con su cantarín acento baztanés, contestó sereno y categórico:

— ¡Por aquí, no pasar nadie, sólo carros! ¡El Teniente ha dicho! ¡Ni pelotaris, ni h....!<sup>(1)</sup>

---

(1) Los jugadores de pelota vasca, "los pelotaris", en los frontones de competición, para distinguir a los jugadores de los equipos, se ciñen la cintura con fajas rojas y azules.

# la comuna hippy

---



*Y en la hermosa  
estación de los amores,  
todo es amor en la creación entera.*  
F. Rodríguez Marín.

Habiendo recibido el Gobernador Civil de la Provincia, varias denuncias de la ocupación ilegal de viviendas por parte de una comuna hippy, en uno de los tantos pueblos deshabitados, enriscados en la cadena subpirenaica, decidió saber de buena tinta qué era de verdad lo que ocurría; para lo cual citó en su despacho al Teniente Coronel Jefe de la Comandancia de la Guardia Civil para que en un plazo de setenta y dos horas y con sus medios, se enterara de lo que ocurría, y con arreglo a ello, resolviera; pero eso sí, siempre evitando todo tipo de incidentes, y una vez resuelto, le informara con todo tipo de pormenores.

Ante órdenes tan ambiguas, inhibición de responsabilidades y exigencia de solución del problema, sin más medios ni atribuciones que las propias, el Teniente Coronel decidió obrar por tiempos, empezando por ordenar una información a fondo, para que una vez conocidos los hechos, poder decidir en consecuencia.

Compañía, Línea y Puesto, a quienes afectaba la cuestión por razón de territorio, fueron progresivamente recibiendo las órdenes; hasta que una pareja del Puesto de "Nocuento", compuesta por un guardia primera y otro número, al recibir la papeleta de Correría, vieron que entre los puntos a recorrer, se encontraba el pueblo de "Pinar de Arriba", para informar sobre posibles quebrantos en las puertas de las propiedades particulares, y ocupación y explotación indebida de dichas fincas, por parte de parejas de hippys indocumentadas.

Era muy temprano, apenas clareaba y aún faltaba un buen rato para que el sol asomara sobre la crestería de la sierra; cuando la chirriante puerta de madera de la Casa Cuartel, dio paso a los dos guardias que se tragarón las sombras. Sus pasos hacían crujir la gravilla de los arceños de la carretera, pero sus figuras no se vieron hasta que llegaron a lo alto del collado. Al contraluz, sus siluetas clásicas: las capas plegadas sobre el hombro izquierdo, los correajes con las cartucheras ceñían las saharianas; las negras carteras de cuero, pendían en bandolera, guardando en sus entrañas, además "del recado de escribir", el sobrio companaje que les sostendría en la larga jornada. Sólo una cosa



era diferente, en lugar del negro sombrero de charol, cubrían su cabeza con la verde gorra montañera, de larga visera y plegadas orejeras. Eran Rurales de montaña.

La carretera quedó ya muy atrás, con paso cansino serpentean por el camino abandonado que en algunos sitios se desdibuja entre la hierba que cubre las lajas de piedra, y en otros, se hace prácticamente intransitable al invadirlo las zarzamoras. En la ladera, a la solana y al socaire de una loma el pueblo dormita calentándose con el sol de la mañana.

Un puente romano cruza el río. A su frente, un crucero de piedra de imágenes borrosas con basamento cuadrangular de caras orientadas a los cuatro puntos cardinales, pregona su término municipal. A su costado, la fuente de grueso caño con abrevadero y lavadero, cobijados por recio olmo, que sobre su tronco clavado, presenta un rústico cartel de circunstancias con la siguiente leyenda en tres renglones: "Pinar de Arriba, pueblo deshabitado, NO abandonado".

Esta esquisitez semántica y puntualización jurídica, pocos son los que pueden y quieren entenderla. ¡Todo el campo es orégano!

Nuestra pareja, después de acicalarse y tomar un refrigerio, mientras descansaban, enfiló la calle principal y casa por casa, pudieron comprobar, que todas estaban con sus puertas abiertas y aunque limpias y aseadas, deshabitadas.

Todo el pueblo estaba desértico, sólo en el prado de detrás de la iglesia, al lado del cementerio, se encontraba todo el personal aglomerado, visto lo cual e identificados y censados, emprendieron el regreso para redactar el correspondiente parte de la correría.

El parte, era como todos, en él se exponían una larga y detallada relación de los hechos y de los nombres; de todo cuanto ocurrió y cuanto vieron, para terminar:

... "Tras la Iglesia y en el prado que hay junto al cementerio, yacían sobre la hierba, al parecer haciendo el amor, todas las parejas menos la que suscribe. No cuento a tantos de tantos... El Guardia Primero Jefe de Pareja".

# el moro

---



*De lo que abunda  
en el corazón,  
habla la boca.*

*Santo Tomás.*

Por todos los que, de peinar algo, peinan canas, es conocido que por aquellos años cuarenta y cincuenta, aún en todo el agro español, en el espíritu popular de todas las regiones, se achacaba a los moros todo lo que supusiera antigüedad o misterio; e incluso algunas veces fealdad o perversidad. Sin ningún tipo de diferenciación ni de tiempos, ni de nuestros distintos antepasados: íberos, celtas, romanos, moros, ni godos... ¡Todos moros! Solamente la maldad en ámbitos religiosos, la compartían con los moros, los judíos, y hasta les cedían la hegemonía en ciertas ocasiones.

Corrían los años cincuenta, cuando en uno de los múltiples campamentos de reclutas repartidos por toda la geografía patria, estaba como jefe del mismo, un comandante de Infantería, menudo de estatura y de piel cetrina, como un Cristo antiguo, vivaracho y hablador, dotado de grandes virtudes castrenses y sobre todo humanas. De los calificados, al cabo de los años, por los que sirvieron a sus órdenes, de "un gran militar", compendio de rectitud y afabilidad.

Concurría en él, esa costumbre bastante extendida en nuestro Ejército, de ser casi más conocido por su segundo apellido, "Valdemoro", que por el primero.

Casi terminada la primera fase del período de instrucción, el Capitán General, como de costumbre, giró una visita por el campamento, comprobando el grado de instrucción alcanzado, y entre las distintas preguntas hechas a los reclutas, y consecuentes respuestas, merece destacarse por la consideración, respeto y admiración hacia su jefe, la de un pequeño castellano, que al no recordar por completo el nombre y apellidos de su comandante, al ser interrogado, pidió auxilio a su teniente instructor:

— ¿Por qué no me ayuda, mi Teniente?

Su Teniente era sin duda, la persona de más confianza y digna de crédito, que el apurado muchacho tenía a su alcance. El Capitán General, ante esta ingenua sinceridad, que hablaba por sí sola de la nobleza de sentimientos, quiso ser él en persona, quien le echara un capotazo, y empezó a silabear el apellido del Jefe:

— Val.... Val.

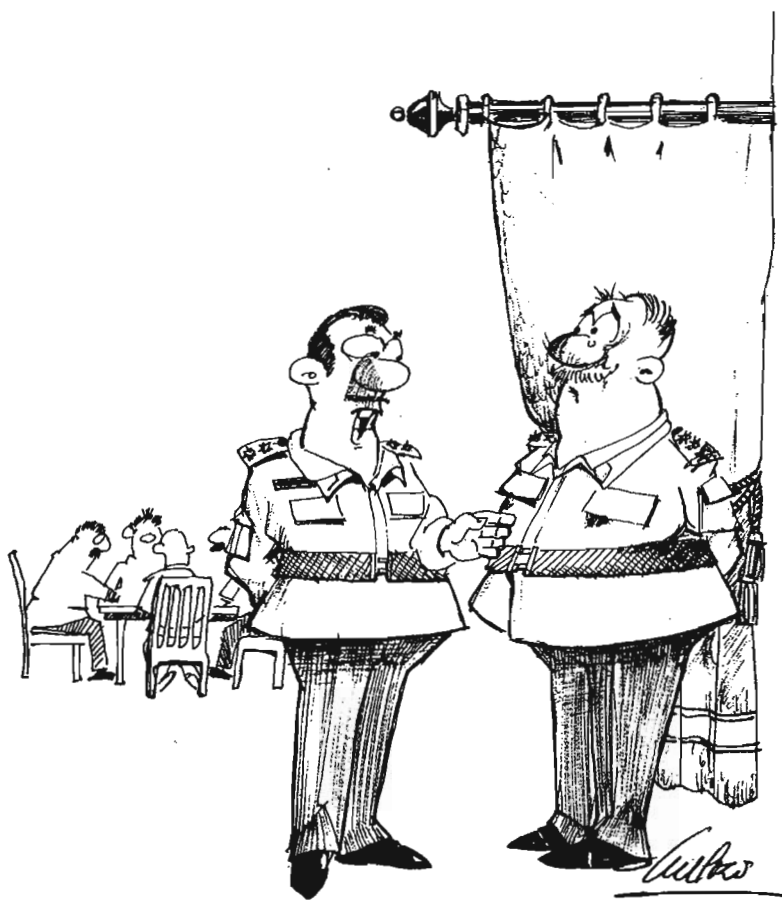
— Valde.... Valde. Repetía no muy convencido de la veracidad, el interrogado recluta.

— Moro. Finalizó el Capitán General. El soldado, entre incrédulo y ofendido, decidido a no dejarse engañar, ni a consentir una ofensa a su Comandante, contestó categórico:

— Pequeño y renegó, sí que es. ¡¡¡Pero de moro, no tiene nada!!!

# el huy, yu, yui

---



*La orden dada con ira,  
malhumor o impaciencia,  
jamás será comprendida  
ni aceptada.*

*Montier.*

La vida, en algunas de las pequeñas guarniciones de provincias, tenía un encanto especial, y cierta emoción, no carente de aventura, si no eras de los "totalmente gratos" a los dioses. Y aún más en aquel Regimiento, en que por estar ubicado en las afueras de la población, y con las casas militares prácticamente integradas en su recinto deportivo, era algo similar, en su forma de vivir, a los "fuertes" fronterizos del Ejército Norteamericano de fines del siglo pasado, y que tantas veces hemos visto reflejado en los "western".

El Sr. Coronel, además de jefe del Regimiento, era una especie de padre del clan militar; y la Sra. Coronela ¡no digamos! Era las "andaderas" con que daban sus primeros pasos las jovencísimas, casi niñas, mujeres de sargentos y tenientes recién "escudillados", que al mes de contraído su matrimonio, se encontraban solas ante una nueva forma de vida.

Algunas, ingenuamente, querían vivir su independencia, tantas veces soñada y deseada de novias; pero al fin sucumbían ante la fuerte organización de las "Damas de la Inmaculada", algo así como un "Ejército de Salvación" pero sin banda de música; aunque sí con coro. Damas que "oficial" y heroicamente regentaba el "Pater", aunque la realidad era otra.

En un viernes de cada mes, tenían "Función Religiosa" y chocolatada con bollos, perfectamente escalafonadas en torno de las mesas del comedor de invitados de la Residencia de Oficiales. Residencia que lógicamente era de Cuerpo, y aunque en su creación fue para oficiales solteros, se quedó prácticamente transformada en el "Casino Militar" de la Guarnición; en el que tenían habitación: "el" Teniente soltero (extraño y único ejemplar), dos Alféreces de la IMEC, y los cuatro o cinco que por rebotes del ascenso: o esperaban poder ejercer el derecho de retorno, o hacer el tiempo de mando.

Censaban como "solteros en comisión", y temporalmente, cuando los estudios y obligaciones de los hijos lo permitían, se acompañaban de las consortes y hasta del resto de la familia.

Como tal casino, tenía vida entera los domingos y días festivos, y los lectivos, desde las seis de la tarde, hora de salida del Cuartel y del regreso del colegio de las mamás. La animación era completa, contando inclusive en los bajos del edificio, con una especie de rudimentaria Guardería Infantil de "kanguros" voluntarios.

Junto al enmaderado bar, de acertado diseño de estilo inglés, un coqueto saloncito, acogedor sobre todo en el invierno, reunía por tertulias a distintos grupos de jugadores. Nada más entrar en él, tres mesas polivalentes (de tableros volteables, formica blanca, tapete verde), acogían a un grupo de veteranos, maestros del dominó, perfectamente clasificados con arreglo a sus conocimientos, y en rarísimas ocasiones entremezclados.

En el rincón de la izquierda, junto a una ventana y su correspondiente radiador de calefacción, la mesa del Sr. Coronel, Comandante Ayudante del Regimiento, y algunos otros jefes o pelotas de turno. A su lado cuatro sillas y una mesa siempre vacías, y en el rincón de la derecha bajo potente lámpara de verde tulipa, una amplia y extraña mesa octogonal, palestra de fieltro verde, en que se jugaban reñidas partidas de "canasta", las Damas del Regimiento y su Tcol. Mayor.

Entre: pases, envites y "órdagos", el Sr. Coronel siempre contaba algún chistecito, y cuando todos los "amarracos" en la "escuela", la emoción del juego lo requería, <sup>(1)</sup> nunca faltaba el del "huy, yu, yui"; pajarito a modo de pelícano, de vuelo rápido, patitas cortas, y "atributos" largos y pendulantes, que al ir a tomar tierra en la arena de la playa, siempre lanzaba lastimero el grito de: "Huy, yu, yu, yu... yui".

Ya es sabido, que aunque sólo sea por subordinación y respeto, los chistes del Sr. Coronel deben ser reídos y celebrados por todos los componentes del Regimiento (y así se hizo la primera vez); pero las reiteraciones, ya son otra cosa, ésas sólo obligan al Ayudante y a los pelotas de turno, que en éste, lo celebraban diariamente, partiéndose el pecho con grandes aspavientos y carcajadas. Hasta las Sras. sonreían picarescamente, con mayor o menor intensidad, según el empleo que ostentaban sus maridos.

En un domingo de invierno, macizo de partidas: "revanchas", "vueltas" y "buenas", un Teniente de la E.A., gran jugador, pero en el que aquél no había sido su día, de pronto empezó a "coger fichas" y con ellas a remontar lo que parecía superperdido. Tan feliz se sentía en aquellos momentos, que su subconsciente, le pidió silbar, arremetiendo con alegría el castizo pasodoble "El gato montés".

---

(1) Amarraco: Tanto que en el juego del "Mus" vale por cinco "Piedras".

Escuela: Plato en que se depositan las piedras y amarracos al final de la partida cuando faltan menos de cinco tantos para ganar la partida.

Con penetrante silbido, mientras ordenaba sus fichas, terminó de interpretar la parte aquella en que los clarines anuncian la apertura de la puerta de chiqueros: "Tariti, tararara, tarara, tari. Tarata, tata, ta". Y como la cosa más natural, recordó a uno de los contrarios:

— Vd. sale, mi Capitán.

El Capitán, quemado por la vuelta que estaba dando la partida, y por si la cosa iba de "cachondeo", contestó bronco:

— Con esa música saldrá Vd.

Todos rieron el incidente, hasta que el Coronel, separándole a un costado, lo llamó al orden por considerar inadmisibles los silbidos ante las damas.

A todos no les pareció muy ortodoxa (la forma, no el fondo con damas o sin damas) de la llamada la orden. Tanto por el público, como por el lugar.

La partidas fueron terminando, y los jugadores levantándose rodearon la mesa conflictiva. En un momento de silencio, al colocar una ficha un jugador, se oyó fuerte y claramente la voz de un jefe que estaba de mirón:

— Andate con el bolo colgando, y te la meterán doblada.

La voz del Coronel no se hizo esperar:

— ¡¡Fulano!!! Llamó al Teniente Coronel, a la par que salía del saloncito hacia el bar contiguo, indicando con el gesto que le acompañara. El silencio y la expectación fueron en aumento. Nada más pasar el dintel, empezó fuerte la perorata:

— Parece mentira que Vd. emplee esos términos delante de unas Sras.

El Teniente Coronel, cortándole con la voz y con el gesto, le interrumpió sereno como si lo estuviera esperando:

— Mucho siento, mi Coronel, que Usía me tome por un grosero. Pero más siento aún que mi Coronel demuestre públicamente su ignorancia en temas militares.

El silencio se hizo absoluto. El Coronel se quedó estupefacto. Algún pelota esbozó una



sonrisa pensando en el "cuerno". El Teniente Coronel continuó antes de que el Coronel reaccionando tomara la iniciativa:

— El "bolo" era un machete reglamentario en el Ejército Español, para las unidades de Filipinas, que podía llevarse colgando pendiente del tahalí. Posición ésta poco recomendada en los aforismos de la Tropa. Y por otra parte, de todos es sabido que: desde que la administración militar empezó a funcionar, hay que esmerarse sobre todo en las entregas de mantas, en vigilar la posibilidad de entrega, de una manta doblada, por dos. Mi Coronel, si no manda Usía nada, con su permiso me retiro.

Un fuerte taconazo y unos pasos marchándose hacia el comedor, fue lo único que se oyó en un buen rato.

# el jalonamiento con vanguardias

---



Corriendo el año setenta y cuatro, mandaba a la sazón un Batallón de Cazadores, un Teniente Coronel de buena presencia, alto de figura, más que alto diría yo erguido, siempre esforzado en presentarse como un caballero de cuidados modales, exquisito en el trato hasta en los momentos más íntimos; que a veces resultaba hasta anacrónico. De seleccionado léxico, del que gustaba oírse, aunque su pronunciación le traicionaba, siendo entre nasal y lastimera; dicha con la mandíbula inmóvil y los dientes apretados.

Disfrutaba sorprendiendo a sus compañeros de empleo, Jefes de los otros Batallones de la Brigada, con ingenuas innovaciones en la instrucción o en el desarrollo de los temas en maniobras. Siendo siempre esclavo de que sus pequeñas diferencias fuesen apreciadas por el mando.

Con motivo de unas maniobras conjuntas hispano-americanas, fueron invitados por el mes de julio, varios jefes de Unidades y entre ellos el Tcol. que nos ocupa, a presenciar uno de los ejercicios. Disfrutó enormemente su Espíritu Militar, y de lo observado sacó grandes enseñanzas y originales ideas para poner en práctica con su Batallón. Le impresionó de forma muy especial, la precisión del apoyo aéreo con la entrega de alimentos y municiones sobre puntos balizados con «paineles» de circunstancias.

A primeros de octubre salió la Brigada de maniobras incluyendo en el programa unos ejercicios con fuego real. Ya situados cada Batallón en su zona, nuestro Tcol. inspeccionó todas sus Compañías y al llegar a los asentamientos de los morteros de 81, llamando al teniente se produjo el siguiente diálogo:

Tcol.: Mire, Teniente. Quiero que me haga un jalonamiento con vanguardias.

Teniente: Mire Vd., mi Teniente Coronel. Tenemos instruida la sección, y saben hacer perfectamente una preparación de tiro con goniómetro de mando, y así los transportadores de tiro los hacen rapidísimamente.

Tcol.: Bien, bien, me parece muy bien. Pero yo quiero un jalonamiento con vanguardias.

Teniente: Muy bien, mi Teniente Coronel, si Vd. quiere pondremos los jalones a vanguardia para que se vean. Pero tal vez y por la forma como se presenta el Tema, creo que sería más real el jalonamiento con los piquetes a retaguardia.

Tcol.: ¡Que no! Que no me entiende, que lo que yo quiero es un jalonamiento con vanguardias.

El Capitán de la Compañía de Armas de Apoyo, que estaba en las proximidades junto a los asentamientos de los morteros de 120, ante los gestos y el tono de voz del Teniente Coronel, se acercó para indagar los motivos del enfado del Jefe. Una vez presentado y dadas las novedades de los asentamientos de las otras secciones de la Compañía, se ofreció para aclararle lo que quisiera saber y el Teniente no hubiera ya razonado:

Tcol.: Es que el Teniente no me entiende. Yo no quiero los piquetes clavados. Que lo que quiero, es un jalonamiento con vanguardias.

Capitán: ¡Ah, ya! Lo que Vd. quiere es una serie de soldados, cada uno con jalón.

Tcol.: ¡¡Que NO!! Vd. tampoco me entiende. Que no es eso. Lo que quiero es materializar la dirección de tiro con un jalonamiento por el suelo con ¡¡¡hojas de «La Vanguardia»!!!<sup>(1)</sup>

---

(1) «La Vanguardia»: Periódico de la prensa catalana de gran formato y numerosas páginas.

# el armario del capitán

---



Tomada posesión de su Capitanía, por un nuevo Capitán General, empezó su periplo de visitas a los acuartelamientos de las distintas unidades, según un calendario y programa, remitidos con la consiguiente antelación.

El día de autos, y cumplimentando las órdenes del Coronel, el Regimiento parecía de dulce. Tanto la Unidad formada en el Patio de Armas, como todos los locales de Compañías y Dependencias. El Mayor, generosamente, no había escatimado ni el ozonopino para las naves, ni el zotal para las cuadras. Hasta les regaló a los Capitanes un bote de purpurina para los cascos del ganado.

El Sr. Coronel, aunque satisfecho de cómo se encontraba la Unidad, y ser un coronel "marchoso" por excelencia, no las tenía todas consigo (y aunque pretendía disimularlo), el manejo de sable que se traía, lo delataba. No era ésta la primera vez en que se iban a encontrar; pues según decía "radio macuto": eran antiguos conocidos con su Excelencia ya desde el CIR. de Figueirido, en donde sus relaciones no habían sido precisamente muy cordiales. Claro está, que ya había llovido mucho desde entonces, y eran otros tiempos y otros empleos.

Por fin llegó la hora, y con ella el Capitán General. En la Principal, y según las instrucciones recibidas, le cumplimentó el General de la División, acompañado del de la Brigada. Entrando veloz al patio, apenas silenciado el corneta de la guardia; subió de un salto al podium, en un alarde de agilidad, y terminados los honores y dadas las novedades por el Coronel, cuando éste se giraba para dar una orden, el cornetín se adelantó, y vibrante, la dio por su cuenta, lo que motivó que el Capitán General, asomándose en toda su longitud por la barandilla del podium le reprobara: ¡Coronel! ¡Mande a la voz! Nuevo giro, nuevo saludo: Sí, mi General. Media vuelta y nuevo intento de mandar. ¡Eclipse! Nuevo adelantamiento del cornetín:

— ¡¡Coronel!! ¡Que le he dicho que a la voz!

Aquello empezó a ser la segunda parte de Figueirido.

A la tercera va la vencida. Por fin las aguas volvieron a su cauce y todo el ceremonial resultó exacto dentro de la más estricta liturgia castrense. Terminado el brillante desfile del Regimiento con su Coronel a la cabeza; su Excelencia, siempre con prisas, se limitó a departir con el Ilmo. en su despacho, solamente el tiempo que se tarda en tomarse un café, que fue el preciso para hacerse una idea de conjunto de la organización y plantilla del Regimiento y plazas de ubicación de los dos Batallones y resto de Unidades dependientes administrativamente del mismo.

La inspección de locales y dependencias fue con mucha rapidez, sobre todo en la subida de escaleras, en que disfrutó su Excelencia, dejando patente su gran forma física.

El normal desarrollo de la visita fue tranquilizando al Sr. Coronel, hasta que en el almacencillo de la Sección de Esquiadores de la Cía. de Plana Mayor, al estar presente solamente el Capitán, toda vez que el Teniente estaba formando con la tropa, nadie supo contestar a la pregunta formulada por el General, ante la vista de las magníficas perchas en que los esquíes estaban almacenados en evitación de que sufrieran deformaciones; pero los ganchos para colgar los bastones, se encontraban vacíos en su totalidad:

— ¿Dónde están los bastones?

El silencio fue sepulcral, y las miradas interrogadoras, perfectamente escalonadas en olas sucesivas: ascendentes y descendentes. Sin que ninguno de los allí presentes supiera aclarar, que los bastones se encontraban magníficamente embalados para concurrir al próximo Curso de Esquí, en unas cajas confeccionadas ex profeso para que no sufrieran deterioro alguno en su transporte.

Ya se puede tener temple de acero, pero cuando se espera que el menor percance, pueda ser motivo más que suficiente, para justificar "cualquier cosa", no se puede pasar por alto el incidente de los bastones.

Avisado el Teniente de la Sección de Esquiadores, adelantó a la comitiva para aclarar, al Comandante Ayudante, la ubicación de los tales accesorios.

Con cierta tensión en el ambiente, por el reciente incidente, que había puesto "cara de pascua" a su Excelencia, y cara de "palo" al Ilustrísimo, llegó toda la "Corte Celestial" al edificio de otra Compañía, y poniendo nuevamente en práctica, la subida de las escaleras en cuatro zancadas, con el Coronel a su rueda, dejó maltrechos y jadeantes al resto de los acompañantes.

Fue brevísimo el tiempo transcurrido, desde la voz del Cuartelero, al verlo entrar en el zaguán de la escalera, sin darle lugar a salir a recibirle. Sus movimientos, por los distintos cuartos y dependencias de la Compañía, eran veloces y zigzagueantes; recordando el comportamiento de un perro de caza encelado con su presa. Los acompañantes iban y venían sin ton ni son, las distintas corrientes se encontraban y entrechocaban en las puertas y pasillos. Sobre la marcha, y siempre seguido del Coronel, preguntaba sin cesar al jadeante Brigada, que siempre llegaba tarde. Al fin paró, y fue, ante la puerta (extrañamente cerrada, en contra de las órdenes cursadas), del armario empotrado del despacho del Capitán.

— ¿Qué es eso? ¿A dónde da?

Preguntó secamente su Excelencia. El Coronel tuvo una negra corazonada. El Brigada respiró tranquilo y contestó feliz:

— Es un armario, que por estar aquí dentro no tiene cerradura, y en él guarda el Capitán su equipo de campaña.

Y uniendo la acción a la palabra, cogió las puertas para abrirlas; pero aunque en principio cedieron, volvieron a su ser por sí solas. Nuevo intento, e igual fenómeno. El Coronel, mosqueado, pasó a la acción, decidiendo abrirlo personalmente aunque para ello tuviera que hacer saltar la cerradura (que sin duda tenía, en contra de lo que decía el Brigada). También fracasó en el intento, y ya nervioso y contrariado por la nueva y comprometida situación, no paró a pensarlo dos veces. Agarró un asa con las dos manos, puso un pie en el marco, y dio un violento tirón. La puerta se abrió, y dejó al descubierto a un pálido Furriel, más muerto que vivo, uniformado de faena y con un trapo de quitar el polvo sobre el hombro izquierdo. Sus manos en aptitud impetratoria, mostraban unas uñas rotas y ensangrentadas.

Todos, incluido el Sr. Coronel, creyeron llegado el fin del mundo, pero no fue así, el Capitán General, dándole unas palmaditas en la espalda, sacó del armario, al emparedado Cabo, que se presentó ante aquel coro de admiradores, en M-67 y zapatillas de deporte, con la misma moral que si lo hiciera ante el Tribunal de Dios en el Juicio Final.

Afortunadamente el General supo encajar perfectamente el incidente y esbozando una sonrisa, consoló al maltrecho Cabo Furriel, muchacho trabajador hasta el último momento, cazado limpiando el despacho de su Capitán sin escapatoria posible. Los comentarios generales fueron jocosos y sirvieron para fundir el hielo que pudiera quedar.

¡Una vez más, el "Diablo de las Revistas" había hecho una de las suyas!

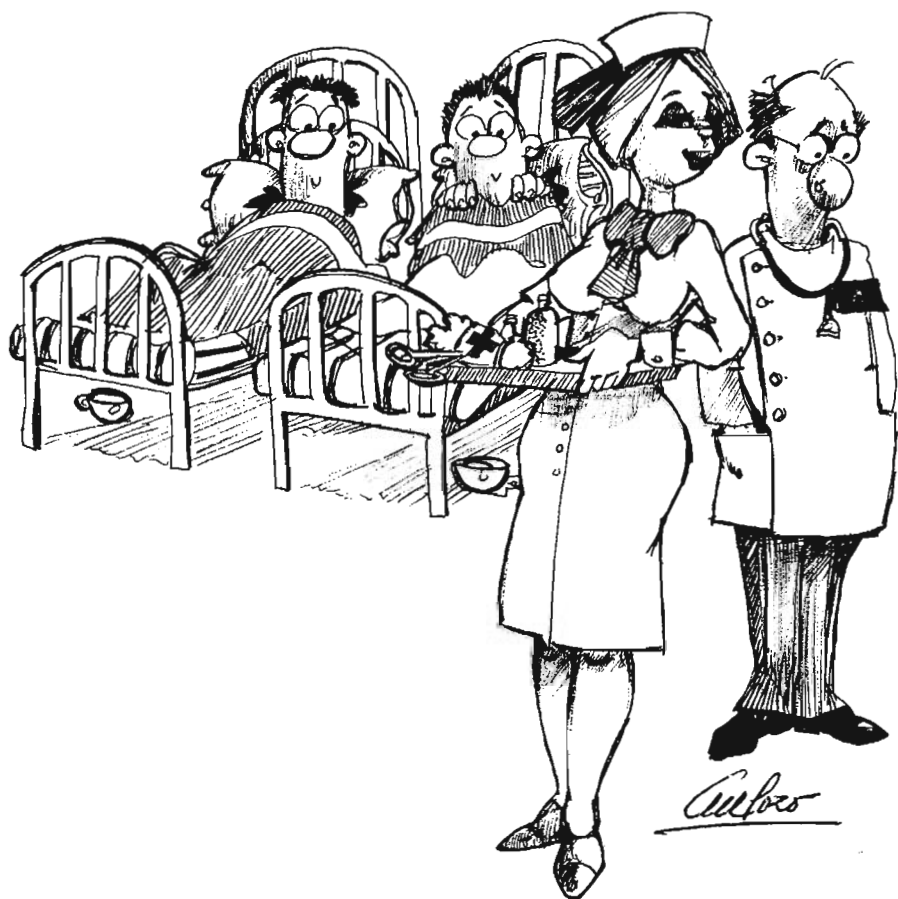
No obstante, su Excelencia al despedirse del Regimiento, y dirigiéndose al Coronel, le preguntó con sorna:

— ¿Coronel, encontró por fin los bastones?



# el cachete militar

---



*No hay candados, guardas ni cerraduras  
que mejor guarden a una doncella,  
que las del recato propio.*

*(Capit. 51, p. 1ª, Quijote)*

Podía muy bien ser el año mil novecientos cincuenta y muchos, cuando en una tarde de sábado se celebró en un amplísimo caserón, que había sido antiguo convento de la Orden de Predicadores, creo que hasta la desamortización de Mendizábal, y a la sazón Hospital Militar, un paradójico acto con visos de entre: paródico Consejo de Guerra y Auto de Fe actualizado.

.....

.....

En una de las Salas de Tropa, la del Servicio de Traumatología, se encontraba hospitalizado un soldado del Ejército del Aire, muy jovencito él, pues había sentado plaza como voluntario. Estudiante universitario, bien parecido e hijo de un industrial bastante conocido en la plaza, por ser uno de los principales accionistas (si no el primero) de una empresa de transportes urbanos.

Un accidente ocurrido en la Base Aérea, había sido la causa de un fracturón de "mala pinta" en la pierna del muchacho; cuya reducción y tratamiento le ocasionó una larguísima temporada de hospitalización. Larguísima por varias razones: la primera y principal la forma y lugar de presentarse la fractura, lo que motivó que para su reducción se intentaran un sinnúmero de tratamientos sin feliz resultado, y a la postre hubiera que proceder a la colocación de una "varilla intermedular", o cosa similar, que tampoco resultó por "rechazo" de la naturaleza del paciente. Esto que se dice tan pronto, fueron dos años y pico, día a día, lo que dio lugar a que las consideraciones y trato por parte de los equipos, no sólo de la Sala sino del Hospital entero, fueran muy familiares y afectivos.

Los compañeros de la sala, que se fueron sucediendo con el tiempo mientras él perduraba, le tenían en gran estimación pues por razón de la situación económica de sus padres y su carácter desprendido, siempre estaba desviviéndose por ellos con la adquisición de toda clase de juegos y pasatiempos.

Sin duda por su buena percha, tener una esmerada educación, gran simpatía, y buen carácter; que nunca se dejaron influenciar por sus padecimientos, además de ser

también, un poco, bastante, "caballo colocado" en la quiniela de la vida, el revoloteo de tocas enfermeriles, era permanente a su alrededor. Sobre todo a partir de las tres de la tarde, hora desde la cual raramente solían verse por las salas los médicos de la especialidad, a excepción del Teniente Coronel Cirujano "D. Fernando", Jefe del Equipo, que no faltaba a su visita a las siete de la tarde, sobre todo cuando tenía a alguien recién operado. Y la esporádica del Médico de Guardia, normalmente Alférez de la IPS. en prácticas.

.....

.....

Al mismo tiempo había hospitalizado en la Sala de Oficiales, y tratado por el mismo Servicio de Traumatología, un Teniente de Cazadores que también pasaba ya de los veinte meses de internado y que a la sazón mientras se consolidaban sus múltiples fracturas, el equipo quirúrgico con gran constancia y dedicación le mejoraba las posibilidades de autosuficiencia con sucesivas operaciones y retoques, consiguiendo que empezara a deambular por los pasillos con pasos inseguros y pendulantes, acompañando asiduamente a los Capellanes en su recorrido vespertino por las distintas salas de tropa, charlando y departiendo con ellos, y hasta cuando se terciaba echando alguna partidilla de "parchís" o "ajedrez" mientras el "Pater" confesaba o consolaba a los que requerían de sus servicios.

Su figura era muy conocida por todos los estamentos hospitalarios, pues dado su carácter abierto y larga trayectoria en el Centro, unidos a ciertas cualidades artísticas y de manualidades, había participado en cuantos trabajos y "belenes" se habían llevado a efecto, logrando algunas veces espectaculares movimientos de las figuras y juegos de luces con amaneceres y puestas de sol. Siendo muy celebrado el montaje sobre el Altar Mayor de la Capilla el día de la Renovación de Votos por parte de dos novicias de la comunidad de las Hermanas de la Caridad de S. Vicente Paúl, de un "ingenio" muy espectacular construido con medios de circunstancias, recuperados del trastero del hospital. Logrando por medio de un viejo reostato de una "Cámara de Bier" <sup>(1)</sup> en desuso, un reflector parabólico de un antiguo quirófano de campaña arrumbado; del que a su vez había extraído la gran lente exterior para colocarla en el retablo del altar sobre un fondo oscuro encima de la vertical del reclinatorio ocupado por las sores profesas. Y frente a él muy distante en lugar desfilado de las vistas de los fieles concurrentes a la ceremonia, colgado con imperceptibles alambres una representación

---

(1) Cámara de Bier: Especie de baúl caliente, que por medio de unas resistencias eléctricas se conseguía tener a la temperatura deseada, empleado para la recuperación de movimientos de miembros lesionados, mediante la permanencia dentro de él en sesiones progresivas.

del "Espíritu Paráclito" en forma de monumental paloma en aptitud de posarse, construida con cartón y forrada de algodón, con dos comprimidos por ojos y las patas y pico forrados de esparadrapo pintado de Mercromina<sup>(2)</sup>, únicos elementos que tenía a su alcance. Los efectos fueron sorprendentes.

Manejando el reostato con delicadeza y habilidad se conseguía que el reflector fuera aumentando, poco a poco, su intensidad luminosa sobre la paloma que al ser iluminada se reflejaba sobre la gran lente convertida en espejo, y hasta entonces desapercibida por su transparencia, con lo que se lograba que en los momentos solemnes de la bendición y pronunciamiento de renovación de Votos, apareciera el Espíritu Santo sobre las dos Hermanitas de la Caridad, para desaparecer nuevamente. ¡Era todo un espectáculo!

Seguramente por razón generacional, o por ser el "profesional" más asequible, era muy visitado por los médicos, Alféreces eventuales en prácticas, destinados en el Centro que bajo pretexto de jugar una partidita o simplemente charlar en la tertulia que se formaba con sus asiduos visitantes; solían recurrir a él con las consultas de las pegas que se les presentaban en el Servicio de Médico de Guardia, en el terreno puramente militar referentes a tratamiento, consideraciones o disciplina. Debidas, sin duda, a la circunstancia de haber hecho los "campamentos" en los primeros Cursos de Carrera, y no poder hacer las prácticas hasta no tenerla terminada; con lo que la preparación técnica era buena pero la militar ya la tenían trasnochada.

Los Capellanes destinados en el Centro, eran dos santos varones que cumplían su doble cometido: de Capellán del Hospital, y el nada fácil de Capellán de la Comunidad de las Hermanas de la Caridad, dado el carácter de la diminuta Superiora comparable en cuanto a las agallas a Catalina de Arauxo, la Monja Alférez.

El uno, aragonés de secano, Capellán Castrense, Comandante de empleo, Licenciado y Doctor en varias cosas, psicólogo nato y conocedor de la vida y milagros del soldado. El otro, castellano viejo, soldado clérigo movilizado con arreglo al Concordato, joven, culto y despejado. Seguidor fiel de los pasos y enseñanzas de su maestro.

.....  
.....  
De entre las Damitas Auxiliares de Sanidad Militar, asiduas visitadoras de nuestro soldado fracturado, se distinguía por lo que cundía, una rubita de pelito corto y nariz

---

(2) Mercromina: Desinfectante de color rojo intenso.

respingona, que aparte de tener "la belleza del diablo", encanto natural que toda mujer tiene a sus diez y siete años, la naturaleza había sido pródiga con ella dotándola de ciertas redondeces hábilmente distribuidas y que comprimidas en coquetas prendas interiores, ella procuraba no pasaran desapercibidas con el ceñido y transparencia de su bata de enfermera.

Teodoro, el sanitario de la Sala de Oficiales, al que no se le había pasado por alto, la definió como : ¡Jo, qué culete!

Conocidos los personajes, y el teatro donde se desarrolla la acción, es hora ya de que entremos en el meollo de la tragicomedia y conozcamos su final.

Aquel día, por ser sábado, y por tanto día de visita en general, con el ánimo de terminar la ronda antes de que empezaran a llegar los visitantes, la pareja de Capellanes se personó muy temprano, nada más comer, en busca del "Teniente roto". Encontrándolo ya de pie y paseándose calentando motores para iniciar el "tour del hospital". Aún no habían hecho más que llegar a la 1ª Sala, cuando un sanitario jadeante requirió, en la de Traumatología, la presencia de la "trinidad"; que además de ser tres, tenía con la "Santísima" otras semejanzas o parecidos, pues eran: "Padre" (capellán), "Hijo" (espiritual como coadjutor), y el tercero aunque con mucho espíritu, a base del bien comer y el reposo forzado (ocho meses de yeso completo), a lo que estaba poco acostumbrado como teniente de cazadores, se había cargado de bastante materia. Pero por ser el inspirador de muchas de las ideas del trío, bien pudiera pasar por un Paráclito de 3ª División.

Al no distinguirse el Cazador como "sprinter" precisamente, cuando llegaron a la Sala de Traumatología se encontraron con el siguiente panorama:

Una serie de muchachos perfectamente aparcados junto a sus camas, los que no estaban dentro de ellas, con caras alternativas entre jocosas y espectantes; la primera por lo que habían visto, la segunda por lo que esperaban ver.

El Médico de Guardia pidiendo calma a voces mientras con sus movimientos de manos indicaba lo mismo, esperaba ansioso la llegada requerida de la "trinidad" para que le ayudaran a solventar el caso altamente conflictivo.

La "Madre" Superiora, diagnosticando la "mejoría" del soldado de aviación, ya preparaba el papeleo para darle el alta (por lo menos con ella amenazaba).

La Monja de la Sala, y la enfermera rubita gimoteando entre sus brazos con la cabeza apoyada en el hombro, formaban un bonito cuadro plástico digno de Benlliure, que bien podía titularse "La caridad".

El Voluntario de Aviación, contrito y cabizbajo, sentado en su cama guardaba silencio. Y el vecino de cama intentaba por todos los procedimientos explicar lo ocurrido, sin que nadie le hiciera caso.

Rápidamente quedó constituido un a modo de tribunal, en el que cada uno desempeñaba un papel:

El Alférez Médico de guardia, como autoridad competente, actuó de Presidente, auxiliado por el "Pater" como Vocal Ponente. El Teniente como Defensor del presunto reo.

La Superiora de fiscal y Acusador Privado, casi se podía decir de "Abogado del Diablo", lanzaba diatribas como un Sabonarola <sup>(3)</sup> en femenino.

La Hermana de la Sala como Secretaria Relatora, en funciones, empezó con un sucinto apuntamiento de los hechos, completado por los relatos de los testigos, llegando a la siguiente conclusión.

La damita en cuestión, después de un revoloteo de palomita en celo alrededor de la cama del voluntario, fue a posarse al costado de ella, sentándose en una banqueta y colocando sus pies apoyados sobre los hierros de transmisión de movimientos que las camas ortopédicas, tienen bajo el jergón; con lo cual las rodillitas de la interfecta quedaban colocadas a una muy considerable superior cota a la del asiento de la banqueta, originando con ello un amplio lucimiento de parte de sus encantos. Como la charla fue larga, peligró el voluntario de acrecentar sus males con una conjuntivitis por forzar la vista; y terminado el diálogo, cuando giraba para marcharse, la mano del voluntario tras chasquear en el impacto, quedó adherida a la popa de la enfermera como una estrella de mar al casco de un acorazado. La acción en público y tan sonora y notoria, llenó de vergüenza y oprobio a la enfermerita que hecha un mar de lágrimas corrió a contar su desgracia a la monja, y desde ahí encadenados corrieron todos los partes y acusaciones.

---

(3) Fraile muy relacionado con la Santa Inquisición, que terminó sus días siendo víctima de ella.

Cuando ya el tribunal estaba dispuesto a deliberar sobre la forma de proceder, la voz del "Ponente", resolvió la situación, y encarándose y señalando a la enfermera sentenció:

— La culpa la tienes ¡tú! Por culo provocativo al cachete militar.

Y levantándose el Consejo, se dio por terminada la vista y fallada.

La resolución salomónica llegó a oídos del Coronel Vicario, diminuto y vivaz personaje, pequeño de estatura y seco de carnes, que cuando se revestía de sus atributos de Pastor, quedaba reducido solamente a faja púrpura y galleta morada de Coronel; quien con muy acertado criterio dio por firme la sentencia mandando archivar los autos.

# la reyerta

---





*En la mitad del barranco  
las navajas de Albacete,  
bellas de sangre contraria,  
relucen como los peces.*

*F. García Lorca.*

Corrían los últimos días del mes de junio, cuando al regreso de unas maniobras, el soldado Antonio Heredia Montolla, enjuto de carnes y cetrino de cara, ¡gitano de pura cepa!, vio en el tablón de anuncios de su Compañía, que en la relación de los que podían disfrutar, en el próximo mes de julio, 30 días de permiso por buena conducta, se encontraba relacionado su nombre.

Su alegría fue inmensa, y poco tardó por todos los procedimientos existentes, en poner tan fausta noticia en conocimiento de su novia Carmen Jiménez Vargas.

Pero dábase la circunstancia, de que las familias Heredia y Jiménez, eran enemigas acérrimas, y por ello sus relaciones mal vistas por las dos partes, y en más de una ocasión habían sido boicoteadas y hasta prohibidas.

Fuera por estar vigilada, o fuera por pura casualidad, la misiva de Antonio a Carmen, fue interceptada, y sospechando que intentarían reunirse, la familia Jiménez siguió los pasos de la gitanilla, cuando ansiosa e ilusionada acudió a la estación.

Los familiares de Antonio, avisados por él de su llegada, y queriendo celebrarla, también acudieron a esperarle.

Los componentes de las dos familias, de momento, o no se vieron o se ignoraron, pero a la llegada del tren, y en él Antonio, se juntaron en el andén además de la feliz pareja, los dos clanes antagonistas.

Poco tardaron en empezar las escaramuzas, que si en un principio fueron orales, al ir subiendo de tono pasaron a las manos; con lo que en poco rato se organizó tamaña batalla campal que terminó con tres combatientes en el hospital, y el resto en la comisaría.

Entre los hospitalizados, se encontraban Dolores Vargas Castuera "la Lola", gitana de gran belleza, y madre de la novia. Con una herida por arma blanca, de la que se acusaba como posible autor a Antonio Heredia Montolla, el soldado que quería ser feliz y

disfrutar del premio que bien se había ganado. Cayeron por tierra todos los sueños que había tenido despierto en las largas noches de vela, mientras contemplaba las blancas cumbres de la Tuca Blanca y Collarada recortadas en el horizonte bajo un negro cielo tachonado de estrellas. Para nada le servían ya: su ejemplar conducta, ni el ofrecimiento constante a los mayores riesgos ni fatigas. ¡Qué sería de la especial estimación en que le tenía su Capitán!

Un Sargento con una pareja de la P.M., lo trasladaron por su condición de soldado a la Guardia de Principal, y en sus calabozos quedó detenido. Rápidas empezaron las actuaciones, siendo procesado como presunto autor de un delito de homicidio frustrado, y tomar parte en una reyerta entre gitanos.

El Capitán General decidió el traslado del detenido a su Cuerpo de procedencia; y a él llegó conducido por una pareja de la Benemérita, triste y avergonzado, una mañana del mes de julio.

Al ser requerido, nombró defensor a uno de los Comandantes de su Batallón, y en sus manos dejó su suerte. Poco faltaba para las Navidades, cuando en la de Capitanía, figuraba la orden de celebración del Consejo de Guerra, el día "tal" en la sala de justicia del acuartelamiento, para ver y fallar la causa ordinaria número "cual" instruida contra el soldado Antonio Heredia Montolla por el presunto delito de .....

La mañana era fría, y muy temprano, los soldados de la guardia ya vieron entrar en la Sala de Banderas a dos Capitanes y un Comandante, desconocidos para ellos, que lucía sobre el bolsillo del pecho un gran sol refulgente y portaban en sus manos los sables y unas grandes carteras portafolios.

Desde el toque de diana, Antonio Heredia Montolla, perfectamente vestido con el uniforme de paseo, cogido a los barrotes del calabozo, con los dientes apretados, marcaba aún más duras las secas facciones de su cara cetrina, recién afeitada. Sus ojos mirando nada, se perdían en las profundidades de aquel trocito de cielo azul enmarcado en la ventana. Su mente daba vueltas y más vueltas a las últimas palabras de la conversación sostenida, la tarde anterior, con su defensor.

Poco faltaba para las diez. Cuando el Sargento de Guardia, vino a sacarle del calabozo, acompañándolo hasta la presencia del Teniente. Dos Policias Militares y un Sargento de ella se hicieron cargo de él, y juntos salieron camino de la Sala de Justicia. Ante su puerta cerrada esperaron hasta que quedó constituido el Consejo. Poco tardó la puerta

en abrirse, y asomando por ella el Secretario del Juzgado requirió la presencia del procesado.

Con el ritual de siempre se inició la vista. El Coronel Presidente, puesto en pie, ordenó: ¡Audiencia pública! El secretario abriendo las puertas la anunció. El público entraba lento e ininterrumpidamente y con él varios P.M. que quedaron de pie en el fondo de la sala.

El Juez, Fiscal y Defensor, en sus estrados, sentándose, colocaron el sable de forma que no entorpeciera sus movimientos, con gestos mecánicos se quitaron los guantes colocándolos dentro de las gorras que pasaron a una esquina de las mesas. Mesas que pronto se vieron cubiertas con todo lo que vomitaron las carteras que traían: folios, dossiers, documentos y lo que no podía faltar: El Código de Justicia Militar.

Mientras tanto las puertas se cerraron y el silencio se hizo sepulcral, todos los asistentes se revolían en sus asientos expectantes. Rompió el silencio la ronca voz del Coronel Presidente, invitando al Juez a leer el apuntamiento. Una voz monótona sin inflexiones narró los hechos probados. Los Vocales prestaban atención y hasta alguna vez ponían cara de no haber entendido muy bien. El Ponente, en voz baja, conversaba con el Presidente. El Fiscal y el Defensor, indiferentes a la lectura, ordenaban papeles y hacían anotaciones. La celebración del consejo siguió sus pasos con la solemnidad habitual. Se hizo la lectura de los folios solicitados y los testigos presentados por el ministerio Fiscal y la Defensa, fueron llamados al estrado. Entre ellos prestó juramento de ser veraz en sus manifestaciones: Dolores Vargas Castuera "la Lola", herida en el transcurso de la reyerta.

Sentada «la Lola» en el estrado, y llegado el turno de preguntas al comandante Defensor, pidiendo la venia a su Señoría, se dirigió a la gitana:

— ¿Es cierto que el día de autos, o sea el día de la riña, Vd. salió lesionada?

— ¡Sí, señor!

— Haga Vd. memoria y dígame, si a Vd. le hirieron ¿antes de la reyerta, en la reyerta o después de la reyerta?

La gitana miró al suelo y guardó silencio. El Defensor, interpretando que no había sido entendida su pregunta, insistió machacón:

— Mire Vd. Es interesante que Vd. recuerde los hechos, y que una vez que los tenga claros, conteste a mi pregunta. ¿La hirieron antes de la reyerta, en la reyerta o después de la reyerta?

La gitana, que había erguido la cabeza y miraba con sus grandes ojos negros al Comandante, nuevamente la abatió, y entornando los párpados miró al suelo sin contestar.

La ronca voz del Presidente le apercibió:

— ¡Levante Vd. la cabeza! ¡Y mirando a este Tribunal, conteste a la pregunta de la defensa!

La gitana levantó la cabeza y miró al Presidente. Su rostro se cubrió de grana. Sus manos bajas en el regazo, se apretaban los dedos alternativamente. Ante lo prolongado del silencio, el Defensor tomando la palabra dijo:

— Con la venia, solicito de su Señoría, exhorte a la testigo a que conteste a las preguntas de esta Defensa, por considerarlas imprescindibles para esclarecer los hechos. Perjudicando con su silencio los intereses de mi patrocinado.

La voz del Presidente nuevamente se dejó sentir:

— Recuerdo a la testigo que se encuentra bajo juramento, y la obligación que tiene de decir verdad.

La gitana interrogó a su vez:

— ¡Aaaaaimm.....Señor Militar.....!!! ¿Tengo que contestar a esa pregunta? Es que a servidora estas cosas le dan mucho reparo.

El Vocal Ponente intervino:

— Mire Vd., Sra., comprendo su reparo, pero. ¡sí, tiene Vd. que contestar a las preguntas de la Defensa, por no ser improcedentes!

El Defensor, que necesitaba concretar una serie de puntos cronológicos, para demostrar que su defendido se había visto obligado a obrar en legítima defensa y bajo estado de

arrebato y obcecación al ser amenazado por el tropel de la madre y los hermanos de la novia, preguntó por tercera vez:

— Vamos a ver, Sra. Concrete. ¿A Vd., dónde le hirieron? ¿En la reyerta, o antes, o después de la reyerta?

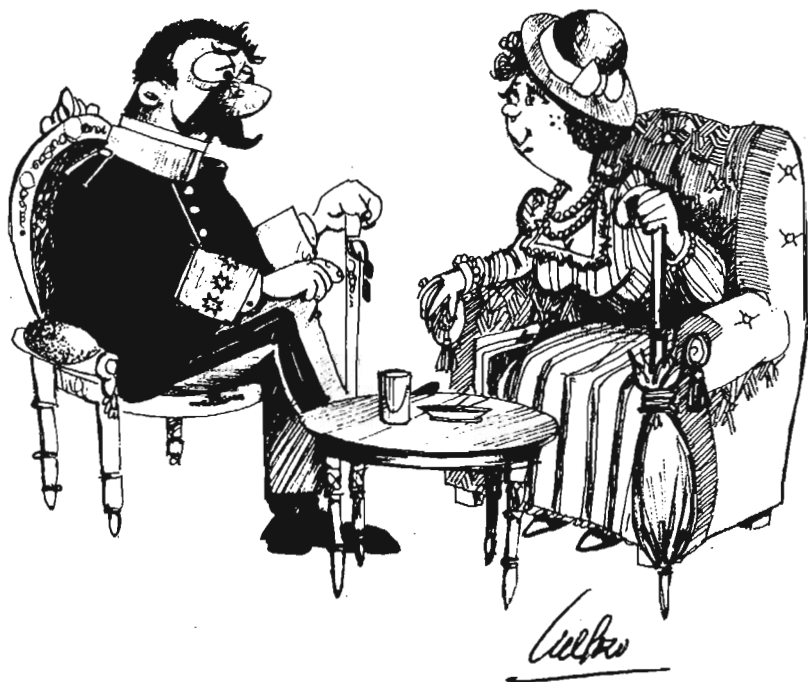
La gitana alzó su cara de bronce digna de una modelo de Julio Romero de Torres. Su mirada se hizo penetrante. Las aletas de su nariz se dilataron. Las oscilaciones de su pecho aumentaron el ritmo. Todas sus manifestaciones eran las de una brava hembra herida.

Rápidamente cambió su actitud. Su rostro se cubrió de rubor y mirando al suelo con ojos de carnero degollado, contestó con voz casi imperceptible:

— A servidora la hirieron entre la "reyerta" y el ombligo.

# la "kermesse"

---



Corría un año cualquiera entre los últimos del ochocientos y los primeros del novecientos. En una capital de provincia, una asociación de ilustres damas, de las muchas que proliferaron en aquel tiempo por razón de las campañas de Africa, Cuba, Puerto Rico, Filipinas y las dinásticas que tanto sangraron a nuestras tropas.

Asociaciones que ya desde que en 1660 cuando la Baronesa Beatriz da Silveira, fundara en Madrid la Obra Pía para el socorro de oficiales y soldados "rotos y estropeados" empiezan a dar testimonio de su existencia, dedicándose de una forma totalmente altruista al auxilio, reinserción y más especialmente apoyo económico a los soldados repatriados de ultramar enfermos y quebrantados, que quedaban marginados por falta de agilidad en la tramitación de las escuálidas pensiones que les quedaban, tardando años en percibir las, cuando lo hacían. <sup>(1)</sup>

Normalmente la forma de que se valían para recaudar fondos, era a base de las dotes de fundación y donativos; pero también recurrían a cuestaciones y festejos.

A mediados de verano, cuando las noches en aquella plaza son templadas y agradables, considerando las Ilustres damas que era llegado el momento de organizar algún acto público con que reponer fondos, movidas por tan loables sentimientos, solicitaron audiencia del Excmo. Sr. General Gobernador Militar, para que como en otras ocasiones les permitiera hacer uso de los terrenos, pertenecientes al ramo de guerra, del cuadrilongo y la hípica de los glacis del Fuerte del Príncipe <sup>(2)</sup>, como de la misma edificación para organizar una compleja "kermesse" <sup>(3)</sup>, y que una vez estudiado y tratado el asunto con los Jefes de los distintos Cuerpos de la Guarnición, quedó montada a base de:

— Concurso Hípico con apuestas y Gimkana a cargo de los Oficiales de Caballería acompañando a distinguidas Srtas. de la localidad.

— Casetas de feria de todo tipo, incluida la correspondiente Tómbola escoltada por los apuestos y decorativos Batidores de Caballería, en la que se sorteaban multitud de

---

(1) Similares a éstas son algunas órdenes religiosas, al igual que la Cruz Roja fundada en Ginebra en 1863, y por especial deseo de Isabel II organizada en 1864 en nuestra patria sobre base de la Orden de San Juan de Jerusalén.

(2) Uno de los fuertes exteriores al recinto amurallado de la plaza y que cerraba una de las vías de acceso a la ciudad; constando de fuerte muralla abaluartada al frente y sencilla por la gola, en donde estaba practicada la puerta de acceso al recinto, pequeño foso y glacis con parapeto.

(3) Kermesse: Barbarismo usado para definir una verbena de asistencia selecta.

objetos donados gratuitamente por varios comerciantes de la ciudad, vendiéndose las papeletas por bonitas jovencitas ataviadas con trajes regionales.

— Junto a la improvisada pista de baile, en que la Banda del Regimiento de Infantería interpretaba múltiples bailables, un aguaduco servido por idénticas Srtas., en que se despachaban refrescos de todo tipo.

— Y por último, y en el interior del recinto murado bajo un montaje de "tiendas Parque"<sup>(4)</sup> formando una estrella, artísticamente decoradas con reposteros y guirnaldas de follaje, un Casino.

Casino en el que: jóvenes y "marchosos" Oficiales de Cazadores sobre un entarimado colocado en el centro de la estrella, sorteaban los números de una Lotería, en la que al cantar las bolas sacadas lo hacían mediante inspirados pareados alusivos a cada número, con letrillas más o menos picantes:... "la niña bonita"..., ... "el pornográfico"..., etc., que hacían las delicias de las damas, ruborizadas oportunamente. Mientras tanto bellas señoritas luciendo su "palmito" hacían las delicias de los caballeros al venderles los cartones de la lotería. ¡Fue todo un éxito!

En las vísperas del festivo acontecimiento y con ánimo de coordinar y ultimar detalles, se reunieron nuevamente en uno de los salones del palacio ocupado por el Gobierno Militar, presididos por su Excelencia, además de la "Plana Mayor" de las ilustres "Damas de la Virgen del Camino", los Jefes de los Cuerpos que habían colaborado en el montaje y organización del festival.

Por el gran esfuerzo hecho y su incondicional apoyo de toda clase, tanto material como humano, se distinguía con diferencia el Regimiento de Infantería número "tal", del que había tomado el mando hacía un año escasamente, un Coronel procedente de la Escala de Reserva, aunque recién ascendido, de gran valía; que dio éxitos y glorias al Batallón de Cazadores que mandó hasta su ascenso <sup>(5)</sup>.

Terminada la asamblea y mientras de una manera informal se servía un té, se reunieron en pequeñas y animadas tertulias en los tresillos repartidos por el salón, charlando de

---

(4) Tienda de campaña de grandes dimensiones, utilizada como almacén.

(5) Los Batallones de Cazadores eran independientes y estaban mandados por un Teniente Coronel Jefe. Un primero y un segundo Comandante de Armas, además de un segundo encargado del Detall. Condicionantes por aplicarse en ellos la Táctica del Marqués del Duero "Formaciones de Medio Batallón".



cosas intrascendentes y elogiando, las señoras, el gran apoyo recibido por la Guarnición en pleno. Ocupando un silloncito de estilo isabelino, estaba sentado el Coronel de Infantería con las piernas entrecruzadas a la altura de los tobillos, los codos apoyados en los brazos del sillón dejaba pendiente su mano izquierda, mientras la derecha, que descansaba sobre el muslo, tomaba el bastón de mando por su caña a la altura de las bellotas.

La Baronesa de "X", presidenta de la Asociación, vino desde el otro lado del salón, en donde departía con su Excelencia, para tomar asiento junto a nuestro Coronel, y mientras con un ademán afectuoso daba unos golpecitos sobre el antebrazo en donde tres estrellas de ocho puntas lucían su oro sobre flamantes bocamangas, ahora rojas las que ha poco fueran verdes, en que a su canto y sobre la manga "azul tina" <sup>(6)</sup> aún se distinguían las puntadas que dejara el cosido de las "medias sardinetas" <sup>(7)</sup> que con harto dolor de su corazón tuvo que arrancar después de tantos años de lucirlas; al manifestarle una vez más y públicamente su consideración y agradecimiento, quiso invitarle a que el día siguiente se constituyera en la presidencia del acto, diciéndole sonriendo y con suave y afectuosa voz:

— Vd., Coronel..., nos honrará con su compañía....

Con un movimiento ascendente del dedo índice de la mano izquierda, peinó nervioso las guías de su bigote impulsándolas hacia arriba para que quedaran enhiestas, y prendiendo entre pulgar e índice la "perilla", reminiscencia pilosa de sus tiempos de "cazador" <sup>(8)</sup>, la atusó pensativo hasta que tomando el bastón por su pomo, golpeó el suelo con la contera, mientras que poniéndose de pie e irguiendo su figura, se cruzaba con la mano izquierda con ligeros estirones, las caídas de la gatera del "pedo libre" de su guerrera.

Su voz ronca y profunda, que quiso ser afectuosa, sonó advirtiendo:

— ¡¡¡Señora!!!

Una inclinación respetuosa y galante, dio tiempo e hizo que la atención de todas las

- 
- (6) Azul tina, color muy similar al "azul prusia", que recibía esta denominación por ser muy similar a la bordura que presentaban los recipientes metálicos bañados en porcelana.
  - (7) Sardineta: Galón en pico, en número de tres, distintivo de cazadores juntamente con los cuellos y puños verdes, además de la trompa de cazador sobre el cuello.
  - (8) Perilla: Mechón de pelos aguzado de hasta tres dedos de largo desde el borde inferior del mentón, era de uso exclusivo de los cazadores, los granaderos usaban bigote y mosca; dejando para los fusileros el solo uso de bigote.

miradas se centraran en él, y nuevamente recuperada la verticalidad, carraspeó como si de aclarar la voz tratara, y especificó:

— ¡Señora!, ¡¡¡mando Regimiento!!!

# el mariner

---



Serían las tres de una calurosa tarde del verano de un año cualquiera cuando la tropa descansaba mientras dormía la siesta, dejando despobladas las calles del acuartelamiento, caía un sol de justicia que reverberaba en los suelos y paredes haciéndolas temblonas. En el túnel formado entre las puertas del zaguán que daban al patio y a la calle, único sitio en que quería notarse una pequeña corriente de aire más o menos fresco, el Capitán de Cuartel, que regresaba de dar su vuelta por las cuadras y cocina, fue recibido por el Oficial de Guardia que por pura casualidad era de su Compañía, y dadas las novedades habidas, y en espera del toque de diana que resucitaría a la vida la actividad en el cuartel, se fueron juntos a la Sala de Oficiales para refrescarse con un café con hielo.

Estando en éstas, y mientras charlaban de las actividades a realizar en la próxima salida de Compañía aislada, se personó el Cabo de Puertas para comunicar al oficial subalterno que en la puerta había un marinero que preguntaba por él. El oficial dio su enterado y continuó haciendo propuestas o poniendo respetuosos reparos a la programación expuesta por su Capitán. De esta manera se olvidó por completo del marinero que en la Puerta Principal esperaba su requerimiento.

Nuevamente entró el Cabo solicitando su comparecencia en el Cuerpo de Guardia, especificando ingenua y sinceramente:

— ¡Mi Teniente! ¡A ver si sale Vd., que el marinero se está "cabreando"!

Aquello llenó de sorpresa a los dos oficiales, pero achacándolo a la forma inconsciente de ser la juventud, no le dieron mayor importancia, limitándose el teniente a contestar mientras seguía trabajando entre planos y papeles:

— Dile al marinero que ahora iré, y que no se "cabree", que yo también me puedo "cabrear".

El "marinero", desconocedor de los informes que el oficial recibía, al escuchar del Cabo la advertencia del Teniente, no esperó más, y atropellando Cabo, Plantón y Vigilante a las Armas, enfiló el pasillo hasta abrir violentamente la puerta de la Sala de Banderas mientras rugía congestionado:

— ¡¡¡Teniente!!!: ¿Desde cuando los oficiales de guardia no salen a recibir al Gobernador Militar? <sup>(1)</sup>.

Las vicisitudes subsiguientes de los dos oficiales de servicio las dejo a su imaginación.

---

(1) Los Oficiales Generales del Ejército, en verano, podían vestir un uniforme muy similar al de la Marina, blanco y sin faja; pero por ser de uso exclusivo de la época estival, era poco conocido por la tropa de las Unidades.

# la serie "t"

---



*Del Jefe y del mulo,  
cuanto más lejos más seguro.*

Aquel año, y por primera vez en la historia del Centro, llegaron a uno de enseñanza, Tenientes recién salidos de la Academia; tan recién salidos que aquél era su primer destino. La cosa no sólo causó estupor, sino hasta cierto malestar, pues hasta aquella ocasión para poder tener acceso a las vacantes que en él se producían, no sólo tenían que estar en posesión del correspondiente Diploma para el mando de tropas especializadas, del que estos muchachos como es lógico carecían, sino además ser todo un "Tenientazo" experimentado; ciencia que sólo se logra a base de antigüedad.

De esta guisa llegó a una Compañía del Batallón de Infantería de las Unidades de Instrucción, un teniente "primeraco", barbilampiño, sin diploma y con muy poca idea de la especial idiosincrasia de este tipo de unidades y su ganado; pero lleno de ilusión y una gran cantidad de ganas de trabajar, y trabajar bien. Todo lo quería saber pronto y al completo. De ahí que por su condición de "primeraco", y por tanto "galonista" además de su buena estatura, en la Academia al ganado lo había visto desde bastante lejos. <sup>(1)</sup>

Caracterizaba al joven teniente, una circunstancia muy manifiesta y poco decorativa, que en los primeros días de su arribada a la unidad, debido sin duda al nerviosismo, se había acrecentado, evidenciándose en las numerosas y sucesivas presentaciones, consistente en la facilidad que tenía para "engancharse" cuando por tener que pensar lo que quería decir no le salía de corrido su discurso. ¡Era supertartaja! Condición en grado superlativo, que parecía imposible pudiera haber superado aquella simple pero definitiva prueba del reconocimiento físico que se hacía en convocatorias de promociones académicas anteriores de tener que superar mientras le tallaban o le auscultaban, en que con voz casi imperceptible para ver al mismo tiempo cómo está de oído, decía el médico:

— Repita Vd. "tres mil trescientos treinta y tres, tercer Regimiento de Artillería ligera".

---

(1) Los bajos de estatura son poco aptos para cargar a lomo, sobre todo cargas largas que van centradas y por alto, al no salvar la grupa del semoviente. Siempre ocupan el puesto de acemileros o conductores de ganado; dejando a los altos los de cargadores.

Frasecitas que sereno y sin problemas de dicción ya se las traían, con que con problemas, no digamos.

El Capitán de su Compañía en su afán de romper una lanza en su favor le acompañó por los sinuosos vericuetos de: Jefaturas de Estudios, Grupos de Enseñanza, Jefatura de Unidades de Instrucción, Jefaturas de Armas y Servicios, profesores conflictivos, etc., y al final de la mañana después de recalar en el bar para entrar en calor con un "cortadito" y tomar un respiro, enseñarle las dependencias separadas de la Compañía tales como almacén y cuadras. Más que nada para ponerle al corriente de la mecánica, voces de mando, ritual y forma de realizar los servicios en este tipo de unidades con ganado.

Después de comentar jocosamente, mientras saboreaban café y cigarro, la inoportuna coincidencia de la llegada, al despacho del Comandante Jefe de Bon. de Infantería, de un capitán en el preciso instante en que el tartamudo estaba soltando el discurso de su presentación, magníficamente ensayado y aprendido, interrumpiéndole desafortunadamente e incapacitándolo para terminarlo por muchos intentos que hizo de empezar de nuevo, enganchándose siempre en la misma coma de la que hacía punto final, o mejor puntos suspensivos, y si no es por la oportuna intervención de su Capitán que finalizó su presentación, no hubiera podido salir del despacho y aún estaría presentándose.

Atravesaban el patio de los abrevaderos sorteando los montones de nieve paleados, sobre los que destacaban los cristales de hielo sacados de la pila, cuando la voz del Cuartelero de la Cuadra ya dio la voz:

— ¡Cuadra! ¡El Capitán!

La voz del Oficial de Semana de la Compañía no tardó en mandar:

— ¡Atención la cuadra! ¡Firmés!

Y saliendo a su encuentro hasta el portón le dio novedades:

— ¡A la orden de Vd., mi Capitán. Sin novedad en la cuadra! ¡Todos comen! Menos el Tajadura que no ha querido ni beber. Ya lo ha visto el Herrador de Servicio, que ha dicho que volverá cuando termine la ronda.

El Capitán, después de contestar al saludo, le indicó que mandara descanso, mandando el Oficial seguidamente:



— ¡Descanso y continuar!

El ganado hasta entonces silencioso y con las cabezas levantadas intentando con los movimientos de sus tiesas orejas percibir todos los ruidos y palabras, las bajaron, y un sonoro ronroneo acompañado de resoplidos demostró que continuaban comiendo su pienso interrumpido. El Capitán se fue por derecho hasta un mulo del fondo de la cuadra, no lo dudó ni un segundo; lo miró, palpó sus ijares y mandó al acemilero:

— No le dejes que se tumbe, retírale el pienso, pásalo y déjale que beba agua.

El joven Teniente estaba sorprendido de cómo se conocía su Capitán todo el ganado de su compañía, y del ojo clínico que tenía, reconociendo desde gran distancia al mulo enfermo, cuando para él todos eran iguales, sanos y enfermos, ruanos, castaños o alazanes. El novato Oficial no había visto que era el único en toda la cuadra que estaba con la cabeza erguida.

Poco a poco se fue haciendo el silencio, sólo algún resoplido esporádico lo rompía. En el patio, junto al pilón, el corneta de guardia que estaba al lado del Capitán de Cuartel, tocó punto largo. El Oficial de Semana ordenó:

— ¡Conductores, a formar en línea!

Los acemileros salieron de entre el ganado al son de palmadas, pataleos y algún conato de mordisco a los reclutas. Junto a la puerta de la pajera una mula torda se botó enseñando maliciosa las herraduras en un conato de coz.

— ¡Novedades!

Requirió el Oficial, y al no recibir ninguna nueva, las pasó a su capitán que aún permanecía por la cuadra mostrando al nuevo teniente las pajeras, arcón del pienso, cernedor, esportillos, etc. Y en las basteras todo el fárrago de atalajes:

— ¡Firmes! ¡A la orden de Vd., mi Capitán! ¡Se ha distribuido el pienso sin novedad!

Recibidas las gracias y el saludo de su capitán por las novedades dadas, mandó:

— ¡A formar!

Y una vez formados, pidió permiso para desfilar. Saliendo de la cuadra hasta el patio, en donde repitió la ceremonia respecto al Capitán de Cuartel.

Mientras el de la Compañía presumía ante el Teniente novato, de tener el mejor caballo de la unidad, mostrando y acariciando al "Sabirondo", un bonito ejemplar de capa negro peceño, con lucero y cordón corrido, calzado bajo del pie de lanza. Un poco bajo de alzada pero bien hecho, y sobre todo muy seguro al moverse por sendas y trochas.

Al joven Teniente le gustó un "alazán pelo de vaca", y al acercarse para saber su nombre, por si se le consideraba plaza montada, y aquel caballo no estaba asignado, solicitárselo al Capitán, se percató de que en las tablillas los nombres de todos los mulos, empezaban por "T". El capitán detectó su mirada de sorpresa y le preguntó:

—¿Qué te extraña?

— ¡La, la, la,.... la té, mi Capitán!

A lo que contestó paternalmente explicándole:

— Por todos es conocido que el ganado del Ejército, sobre todo el de carga y tiro, viene inscrito por series de letras con relación a la inicial de su nombre, circunstancia derivada de la forma "científica" de proceder a su bautismo, abriendo el diccionario de la lengua española por una página cualquiera, y empezando por la primera palabra que se encuentra en su cabecera, seguir con todas las correlativas, adjudicándoselas a cada una de las cabezas a bautizar procedentes de: una camada si son de la yeguada militar (en cuyo caso les marcan a fuego en la nalga las lanzas) o de adquisición por compra directa a los productores civiles (marcados entonces con el hierro del ganadero). Formándose de esta manera las Series de cada letra:

Taba, Tabaco, Tábano, Tajado, Tajadura, Talego, Tallado, Támara, Tambor, Tanabe, Tardón, Tarento, Tartaja, Tartajeo, Tartajoso,....

Y así estaba el Capitán pasando lista del ganado de la cuadra, colocado con arreglo a la Lista de Revista, hasta que al llegar al mulo nº 108 en la tabla izquierda, de capa "flor de romero", cuando el Teniente se atrevió a interrumpirle, poniendo su mano sobre el antebrazo de su superior:

— ¡Co, co, co, conn., su, uuuuuuu... permiso, mi Capitán! ¡¡Cabo cuadra!!!

— ¡A sus órdenes, mi Teniente!

Contestó el Cabo, viniendo a la carrera desde el otro lado de la cuadra en donde estaba recibiendo instrucciones del Herrador de Servicio, referentes al mulo enfermo. Cuadrándose, permaneció en el primer tiempo del saludo.

— ¡Ca, ca, ca....! ¡¡Cabo!! Esa tablilla que la..., la ..., la..., la quiten: En esta Compañía ¡¡no hay más TARTAJA que YO!!!. <sup>(2)</sup>

---

(2) El tiempo fue testigo, llegó a ser un gran oficial de cazadores sin que el problema de dicción (cada vez menor) se lo impidiera.

# el tiro nocturno

---



*Todo mando podrá delegar parte de sus funciones en sus subordinados cuando lo considere conveniente para el servicio. La delegación no implica disminución de la responsabilidad del titular.*

*Art. 17 R.O.*

Estando una Brigada de Cazadores en el Campo de Tiro de San Gregorio efectuando los Ejercicios de Tiro correspondientes al final del Período de Instrucción de un Llamamiento, por razones de seguridad, y en evitación de que pudiera ocurrir algún accidente; el General Segundo Jefe de Tropas de la Región, había dictado unas normas muy estrictas, sobre todo para los Ejercicios de Tiro Nocturno. No en balde hacía escasamente quince días que estando en iguales menesteres una BRIDOT., un disparo fortuito de un Cañón sin retroceso, había costado la vida a un Sargento Especialista. Desgracia que impresionó profundamente al General, y que no estaba dispuesto a que se repitiera, sería inexorable con cualquier falta, por mínima que fuera, en la disciplina de fuego.

Pasaron los días, y afortunadamente nada ocurrió que pudiera empañar la alegría de unos días de vida activa en el campo. Los distintos tiros salieron bordados; si buenas fueron las concentraciones artilleras, no les fueron a la zaga los infantes con sus transportes de tiro de Mortero Pesado sobre objetivos imprevistos, hasta que llegó la última noche con la, para unos reválida de la asignatura de Tiro Nocturno con Armas Pesadas, y para otros "traca final de fin de fiesta".

Se inspeccionaron con muchísima atención todos los lotes: tanto de granadas de mano, como de mortero y en los de sin retroceso ante las anomalías habidas, de que no todas las piezas admitían las municiones de distintos orígenes, se repartieron meticulosamente cañón por cañón, según correspondiera a las "siglas" que tenían troqueladas sobre la recámara. <sup>(1)</sup>

Los días habían sido soleados pero el "Moncayo" soplando en "redondo" no permitía zafarse de su implacable agresión continua del chorro de arena que hería la cara y ponía

---

(1) Siglas que fueron troqueladas por el Parque Regional de Artillería, en evitación de que se quedaran atorados algunos proyectiles. Quedando perfectamente señalizados los cañones que admitían munición americana o nacional; y los que podían utilizarla indistintamente.

los ojos rojizos y llorosos; y aunque por las noches la temperatura bajaba bastante, con los sacos de dormir dentro de las "Aneto", no se dejaba sentir. Solamente los centinelas se percataban de su intensidad, aunque con el "hidrofugado", chaquetón y poncho, tampoco les quedaba mucho en donde recibir sus efectos. Por el contrario al ver a los noctámbulos rancheros "remangados" y desabrigados trasegando, impertérritos entre salpicones que mojaban sus ropas, legumbres y desayunos, cualquiera podría pensar que estaban en Benidorm.

A las 19,00 horas se distribuyó la segunda comida, y a continuación las unidades se fueron hacia los respectivos asentamientos previstos.

A las 20,30 horas, y cuando el rocío ya empezaba a humedecer las ropas, el Jefe del Batallón pasó puesto por puesto para cerciorarse de que todo estaba en orden, y terminada su revista, se esperó en el cruce de caminos de la paridera, a que llegara el General de la Brigada, que estaba reconociendo el despliegue, para terminada la inspección, darle novedades al General Segundo Jefe de Tropas, y acompañarle al observatorio desde el que vería el ejercicio.

Los Cañones sin Retroceso, sobre vehículo, estaban en su posición de espera en una vaguada, desde la que tenía que salir, a la orden, para descrestando, efectuar sus tiros desde distintos asentamientos previstos.

Pasada la revista por el General, y vista personalmente por su autoridad la correspondencia de las siglas de las piezas y la nacionalidad de los lotes de munición, continuó su recorrido acompañado por el Jefe del Batallón, y por el Sr. Coronel Jefe del Regimiento, llegado especialmente desde su plaza de guarnición para presenciar estos ejercicios.

En cuanto se vio solo el Teniente Jefe de la Sección, y se cercioró de que por la dirección del viento y la distancia, no podrían oírse sus movimientos, mandó motores en marcha, y con las luces apagadas muy despacito mirando muy bien el terreno, colocó personalmente una sola pieza en cada uno de los asentamientos sucesivos previstos para la sección entera. Colocó sobre un cubrecargas los disparos ya fuera de los envases, perfectamente ordenados y aceitados, cubriéndolos con otras lonas para protegerlos del relente. Pensando "pillinamente" que de noche todos los gatos son pardos, con cada pieza supliría el fuego de las otras tres, sin necesidad de moverse con los coches a oscuras con el consiguiente peligro de vuelco (pretexto que él mismo se puso para justificarse la audacia de su iniciativa).

Todo era hacer el fuego por andanadas de cuatro disparos seguidos, un silencio, y otros cuatro; y así hasta agotar la munición. Pronto tuvo el personal colocado y aleccionado,

remarcando como última recomendación: que nadie se moviera de junto a los vehículos, que por ningún concepto encendieran luces o linternas, que hablaran bajo, y que desde las 22,15 horas, nadie fumara y se guardara desde ¡ya! un absoluto silencio radio hasta las 22,20 en que debían permanecer a la escucha para recibir la orden de fuego por piezas.

El frío fue arreciando, los cuellos subidos de los chaquetones ya amparaban las orejas, que por momentos parecían hechas de cristal, los elásticos de las bufandas fueron ganando cotas hasta cubrir enteramente las cabezas; a alguien se le ocurrió la idea de sacar la capucha de plástico impermeable de su bolsa bajo el cuello, a los pocos minutos, la uniformidad era completa.

El Cabo 1º, acurrucado en el asiento delantero derecho de uno de los coches, preguntó:

— ¿Qué hora es?

— Las diez menos cinco, mi Primero.

Contestó un soldado.

— Bueno, entonces aún me quedan diez minutos para fumarme un cigarro.

Dicho y hecho. Con mano torpe por el guante, sacó un paquete y de él, con los dientes, un pitillo. Guardó el paquete y se dedicó a la difícil tarea, estando sentado, de sacar el encendedor de mecha del bolsillo del pantalón. Tras largo rato de lucha, consiguió descoser medio bolsillo, y que se cayera el encendedor al suelo, después de rebotar en la chapa del coche. Lo que no quiso hacer al principio por pereza, tuvo que hacerlo al final por obligación, ponerse de pie y bajar del coche, y después de larga búsqueda entre los tomillos, dejarlo por imposible. Pero todos sabemos lo que es un fumador, y más con un cigarro sin encender entre los labios:

— ¿Quién tiene un encendedor? ¿Alguno tiene cerillas? ¿Quién tiene fuego?

Los soldados, en voz baja, fueron repitiendo la petición:

— El Primero pide fuego. El Primero quiere fuego. ¿Quién tiene fuego para el Primero?

Al Cabo Jefe de la primera pieza, entre los silencios del viento, le fueron llegando retazos de las tenues voces, y sintiéndose aludido interrogó:

— ¿Qué pasa? ¿Qué dicen?

En vista de la falta de información, y en previsión de que por efecto del viento racheado, alguna orden no le hubiera llegado, mandó carguen y asegurar. El tono de las voces fue aumentando, llegándole al fin perfectamente clara:

— Fuego para el primero.

No lo dudó ni lo pensó dos veces; el Cabo hizo ejercicio de su mando y ordenó tajante:

— ¡¡FUEGO!!

Un estampido metálico rompió el silencio de la noche, una fuerte llamarada rojiza, iluminó la negrura de los campos, señalando la salida del proyectil, el blanco número uno, recibió en su centro el primer impacto, mientras mil ecos repetían por las inmensidades de San Gregorio un desgajante trueno.

El General Segundo Jefe de Tropas, aunque no era gallego, empezó a creer en las "meigas" y desde luego algo tenía de "gafe", pues sin duda aquellas explosiones tenían que ser fruto de otro accidente similar al de hacía quince días.

La "Mercurio" de la Dirección rompiendo el silencio, salió al aire. Toda la fauna marítima y parte de la terrestre de la "OBT." empezó a galopar por los espacios:

"Tiburón", tras dar la orden perentoria de "Alto el fuego", "alto el fuego hasta nueva orden", pedía insistentemente a "Merluza" diera novedades en lenguaje en claro, señalando motivo y víctimas del accidente. "Sardina", que nada iba con ella, se metía en la malla congestionando las transmisiones con la consiguiente indignación de "Tiburón", para decir pelotísticamente que en su batallón no pasaba nada. "Merluza", amparada en que aún no era la hora de permanecer a la escucha, ganaba tiempo intentando enterarse de lo ocurrido, pues intuía y no sin razón que se trataba de sus CSR.s. La malla de los "cocodrilos" de Armas de Apoyo, esperaba en "off" el momento de desencadenar los fuegos con la ingenua pretensión de que su cañonazo pasara desapercibido en los pocos minutos que faltaban, y mañana será otro día, con la luz, la explicación sería más fácil y de paso buscarían el mechero del primero. Al ponerse a la escucha, el panorama que se les presentó, tenía un color muy diferente.

Aquella noche el Teniente aprendió que aunque: "Audacia hispánica virtus", el mando hay que ejercerlo y dejarlo sentir.



# a la gallega

---



*El miedo es natural  
en el prudente,  
el saberse vencer  
es ser valiente.*

Muchos eran los oficiales convocados, dentro de los que reunían las condiciones de edad y antigüedad, para efectuar las pruebas de reconocimiento de aptitud física para el Curso en la Escuela Militar de Montaña; pero con un claro concepto de Ética Profesional, los Hospitales Militares se encargaban de espulgar con los análisis de sangre, orina, prueba de daltonismo, etc., a todo el que pudiera verse lesionado o incapacitado de soportar la dura vida de la montaña.

Al efectuar estos análisis, se daban circunstancias altamente conflictivas por lo inesperado, pues gracias a Dios por aquellas fechas, bien por ser todos jóvenes o por no estar totalmente introducida la necesidad de la exploración por medio de ellos, era práctica poco realizada, y así ocurría que al recibir la orden de comparecer en el hospital a las diez de la mañana en ayunas, y sin haber efectuado ninguna evacuación de los humores propios de la vejiga desde la noche anterior, cuando uno de los oficiales médicos le largaba un pequeño recipiente de vidrio esterilizado, de forma de copa, y le señalaba con el gesto una pequeña habitación contigua ciega, a la par que decía:

— Pase Vd. ahí, y deposite la orina en el recipiente.

Resultando, que lo tantas veces oído al "proto" en la Academia, y a los oficiales antiguos al llegar a las Unidades de que a los caballos y mulos no se les debía "cortar la meada" por ser perjudicial para la salud y dejar al ganado incómodo y por tanto inquieto: en aquellos reconocimientos lo sufrían en sus carnes, y una vez repleto el minúsculo recipiente no sabían qué hacer con el resto que se negaba a dejar de fluir; y dada la circunstancia de que aún no habían iniciado el curso, desconocían por completo la "posible aplicación" de la táctica de un "ballestrinque" o un "nudo plano". Situación ésta que, llegado el momento y condición inesperada, solventó con el "aspergesme" uno de los oficiales convocados para el curso de "Aptitud", y por tanto no conocedor del mecanismo; navarro de nacimiento y como era norma y costumbre en aquellas tierras y tiempos, de chaval por las vacaciones, practicó como acólito, evacuando la vejiga en pequeñas y sucesivas dosis sobre el cuenco formado por la palma de la mano contraída, y a continuación, como si de "hisopo" se tratara, describía cruces en el aire a los cuatro

vientos, terminando el asperjeo con un vibrado de los cuatro dedos restantes, disparados desde la retención por el "pulgar", mientras repetía:

— ¡Chirris plautau!, ¡bendicionica!. ¡Chirris plautau!, ¡bendicionica!....

De los que dejaban por buenos los Hospitales, cuántos de ellos no terminarían el Primer Curso quedándose en la cuneta; unos por rotos, otros sólo por estropeados, y no pocos convencidos por la triste y dura experiencia de que aquello no era lo suyo ni para ellos.

Era el Teniente Mendi-Aundi, uno más del variopinto grupo de oficiales, que como todos los años por las mismas fechas tanto cundían por las calles de Jaca con sus multicolores y diversos uniformes, y digo uniformes por decir algo, pues al llegar de muy distintas procedencias, los había vestidos desde Regulares o Tiradores de Ifni, pasando por la Legión y "Paracas", hasta los que aún siendo de Tropas de Montaña, al pertenecer a distintas Divisiones, cada uno traía su peculiar manera de interpretar la forma y colocación de cada una de las prendas.

Identificábanse claramente, por citar alguno, los pertenecientes a las Brigadas que ocupaban la parte oriental del despliegue, por sus altas gorras montaÑeras de corta visera que recordaban las Leopoldinas <sup>(1)</sup>, con una "Flor de nieve" prendida en un costado; así como los que ocupaban el Pirineo Central, de blanda gorra con el "imperial" echado hacia delante y larga visera de teja, de claro corte austríaco.

Nuestro Teniente, después de largas vicisitudes, algunos malos ratos y no pocos golpes y luxaciones terminó el Segundo Curso, viéndose al fin, en una mañana del mes de julio entre los que formaban para recibir el "Canuto", luciendo en el pecho sobre su guerrera, un reluciente y recién estrenado distintivo de Diplomado para el Mando de Tropas de Montaña.

Al año siguiente, y no conforme con los golpes y quebrantos sufridos, decidió ampliarlos, solicitando tomar parte en las pruebas selectivas para efectuar el "Curso de Guerrilleros". Una vez franqueadas las pruebas, y seleccionado para el curso, siguió acumulando durante todo él, fríos, moraduras, golpes y miedos, que aunque "sarna con gusto no pica", dejan posos en el subconsciente que no entiende de dignidad profesional, ni de Honor Militar, pero sí necesita de alguna válvula de escape de

---

(1) Leopoldina: Prenda de cabeza a modo de Chacó, nacida de la mente del Excmo. Sr. Don Leopoldo O'Donnell, con claras diferencias y determinantes del "Ros", producto del Excmo. Sr. General Don Antonio Ros de Olano.

pequeños esparcimientos inofensivos, que en más de una ocasión, no supieron ser interpretados por los Señores Profesores en su verdadera e intrascendente medida, costando o estando a punto de costarles el finalizar el curso con "aprovechamiento".

Terminadas la primera fase en Jaca y la de agua en la Escala, al fin se vio en la Escuela de Alcantarilla para realizar la de Paracaidismo, y allí, ya hecho un "Tenientazo" a pocas lunas de cargar con la tercera estrella sobre su manga, coincidió con un Comandante que también realizaba el curso; con el que congenió y de idéntica manera y similares motivos, concurrieron a más de una cena o merendola con que olvidar los malos tragos de algún arrastre o una toma de tierra sobre el "mullido alquitrán" de alguna carretera. El jugarse la vida o por lo menos la integridad física con asiduidad sin mayor importancia, suele dar cierto grado de audacia, marcando a los individuos de lo que algunos interpretan de insensatez.

Pasado el tiempo y por los avatares del destino quiso Dios (y el Sr. Ministro), que a los veinticinco años corridos se volvieran a encontrar; el uno de Excmo. Sr. General Gobernador Militar de una Plaza y Provincia, y el otro de Coronel Secretario del susodicho Gobierno Militar.

El Teniente, hoy ya Coronel, con el mismo temple jovial, su tez más curtida y su pelo tordo, compareció el día de su presentación oficial perfectamente ataviado con el reglamentario uniforme de presentación decorosamente complementado con los distintivos de los títulos que a pulso se había ganado y las Cruces Blancas demostrativas de los muchos años pasados en Unidades de élite.

Terminados los formalismos de la presentación, el General, revestido con un halo de solemne autoridad y expresión de transigente comprensión paternalista, rompiendo el protocolo y dirigiéndose al Coronel, antiguo compañero de sanas francachelas, le preguntó:

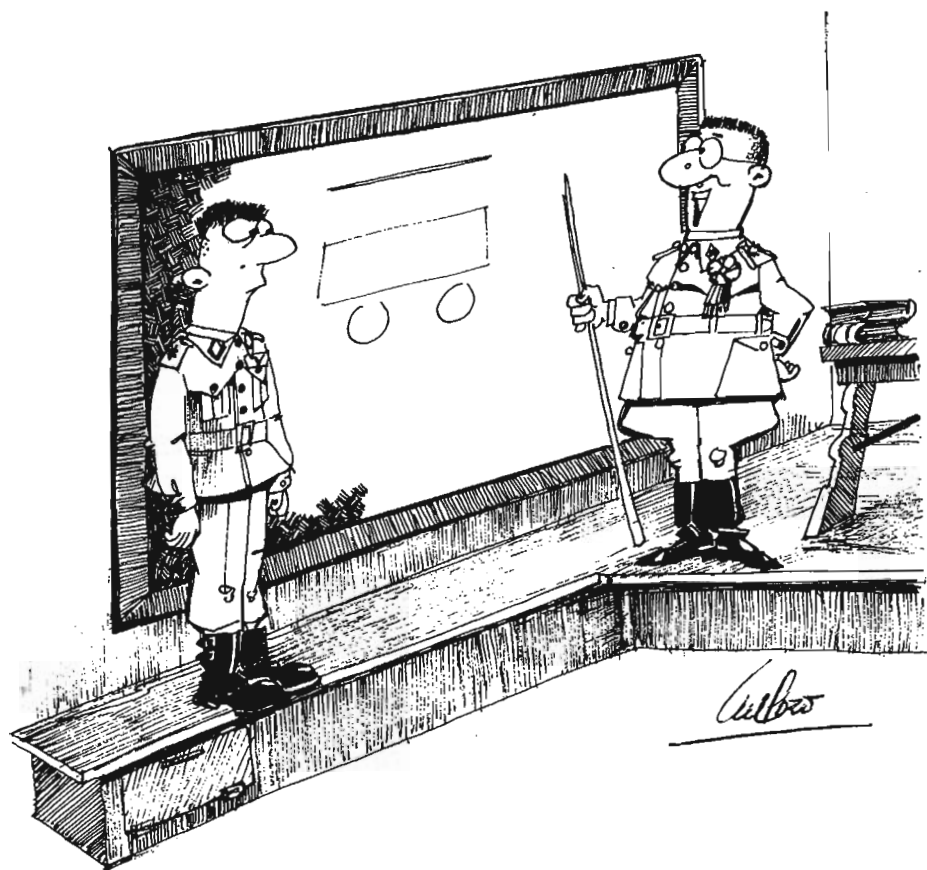
— ¡Qué! ¡Fulano! ¿Ya te has formalizado?

A lo que el Coronel, después de peinarse con su mano derecha el rebelde flequillo, en otro tiempo negro, y hoy cortinilla de plata que seguía cayendo sobre su morena frente, y bajar la mano comprimiendo las aletas de la nariz para terminar atusando el bigote que nunca tuvo, con gesto innato e imperecedero en él, contestó con pausado y respetuoso tono:

— Yo ¡NO! ¿Y Vucencia?

# la máquina

---



*¡Danos caridad lidiando;  
modera Tú nuestras iras;  
y caigamos como justos  
si a sucumbir nos destinás!*

*P. de Madrazo.*

Allá por el año mil novecientos cincuenta y dos, en el Plan de Estudios de la Academia de Infantería contemplaba dentro del Quinto Grupo, y del apartado Mecánica, una asignatura, que según las cualidades personales del "Proto", resultaba: desde bonita e interesante, hasta antipática u odiosa. ¡Ferrocarriles!

Si el profesor había sido dotado por la sabia naturaleza del privilegio de ser un buen dibujante, los croquis, esquemas, perspectivas y escorzos que plasmaba en la pizarra, ayudaban a la fácil comprensión de las complicadas piezas y complejos mecanismos, haciéndola grata y hasta apetecible, y por el contrario, cuando el sabio profesor era un negado del arte de Velázquez, sus dibujos solían ser de difícil comprensión, sobre todo cuando animado de la mejor voluntad, no se limitaba a "calcar" los del texto, y ampliaba de su cosecha por haber preparado la lección con libros auxiliares, saliendo una original pintura rupestre, mezcla entre el impresionismo y el dibujo esquemático.

Entre el plantel de doctos profesores de este Grupo, se encontraba un Comandante, concocedor de las distintas materias del grupo, que explicaba con fluidez y siempre apoyándose en símiles más o menos procaces de gran grafismo, pero que por su contenido semiporno, algunas veces "pudiera herir la sensibilidad de los oyentes", a la par que gustaba de jugar con el Cadete que confiado en la "combinación" era requerido en la pizarra estando limpio de la lección del día, haciéndole pasar las angustias de un mal parto.

Pero lo que más le caracterizaba, era falta de popularidad entre la "cadetada" por su forma de proceder, tanto en las Revistas de Policía como en la calle a la hora de paseos de sábados y domingos, en que raro era el fin de semana en que no amargara la existencia a media docena de sufridos "alumnos" por fumar en la vía pública, descalzarse un guante en la ídem, o "concurrir locales públicos frecuentados por personal de mala catadura", léase tascas.

Los lunes eran los días aciagos de la semana, en los que por haber ido dejando optimísticamente desde los sábados el estudiar las lecciones del lunes para el estudio

siguiente, en los que siempre aún quedaba alguna carta por escribir a la novia o la familia; se acumulaban para el corto estudio de la diana del lunes, tal cantidad de cosas, que ya podía dar gracias a Dios si el tiempo le permitía siquiera leerlas por encima. Y este primer día de la semana era en el que tenía por norma el Comandante, sacar simultáneamente a la pizarra a cuatro víctimas propiciatorias; que tras repartirse el encerado, escribían su nombre y número en el vértice superior izquierdo, pasando a continuación al desarrollo de las preguntas.

Con gran suerte, tres de las sufridas víctimas salieron airoosas del mal paso de aquel lunes, pero la cuarta que se encontraba "in albis" tras sudorosa lucha por captar las "inspiraciones" que desde las bancas le llegaban confusas e incompletas, había logrado transcribir algunas de las fórmulas emitidas. Pero seguía en blanco, mejor dicho en negro, pues de ese color permanecía la mitad de la porción de pizarra asignada, en que se suponía tenía que haber dibujado el esquema de la "Máquina Compur" de doble efecto.

Una vez libre el "proto" de la presencia de los tres alumnos interrogados, quedó entero para dedicarse a hacer segreggar adrenalina al que solo ante el peligro, permanecía inmóvil y mudo como un "Don Tancredo", sobre la tarima del encerado.

El Comandante, puesto en pie, se adelantó hasta la esquina de la tarima de su mesa de profesor, dejando visible por completo su pulcra figura enfundada en un impoluto uniforme gris, que gracias a la perfección de su corte disimulaba las redondeces de su silueta metidita en carnes. La blanca tirilla, almidonada al igual que los puños, asomaba lo preciso, y los muchos movimientos que ejecutaba cuando salía al encerado nunca fueron capaces de hacerle descomponerse. Su calzón breech, con el vuelo preciso, disimulaba la corta dimensión de sus piernas enfundadas en charoladas botas altas, semiblandas, de recta caña y fuelle en los tobillos. Cantarinas espuelas acompañaban con su sonido cada uno de sus movimientos.

Tras una corta espera en silencio, pero con gestos indicativos de que estaba pronto a escuchar lo que tuviera que contarle, se ajustó las redondas gafas de gruesos cristales sobre montura de oro, impulsándolas hacia arriba por el puente con el dedo índice de su mano derecha. Su redonda cara rosada adquirió una expresión jocosa, y sus ojillos de clara transparencia azul con rubias pestañas, bailaron pícaramente mientras preguntaba:

— ¡Que! Caballero Fulano. ¿Ya terminó Vd. de deleitarnos con su ciencia?

El de la pizarra sudaba y permanecía mudo, pues de sobra sabía que cualquier cosa que dijera, era pie para iniciar la chunga, que normalmente resultaba sangrienta.

— ¿No me diga que no sabe dibujar una máquina? Yo voy a ayudarle. Dibuje un rectángulo. Más largo. Así, así, muy bien. Eso es la caldera. ¿No? ¡Bien! Ahora otro rectángulo debajo. Eso será el pistón.

Hasta ese momento nadie sabía si de verdad pretendía echarle una mano o ya empezaba con el pitorreo.

— ¿Qué más cosas tiene esta máquina?

Y cuando la Sección entera esperaba una contestación sobre algo del único pistón con dos bielas, la corredera que jugaba con la doble entrada o cosa similar, contestó ingenuamente:

— ¡Las ruedas!

— ¡Exactamente! Tiene razón el Caballero Fulano. ¡Las RUEDAS! ¡Claro que sí! ¡Las ruedas! Un tren sin ruedas no marcha. ¿Qué hace que no las dibuja? ¡Dibújelas! ¡Dibújelas!

Ya no había lugar a dudas, ya estaba como el gato con un ratón. Paso a paso lo iría llevando hasta el ridículo más espectacular.

— ¡Muy bien, aaa... sí! ¡Bien redonditas! ¿Esa máquina tiene chimenea? Pues... ¡píntela! Con su humo y todo.

Todos los componentes de la Sección, a gusto se habrían reído hasta desternillarse con el "skech" digno de la mejor pareja de cómicos; pero el recuerdo de momentos muy similares de todos y cada uno de los presentes, les hacía guardar un respetuoso silencio.

Pronto estuvo terminado el dibujo con garita de maquinista y todo. Sólo le faltaba al pie la clásica leyenda: "Antoñito Fernández, siete años". Pero en lugar de hacerle firmar, y luego como otras veces pasar él a la pizarra para añadirle la coletilla de los siete años, le continuó dando instrucciones:

— Pinte una línea horizontal. ¡No!, ¡no! Sobre la misma máquina. ¡Ahí, donde está la caldera! ¡No tan grande! ¡Más corta! ¡Más corta! ¡Más corta! ¡Aaaa... sí! ¡Muy bien!



¡Un poco más gruesa! ¡PERFECTO! Así está muy bien. ¿Tiene una peseta?

— ¡Sí, mi Comandante!

Contestó rápidamente el Cadete.

— ¡Pues métala por la ranura, a ver si funciona!

Aquí, la Sección ya no pudo contener las risas.

# el zurriburri <sup>(1)</sup>

---



*Aunque camine por valles de sombra y  
de muerte, no temeré mal alguno:  
porque Tú estarás conmigo.*

*(Salmo 22)*

Aunque algunos crean lo contrario, el militar por su formación, es hombre religioso aunque no siempre muy practicante, y también es cierto, por qué no decirlo, que los hay agnósticos, la rara excepción que confirma la regla, pero aún éstos siempre han sido respetuosos en las cuestiones de culto esmerándose aún más si cabe, en hacer cumplir los que estaban dispuestos por la ordenanza tales como: "misas", "cumplimientos pascuales", "conferencias religiosas", "visitas de sagrarios" o "acompañamiento de viáticos". Y no es esta propiedad o característica exclusiva del militar español, sino del militar del mundo entero, y es condición que queda muy confirmada cuando se visita el Santuario francés de la Virgen de Lourdes. ¡Qué impacto produce cuando se ve por primera vez! Qué visión más elocuente la de aquellas paredes cubiertas de exvotos entre los que se prodigan: "Legiones de Honor", charreteras, bastones de mando, placas, cruces, etc., condecoraciones de todos los países del mundo testigos mudos de la religiosidad del militar, con su especial devoción a la Virgen en sus más diversas advocaciones.

También, no es menos cierto que, el militar por su vida accidentada, expuesta a mil peligros en campaña, separado de la familia por inoportunos destinos, y sometido a situaciones propicias para caer, es hombre que cae, pero si lo hace, también es hombre que prontamente reconoce su culpa y guiado por su arraigado sentido del deber, se suele proponer su enmienda. Comparándolo con integrantes de otras profesiones se puede expresar lo que decía aquel Papa al comparar París, con otra gran capital nórdica: "Afortunadamente en París, aún se peca". En la otra ciudad se ignoraba por completo el concepto de falta.

Pues bien, llevado de este afán religioso un viejo militar que en su juventud abandonó su pueblo dejando casa y hacienda para sentar plaza como voluntario y al correr de los años llegar a jefe maltrecho en lo moral y quebrantado en su integridad física por las sangrientas "Campañas Dinásticas" en la península y por las no menos sanguinarias

---

(1) Zurriburri: Sujeto vil y despreciable.// Conjunto de personas de la ínfima plebe o de malos procederes.

de "Cuba" y "Filipinas" en ultramar, había hecho votos a la Santísima Virgen patrona de su lugar de nacimiento "Solar de sus mayores", que si llegaba al final de su vida militar activa, mandaría construir unas andas monumentales para que en ellas pudiera pasearse majestuosa cada año por las calles de la villa el día que se conmemora su advocación.

Y así fue como a poco de estrenado el siglo veinte se vio separado del Servicio Activo agradeciéndole los prestados, paso que le costó dar y situación difícil de asimilar por un hombre de vida tan activa en que los versos que puso el poeta en boca de un mítico paladín parecían hechos para él:

Mis arreos son las armas  
mi descanso el pelear  
mi cama las duras peñas  
mi dormir siempre velar.

Ya en su casa, aunque nostálgico, decidió organizar su nueva vida y para ello, como hombre de palabra lo primero que quiso hacer fue liquidar unas tierras y con su importe obsequiar como caballero a su "Excelsa Dama" con unas magníficas andas en que no escatimó riqueza ni buen gusto, donándolas al vicario con el deseo y condición de que fuera ignorado el benefactor.

Aquella primavera lleno de satisfacción en su fuero interno, vio desfilar por los vericuetos de las empinadas calles de la villa a la plácida imagen en su artístico trono, y en su mente hasta la quiso ver más sonriente que nunca como si se sintiera a gusto.

Corrieron los meses y con ellos vinieron los tiempos de sequía, llegando a tales extremos que aquel año se perdería hasta la simiente de no hacer Dios un milagro, y esto es lo que quiso provocar el buen párroco. ¡El milagro!

Había en la villa una vieja talla de Cristo crucificado, imagen tosca y simplista obra sin duda de un artista local que plasmó de una forma espontánea sobre la negra madera de nogal, todo el dolor y el sufrimiento que el Redentor padeció en el Gólgota. Era esta imagen muy venerada por los campesinos de todos los lugares de la merindad, y a su oscura capilla en que difícilmente se apreciaba su seca silueta al contraluz de un candilillo de aceite, acudían confiados en petición de sus favores. Sólo en muy contadas ocasiones y por razón de plagas, pestes u otra cualquier clase de calamidad, por tradición nadie osó mover al Cristo de su capilla, pero en esta ocasión y a petición de las cofradías del valle, creyó el vicario muy razonada la salida procesional del Cristo

en rogativa impetrando por la lluvia, y dada su situación estática tradicional y grandes dimensiones, careciendo de instrumento o artilugio con que transportarlo, el buen cura pensó que nada mejor que las andas de la Virgen, y tal como lo pensó lo llevó a efecto.

Después de celebrar una solemne misa en el santuario, salió la procesión a la calle portando al Cristo, gentes de rostros curtidos venidas de todos los lugares, que con cantos de penitencia entonados por sus recias voces y el rezo ininterrumpido de "credos" se llegó hasta las "mugas" de término en las que se roció con agua bendita las secas tierras, y ya metidos en el medio día regresaron a la villa.

Desde lejos oyó nuestro "viejo soldado" los cánticos de penitencia a su regreso de la ciudad a la que había ido por razón de sus afinidades políticas y cuando ya dentro de su mansión una vez reconfortado del viaje ponía en orden sus papeles, escuchó más próximos los cánticos de la rogativa que se acercaba lenta a la villa entrando en ella por la puerta en que desembocaba su calle. Desde el balcón vio acercarse la comitiva sin que su mente quisiera dar crédito a lo que sus ojos quemados por tantos soles le testimoniaban. ¡El Cristo era transportado en las andas de la Virgen! Cerró el balcón, bajó a la calle, y cortando el paso a los monaguillos de rojas sotanas y blancos roquetes que con cirios encendidos rompían la marcha, gritó con rásmia recordando los tiempos en que mandaba un Batallón de Cazadores:

— ¡AAaaaaltó! ¿Qué va a ser esto?

Y dirigiéndose al párroco que se adelantaba de entre sus feligreses le censuró categórico:

— ¿Vd. cree, Monseñor, que las andas de la Virgen pueden ser para todo el ZURRIBURRI?

# el valor se le supone

---



*Haya fe en el guía,  
confianza en el compañero,  
y entusiasmo por la causa,  
y nuestra será la victoria.*  
*General Gómez Arteché.*

Es costumbre muy arraigada entre los altos mandos del Ejército, que debido sin duda a las muchas experiencias acumuladas durante sus largos años de servicio, siempre tienen una anécdota oportuna o un chascarrillo alusivo al momento. Y así pasa algunas veces que a fuerza de contar un ocurrido, poco a poco va acumulando algunos añadidos que por intrascendentes y dejar más oportuna la anécdota para el caso; y el mismo narrador a fuer de repetirla, llega a convencerse a sí mismo de ser veraz y exacto en su narración aunque no se parezca ni en pintura a la primitiva, siempre obrando de buena fe y dispuestos a defender su veracidad empeñando hasta su palabra. ¡Para buenas maniobras, las suyas de Teniente! ¡Para servicios duros, los de su época de subalterno! ¡Para eficacia y prontitud en el fuego, cuando él mandaba el tiro!

De esta guisa, durante unos ejercicios efectuados con fuego real en San Gregorio por toda una Brigada de Cazadores, anunció su visita al Campo de Maniobras para presenciar la realización de los tiros, un alto Oficial General, y durante la entrevista sostenida con el General de la Brigada le comentó las maravillas que había conseguido instruyendo en sus tiempos de Capitán. De cómo en cinco minutos, de estar la unidad con las piezas cargadas a lomo, conseguía entrar en posición; y de cómo en otros cinco minutos lograba un tiro eficaz sobre cualquier objetivo señalado, tanto visible como no visible desde la línea de piezas.

El General de la Brigada, que como es lógico era infante, no se quiso quedar atrás y le devolvió la pelota:

— ¡Mi General! En mi Brigada los tres Batallones están instruidos de tal manera que, por poner un ejemplo, las Secciones de Morteros Pesados, en "esos cinco minutos", desde estar las piezas aparcadas sobre carrillo, enganchan, se trasladan a la zona de asentamientos que se les designe, los buscan, asientan las piezas, y están tirando con eficacia sobre los objetivos señalados.

De echarlas, ¡echarlas gordas! ¿Para qué andarse con chiquitas? El superior que hasta ese día no estaba acostumbrado a que nadie le "mojara la oreja" en sus "pegadas", se sintió herido en su amor propio, y decidió por prestigio de su Arma apagarle el farol al infante:

— ¡Me entusiasmas! ¡Mi General! ¡Me entusiasma! Pasado mañana les corresponde tiro, ¿no?.

— ¡Sí, mi General!

— Pues tendré un gran placer en comprobar lo que me dices.

Ante aquella situación, el General de la Brigada, en el momento en que se separó del superior, se personó como una exhalación en su Cuartel General, en donde por radio ya había citado a los Tenientes Coroneles Jefes de los Batallones, y en muy pocas palabras les contó lo sucedido, y de cómo a los dos días a las 11,30 horas, el fuego de los Morteros de 120, sería presenciado por la autoridad visitante.

Los Jefes del Batallón llegaron, ya muy metidos en la tarde, compungidos a los suyos respectivos, y cada uno empezó a tomar las medidas que consideró oportunas.

Uno de ellos, conocido por su espíritu pusilánime, dictó las órdenes "ad hoc", a lo ancho y profundo de todo su despliegue para que después de distribuir la segunda comida, todos los Capitanes se personaran en el Puesto de Mando del Batallón.

Ya había oscurecido, pero aún asomaban los resplandores anaranjados del sol poniéndose por detrás del "Lentiscar", cuando el Teniente Coronel preguntó al Brigada del "imperio":

— ¿Ya está la cena lista?

— ¡Sí, mi Teniente Coronel!

— Pues cuando pueda ¡mande servirla!

Estaban en el postre, cuando el Capitán Veterinario acompañado de los herradores, que venían de dar la ronda por el ganado, informó al TCOL.:

— Al venir, hemos visto luces de vehículos, que por la dirección parecía viniesen hacia aquí.



Enterado el Jefe, rogó a los comensales que abreviasen, para que a la llegada de los "requeridos" se pudieran servir los cafés sin pérdida de tiempo.

El sonido de los motores anunció la llegada casi simultánea de los Capitanes; de los que unos sin demora, separando la lona de entrada a la tienda parque del "imperio" se presentaron al demandante, mientras otros ante la duda de la duración del "briefing", se fueron junto a unas matas para "achicar aguas", y lograr con ello mayor reposo en sus espíritus, y con la paz más atención.

Pronto estuvieron todos sentados alrededor de la mesa, y mientras un ordenanza de "charolado jersey pulguero" <sup>(1)</sup> repartía los jarrillos humeantes con ricos cafés de puchero, otro que era una variedad sobre el mismo tema, pues en éste como los Húsares, era la bragueta y entrepierna la que llevaba de charol —sin duda debido a la falta de bolsillos superiores en el pantalón "hidrofugado" <sup>(2)</sup>, y a la inveterada costumbre del macho ibérico de palparse, "salva sea la parte", teniendo que hacerlo por el exterior de los pantalones—, abrazando tres botellas, preguntaba:

— ¿Coñac, anís o pacharán?

Sirviendo a gusto del consumidor en otros jarrillos, abundantes chorretones, ¡Para algo eran a cuenta del TCOL.! Licores apetecibles en aquella fría noche, actuando de magníficos calentadores del estómago.

Pasadas las efusiones de la llegada, y ya todos en silencio con libretas de notas en mano, se inició la información por parte del Teniente Coronel.

— El General de la Brigada, tratando del nivel de instrucción alcanzado, ha asegurado entre otras cosas, que la Sección de Morteros Pesados está en condiciones de que en cinco minutos pasa desde la posición de "aparcados sobre carrillo" a buscar el asentamiento en la zona asignada para batir unos objetivos marcados, enganchar, trasladarse a ellos, asentar las piezas, y hacer fuego eficaz sin ningún tiro de prueba ni horquillamiento. Vosotros sabéis que esto es imposible. Con lo que pasado mañana el tiro será un desastre.

---

(1) "Jersey pulguero": Denominación popular del grueso jersey de lana basta con amplio cuello reversible de "tortuga" dotado de cremallera anterior, reglamentario en las tropas de montaña. "Charolado": Debido al frío y a la permisibilidad de movimientos, era indumentaria normal de: mecánicos, rancheros, etc., adoptando ese aspecto de cuero por la mugre.

(2) "Hidrofugado": Uniforme de lana tratado especialmente para repeler el agua, circunstancia que hace prohibitivo el lavado de la prenda por procedimientos normales.

— ¡No lo crea, mi Teniente Coronel!

Contestó con aplomo el Capitán de la Compañía de Armas de Apoyo.

— ¿Qué dices?

Preguntó el TCOL.

— ¡Lo que oye, mi Teniente Coronel! Yo le prometo que ese día la Sección tira, y tira BIEN. ¡Déjeme hacer, y lo verá!

— ¿Pero tú estás seguro de lo que dices?

Insistió el TCOL.

— ¡Sí, mi Teniente Coronel!

Remachó el Capitán.

— Bueno, bueno, confiaré en ti... ¡Qué remedio me queda!

Y ya más sosegado, por lo menos aparentemente, el Jefe continuó dando instrucciones recordando la disciplina de fuego, y remachando sobre la uniformidad:

— Que todo el personal, "TODO", vaya dotado de casco y máscara antigás. Que no aparezca ningún oficial ni suboficial sin estos elementos del equipo, al igual que la "trinchas" del correaje.

Así continuó con todas las unidades y armas, dando por finalizada la reunión a las 22 horas, en que después de despedir a los concurrentes se fue con los Comandantes S-3 y S-4 al Camión de Mando para concretar algunos puntos para el día siguiente.

De los Capitanes, a unos les faltó el tiempo para salir zumbando a sus vivacs, mientras otros se quedaron remoloneando con otro café y pacharán para vencer la pereza de enfrentarse con el exterior y el correspondiente viaje, pero aún así, a las 22,30 ya no se oían más voces ni se veían más luces que las que se filtraban del Camión de Mando.

Apenas había amanecido, cuando ya todo era movimiento en el área de servicios, y cuando un sol pálido que acababa de descrestar hacía brillar los cristales de la escarcha sobre los tomillos, el TCOL. dando las últimas instrucciones al S-4, se montó

acompañado por el S-3 en el vehículo de mando, perdiéndose por el horizonte entre tumbos y sacudidas de las antenas de las radios a las que los cordones de sujeción no bastaban para absorberlas.

A las diez y algo de la mañana, a los pocos minutos de empezados los ejercicios de tiro, y estando el TCOL. en el observatorio, recibió la orden radio de reunirse con el Jefe de la Brigada a las 11 horas en su Cuartel General, por lo que poco antes de esa hora entregó la dirección del ejercicio al Comandante y partió para la reunión.

El Capitán de la Compañía de Armas que se encontraba acompañando al S-3, pidió permiso para recorrer el despliegue de su Compañía que ese día no actuaba y se ausentó. Partió raudo para no desperdiciar ni el tiempo ni la ocasión, y directamente se fue a por el Teniente de la Sección de Morteros de 120, y juntos buscaron asentamientos desde donde batir los objetivos del Tema del día siguiente. Encontrados, trasladaron la Sección a ellos, emplazaron las piezas y aprovechando un silencio del Tiro de Artillería, efectuaron fuegos con las cuatro piezas hasta lograr la efectividad, enmascararon las armas, cavaron refugios en los que plantaron una tienda "Aneto" por arma, y dejando un minúsculo destacamento de custodia dotado de medios de supervivencia regresaron. Entre el tumulto de fuegos de aquella mañana, nadie se percató de los "extras" de 120.

Aquella noche, víspera del día de autos, fue un suplicio tártaro para el atribulado Jefe de Batallón, quien entre vuelta y vuelta dentro de su saco de dormir hizo miles y miles de conjeturas de los posibles resultados, todos adversos, y de las consecuencias que podrían derivarse de ellos. El, que era persona comedida y que procuraba zafarse de toda responsabilidad, se indignaba pero sin atreverse a manifestarlo, del embarque en que se veía metido por la fantasmada del "Brigadier"; fue la segunda parte de la noche de Cristo en Getsemaní.

Atacado de verdadera claustrofobia, salió del saco, y ya fuera de él, decidió asearse para ver si el agua fría hacía desaparecer los fantasmas y le aclaraba las ideas, la tienda de campaña se le quedó pequeña y buscando más amplios horizontes, salió de ella cuando empezaba a clarear y se estaba haciendo el relevo de las "Cuartas Imaginarias"; el "Tigre", el mastín del Batallón, le ladró desde lejos acercándose a la carrera, los rancheros que empezaban con el trasiego intentaron detenerlo llamándolo desde la cocina, pero no lo consiguieron, el perro al llegar junto a él lo reconoció y pegándose a su vera le acompañó en su paseo matutino. Arrecido al poco tiempo, decidió refugiarse en el Camión de mando, y allí aguantó con sus fúnebres presagios hasta que después de tocada la diana comparecieron los Comandantes para llevarle al "imperio" a desayunar.

Cuando entró en el comedor le saludaron los presentes, entre los que se encontraba el Capitán de la Compañía de Armas, que lleno de jovialidad trasegaba con voracidad un bocadillo con café con leche. Estaba claro que nunca comprendería a estos jóvenes Capitanes, que esperándoles una prueba como la de aquella mañana, aún tenían ganas de desayunar y hasta de contar chistes a las siete y media de la mañana. ¡Era incomprensible!

El Capitán dándose cuenta "cambió el tercio" e intentó tranquilizarle sin conseguirlo, al mismo tiempo que en su fuero interno pensaba cómo podría afectar de tal manera una cosa tan nimia a un hombre curtido por los "tiros de verdad".

A las 11,30, la hora prevista, la Sección de 120 con los vehículos alineados fuera de la pista, junto al cruce de caminos de la Caseta de "Tal" al Corral de "Cual", esperaba con los carrillos a retaguardia, cubriendo cada uno a su tractor, las lonas cubrearmas perfectamente sujetas por las tensadas cuerdas que pasaban por sus "ollaos" impedían que el polvo del camino pudiera introducirse bajo ellas. Los sirvientes sentados sobre el ralo esparto fumaban tranquilos, el Capitán daba los últimos consejos e instrucciones al Teniente sobre un plano perfectamente "iluminado" y con una plantilla transparente, en que sobre un sector graduado en milésimas con unas circunferencias concéntricas, señalaba los alcances en metros.

Poco se hicieron esperar, desde lejos se vio la polvareda que levantaban tres vehículos que se acercaban veloces, más lejanos se apreciaban algunos más. Llegados los primeros pararon sobre el camino en el mismo cruce, apeándose del primero la Autoridad visitante y una reducida corte; del segundo, el "Brigadier" y su aún más reducida corte; y del tercero, el Teniente Coronel, que recordaba a "Don Rodrigo camino de la horca", su S-3 y el Capitán de la Cía. de Plana Mayor.

El Capitán de Armas con la Sección formada dio novedades al "Príncipe de la Milicia" y después de mandar descanso por indicación de su Excelencia, en evitación de darle la iniciativa, que podía ser peligrosa, sin más preámbulos ni pérdida de tiempo empezó a explicar sobre el plano el Tema, señalando dónde se suponían las posiciones enemigas y de una forma "inocente" y como quien no le da importancia cuáles eran las que según el ambiente ofrecían "mayor resistencia" al progreso de las Compañías de Cazadores. Instantáneamente su Excelencia le atajó:

— ¡No siga!

Y tomando la plantilla de alcances hizo centro en una de las organizaciones enemigas que se habían señalado como de mayor resistencia, miró dentro de la distancia que

posibles zonas de asentamientos se presentaban, al instante un barranco le saltó a la vista destacándose sobre el plano y su voz sonó de nuevo mientras señalaba:

— ¡Capitán! En esta zona los asentamientos. Los fuegos sobre la cota "tal" del "Lentiscar".

— ¡A sus órdenes, mi General!

Contestó el Capitán saludando, retirándose inmediatamente para señalarlas al Teniente sobre el plano; enterado el subalterno, saludó a la concurrencia a la par que preguntaba:

— ¡Mi General! ¿Con su permiso puedo salir para la zona?

El General miró el reloj, esperó unos segundos y autorizó:

— ¡Teniente! ¡Salga ya!

El oficial giró en redondo a la par que gritaba:

— ¡Enganchen el material!

Los sirvientes obedecieron a la carrera quedándose después a los costados de los vehículos.

— ¡A los vehículos! ¡Motores en marcha! ¡De..... frente!

Mientras el Capitán respetuosamente distanciado atrás y a la izquierda de su Excelencia mandaba poner su radio a la escucha, los vehículos entrando en la pista en columna, salieron rápidamente en dirección a la zona de asentamientos. Cualquiera de los presentes, de haber sido ligeramente observador, habría apreciado que los carrillos remolcados botaban exageradamente al salvar los baches de la pista, denotando una ligereza poco acostumbrada.

Los vehículos que transportaban al resto de los acompañantes de su Excelencia llegaron al cruce cuando ya los de los morteros se perdían en la curva del camino. El Teniente Coronel del Batallón, en silencio, pedía a Dios el milagro. El General de la Brigada, comentaba nervioso las incidencias del tiro de Artillería del día anterior al objeto de distraer a su Excelencia que permanecía obsesionado, pendiente exclusivamente del reloj.

A los pocos minutos, siglos para el "Brigadier" y Teniente Coronel del Batallón, la radio del Capitán recibió claramente:

— ¡Aquí "Lagarto blanco" llamando a "Lagarto azul"! ¡Cambio para ver si me escuchas, cambio!

— ¡Aquí "Lagarto azul"! ¡Te escucho perfectamente! ¡Cambio!

— ¡Alcanzada la zona de asentamientos. Procedo asentamiento de piezas. Corto!

Su Excelencia frunció las cejas, el Brigadier sonrió, el TCOL. respiró mirando al cielo, el Capitán de la Compañía ni se inmutó. los componentes de la última oleada de acompañantes de su Excelencia continuaron con cara de circunstancias, clara demostración de no saber de qué se trataba.

Nuevamente la radio recibió:

— ¡Aquí "Lagarto blanco" llamando a "Lagarto azul"! ¡Cambio para ver si me escuchas, cambio!

— ¡Aquí "Lagarto azul", te recibo perfectamente, cambio para ti! ¡Cambio!

— ¡Piezas asentadas! ¡Listas para hacer fuego!

El General de la Brigada se entrometió:

— ¡¡FUEGO!!

Su Excelencia girándose le corrigió.

— ¡No seas nervioso! ¡Capitán! Que inicien el fuego.

Mientras tanto los dos corresponsales radio, habían continuado con el rito más ortodoxo del reglamento de transmisiones, terminando con la orden tan esperada:

— ¡¡FUEGO!!

Aún vibraba la voz en el aire, cuando una salva de metálicas detonaciones de boca señaló que cuatro granadas estaban en el aire, la expectación de los observadores estaba pendiente de ver los resultados, cuatro nubes blancas en principio, pasando por cuatro

llamaradas rojas, para terminar en densa humareda negruzca en el objetivo número uno del "Lentiscar", fueron el preludio de un desgarrante trueno que se fue multiplicando en sucesivos ecos. El Brigadier con una risa de oreja a oreja, y sin saber cómo lo habían conseguido, y creo que sin quererlo saber, exclamó:

— ¿Lo viste, mi General? ¡Esto son las Armas de mi Brigada!

Su Excelencia paró el cronómetro, lo miró, no podía creer lo que veía, y dirigiéndose al Brigadier admitió:

— No está mal.

— ¡COMO QUE NO ESTA MAL! ¡Está MUY BIEN! ¡Mi General! ¡Reconócelo!

Contestó rápidamente el Jefe de la Brigada que nunca sospechó que su "pegote" tuviera este final feliz, y ofreciéndole la mano felicitó al Capitán, forzando con ello a que su Excelencia hiciera otro tanto. El TCOL. del Batallón, aún incrédulo de lo que veía, recuperaba el color de su rostro y la paz de su espíritu por cada llamarada en el blanco.

Mientras tanto en los asentamientos de los morteros la actividad era completa: mientras los apuntadores y sirvientes se preocupaban a cada disparo de comprobar datos y corregir si era preciso, los conductores de los vehículos desmontaban el "ninot" de los carrillos soltando las cuerdas y quitando las lonas cubrearmas, hacían desaparecer los canutos de cartón de los empaques de la munición de Cañón sin Retroceso que habían simulado el tubo, los jalones que simularon el trípode se clavaron a retaguardia de las piezas, y los tableros que habían hecho las veces de placa base fueron a cubrir las excavaciones de los refugios con montones de mantas encima, no quedando a los pocos minutos, ni los más ligeros rastros del "cuerpo del delito".

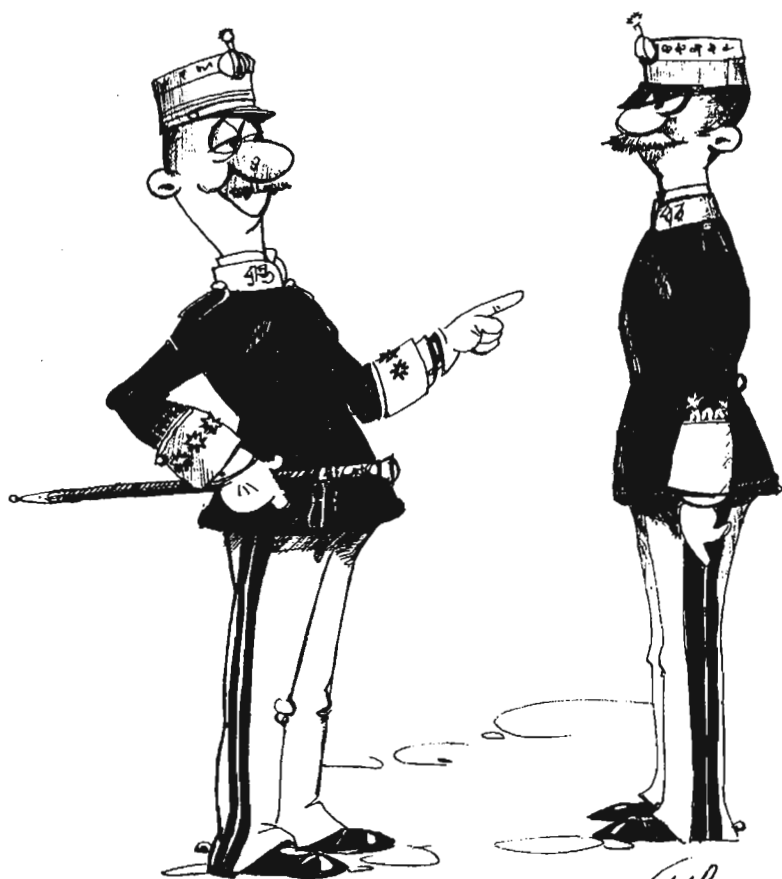
Consumida la munición sin novedad, y después de aún haber pasado la prueba de un par de cambios de objetivo, fue llamado por radio el Teniente Jefe de la Sección, para ser felicitado por la precisión en el tiro.

Terminada la mañana, y ya en el Cuartel General de la Brigada, las altas jerarquías trataron de la propuesta de "Cruces Blancas" por el celo y eficacia demostrada por aquellos oficiales en la instrucción de la tropa.

Pero..., a aquel Capitán, nunca le concedieron aquella "Blanca", y en su "Hoja de Servicios" en la 4ª Subdivisión siguió figurando: "El valor se le supone".

# el mostacho

---





*A los Carabineros no les des agua  
porque con el bigote rompen la jarra.*

Caracterizaba al veterano Jefe de Cazadores su seca figura de huesuda cabeza de cráneo braquicéfalo que aún recalcaban más sus "desabrochadas" orejas, su fisonomía de tendencia asiática con marcados pómulos y ojos achinados de un deslabezado verde caqui con marcadas patas de gallo, dos profundos surcos partiendo de los costados de las aletas de la nariz, se perdían al borde de la mandíbula, y un rubio bigote a la inglesa, recto, delgado y sin "moco" se apoyaba en el centro del labio superior para despejarse hacia las comisuras.

El tal bigote tenía su origen en una larga trayectoria. Desde su adolescencia sintió una gran afición por los deportes de montaña, iniciándose con grandes caminatas de travesías, para ya en la pubertad pasar a los más arriesgados del esquí y la escalada. Se federó en la española de montañismo, adquiriendo conocimientos y técnica en los cursos que sobre la materia departían los pocos escaladores catalanes, únicos conocedores que había en aquella época, y alimentó su espíritu con la lectura de todo lo que oliera a alta montaña: "Grieta en el glaciar", "Luz azul", "La epopeya del Everest", "Entre rocas y hielos", "Los Héroes de la Aguja Dorada", y un muy largo etc., prestando una muy especial dedicación a "El primero de la cuerda", de R. Frison Roche, en el que en su primera página se lee:

"A la Compañía de Guías de Chamonix, uno de ellos."

Siendo para él su contenido no ya una doctrina, sino hasta un dogma. Se sabía de memoria frases enteras, de las que admiraba muy especialmente las concernientes al ficticio personaje "guía de reyes y rey de guías", compendio de las virtudes que debe tener un guía de alta montaña, José Ravanat "el Rojo", así motejado por sus cabellos, mostachos y barba colorados, "... la vida no vale la pena de ser vivida hasta el día en que uno se arriesga a perderla...".

Admiraba su figura y procuraba imitar, en sus posibilidades, su indumentaria y equipo, llegando en su afán de emulación a querer dotar a su rostro barbilampiño de un gran "mostacho a la borgoñona", afán que no consiguió en potencia hasta después de su ingreso en la Academia General Militar, época en que unas veces por ser "novato" y otras porque el "proto" lo consideraba antirreglamentario tuvo que desistir resignadamente hasta su salida de la Academia y primer destino como Teniente a un Regimiento de Cazadores.

Cuando al incorporarse a la unidad se presentó en ella a su Primer Jefe, estaba ya acostumbrado, como hermano, hijo, sobrino y nieto de militar, a ver en su familia estrellas de todas las magnitudes y tipos de constelaciones, y aunque su padre era Coronel, nunca hasta entonces había sabido apreciar lo que es "el Sr. Coronel", en el pleno ejercicio de sus funciones como Jefe de un Regimiento, y éste lo era.

Estaba dotado de gran alzada y erguida figura, que a fuer de llevar la cabeza levantada con su mirada lejana parecía pudiera caer de espaldas en cualquier momento. Sus movimientos eran armoniosos y su faz agraciada, con cabellos tordos de un cuidado corte a lo "amadeo"<sup>(1)</sup>. Hombre afable de gran cortesía y exquisito trato, dotado de grave y potente voz de marcado acento santanderino de la que no hacía uso a plena potencia más que al frente de su Regimiento.

Su tránsito por el Patio de Armas para visitar locales o dependencias, lo hacía testimoniando su gran personalidad, con prestancia y elegancia, que no jactancia ni arrogancia, manejando el bastón de mando con soltura y señorío lo mismo al apoyarse en él con aplomo, que al señalar o saludar y sobre todo, sabiendo siempre exactamente cuándo era llegado el momento de prescindir de su uso.

Adornaba a este Jefe un gran sentido del humor del que hacía uso constantemente, teniendo sus toques de atención una forma de decir que siendo aparentemente inofensivas, normalmente escocían más que el más grueso de los calificativos. Y así fue como al ver a aquel Teniente dotado de semejante aditamento piloso le comentó jocoso:

— ¡Mi Teniente! Eso que porta Vd. sobre su labio ¿es un bigote o un felpudo?

El Oficial se quedó cortado sin saber qué contestar, y tras cambiar de color y tragar saliva emitió unos sonidos guturales que quisieron ser la contestación, y ante los cuales insistió el Jefe:

— ¿Es suyo natural o se lo han prestado? Tenga Vd. en cuenta que con la ventisca se le llenará de escarcha, y con la humedad hasta puede que se le despegue.

---

(1) A lo amadeo: Amadeo de Saboya, rey de España que implantó en su tiempo con su imagen, una moda en el corte de pelo, rebajado en los costados y por detrás, muy usado y aceptado en los ámbitos militares.

Los tales comentarios provocaron las risas de los compañeros que con él se presentaban y las carcajadas más estruendosas del Comandante Ayudante, presente en el acto.

Aquellas palabras del Coronel, no se quedaron entre las cuatro paredes de su despacho, sino que corrieron con rapidez por todo el acuartelamiento, teniendo que soportar los comentarios graciosos unos, y menos graciosos otros, de compañeros y superiores, que por haber partido la "gracia" del Sr. Coronel, todos por imitarle se sentían con derecho a manifestarlas, provocando situaciones y contestaciones que para un recién llegado a una Unidad no son precisamente los más recomendables, y como el Sr. Coronel reiterativamente seguía haciendo alusiones al volumen y estructura del aditamento piloso tantas veces como se encontraba con él en guardias, vigilancias, instrucción, etc., y además aunque siempre humorísticos y de buen tono, cada vez los adornaba con más ingredientes, de los que destacaban: un dicho del nutrido refranero popular castrense del siglo pasado y primeros de éste, que por ser de transmisión oral, desgraciadamente se ha ido perdiendo; y que se refería al gran tamaño con que normalmente contaba el bigote de los Carabineros:

A los Carabineros no les des agua,  
porque con los bigotes rompen la jarra. <sup>(2)</sup>

Y una original y académica definición, probablemente de su cosecha particular, sobre las condiciones y cualidades que debe reunir el bigote de un Caballero:

"El bigote debe ser como la Infantería, una delgada línea sobre el terreno.

Que dé cierto gracejo al rostro, y un dulce cosquilleo al beso".

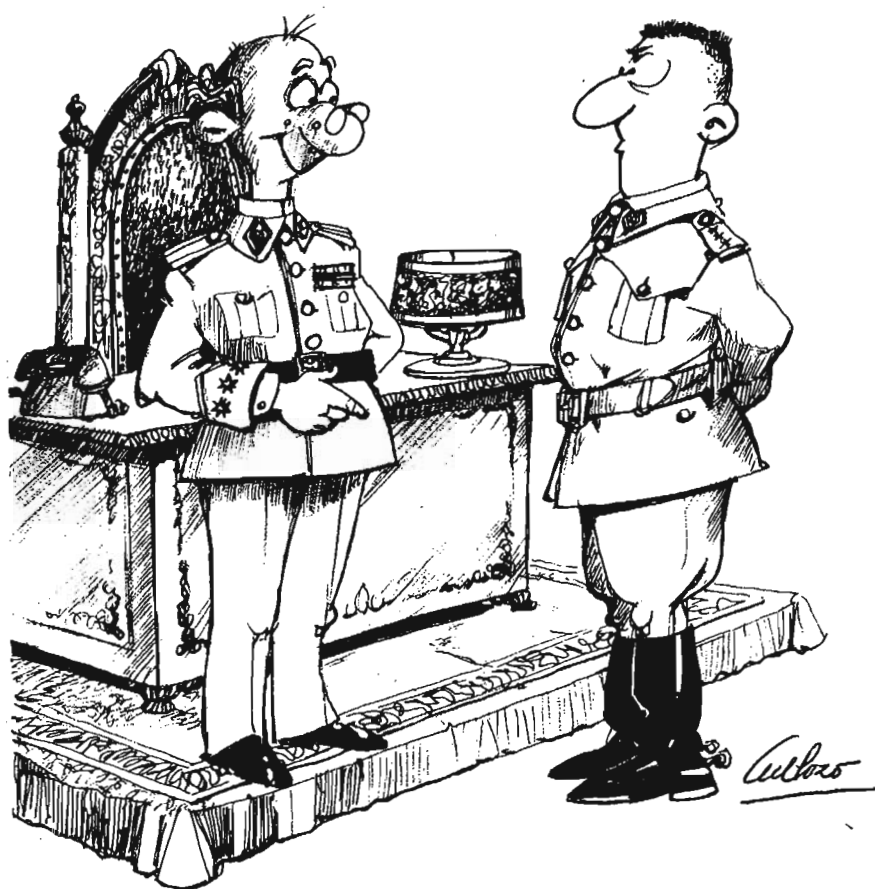
Cansado de tanta guasa, tomó la determinación de hacer una nueva reestructuración de su bigote, al gusto del Coronel; forma que sostuvo durante todos los empleos, perdurando hasta más allá del final de su vida militar, y norma que aconsejó, aportando su experiencia, a las jóvenes generaciones de oficiales de cazadores.

---

(2) En la reglamentación de los permisibles adornos, aditamentos o atributos capilares para las distintas Fuerzas y Cuerpos del Ejército, que se hizo en el siglo pasado, a los únicos que no se les ponía tasa ni medida en el tamaño ni forma del bigote, era a los Guardias Civiles y Carabineros.

# excusation non petita, acusatio manifesta

---



*Si te rompen el testuz, cruz.  
Si sales perniquebrado, grado.  
Si la acción no oigo ni veo, empleo. Mas  
si al que mandando está, le resultases  
muy feo,  
entonces no te darán ni cruz, ni grado, ni  
empleo. <sup>(1)</sup>*

Llegando a finales de noviembre de uno cualquiera de los años sesenta fue solicitada a las unidades, como todos los años, la propuesta para la concesión de recompensas, "el regalo de los Reyes Magos", y como todos los años también, se organizó la consabida guerra intestina primero en los Regimientos, después en las Brigadas, para terminar en la División y en Capitanía, en que cada bando, si no cada Jefe, tienen su forma peculiar de valorar los méritos de su preferido, y a quién por encima de todo tipo de juicio estimativo-comparativo quieren beneficiar con tal concesión, procedimiento que si bien no es muy exacto, sí lo es muy humano.

Pues bien, en esas fechas y por tal circunstancia, un Capitán que siempre estuvo mandando Compañía, y a la sazón también lo hacía además de ocupar otra serie de cargos de los que se consideran de poca monta, pero que no dejan de ser el clásico "embolado" <sup>(2)</sup>, que resta tiempo libre y proporciona quebraderos de cabeza y responsabilidades, sobre todo cuando se ejercen, ya no digamos sólo con dignidad profesional, sino con la tan española "vergüenza torera" <sup>(3)</sup>, fue abordado por un

---

(1) Versos nacidos en el ochocientos, con motivo de los "ascensos por méritos de guerra" a lo largo de las múltiples campañas: dinásticas, Africa y en ultramar. Poniendo de manifiesto la dudosa fe que tenían en una justa aplicación de tal privilegio. En nuestro siglo, no se quedó en comentario jocoso, habiendo Arma que se negó a admitirlos, con un pronunciamiento que dio con varios Jefes y Oficiales en el fuerte de S. Cristóbal.

(2) "Embolado": Dicho que se ha quedado como expresión de cometidos molestos e inoportunos, derivado de las antiguas ordenanzas del soldado de Caballería, en que se disponía que para el entretenimiento y conservación de las prendas del equipo y montura, confeccionadas en cuero se debía proceder periódicamente al untado y manoseo con la "bola", sustancia plástica y pringosa confeccionada con sebo de carnero y cera virgen como ingredientes principales, resultando labor sucia y engorrosa, motivo por el cual se utilizó de forma muy generalizada, como correctivo para pequeñas faltas de la tropa: "meter un embolado".

(3) "Vergüenza torera": Dicho castizo que define el pundonor que hace aguantar al diestro impertérrito ante las arremetidas del toro sin dar la "espantada", manteniéndose ante el bicho, cuando el instinto de conservación le está pidiendo lo contrario. Hoy se generaliza como materialización del amor propio.

gastador en un paréntesis del desempeño de sus cometidos, para comunicarle que de orden del Comandante Ayudante del Regimiento, era requerida su presencia en el despacho del Sr. Coronel Jefe del mismo.

Cuando el Capitán, acompañado del gastador, llegó al despacho del Comandante, éste le informó que esperara unos momentos, pues el Coronel que quería hablarle estaba telefoneando a Capitanía; que se sentara y se pusiera cómodo, y en cuanto colgara el teléfono, le anunciaría. El Capitán, que ya llevaba más de nueve años en el empleo, durante la espera intentó sonsacar al Comandante de qué se trataba, pero al encontrarlo tan hermético llegó pronto a la conclusión de que la citación no era para nada bueno, pues de lo contrario, al Ayudante le hubiera faltado tiempo para decírselo señalando, como sin querer, que él había sido quien le había apuntado la idea al Sr. Coronel.

Poco tardó Usía en colgar, y rápidamente quedó franco el paso al Capitán que después de saludar, permanecía en expectación de la llegada de los acontecimientos. A su entrada, el Coronel se puso en pie y tras salir de detrás de su mesa, se fue hasta el borde del estrado entarimado en que la mesa estaba centrada, posición que adoptaba (según decían las malas lenguas), para lograr un plano dominante respecto a su interlocutor, al que mandaba aproximarse, tal vez por sentir cierto complejillo de "infantería recortada".

Era el Sr. Coronel menudo de estatura, y ágil de movimientos; contorneando la calva, lucía una blanca melenilla de entre sabio genial, y virtuoso pianista. Normalmente, aunque no siempre, usaba gafas con montura de concha de ligero aro, apoyadas muy bajas sobre la nariz que aunque no grande, era carnosa. Tras los grandes y redondos cristales, se movían inquietos unos ojillos vivarachos de pálidas pestañas y arqueadas cejas blancas.

Su decir suave y fluido de un tono algo nasal, se volvía estridente y aflautado en sus enfados, subiendo y bajando de intensidad en muy cortos períodos. Normalmente era manso y comedido, culto pero poco brillante, muy preparado y competente en cuestiones administrativas, no en balde se había pasado la mayor parte de su vida militar entre: cajero, víveres, auxiliar y mayor; podíase decir que se había enquistado en este empleo y cargo.

En los actos solemnes, cuando únicamente y no siempre, hacía uso del Bastón de Mando, lo portaba cual cirio, y más parecía devoto en procesión, que Coronel con Mando de Regimiento.

Después de carraspear dos veces, y de emitir un prolongado: ¡Huuuummm...!, sin duda para centrarse en lo que quería decir, empezó con un suave tono de voz:

— ¡Mire, "Fulano"! Como de todos es conocida su dedicación plena a la profesión, sin límite de horas, que para Vd. no hay días festivos, su gran labor al mando de su Compañía reflejada en la estimación que le tienen todos sus subordinados y del grado de instrucción demostrado por la unidad, yo quería, reconocidos sus méritos, a petición de la propuesta para la concesión de recompensas con motivo de la Pascua Militar, proponerle a Vd. al distinguirse de entre sus compañeros...

Ante tal manifestación de su Coronel, el Capitán se sintió obligado a darle las gracias, y sin esperar a más y movido por el agradecimiento por tan gran consideración, interrumpió a Usía:

— ¡Muchas gracias, mi Coronel, por haber apreciado en mí esos valores y tener esa consideración, de la que no creo sea meritorio!

El Sr. Coronel le cortó con un gesto de su mano alzada con la palma al frente, continuando tímidamente:

— Pero, claro..., hay capitanes que llevan más tiempo que Vd. en este Regimiento, y claro..., es a uno de ellos al que tengo que proponer... ¡Vd. sólo lleva dos años!

El Capitán, sorprendido por el giro de ciento ochenta grados que habían tomado las manifestaciones de "Usía", le expuso con clara serenidad:

— ¡Mi Coronel! Si V.S. fuese tan amable de acercarse a la ventana.

— ¡Sí, sí!, ¿por qué no?

Contestó uniendo la acción a la palabra, y bajando del estrado cruzó el despacho y fue a incorporarse junto al Capitán que ya le esperaba frente a la ventana, y tirando de los cordones había separado los visillos dejando a la vista, un bonito encuadre del Patio de Armas, en el que luciendo al sol de medio día, dentro de una artística hornacina sobre el paramento del edificio que por el fondo cerraba el patio, una gran figura de cemento presidía estática todos los actos que se celebraban en el Regimiento. Era el vaciado de una magnífica imagen, a más que tamaño natural, de la Purísima Concepción, y mostrándosela con un gesto comentó el Capitán:

— ¿Ve V.S. esa imagen? ¡Mi Coronel! Pues más tiempo que nadie lleva en este Regimiento, y aún tiene que ser la primera vez que se mueva para hacer algo.

f

El final como siempre lo dejo a la imaginación del sufrido lector. ¡Ah! Pero la cruz no se la dieron.



# el telemetrista

---



*Para adquirir un buen mozo  
reputación de tronera,  
visitará el calabozo  
a menudo aunque no quiera. <sup>(1)</sup>*

El Plan General de Instrucción, como colofón de toda la serie de ejercicios "alfa" desarrollados por "Compañías aisladas", tenía previsto como todos los años para el final del último período, unos ejercicios "beta" simultáneos para todos los batallones de la Brigada en el Campo de Maniobras y Tiro de San Gregorio, con "fuego real", de tal suerte, que para justificar el despliegue lineal de todas las armas y compañías de cada Batallón, se habían montado unos temas un tanto ingenuos, y puramente didácticos, en que al final la ambientación llevaba a la dicha colocación de todas las armas pesadas con sus asentamientos a lo largo de una loma como en la "Batalla de Balaclava", siempre tendiendo a la seguridad, y en evitación de cualquier posible accidente por despliegues en profundidad, y que al tirar por los intersticios de las unidades más avanzadas o por encima de las tropas propias, pudieran dar lugar al tener que tirar única y exclusivamente sobre las superficies marcadas como de "Zona de caída de proyectiles".

Llegados los Batallones a San Gregorio, cada uno fue a ocupar la parte del campo asignada, y una vez que los Tenientes Coroneles comprobaron personalmente que cada compañía tenía su vivac en el punto señalado, que tanto las cocinas como los grupos electrógenos estaban funcionando y que el aljibe había suministrado el agua a las cisternas en proporcionalidad al número de hombres y cabezas de ganado, se fueron tranquilos y satisfechos al Cuartel General de la Brigada para dar al General las oportunas novedades a la par que esperaban recibir instrucciones para la coordinación de los fuegos en los sucesivos días y ejercicios.

Una vez en el Puesto de Mando de la Brigada, se enteraron por boca del "Brigadier", de que el Excmo. Sr. Capitán General tenía gran interés en ver los ejercicios de tiro de la brigada, y que posiblemente les haría más de una visita, y como mínimo el jueves; con lo cual el Teniente Coronel Jefe del Batallón, que ese día le correspondía tirar con armas colectivas, tendría que prepararse pues sería el anfitrión. Si su Excelencia

---

(1) Versos que figuraban escritos en la pared de la Corrección de la antigua Academia de Infantería en el Alcázar de Toledo.

cambiaba de criterio y con ello de día de visita, en cuanto se supiese, sería avisado el Batallón al que le afectara.

La comida no era problema, en la Brigada todas las unidades tenían "papeleta unificada", y oficiales y suboficiales estaban arranchados, así que para ese día autorizaba el "brigadier" al Jefe del Batallón a que correspondiera, a mejorar la plaza con unos entremeses, un postre de pastelería y café de puchero con copa, pasando cargo por la diferencia.

El miércoles a mediodía se confirmó la visita de su Excelencia y al Teniente Coronel que le afectaba se le comunicó hora y lugar en que tenía que esperar para conducirlo a los asentamientos, al observatorio desde el que podría presenciar los ejercicios de tiro, acompañado por el General de la Brigada y los Estados Mayores, y a cualquier otro lugar que quisiera visitar.

El Teniente Coronel que por el desarrollo normal de lo previsto en el calendario ya lo esperaba, tenía todo más que programado:

— Había organizado un PC. de Bon. con observatorio sobre una cota dominante en el centro del despliegue, asignándole el cometido a la Cía. de Zapadores que le habían agregado para los ejercicios, reforzada con mano de obra de Infantería, quedando en un plazo mínimo una obra si no modélica, sí bastante aceptable. Contaba con un mirador enterrado, de parapeto de mampostería en seco y glacis de tierras, además de una tienda parque enterrada donde poder refugiarse en caso de inclemencia del tiempo, nada raro en San Gregorio para esas fechas, y servir en un intermedio, un humilde "carajillo" de puchero y un bocadillo de tortilla tan socorrido y apetecible a esas horas después de una mañana de campo.

— Los tiros, que eran el factor principal, habían sido perfectamente preparados y comprobados por el TCOL. en persona.

— En el "imperio" había logrado un gran efecto óptico al montar sobre los blancos manteles de celulosa, usados diariamente, servilletas y otros del mismo material de un vivo color rojo fluorescente.

De aquí que al ser requerido en el PC. del General de la Brigada para confirmarle la visita, pudo informar a su Excelencia, que ya estaba todo previsto, y de cómo lo tenía organizado, mereciendo su aprobación.

En la mañana del día de autos, con todas las armas asentadas y el personal dispuesto para el tiro, con el observatorio para la dirección del tiro montado y perfectamente enmascarado, y enlazado con los asentamientos y el PC. del batallón, al dar el TCOL. las novedades al PC. de la Brigada comunicando al mismo tiempo que salía en dirección al Punto de Reunión en que esperaba a su Excelencia, le dieron la contraorden de que por razones imprevistas el Capitán General retrasaría su llegada a las 10,15 horas. De todas formas y no teniendo otra cosa mejor que hacer, el TCOL. con su S-3 se trasladaron al punto señalado para esperar al General.

Durante la espera la radio no paró un momento de dar órdenes contradictorias de la llegada y no llegada, terminando por hacer que sonara a música de fondo, hasta que ya a las 12,00, se personó el General de la Brigada extrañado de no haber recibido ninguna noticia en los 45 últimos minutos; y así estando reunidos, se recibió una llamada pidiendo la incorporación con urgencia del TCOL. al observatorio de la Sección de Morteros de 120, en donde no se sabe por qué caminos ni circunstancias había recalado el esperado Capitán General.

En aquel período de instrucción, y debido en principio a que era un llamamiento en que la incorporación de los reclutas coincidía con los exámenes en Universidades, Escuelas Especiales, y todo tipo de Centros de Enseñanza, eran muchos los que habían pedido prórrogas y en consecuencia, se echaba en falta personal con cierto nivel intelectual, y esto acompañado del espulgue para oficinas y órganos de mando de las Unidades Operativas, les llegaron a los puramente combatientes una gran masa de analfabetos o semianalfabetos, y algunos, muy pocos, medidos con cuentagotas de oficios más o menos técnicos o selectos.

Y así fue como el Capitán de la Compañía de Armas Pesadas, se vio en grave aprieto para cubrir los puestos del personal que atendiera los aparatos para la dirección de tiro y apuntadores de las Secciones de morteros. Teniendo que recurrir a los soldados despejados, que muy a menudo van acompañados de cierta desfachatez o "cara dura". Resultando de todo lo antedicho que un listo y castizo "chamberilero" fuera adiestrado para el puesto táctico de Telemetrista.

Con tanta orden y contraorden, la larga espera y el frío intenso de un clásico día despejado de San Gregorio con intenso viento, el equipo del Observatorio de Morteros de 120, colocado en una cota dominante en la que a duras penas se mantenían de pie: goniómetro, telémetro y anteojos de antena, debido a la fuerza del viento racheado; terminados todos los trabajos de puesta en posición de los aparatos, "enganche" y mediciones necesarias y previstas, buscaron el resguardo de peñas y matojos, donde al

"socaire" y en un caracol pudieran soportar la larga espera sin quedar congelados. Así estaban las cosas cuando sin duda guiados por el perfil que presentaban en el horizonte los mencionados aparatos y antenas de radioteléfonos; allí llegaron Capitán General y acompañantes, perdidos por el "mundo", en demanda de información para encontrarse con el General de la Brigada y Jefe del Batallón.

La ascensión a la cota, fue lenta al no poder alcanzarse sobre vehículo, dando tiempo a que el Sargento no dándose por enterado en principio, pudiera lanzar al aire su S.O.S., en demanda de su Jefe natural del que preveía necesitaría. Y así fue como cuando aún no habían alcanzado la cima, ya se vieron llegar los vehículos del "brigadier" y del TCOL., a razón de lo cual y del fuerte viento que se adivinaba en lo alto de la cota, decidieron esperar al abrigo de la ladera la incorporación de los componentes de los PC.s., de Brigada y Batallón. Hechas las presentaciones y saludos de rigor, y dada la altura a la que se encontraban ya, decidieron terminar la ascensión, y ver el funcionamiento del equipo.

El Sargento mandó en pie al oír la voz lanzada por un soldado preparado previamente:

— ¡Atención! ¡El General!

Y al ir a dar las novedades, pudo comprobar que un soldado continuaba tumbado al sol y completamente dormido, repitió la orden de en pie, con idénticos resultados, optando por hacer señas a los soldados más próximos al durmiente para que lo advirtieran, pero el soldado, con los ojos abiertos, y ante el espectáculo que vio, optó por continuar en idéntica posición.

El Sargento perdió los estribos, y acercándose al pernoctante, le dio con el pie para que se incorporara, acciones que igualmente fueron ignoradas por el relajado soldado, y cuando el Sargento, ya más negro que tinoco, estaba dispuesto a repetir la acción con mayor intensidad, intervino su Excelencia:

— ¡Espere, Sargento!

Y acercándose lentamente hasta el tendido soldado, le preguntó paternalmente:

— ¡Muchacho! ¿No oíste la orden del Sargento?

— ¡Sí! ¡Mi General!

Contestó el soldado con rapidez, permaneciendo no obstante en la misma postura de "majo vestido", sin duda por aquello de ser madrileño castizo.

La respuesta causó asombro en su Excelencia, y estupor en el resto de los presentes, y cuando al cabo de unos segundos de silencio general, el "brigadier" que fue el primero en reaccionar, se permitió corregirle, aún estando un superior delante, interrogándole con mal talante:

— ¡Soldado! ¿Cómo te permites contestar a su Excelencia sin ponerte firme? ¿Qué haces tumbado?

El soldado continuando en igual postura, contestó con audacia y serenidad:

— Cumplimentar lo dispuesto en el: Tratado I. "Empleo". Capítulo II. "Mediciones". Apartado nº 13. "Modo de hacerlas", de las "Normas para el uso del Telémetro de Coincidencia" que dice: "Cada diez mediciones hechas con el aparato, el telemetrista se relajará tendiéndose, descansando la vista con la mirada puesta en el infinito".

A su regreso al Cuartel finalizadas las maniobras le quedó mucho tiempo para "relajarse".

# el saludo

---



*El saludo es una de las demostraciones de subordinación y cortesía que más evidencian la disciplina de las tropas.*

Sería uno cualquiera de aquellos años del final de los cincuenta, en los que todos los años por las mismas fechas se recibían en los campamentos a los contingentes de reclutas destinados a los Regimientos.

Llegaban en distintas expediciones desde todos los puntos de la geografía española, conducidos por un Oficial, que según la entidad de la expedición podía llegar hasta Capitán, auxiliado por los correspondientes Suboficiales y Soldados veteranos.

Desde su concentración en las Cajas, eran socorridos con el pan y las "sobras" <sup>(1)</sup> y en muy breves días pasaportados a sus puntos de destino empezando por los más lejanos. En el trayecto, las "estaciones alimentadoras", se encargaban de suministrar las comidas en caliente, dando a las estaciones del ferrocarril un carácter especial en aquellos días.

Junto a una vía muerta en que quedaba estacionado el tren, cuando era especial militar, o si no en un lugar discreto de la estación y no muy distante del andén en que el tren, normalmente un Correo, tenía "parada y fonda", se veían humeantes las cocinas de campaña y a su frente para recibir el rancho, unas informes columnas de reclutas con su original indumentaria de vestimenta de paisano, manta militar en bandolera y plato de aluminio en la mano, dejando en los vagones las pesadas maletas de madera a la custodia de un veterano.

Cuando al fin, llegaban a su destino y recibidos por las unidades con un equipo de recepción que algunas veces hasta contaba con la Banda de Música que a la llegada del tren a la estación entonaba alegres marchas.

Después, y ya en el acuartelamiento se les alojaba y con gran meticulosidad se procedía a su reconocimiento, fichaje y adcentamiento, cortándoseles el pelo reglamentariamente, lo que motivaba más de una lágrima al ver caer lentamente al suelo algún que otro rizo.

---

(1) Sobras: Haber en mano que se entrega a la tropa, después de deducir los gastos del total reclamado.



Una vez vestidos de uniforme y mientras terminaban de llegar todas las expediciones, con el fin de ganar tiempo y de permitirles la salida al pueblo al toque de marcha, se les adelantaba un pequeño barniz de comportamiento militar, enseñándoseles a vestirse con propiedad y a moverse con soltura, prontitud y orden; para lo cual, ya agrupados por bloques, base de lo que al bajar al campamento serían las Compañías de instrucción, se les impartían los principios de la disciplina: saludos y presentaciones.

En aquel entonces, el saludo era más complejo que en la actualidad y presentaba distintas modalidades según fuese a pie firme o marchando, y dentro de ésta, según se rebasara o se fuera al encuentro de la persona a saludar.

Esta teórica tan simple pero fundamental, se le solía encargar a un Suboficial experimentado que con gran paciencia y machacona autoridad, repetía y repetía sin descanso todos y cada uno de los casos y situaciones, poniendo ejemplos que animaban con su correspondiente escenificación ayudados por los veteranos auxiliares de instrucción.

Y así fue como en una de estas sesiones, con los muchachos reunidos, sentados al socaire y a la solana, en el pequeño patio que formaba la "U" del edificio de la Compañía, el Sargento "machacaba" repitiendo incansable:

— ¡Primero! Cuando la autoridad o persona a la que se tiene que saludar viene "EN CONTRA". Si es un General o Almirante, se iniciará el saludo "SEIS" pasos antes de llegar a su altura.... cesando "DOS" pasos después de que el inferior haya rebasado al superior.

Si igualmente viene "EN CONTRA", pero es Jefe u Oficial, se iniciará el saludo "DOS" pasos antes, cesando "DOS" pasos después.

Y por último, si el que viene "EN CONTRA" es Suboficial o Clase de Tropa, se iniciará al momento de llegar a su altura, cesando inmediatamente.

— ¡Segundo! Si nosotros marchamos en una dirección, y la autoridad a quien hay que saludar viene "A FAVOR" nuestro:

Si es General o Almirante, se iniciará el saludo en cuanto nos alcance o le alcancemos, cesando "dos" pasos después. Si es Jefe u Oficial, se les saludará exactamente igual.

¿Queda entonces claro? Depende la forma de saludar a una misma autoridad o persona, de que ésta venga "A FAVOR" o "EN CONTRA". ¿Comprendido?

Y para aclarar cualquier error de interpretación, sacó al centro del corro a un Cabo de los Auxiliares de Instrucción, y mostrándolo a todos los reclutas lo presentó:

— El Cabo Molina, al que todos ya conocéis, ahora se irá hasta la esquina de la Compañía, y cuando venga hacia aquí, en lugar de ser el Cabo Molina, todos pensaremos que el que se acerca es un TENIENTE. ¿Comprendido? ¡El Cabo Molina es un TENIENTE!

Por tanto, si es un Teniente está incluido en el grupo de los Oficiales.

— ¡Tú!

Dijo el Sargento señalando a un recluta sentado junto a la pared, de los que la experiencia de muchas teóricas le decía, que muy bien pudiera estar "alagartado" al solecillo:

— ¿Cómo te llamas?

— ¡Miguel FULANO MENGANO!

— ¿De dónde eres?

— ¡De Marcilla, mi Sargento!

— ¿Y dónde está ese pueblo?

El recluta se quedó un poco sorprendido y molesto. ¿Qué clase de Sargento era ése que no sabía dónde estaba Marcilla? Y condescendiente contestó perdonándole tal ignorancia:

— ¡En la Ribera de Navarra!

— ¡Bueno! Pues fíjate bien, Miguel.

Continuó el Sargento; aclarando la clase de autoridad que se escenificaba a continuación:

— Molina, que es un Teniente o sea un Oficial, viene a la Compañía, y tú sales de aquí para el patio. Recuerda lo que expliqué de la diferencia de pasos de ir "a favor" o "en contra". ¡Andando los dos!

Tanto el Cabo como el recluta iniciaron el movimiento para cruzarse, y cuando faltaban pocos pasos para que se produjera el "enroque", el recluta se paró en seco, y girando sobre sí mismo hasta dar vista al Sargento, le preguntó con una gran voz:

— ¿Y cómo sé yo que viene "a favor" o "pa jodeme"?

# la ejecución

---



*El tener juicio vale más  
que cualquier otro tesoro.  
Sófocles.*

En cierta ocasión, y no sé con motivo o en función de qué, cayó en mis manos la "Revue Musiik Zeitung", de Stoccarda. Estre sus páginas, tropecé por casualidad con un artículo (no sé si reproducción de otro anterior, o era el original), del profesor F. SPITTA, de la Escuela Superior Musical de Berlín, gran investigador y estudioso de cosas españolas; y con gran riqueza de detalles narraba cómo:

"En tiempo de la Guerra de los Siete Años, representaba a España en la Corte Berlinese, un diplomático muy inteligente en música alemana, y especialmente en obras de Bach y Haendel, habiéndose captado las más fervientes simpatías del Soberano.

En una recepción del Cuerpo Diplomático, con motivo de Año Nuevo (1764), el Rey expresó en cordialísimas frases cuánto apreciaba el interés del embajador español por la música; y como prueba de amistad, le entregó una partitura autógrafa de una Marcha compuesta por él.

El embajador envió dicho autógrafo a Madrid, en donde el Rey Carlos III, gran admirador de Federico II, hizo ejecutar la Marcha varias veces.

Con el tiempo, la obra fue olvidada; pero en el año 1869, el General Serrano, propuso que se celebrara un Concurso para premiar la Marcha Militar de más mérito.

Entre las muchas que se mandaron, se tocó también aquella antigua, la cual obtuvo el premio por su noble melodía, de fuerte y genuina inventiva y por la majestuosidad de su ritmo.

Desde aquel momento fue bautizada con el título de «Marcha Real Española»."

Hecha esta pequeña introducción, en la que yo no hago otra cosa que exponerla como curiosa, sin entrar ni salir de ella, con opiniones personales de ser cierta, o darle la autoría y paternidad de la composición a Wolfgang Amadeo Mozart, como otros sostienen; paso a narrar la anécdota que motivó este chascarrillo, en que uno de los factores principales es esta Marcha.

Dada la diversidad de modalidades y variaciones apreciadas en la interpretación de la Marcha Real por las Bandas de Música de los distintos Regimientos, se comisionó a Don Bartolomé Pérez Casas, Músico Mayor de la Banda de Música del Real Cuerpo de Guardias Alabarderos, para que hiciera un estudio sobre el tema; a resultas del cual, y por Real Orden C. de 27-08-1908, se publica la partitura de la versión oficial de la Marcha Real, como Himno Nacional, y de la "Llamada de Infantes". Al mismo tiempo se ordena su estudio, interpretación y divulgación, por todas las Bandas de Música del Ejército, en las distintas guarniciones, interpretándola con motivo del Examen Mensual de Música del mes de octubre, como obra obligatoria.

Casi coincidente, aunque anterior, con esta orden; salió destinado para cubrir el mando, vacante en esas fechas, del Regimiento de Infantería que guarnecía una Plaza Fuerte de nuestro Pirineo Aragonés, un Coronel del Arma recientemente ascendido y procedente de la guarnición de la Villa y Corte, en la que ocupó todos los empleos anteriores tanto de Jefe como de Oficial.

Era este Coronel, hombre decidido, inquieto y muy emprendedor, que desde el primer día de mandato, el de su presentación, quiso impulsar la vida de su recién estrenado Cuerpo, con el fin de dar una nueva imagen de él, más acorde con su criterio y temperamento. A tal fin, y en consecuencia de la orden de estudio y examen de la versión oficial de la Marcha Real, pensó en la organización de un concierto de seleccionadas obras y como colofón la "Llamada de Infantes" y la "Marcha Real".

Este Concierto, que desde luego sería público, gratuito y con acceso de toda la población civil, se daría en el "Teatro de la Unión", de privilegiadas condiciones acústicas, de gran aforo y confortable, cualidad muy importante en aquella ciudad y época del año, dependencia del Casino de la ciudad, y con cuyo Presidente trató del asunto, al igual que con el Alcalde de la ciudad, aprovechando la visita de cortesía por su incorporación.

Todo esto, más la previa petición del oportuno permiso al General Comandante Militar de la Plaza, fue hecho con diligencia y antelación a entrar en conversaciones con el Músico Mayor del Regimiento, que era, a fin de cuentas, quien tenía que decidir si el plan del Señor Coronel era factible.

Cuando tal conversación se llevó a efecto, el Director, muy contrariado, le infomó de las dificultades, prácticamente infranqueables, que se presentaban para el desarrollo de su idea; pues antes de finalizar el mes, se licenciaba una quinta, y con ella se marchaban a su casa seis cornetas de la Banda, además de los correspondientes

tambores, que como es lógico al ser los más veteranos, eran los mejores. Del resto, sólo cinco estaban sueltos, y los demás aún no servían para poco más que hacer número, pero incapaces de seguir completa ninguna marcha, de aquí que el Maestro de Banda, sorprendido y contrariado, informara respetuosamente que, de llevarse a cabo el proyectado concierto, él trabajaría noche y día, pero aún así, eludía toda responsabilidad de lo que pudiera pasar, que aseveraba sería un desastre mayor que el de Cavite.

El Señor Coronel, fijo en su idea, no admitió los razonamientos, dando por contrario la orden al Comandante Ayudante, de quien dependía la Banda, que desde ese mismo día todos los componentes de la Banda, quedaran relevados de todo servicio excepto los dos Cornetas de Guardia de la Principal y de la Ciudadela que era Guardia de Honor. Que la Guardia del Cuartel de los Estudios y la del Polvorín de la Arbesa fueran sin Corneta y que hasta nueva orden quedara ampliada la Academia de música en tres horas diarias.

A la semana, los educandos ya no se limitaban a estar junto a las tapias del Cuartel haciendo escalas con todos los puntos que pueden sacarse a una Corneta, y en pequeños grupos, bajo la dirección de los pocos "Cornetas de Plaza" que habían quedado, hacían ya sus pinitos enlazando compases e interpretando pequeños fragmentos de marchas. Mientras en el "Cuarto de la Banda", el Maestro con el resto, machacaba y machacaba, con entradas decididas y valientes, sin dudas ni titubeos; perfilando graves y agudos, pianos y fuertes, siguiendo las instrucciones del Músico Mayor, con el fin de que al yuxtaponer la Banda a la Música hubiera un perfecto acoplamiento.

Entre las muchísimas cosas que hizo el activo Coronel, una más y motivada por los pretextos y excusas del Director, fue la convocatoria de una Junta Extraordinaria para tratar de la adquisición de pequeños accesorios para los instrumentos de la Música, tales como: zapatillas, muelles, lengüetas, pajillas, parches y bordones; cambiar las baquetas de los Tambores por otras compensadas con unos casquillos metálicos de contera; y finalmente razonar amplia y documentalmente las quejas del instrumental defectuoso o inexistente, para que la Junta admitiera el gasto contra el Fondo de Atenciones Generales, para la adquisición de unos "platillos turcos" alegres y sonoros, por estar rajados los existentes y con ello graves y sordos, sonando como tapaderas de cacerola; y una "Corneta de llave" en "si bemol", para que el Maestro pudiera acudir y cubrir más fácilmente los puntos donde no llegasen los Cornetas, a la par que "floresarse".

Los ensayos se repetían sin interrupción, y aún cuando algún día salía menos mal, el Maestro de la Banda, con su espíritu fatalista, siempre repetía los mismo:

— ¡Hoy no salió mal! ¡Pero ese día! ¿Qué pasará?

— ¡Pare Usía esto! ¡Mi Coronel!

— ¡¡Párelo, ahora que aún está a tiempo de posponerlo!!

— Mírelo como quiera, mi Coronel, pero estos muchachos aún no están en condiciones de actuar en público, y menos en un Teatro, donde se pondrán nerviosos al sentirse blanco de todas las miradas.

— ¡Mi Coronel! ¡Mire que se lo digo yo. Estamos encaminados a hacer el ridículo, y no quedar como corresponde al Regimiento!

— ¡Mi Brigada, no creo que sea para tanto! Contestó el Señor Coronel.

El Director, que hasta entonces parecía estar de mero espectador, entró en la liza, haciendo causa común con el Brigada:

— ¡Mi Coronel! Es que además hay otra cosa que Usía no debe ignorar. Su Excelencia el Gobernador Militar, además de ser un melómano y tocar muy bien el piano, es un gran entendido de la dinámica de las Bandas. En cualquier interpretación sabe distinguir perfectamente cuándo está ajustada, cuándo la madera se nota más de lo debido, o cuándo al metal le falta sonoridad. Le entusiasma la percusión, pero en su justa dosificación; y su mordaz gracejo es temible, pues como quien no quiere la cosa, deja caer sus comentarios, que aun siendo exactos y educados, resultan hirientes.

Esta información, no le hizo rectificar en nada, y siguió con su idea de no modificar por nada, ni por nadie, la fecha del concierto.

Al fin llegó, para algunos demasiado pronto, la señalada fecha, amaneciendo un día frío y desapacible. Collarada cubierta de nieve, como es natural en esas fechas, brillaba con las primeras luces. Rapi tán y sus laderas aparecían enharinadas, llegando su espolvoreo hasta cerca de la Estación del Ferrocarril. La Peña de Oroel, emergiendo de entre las sombras de los pinos del bosque, e iluminada por los primeros rayos de un sol que aún no se veía desde el valle, con su cresta totalmente nevada destacaba su silueta sobre un cielo de limpio azul.

Un suave viento del norte arrastraba, en pequeños remolinos, unos minúsculos cristales de nieve que multiplicaban en mil destellos la débil luz del sol naciente que todavía no asomaba más que el halo.



Durante la mañana el Ayudante del Regimiento no paró ni un momento de hacer preparativos, terminando por ver, uno por uno, los uniformes y policía de todos los componentes de la Banda, para terminar, a las doce horas, presentando al Sr. Coronel una Banda y Música "de dulce".

Serían las seis de la tarde cuando, Banda y Música al mando del Músico Mayor salían hacia el Teatro, para llegar con el tiempo suficiente de poder reparar las faltas y barro del calzado adquirido en el trayecto.

Desde las seis y cuarto de la tarde, hora en que se facilitó el acceso del público al local, se fueron ocupando las localidades, empezando por las del patio de butacas, hasta la total ocupación del último asiento del "gallinero", un cuarto antes de la hora anunciada para la iniciación del concierto.

Minutos antes de las siete, y ya totalmente oscuro, el eco del seco sonido de unos cascos golpeando sobre el duro suelo helado y el chirriar de las llantas de hierro, advirtieron la llegada de un carruaje; pronto pudo verse el resplandor de dos faroles iluminando la bonita estampa de un caballo tordo rodado, enjaezado con brillante atalaje de cuero negro con tachones dorados, de fina pechera en lugar de collera, tirando de la negra berlina del Comandante Militar de la Plaza, que desde la calle Mayor desembocó en la del Carmen. Lo conducía, al pescante, un cochero vestido a la rondeña, con uniforme de Carrero Militar, y con tabardo como prenda de abrigo. A su costado un Lancero de la Escolta con casco plateado y capotón azul celeste, arrebujaba las manos bajo la esclavina.

El coche se detuvo frente a la puerta del teatro, el lancero saltó a tierra e inclinándose desplegó el estribo, y empuñando el argollón dorado lo giró, abriendo la portezuela, que mostró su cara interior tapizada de terciopelo color granate, y sonando sus espuelas al cuadrarse saludó. El cochero dejó la tralla en el candelero, y mientras reunía todas las riendas en la mano izquierda, levantó la derecha hasta tocar con la punta de los dedos el ala de su "castoreño", saludando de este modo a su Excelencia que en ese momento descendía del coche. Una vez ya en la calle, se cubrió con el ros que le alcanzó el Ayudante, que había descendido por la otra portezuela, y tras acomodarse bien la capota sobre los hombros, giró, devolviendo el saludo al escolta y al cochero y franqueando la puerta, que sujetaba el Ayudante, entró en el teatro.

En el zaguán, charlando en pequeños corrillos, estaban la casi totalidad de las "Fuerzas Vivas" de la localidad, entre ellas el Coronel, que estaba pendiente de la puerta mientras conversaba con un Diputado y el Sr. Alcalde. Al entrar su Excelencia, nada más verlo, excusándose de sus interlocutores, se adelantó dándole novedades. Poco

tardó el General en saludar a todas ellas, distinguiéndose con el Sr. Obispo a quien, destocándose, besó el anillo, y agradeciéndoles su presencia en el acto, invitóles a que ocuparan los palcos, yéndose él, acompañado del Obispo, Alcalde, Presidente del Casino y Coronel, a ocupar el presidencial.

A los pocos minutos de haber tomado asiento las autoridades, poco a poco se fueron encendiendo las candilejas anunciando la iniciación del espectáculo, seguidamente y de igual forma, se apagaron las luces de la sala, dejándola sumida en la oscuridad, lo que hizo que se acallaran las voces, y cuando solamente era perceptible algún cuchicheo, un joven Oficial, saliendo de entre bastidores, después de saludar a la concurrencia, hizo la presentación del acto y al retirarse, alzándose el telón, apareció en el escenario la Música, sentada en semicírculo, y al fondo la Banda en pie. Un aplauso general resonó en todo el teatro, al extinguirse, el Director se adelantó y tras saludar al General con una inclinación de cabeza, continuó saludando a todo el público en igual forma, retirándose a continuación a su estrado, momento en que un Suboficial acercándose a las candilejas, anunció título y autor de la obra que se iba a interpretar, haciendo una pequeña reseña de ella. Al retirarse, un silencio expectante permitió oír los golpecitos que, Serrano, el Director, dio con la batuta sobre el atril, e instantáneamente se inició el concierto.

El Concierto siguió su desarrollo sin incidentes. Tras la interpretación de cada una de las obras, y al acallarse los aplausos, el mismo Suboficial fue anunciando las siguientes, hasta llegar a la última, en que al retirarse después de anunciarla, dado el carácter de Himno de la Nación, todo el auditorio se puso en pie guardando un respetuoso silencio que de pronto se vio roto al irrumpir con un "fortísimo" Banda y Música a la vez, para continuar con un "piano maestoso" de solo la Música. Hasta aquí todo iba bien, pero al entrar de nuevo la Banda con toda la fuerza del metal, un Corneta novato se retrasó, arrastrando tras de sí a varios compañeros. Los "de plaza" quisieron arroparlos y tapar el fallo, pero lo que empezó por un ligero descompás, pronto sonó a contrapunto. La batuta de Serrano trazaba molinetes en el aire y más que batuta parecía florete de espadachín, en su afán por poner orden, pero con tanto movimiento desconcertó por completo a los músicos, marchando cada cuerda por su lado.

El contristado y atribulado Serrano, arrollado por los acontecimientos, "perdió los papeles" por completo, organizando un galimatías de dimensiones jamás alcanzadas, que duró todo el "fortísimo" y parte del "piano", momento en que al enmudecer las cornetas, y dada la gran profesionalidad de los músicos, con audacia y esfuerzo, cada uno buscó el camino por su cuenta, ya que el director desbordado y abatido, con los brazos caídos y la mirada baja, escuchaba sin creerlo aquel encrespado maremagnum. Al fin venciendo todas las dificultades lograron su acoplamiento.

Todo este tiempo fue aprovechado por el Maestro de Banda para dar las órdenes oportunas para que, en la próxima entrada, sólo lo hicieran los "de plaza", que nerviosos y agrupados junto al Brigada esperaron el momento. Tocaron fuerte para sacarse la espina, y aunque menos empastado, al ser pocos, sonó brillante, y sobre todo lograron reconducir el barco, llegando a buen puerto.

Con el último golpe de bombo, el público rompió en aplausos. Los enterados admitieron y perdonaron el fallo, comprendiendo el incidente y valorando el mérito de la reconducción; y el gran público lo tragó tal como se lo sirvieron, de aquí que la ovación fuera cerrada.

Parecía que los ocupantes del palco presidencial habían optado por no darse por enterados del desgraciado incidente, uniéndose con su aplauso a las aclamaciones del público. Cuando, al fin, se acallaron los aplausos, no hubo comentarios por parte de nadie, y el Señor Obispo, que durante toda la velada había comentado con el General ciertas matizaciones y limpieza de notas de algunos movimientos, sacó el toro del tercio, preguntando a Don Miguel por la salud de Doña Valentina, a la que una pequeña indisposición catarral había impedido asistir al acto.

Inesperadamente, el Coronel, que en su entusiasmo no se había percatado del desconcierto, y nunca mejor dicho, se acercó al General, por su retaguardia, y pletórico de euforia y en elevado tono de voz, le preguntó sin más preámbulo:

— ¡Mi General! ¿Qué le parece la ejecución de Serrano?

Su Excelencia, esbozando una sonrisa mientras se atusaba la perilla, recuerdo nostálgico de su época de Cazador, y con cierta sorna contestó serenamente:

— ¿Ejecución..., ejecución....? ¡Ñññooo! ¡Mi Coronel! ¡Qué drástico! ¡Sea un poco indulgente! ¡Ejecución! ¡Eso es mucho! ¡Tanto como ejecución, yo no diría! ¡Pero de veinte años y un día, no le rebajo un ápice!

# el descabello

---



Allá por la década de los cincuenta, fue designado para el mando de una Gran Unidad, un General muy conocido por el Sur de la Península y Norte de Africa, famoso por su ordenancismo e intransigencia. La Tropa lo conceptuaba de "Muy Militar" y de sobra es sabido lo que quiere expresar esta voz en boca de un Soldado. Los Oficiales y Suboficiales le daban otro calificativo muy distinto e íntimamente relacionado con la "Capra Hispánica", en su variedad "con pintas".

Se comentaba, que el día de la toma de posesión del Mando de la Unidad, nada más recibirla del Capitán General, en la Revista que pasó, en la capital de la Provincia, a la agrupación de Tropas formadas en representación de todas las de la División, no se limitó a cumplir con el protocolo ceremonial de pasar ante las Tropas, sino que obró como un Jefe de Semana en sábado pasando la Revista a los Cadetes en la Academia, corrigiendo cuantas faltas encontró (porque las buscó): "pelo descuidado, mal afeitado, botas sucias, prenda de cabeza mal armada, correa con muescas calendario, etc."; emplazando a los Capitanes para que en el día que visitara sus respectivas Unidades, no ocurriera otro tanto.

Ante tan poco grato pronóstico, presagio de futuros males, todos los Jefes de Cuerpo procuraron curarse en salud, y repasar todas las normas y "costumbres tradicionales" en la Unidad, para que fueran exactas a Ordenanza o se suprimieran. Se persiguieron las modas deformantes de la uniformidad: gorras aplastadas, viseras planas y de más de tres centímetros, pantalones estrechados, etc.; y ni que decir tiene que se terminaron las tolerancias, entre Oficiales y Suboficiales, de toda prenda que no se ajustase a reglamento en tamaño, forma o colorido.

Formaba parte de esta División, un Regimiento de guarnición en una pequeña ciudad del Pirineo Central, ocupando un acuartelamiento, que como siempre suele ocurrir, se ubicaba en las afueras de la población sobre un terreno elevado y al otro lado del puente sobre el río.

Una rampa, a uno de los lados de un muro de contención de tierras al costado de la carretera daba acceso a una explanadilla sobre la que se asentaba un edificio, que aunque moderno daba la impresión de vetusto por su configuración mazacota, de alto zócalo de oscura piedra labrada, rematado por una cornisa a la altura de la primera planta. Los huecos de las ventanas, repartidos en tres plantas, más la baja, resultaban pequeños ante la gran masa del edificio, y estaban contorneados de la misma piedra labrada. La fachada presentaba pocos movimientos, estando compuesta por tres

cuerpos, dos laterales y el central, ligeramente más salientes a modo de torreones cuadrangulares, y dos lienzos de cortina enlazánados; para terminar por arriba en un alero que resultaba desproporcionadamente pequeño para la mole del edificio, máxime por su ubicación en una geografía de montaña y por tanto de abundantes nevadas y grandes aleros voladizos. La sensación que daba al observador, era la de que poco a poco se tenía que ir hundiendo por su gran pesantez. En el torreón central se abría un portalón de grandes dimensiones, y dos portillos, que, aún con un tamaño normal para estos menesteres, al estar tan cerca del Portón, resultaban diminutos por relatividad. Sobre los muros de cortina, se abrían dos puertas con pequeña escalinata de cinco peldaños muy empinados, por las que se accedía a las viviendas de cargo (Coronel, Ayudante, Mayor, Médico, etc.), entrando por la de la izquierda al pabellón del Señor Coronel.

Por el Portón se entraba en el zaguán, espléndida y sorprendente pieza, de gran belleza y armonía, que aún gustaba más por no esperada. Se cerraba por el fondo con una mampara de cristales con puerta central para vehículos y otros dos portillos peatonales, que daban a la "U" que formaba el patio. La primera vez que se contemplaba, sorprendía gratamente, pues a pesar de la gran altura de techo, su magnífico artesonado lo bajaba ópticamente. Estaba formado por un entramado de vigas longitudinales apoyadas en cuatro más gruesas que a su vez descansaban sobre artísticas ménsulas que salían de los muros laterales: enmarcando entre ellas artesones cuadrangulares de complicadas molduras. Pendientes de las vigas y centrados sobre ellas, dos amplios y artísticos faroles, como los de popa de un galeón, completaban la decoración además de iluminar la estancia. Una amplia cornisa daba la vuelta completa terminando así la decoración del techo.

Del portón a la mampara dos bordillos de piedra marcaban el límite entre la calzada, de adoquines rectangulares colocados a matajunta, y dos amplias aceras laterales, más elevadas, que corrían de portillo a portillo. Sobre ellas y centrados, dos muros trapezoidales isósceles servían de apoyo a una rica balaustrada con que se adornaba una doble escalinata, por la que se llegaba a un rellano, a modo de balconcillo, que hacía posible el acceso a una puerta de sobresalientes dintel y jambas. Idéntica configuración tenían los dos amplios ventanales que se abrían a sus costados, bajo ellas y naciendo en el descansillo, una amplia cornisa cortaba el muro.

Por la puerta de la derecha se entraba en un pasillo entarimado de crujiente madera oscura, al que daban las puertas del despacho del Oficial de Guardia con amplio ventanal al zaguán, biblioteca de Oficiales, Sala de Banderas, habitaciones y servicios para el Capitán de Cuartel y Oficiales de Servicio; además de una cristalera, nada más empezar el pasillo, por la que se daba paso a la Escalera Noble.

Desde el zaguán, por la puerta de la izquierda, se accedía a otro pasillo similar al reseñado, con el despacho del Suboficial de Guardia, biblioteca y Sala de Suboficiales con sus correspondientes servicios, otra escalera, y todas las dependencias del Cuerpo de Guardia.

Una vez conocido ya el teatro, y el escenario con detalles, es hora de que empiece con la puesta en escena.

Los días anteriores a la visita, fueron días de mucho ajeteo, las noticias que llegaban de las Unidades en las que ya se había personado, siempre eran iguales, sus acciones no eran caprichosas ni abusivas, en el fondo todos admitían que siempre tenían su parte de razón, era duro y no admitía ni toleraba falta ni fallo alguno; y el personal se dolía por no considerar proporcionados los hechos con las consecuencias.

En aquel Regimiento todo era trajinar para poder llegar hasta el último detalle antes del día de autos:

— ¡Mi Coronel! Ya están hechas las muestras de la pintura de la escalera. Cuando quiera podemos verlas. Así comentaba el Mayor en el despacho del Coronel mientras despachaba.

— ¡Pues ahora mismo! ¡En cuanto termine con la firma! Contestó el Coronel.

Al salir, lo hicieron por el despacho del Ayudante, para informarle que dejaba el despacho y marchaba con el Mayor a dar la vuelta por los distintos tajos. En ese momento, y a la vista del "Libro de Servicios" sobre la mesa del Ayudante, el Mayor le informó:

— ¡Por cierto, mi Coronel! Vi la lista de los Servicios de Armas, y pude comprobar, que el día de la visita les toca entrar de Guardia al Teniente Fulano y al Sargento Mengano<sup>(1)</sup>, lo que ya es una garantía.

— No sabe el peso que me quita de encima, pues la Guardia es como la tarjeta de presentación. Si es buena, todo luego resulta más admisible; pero si es mala, ya sobra todo lo demás, siempre será visto con malos ojos. Comentó el Coronel, y siguió diciendo:

---

(1) Los dos eran conocidos en el Regimiento por su competencia, rectitud, energía y potente voz de mando, los Soldados de su Compañía se distinguían por su grado de instrucción, al que ellos contribuían en gran proporción.

— Estas noches, repasando mentalmente el programa, más de una vez hasta me rondó por la cabeza algo que me repugnaba por principio: prescindir del turno de servicios para ese día y nombrar la Guardia "a dedo".

Contestando el Mayor: "¡Pues descanse, mi Coronel! ¡Que tiene esa pega solventada! Como la Tropa será de la Compañía de Destinos, para no entretener ese día ningún hombre de los Batallones; tendrán buena presentación y prestancia, y solamente habrá que desoxidarlos un poco esa misma mañana temprano. ¿Qué le parece, si le mando un recado al Teniente Fulano para que nos espere en el Cuerpo de Guardia y concretamos todo lo que le parezca?".

— ¡Me parece muy bien! Contestó el Coronel, y girando sobre sí mismo, llamó:

— ¡Gastador! ¡Busca al Teniente Fulano y que nos espere a las.... ¿Qué hora tenemos?. Dijo mientras miraba su reloj. "Las doce y media". Se contestó él mismo.

— Pues a la una en el Cuerpo de Guardia!.

De todas las muestras de la escalera, se quedaron, por su luminosidad, con el blanco al temple para los techos y estucado de paredes, y el "gris perla" al aceite para zócalos y arrimaderos; desterrando los ocres y marrones de antes, que so pretexto de ocultar la mugre, toman su color desde el primer día.

A toda la carpintería de puertas y ventanas, se le levantó la pintura con disolventes y candileja, para después de bien lijada, barnizarla al natural con poliéster, barniz cristal muy resistente que apareció en aquellos años.

A las trece y cinco minutos, se reunieron con el Teniente que, mientras les esperaba, ya había pintado con tiza puntos y rayas sobre el suelo, señalando la superficie que ocuparía la Guardia en los distintos posibles puntos de formación; pues no en balde "Radio Macuto" del "Gastador", testigo de la conversación de los dos Jefes, le había puesto al corriente de las intenciones, al comunicarle la orden del Señor Coronel.

Allí, "in situ", se estudiaron todos los pros y los contras de la ubicación de la Guardia formada, llegándose al final a la conclusión de que lo más probable, casi seguro, era que ese día la borrasca continuara, y con ella la lluvia, si no era algo peor; por lo cual y para dejar espacio en el zaguán para que los coches del General y comitiva entraran a cubierto sin agobios, la Guardia formaría más al fondo de donde tenía por costumbre,



concretamente delante del balconcillo del descansillo de la escalinata, alineando los tacones del pie retrasado, en posición de descanso, con el bordillo de la acera, invadiendo una pequeña parte de la calzada al adoptar la posición de firmes, dejando el resto de ella para el libre y holgado tránsito del General y acompañantes, dando con esto Usía por terminado el apartado "Guardia" con una última recomendación: "Recordar que nada de «Cascos de Pega». Los quiero TODOS de acero, el reglamentario de guerra, perfectamente pintados y con el escudo dorado brillante como un sol". Y dijo este "TODOS" con énfasis.

El de la visita salió desapacible y nevisqueando desde antes del amanecer; siguiendo la pauta de días anteriores. El frío intenso, acrecentado por el viento, impedía que rompiera a nevar en serio, limitándose a la caída calmosa y espaciada de estrellitas de "Nieve Tirolesa", que al quedar prendidas en la ropa, mostraban claramente su constitución arborescente.

Las Fuerzas del Regimiento, refugiadas en los porches del patio, esperaron a su amparo hasta el último momento en que los abandonaron para formar en los puntos ya marcados.

El Señor Coronel, se alegró una vez más de la decisión tomada sobre la formación de la Guardia, y aquella mañana, aún la revisó y evolucionó por su frente, cerciorándose de que los espacios eran todos holgadamente suficientes. En vista del viento encañonado que corría por el zaguán entre los dos portones, mandó cerrar la mampara interior, y dejar abiertos únicamente los portillos laterales y peatonales para salir al patio, evitando así la gran corriente de aire helado que lo asemejaba a un "Túnel de Pruebas Aerodinámicas".

Pasarían dos minutos de las doce horas, cuando un grupo de coches formando una columna, enfiló desde la carretera, la rampa que da acceso a la puerta principal. Rompía la marcha el del Coronel Jefe del Estado Mayor de la División, ocupado por dos Tenientes Coroneles y un Comandante del Servicio, componentes del Cuartel General. El Coronel con el Ayudante acompañaban al General en el segundo coche, que lucía sobre la aleta derecha el banderín de su rango; y cerrando la columna el ocupado por el General de la Brigada, su Ayudante y el Jefe de su Estado Mayor.

Llegados al portón, uno detrás de otro, todos se metieron en el zaguán, y al estar ciego sin salida por tener la mampara cerrada por el frío, se quedaron completamente amontonados con sus parachoques pegados, ocupando prácticamente toda la calzada y sin posibilidades de corrección de posiciones.

El Corneta de la Guardia tocó Atención General, el Señor Coronel sorteando los obstáculos se aproximó al coche y abriendo la portezuela, esperó que su Excelencia descendiera del coche para, una vez en tierra, darle novedades El Comandante de la Guardia mandó sobre el hombro, y ordenó al Corneta que rindiera honores. Su Excelencia al aperarse, se adelantó de sus acompañantes, cerrando en demasía sobre la guardia. Cuando el corneta inició la Marcha, correspondió con el saludo y una vez que terminó la última nota adoptó nuevamente la posición de firmes esperando al Oficial. La voz del Teniente sonó potente:

— ¡Descansen! ¡Armas! La Tropa descendió las armas, y manteniendo la Guardia en firmes se adelantó, lo poquísimo que pudo, para darle novedades; al quedar frente a frente, se cuadró para saludar levantando el sable hasta la posición de presenten del primer tiempo, y al hacer el segundo tiempo, cuando bajaba el brazo y sable, con energía y precisión de movimientos reglamentarios, dada la proximidad física de las dos personas, la trayectoria de la hoja en su curva descendente impactó de lleno, aunque afortunadamente de plano, en la cabeza del General, propinándole tamaño sablazo que no fuera raro hubiera seccionado la gorra en dos mitades. El impacto produjo un sonido fuerte aunque sordo y la gorra saltando por los aires fue a caer en "tierra de nadie", justo en medio de las dos personas. Aquel sablazo descargado por un mocetón de uno ochenta de estatura y complexión cuadrada, era capaz de derribar y dejar fuera de combate a un "Hulano" con "Chascás" y todo. Después de unos instantes de desconcierto, el Teniente, solícito, quiso desfacer el entuerto, y raudo y veloz, dando un paso al frente se agachó para recogerla. Pero nuevamente, y esta vez con su cabeza tocada con el casco de guerra, alcanzó a la cabeza desnuda de su Excelencia, en la que ya podía apreciarse una línea cárdena, que aún iniciado el movimiento con anterioridad, al ser más lento y estar algo conmocionado, fue alcanzado plenamente, sonando como un coco al partirse. La figura del General, arrugándose sobre las rodillas, a punto estuvo de rodar sin puntilla, de no ser por el Ayudante que acudió veloz, y lo sostuvo como pudo, semisentado en cuclillas, agarrándolo por las axilas. Llegado en su auxilio el Coronel de Estado Mayor, y mientras lo incorporaban entre los dos, asido por los brazos, con las piernas arrastrando y las manos pendulantes, como una marioneta con los hilos rotos, semiinconsciente y con un hilo de voz apenas perceptible, aún tuvo coraje para decir:

— ¡Te ni en te .....! ¿A qué espera para el descabello?

Y una vez más, aunque no se le viera, el Diablo de las Revistas, hizo acto de presencia.

# los voluntarios

---



*La orden dada con ira, mal humor o  
impaciencia, jamás será comprendida ni  
aceptada.*

*Montier*

Coincidiendo con la transformación de las Agrupaciones de Cazadores de Montaña, en Regimientos de Montaña, llegó destinado a uno de ellos y ocupó la vacante de Ayudante del mismo, un Comandante que muy pronto consiguió, ganado a pulso y por sus propios méritos, el que ninguno de los Oficiales ni Suboficiales de los tres Batallones que lo componían, dos en armas y el tercero en cuadro, pudieran verlo ni en pintura, procurando desenfilarse en cuanto lo veían aparecer.

Lo triste del acontecer era que: el tal Jefe había dado un gran rendimiento durante la Campaña del treinta y seis, de la que había tomado parte como "Alférez Provisional", distinguiéndose en varias ocasiones por su valor y heroico comportamiento; al igual que en la Campaña del Este en la II Guerra Mundial, en la que combatió como Teniente de la "Blau División" de voluntarios españoles contra el comunismo, que encuadró el Ejército Alemán.

Terminadas las campañas, fue llamado a la "Academia de Transformación", saliendo de ella como uno de los "primeracos" de una de las primeras promociones de esta Academia; hechos que figuraban en su "Hoja de Servicios" y que habían trascendido, siendo de pleno conocimiento por toda la Oficialidad, aparte de que era considerado por todos los componentes del Regimiento, como competente y muy enterado de cualquier materia relacionada con la profesión, pero aún así, no había Subalterno que recurriera a él en consulta de una duda, procurando en lo posible, eludir todos su trato.

Le gustaba buscar la falta, y nunca advertía, reprendiendo y corrigiendo siempre a primera instancia. Su trato resultaba desagradable, su eterna posesión de la verdad y su intromisión en todos los "affaires" del Regimiento, sin perder la ocasión de poner en evidencia el fallo o simple desliz de alguien con una expresión mordaz y vejatoria, había conseguido que en el fondo, todos los componentes de la Unidad se la guardara, por si alguna vez, muy difícilmente, casi imposible, pero Dios sabe, pudieran resarcirse.

Estando así el ambiente, surgió una idea de revancha cuando en una tranquila tarde de domingo un grupo de Oficiales del Primer Batallón, escuchaban por la radio los partidos de fútbol, mientras hacían compañía en la Sala de Banderas a un compañero "empaquetado" por el Jefe que nos ocupa. Todos hicieron eco de la filosofía que

encierra aquella frase de RAFAEL GARCIA SERRANO en la "Fiel Infantería" cuando dice: "La venganza es pagana y cruel, pero la revancha es deportiva y cristiana".

No podían fallar, tenían que hacer algo, pero sin faltar a la disciplina, y valiéndose de la cualidad de entrometido que caracterizaba al Comandante, propiciando las cosas para que la manifestara, y cuando lo hiciera, dejarle en una situación que en lo sucesivo le hiciera cambiar de carácter, o por lo menos de la forma de manifestarlo.

Aquella, como una tarde más de cada día, un nutrido y tumultuoso grupo de Oficiales, sudorosos y polvorientos, desembocó con gran jolgorio por la puerta del bar de la Residencia de Oficiales para precipitarse sobre el mostrador, en demanda de que los camareros les despachasen toda clase de bocadillos, cafés con leche y galletas o una ración doble de las variadas tapas calientes que se exhibían bajo las vitrinas de la barra.

Era costumbre arraigada el que por las tardes, a la vuelta de instrucción, se reunieran en el bar para merendar antes de marcharse a sus habitaciones para cambiarse y asearse. Pronto estuvieron todos acomodados en las mesas que contorneaban la, que como todas las tardes, ocupaba el Comandante Ayudante, el cual como de costumbre, saboreaba un "Conde" <sup>(1)</sup> y un café cortado, mientras ojeaba el "ABC". Las conversaciones de los Oficiales eran intrascendentes, mientras trasegaban sus meriendas, hasta que buscando como motivo la anunciada visita del Capitán General, se llevó la conversación al terreno de la instrucción en Orden cerrado, las formaciones en Orden de línea y su paso al Orden de parada. En ese momento hizo su aparición en escena un Teniente rezagado, que con su llegada y al parecer, ingenua pregunta: ¿Cuál es el número de puntos que toca el cornetín de órdenes, para mandar "Sobre el hombro" a una Tropa formada con armas?

Provocó una desproporcionada y acalorada discusión entre las distintas mesas: "Un punto". "Dos puntos, y otro para voz ejecutiva". Recuerda "Pí"; recuerda tú: "Pí, pí. Pí". ¡Fulano! ¿Tú, que dices? Es "Pí" o "Pí, pí".

Las preguntas y los comentarios se cruzaban en todas las direcciones, pero siempre a través de la mesa del Comandante. Cualquiera observador sereno y menos imbuido en su creencia de ser el único en saberlo todo, le hubiera extrañado, no sólo tan rara ignorancia en unos Oficiales cansados de instruir reclutas, sino también el recio volumen del altercado por tan simple motivo, y participación total en cosa tan simple, ni un sólo subalterno dejó de dar su opinión cada vez más absurda, resultando reiterativos y machacones sobre todo en la onomatopeya del "Pí", hasta que ocurrió lo

---

(1) "Conde": Pastel de hojaldre, especialidad de aquella Plaza.

que todos estaban buscando y esperando. Fuerte y enérgica saltó la voz del Comandante: ¡Señores Oficiales! ¡Parece mentira ese desconocimiento! "Pí, pí, pí".

Automáticamente, y como accionados por un resorte, todos los Oficiales se pusieron de pie, y contestaron con la música de la Marcha "Los Voluntarios": "Tarárá, tarará, tarará". "Tarachún, tachún, tachún". "Tachún, tachún, tachún, tachún, chunchun". "Ti, ti, ti"... y dando una vuelta al bar en formación en hilera, salieron por la puerta enfilando el pasillo, por el que siguieron tarareando hasta llegar cada uno a su habitación.

Poco tardó el correspondiente Parte por Escrito en ponerse en circulación, y en él se le imputaba de toda clase de faltas y delitos: "Falta de respeto a superior", "Premeditación", "Actuación en grupo"... un montón de cargos.

Al Señor Coronel no se le había presentado una "Papeleta" tan difícil en toda su vida militar, incluidas las de Trigonometría Esférica, Cálculo de probabilidades, y Teoría de errores, para su Ingreso en la Academia: Tener que tomar una providencia en relación con la conducta de todos los Subalternos de su Regimiento, unos cuarenta Oficiales.

Gracias a Dios, y al sentido común del General Comandante Militar de la Plaza, al que llegó rápidamente la noticia de los hechos, y que los consideró como lo que era, una "chiquillada", se pararon las actuaciones, haciéndole al Coronel los siguientes razonamientos:

— Que se pusieran de acuerdo es difícilmente demostrable, aparte de que: ¿Qué era lo que habían hecho?

— Lo único probado era que: En su rato libre, fuera de todo acto de ordenanza, y estando merendando en el bar de su Residencia, sin que mediara escándalo, ni trascendiera fuera de ella, entonaron una marcha militar. ¿Que figura delictiva era ésa? ¡Ninguna!

Así las cosas, y por orden del General, se convocó una reunión en la Sala de Juntas, que entonces había contigua a la de Banderas, a todos los Subalternos del Regimiento; una vez cerradas las puertas a la entrada de su Excelencia, sus palabras fueron muy claras y tras un "chorreo militar" en que los calificó de groseros y mal educados, por el "corte de manga" tan sonoro que habían ejecutado al Comandante, lo dejó todo en una reprimenda, y la promesa, bajo Palabra de Honor, de no salir de las dependencias militares en el plazo de quince días, arresto moral que consideraba muy merecido. Aquellos Subalternos hoy sesudos Coroneles e incluso Oficiales Generales, aún recordarán tan insólito acontecimiento.

# la patrona

---



*Pulchra es et decora, filia Jerusalem:  
terribilis ut castrorum acies ordinata.*

Corría un año cualquiera de los de finales del primer tercio de este siglo, cuando por no ser ya necesarios, se redujo el número de Batallones de Cazadores que guarnecían el Norte de Africa, trasladando los sobrantes a la Península, y estacionándolos en principio en Madrid y sus Cantones, viéndose por esta circunstancia incrementado en una respetable cuantía, el número de Oficiales que componían la guarnición de la "Villa y Corte".

Esta avalancha de Oficiales sobre Madrid, dio lugar a que proliferaran las "Repúblicas de Subalternos Solteros", colectivos de Oficiales que voluntariamente y de mutuo acuerdo con unas normas o estatutos, se ubicaban en pisos preferentemente grandes de dimensiones y a ser posible amueblados, corriendo con todos los gastos a medias, y atendiendo las faenas con los asistentes de los "republicanos", logrando de este modo un servicio aceptable y sobre todo un ajuste crematístico más al alcance de sus maltrechas economías personales, muchas de ellas cargadas por los descuentos de amortización de los adelantos de Caja, para la adaptación y reposición de equipos y prendas de uniforme de uso reglamentario en su nueva situación y Plaza de destino, al venir vestidos con "rayadillos" y "coloniales".

Todos al principio se alojaron en las "Casas de Huéspedes" y "Patronas", en las que se quedaron atrapados sin posibilidades de cambios ni mejoras, al ir "alcanzados". "Descubiertos" que soportaban las "Patronas" mientras continuaban alojados, pero al menor intento de fuga, amenazaban con la exigencia de su puesta al día, y si no surtían los efectos pretendidos, ejecutaban la consiguiente visita a su Coronel con la exhibición del "pagaré".

Transcurridos unos meses, ya más asentados, y saneadas sus haciendas, podían "redimirse" de sus deudas y con ello mejorar sus condiciones de vida; y así fue como fueron formándose y cambiando de ubicación las "colonias" de Oficiales repatriados, bien en busca de mejores edificios o barrios más acordes con su condición de Oficiales, y sobre todo en la busca de una aproximación o vecindad con los Cuarteles que alojaban las Unidades de sus destinos, haciendo así más fácil la colaboración de los Asistentes, y cómoda la incorporación para toda clase de actos.

Algunas de estas "repúblicas" pudieron empezar a funcionar cuando contaron con un Asistente, que por la razón que fuera sabía cocinar y estaba apoyado por otro, con el



desparpajo necesario, para moverse por el mercado de abastos; pudiendo prescindir de este modo de las patronas, sus "sisas" y tantos por ciento, reduciendo los gastos al alquiler de la vivienda y a la adquisición de los alimentos, materiales para la limpieza y entretenimiento, y el menaje por una sola vez a la puesta en marcha.

Los Ordenanzas corrían con la limpieza y entretenimiento, "comiendo de la perola" y estando "rebajados de rancho" en sus respectivas Compañías, por lo que cobraban el rebaje, disponiendo de este modo de esa pequeña cantidad para su economía personal.

Había un grupo de Oficiales, todos del mismo Batallón de Cazadores, que a la sazón se alojaban en casa de Doña Leonor, situada en la Calle Mayor y muy cerca de la Plaza de San Nicolás. Según decían, era viuda de un componente del Real Cuerpo de Alabarderos, cosa muy posible dado el voluminoso y surtido número de fotografías y cuadros referentes a este ilustre Cuerpo y sus componentes, que pendían de las paredes de la sala y recibidor. Pero lo que era rigurosamente cierto es que la tal Señora, era una dignísima representante de las "reales hembras" del Madrid de entonces: talludita sin llegar a madura, de rostro agraciado y dotada de las oportunas redondeces sin llegar a estar metida en carnes, mostrando al moverse con donaire una figura de muy buen ver. Hacía ya varios años que se enfrentaba con la vida ella sola. Desde su viudez no contaba con amparo alguno, por ello había adoptado, como único medio de autodefensa, un agresivo aire chulesco que sacaba a relucir cuando consideraba llegado el momento, siendo normalmente educada y comedida, dando un trato afectuoso y solícito a todos sus huéspedes.

Llegado el momento de formar una "república", al ser conseguido un piso de alquiler que reuniera las condiciones necesarias y tener asegurados los demás condicionantes, se planteaba la elección del momento de abandono de la Casa de Huéspedes, y para justificar estos traslados ante sus Patronas, se buscaban toda clase de subterfugios y justificaciones, unos ciertos y otras puros pretextos; pero siempre difíciles y sobre todo incómodos de decir, y así le resultó al Teniente Fernández elegido y comisionado para tal misión, como portavoz del grupo de alojados, al ser hombre de recursos, locuaz y dicharachero, con contestaciones rápidas y oportunas para toda clase de preguntas, e imprevisible el que por nada ni nadie se quedara cortado, y con un don de gentes que le permitían moverse en toda clase de auditorios y estratos sociales, y así fue como empezó a decir a Doña Leonor que ponía en su conocimiento que a partir del día primero del mes venidero dejarían su casa para marchar a vivir por su cuenta.

Ante esta inesperada noticia, rápidamente valoró in mente la situación que se le planteaba, pues después de tantos meses con la totalidad de sus huéspedes militares, era

ahora muy difícil el que de la noche a la mañana pudieran acudir paisanos, sobre todo estando como ya estaban, los funcionarios que eran sus preferidos, todos con alojamiento fijo.

Ante esta situación otra se hubiera desmoronado, pero Doña Leonor era mucha Doña Leonor, y metida en combate, en nada tenía que envidiar a las "Hijas de Jerusalén" que cita la Biblia, resultando como ellas "terribilis est cum castrorum acies ordinata"; decidió retener a toda costa los huéspedes en la pensión.

Todo parecía marchar bien para Fernández en el primer asalto, pero pronto empezaron a fallarle los contragolpes, y al tercer asalto, ya estaba arrinconado contra las cuerdas, con la guardia caída y sin saber cómo salir del atolladero. Doña Leonor le estaba sometiendo a un interrogatorio de tercer grado, que no esperaba y para el que no estaba preparado. El desconcierto de Fernández fue aumentando por momentos y las contestaciones de éste, ante tan intenso bombardeo de preguntas, se fueron haciendo cada vez más estúpidas e incoherentes, llegando al final de una de las andanadas a contestar a la pregunta de la enfurecida matrona:

— ¡Si la comida es sana, La habitación buena, las camas limpias y confortables! ¿cuál es pues la razón de la marcha de mi casa?.

— ¡QUE NO HAY PAPEL EN EL RETRETE!

A lo que contestó Doña Leonor con tono, aire y ademanes chulescos, poniendo su mano izquierda en la cadera con el brazo en jarra y los hombros hacia atrás, plantándose flamenca con las piernas separadas y contoneándose, mientras que haciendo girar su brazo derecho, describía un círculo con la mano, dejándola horizontal al frente y con la palma hacia arriba:

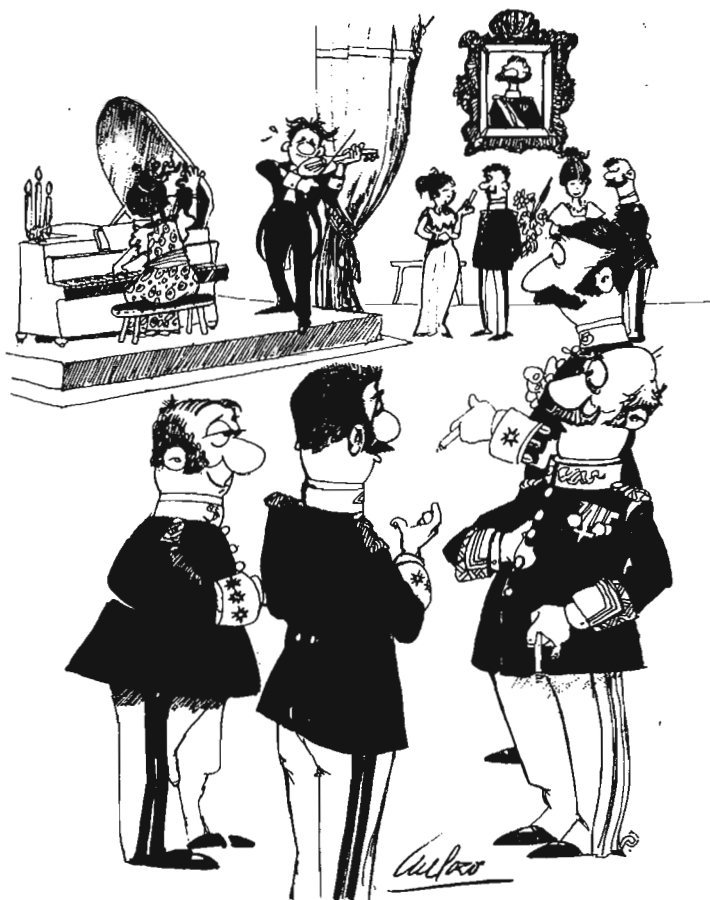
— ¿PERO ES QUE USTEDES NO TIENEN LENGUA?

A lo que el buen Fernández, atolondrado y acorralado, sin saber ni lo que decía, contestó genialmente, lo primero que se le vino a la mente:

— ¡LENGUA, SI! Doña Leonor. ¡PERO CUELLO DE CISNE NO!

# el violinista

---



*El vino y la música alegran el corazón, y  
ambos son amados de la Sabiduría.  
(Eccl. 40. 20)*

En una bonita ciudad que desde siglos se asienta al sol sobre una colina amesetada, prolongación de la ladera del Vértice La Contienda, en el que se arropa y protege de los fríos vientos del Norte. Meseta que se extiende como una lengua, desde la falda de Rapián hasta la Ermita de la Victoria, siendo el parteaguas entre las cuencas del Aragón y su afluente el Gas.

En las fechas que nos ocupan, aún conservaba su recinto murado y en su esquina Noroeste, su pentagonal y espectacular Ciudadela.

Aquella mañana no había salido mala, aunque la noche pasada, dejó el terreno cubierto por copiosa nevada, que uniformó el paisaje, redondeando los relieves y llenando las oquedades, demasiado intensa y poco acostumbrada para ser la primera del año, lo que hacía suponer que el invierno sería riguroso; pero igualmente se podía predecir un alto rendimiento en las cosechas, pues no en balde, decía el refrán popular: "Año de nieves, año de bienes".

Un cielo despejado lucía con un hermoso color azul turquí, mientras que en su limpia atmósfera bailaban, movidos por un fresco vientecillo, infinidad de cristalitos de hielo, lanzando mil reflejos de los rayos de un sol descolorido. Un relajante silencio, motivado por la amortiguación de los sonidos por la nieve, llenaba el ambiente.

Ya al atardecer, y cuando el sol casi se escondía tras las crestas del último horizonte, entre el Monte Pano y el Vértice Cornaraña, un grupo de jinetes, procedentes de Banaguás y Abay, cruzó el puente de San Miguel, descendiendo hacia la margen izquierda del río Aragón, y pasando junto a un pequeño grupo de chopos temblones que se arraigaban junto al camino. Las pocas hojas de plata que el prematuro invierno había dejado, movidas por el vientecillo, se timaban con el sol, queriendo y no queriendo recibir en sus caras las caricias de sus rayos de luz; hasta que algunas con tan continuado movimiento se desprendían, para caer en un lento planeo, quedando tendidas sobre la nieve rompiendo la uniformidad de su blanco manto.

Los cinco jinetes, tras descrestar, hacían camino sobre la nieve virgen, y acercándose por los glaciares al trote largo, recortaron sus siluetas en contraluz. Parecía que trajeran

prisa por llegar, sin duda ante el temor de que con la caída del sol, pudiera formarse hielo en los caminos.

Los centinelas de los baluartes de "Las Españas" y "Santa Bárbara" no tardaron en identificarlos: montando una yegua torda rodada, ojalada, bocinegra y remendada; botinera en pies y manos, colina y de gran alzada, su Excelencia el General Comandante Militar de la Plaza, menudo de estatura y buen jinete, su monta era característica, casi a la vaquera, con los estribos largos calzados a fondo, apoyando el puente o "enfranque" de la bota sobre el "hondo" del estribo, y las piernas estiradas; lo que junto a su predilección de montar siempre con "pantalón seguido" con refuerzos de cuero en los bajos, y espolines de "cuello de cisne" en los tacones, señalaban claramente, hasta al que no lo sabía, que padecía secuelas en una rodilla, fruto de la "Acción del Miravalles" en la última contienda dinástica.

Completaban el colorista grupo de jinetes: el Ayudante, Comandante de Infantería con uniforme de Cazadores, su último destino antes de ser Ayudante, jinete muy compuesto en un bonito bayo. El Jefe del Estado Mayor, zanquilargo y desgarbado, sobre estilizado zaño con lucero y calzado de manos, y dos Ordenanzas tostados y sonrientes montados sobre castaños de buena alzada y mejor andar. A la grupa de todos ellos, podían verse sus prendas de abrigo hebilladas sobre las capoterías y no en su interior, denotando que no hacía mucho que se habían desprendido de ellas, probablemente después de ya estar cabalgando.

Poco tardaron en contornear la fortaleza y en desaparecer de las vistas al enfilear la "caponera", para aparecer al poco tiempo atravesando la "luneta". El retumbar de las pisadas de los cascos sobre el tablonado señaló su paso por el puente levadizo. La voz del Centinela de la puerta, las órdenes del Cabo de Guardia y las novedades del Oficial, se entremezclaron resonando bajo la bóveda del túnel del Cuerpo de Guardia, con las patadas y manotazos contra los adoquines del portón, de los cinco caballos detenidos, que nerviosos tascaban los frenos por la querencia de la ya cercana cuadra. Terminado el ceremonial, la comitiva nuevamente se puso en marcha, pero ahora su trote, y hasta el retrotar de alguno más nervioso, era sordo y apagado por la nieve caída sobre la tierra de la Plaza de Armas. Su Excelencia detuvo la yegua frente al pabellón de San Pedro justo en la puerta de la Comandancia, haciendo lo mismo todos los demás. Los Ordenanzas casi sin parar se tiraron de los caballos. Uno de ellos a la carrera y con las riendas de su caballo enlazadas en la "sangría" del brazo derecho, se acercó al General, y tomando la yegua del diestro, la sostuvo para que pudiera desmontar con más comodidad.

Su Excelencia hizo un comentario cariñoso con el Ordenanza, sobre alguna de las incidencias del recorrido ecuestre, mientras soltaba las riendas sobre el cuello y

descalzaba los estribos. Irguió su figura sobre la silla con las piernas colgantes, los codos atrás y las manos sobre los riñones, y girando la cabeza, conversó con los otros dos jinetes que en idéntica postura, esperaban a que el General descabalgase. Este, de repente, apoyándose con las dos manos sobre el borren trasero, pasó su pierna derecha por encima de la cruz de la cabalgadura y dando la cara hacia afuera, se dejó caer al costado izquierdo de la montura, aguantando la caída, y recibiendo el peso sobre un solo pie, el de la pierna sana, y ya en el suelo, y mientras componía la figura, daba golpes con los pies sobre el suelo helado para desentumecer las piernas.

El Ordenanza soltó las correas del borren trasero, y tomando el capote del General, se lo entregó plegado, quien al recibirlo lo colgó de su antebrazo izquierdo, y dando la mano y las gracias al Ordenanza, lo despidió hasta el día siguiente. Otro tanto hizo el otro Ordenanza con las prendas de abrigo de los dos Jefes; y mientras esto ocurría, los cinco caballos, ya serenado su jadeo, y con la respiración más rítmica, desprendían nubes de vapor, tanto por los ollares como por el resto del cuerpo.

El General, su Jefe de Estado Mayor y el Ayudante, reunidos y charlando, traspusieron el pórtico de la Comandancia. Los Ordenanzas tras recoger los estribos sobre sus acciones, con un manojo de riendas cada uno, volviendo la esquina de la Iglesia de San Pedro, encaminaron sus pasos a las cuadras del Cuartel General para desensillar y limpiar el sudor a los caballos.

Ya en el pabellón de su Excelencia, se acercaron al salón para cumplimentar a las Señoras que estaban reunidas, pues aquel día por ser viernes y ya tenerlo así establecido desde poco después de su llegada a la Ciudad en la Navidad de 1891, recibía Doña Valentina <sup>(1)</sup>. La tal dama, esposa del Comandante Militar, con sus cabellos de un rubio cenizo, seguía manteniendo en su madurez la belleza de mujer nórdica que siempre la caracterizó. Su figura denotaba distinción, igual arrastraba la cola con donaire por los salones, que la recogía, en gesto de pícara coquetería, para salvar un charco o tomar el estribo de la berlina. Generosa y desprendida, de una gran formación religiosa, cualidades que siempre la tenían hipotecada en fundaciones e instituciones de caridad.

Al entrar en el salón, saludaron a cada una de las damas, que sentadas en distintas tertulias, jugaban a las cartas, se mostraban labores, o simplemente charlaban

---

(1) Recibir: Costumbre arraigada en esa época, en algunas pequeñas ciudades provincianas, entre las damas de la pequeña "aristocracia local" compuesta por las esposas de las "Fuerzas Vivas" y alta burguesía de los "Grandes Terratenientes e industriales" y "alto funcionariado". Reuniéndose en cada una de las casas determinados días de la semana, siempre el mismo en cada casa, para merendar, jugar, mostrar labores o simplemente hacer tertulia, rompiendo con ello la monotonía.

animadamente. Sobre una mesa auxiliar, en una esquina, una gran bandeja con asas, y en ella un juego de té, tazas, platillos y cucharillas daban fe de que se había servido una infusión. Al centro de otra mesita, un desordenado montón de servilletas, y en la punta otra bandeja con un pañito de encaje, aún contenía un muestrario de las pastas y dulces que había contenido.

Los caballeros recién llegados, hicieron honor a unas copas de Jerez que les ofreció M.<sup>a</sup> Pilar, jovencita de esbelta y grácil figura, de larga cabellera rubia peinada con tirabuzones, hija mayor de su Excelencia, que atendía solícita a los invitados, recorriendo incansable el salón ofreciendo dulces y golosinas, o refrescos y licores. Transcurridos unos instantes y bajo pretexto de estar húmedos y embarrados, se ausentaron para asearse, y a continuación, reunidos en el despacho del General, ver la correspondencia que había entrado ese día que habían estado ausentes de la Plaza.

Serían las ocho pasadas, cuando se reincorporaron al salón procedentes del despacho, pudiendo apreciar que el ambiente había cambiado. Las jovencitas sentadas al y junto al piano, entonaban canciones, acompañadas y coreadas por un grupito de los últimos Oficiales incorporados a la guarnición, permitiéndose alguno de ellos, sentándose al piano, enseñarlas las últimas tonadillas o cuplés que hacían furor en Madrid. Las señoras, en una única tertulia, hacían comentarios sobre la llegada de la esposa del nuevo Coronel del Regimiento, que según Doña Valentina, había anunciado su visita para ese día.

Don Germán, Canónigo Beneficiado de la Catedral, salió como todas las tardes por la Puerta de la Lonja, una vez terminados los rezos en el coro, y como todas las tardes también cruzó la plaza, sorteando los montones de nieve que se habían formado al limpiar las calles para facilitar su tránsito, para entrar en su casa en donde ya le esperaban los dos muchachitos que todas las tardes al salir de los frailes, se personaban en su casa para que Don Germán hiciera lo imposible por mejorar su nivel, y así pudieran sacar el curso adelante, sobre todo en el Latín, lengua que tenían atragantada. Aquella tarde el repaso fue ligero y las declinaciones cortas, pues por ser viernes, le esperaba la partida de Tresillo en casa del General. Nada más terminar de despedir a los muchachos en la escalera, se fue a su habitación para cambiarse, poniéndose la sotana de "vivos" y botones rojos, la dulleta de invierno, y un manteo de recio paño con las "vistas" de terciopelo granate que guardaba para los días desapacibles como aquél, y uniendo a su indumentaria el sombrero de castor, se echó a la calle para dirigirse a la Ciudadela. Al salir de los porches le azotó una ráfaga de viento, que desde la puesta del sol, se había hecho helador, por lo que cruzándose el manteo, se arrebujó en él, al mismo tiempo que cambiaba el itinerario previsto, decidiendo no meterse por

callejuelas sombrías para evitar resbalones y caídas, al estar ya crujiente la nieve de la calzada. Enfiló por delante del Palacio del Obispo, bajó por la Calle Mayor y salió por el Portal de San Francisco, en lugar de hacerlo por los del Castillo o de San Pedro, por ser aquél más transitado que éstos, y por tanto limpio de nieve, aunque el recorrido fuera más largo y la noche invitara poco a los paseos. Llegado a la Comandancia sin novedad, cuando se estaba desembozando y limpiaba los pies en el quitabarros, hicieron su aparición el nuevo Coronel del Regimiento acompañado de su señora, y tras los saludos y presentaciones de rigor, continuaron juntos su ascensión al pabellón.

Llegados al pabellón y despojados de sus prendas de abrigo, fueron introducidos en el salón donde fueron acogidos con un murmullo y después de cumplimentar a los anfitriones, Doña Valentina se hizo cargo de Doña Felisa, que así se llamaba la esposa del Coronel, y la fue presentando a todas las contertulias.

Don Miguel hizo lo propio con el Coronel, y M<sup>a</sup> Pilar "salió al quite", como dirían los taurinos, llevándose a Don Germán a una mesita del fondo, donde no tardó en servirle el chocolate con picatostes que en sus visitas no podían faltar.

El Coronel de Infantería, que venía de la Corte de presentar sus respetos al Rey, al haberse hecho cargo del mando del Regimiento, aprovechó la circunstancia para de paso recoger a su mujer, e incorporarla a su nuevo destino, dejando a los hijos con los abuelos, hasta la entrada del verano.

Interrogado por el General de cuáles eran las últimas noticias y rumores que corrían por Madrid, y sabedor el Coronel de la vieja amistad que unía a su Excelencia con el Coronel del Arma de Caballería Don Julián de X y X, en la actualidad mandando el Regimiento de Lanceros n.º 5, le narró el último acontecimiento del que había sido protagonista Don Julián, con ocasión de la Parada y Revista presidida por Su Majestad, con motivo de la última "Jura de Bandera" en el Paseo de la Castellana.

Terminada la Revista de las Fuerzas a pie, y cuando se acercaba el Rey para revistar las Tropas a Caballo, cada uno de los Coroneles, de los distintos Regimientos lanzaron al aire sus órdenes: "Regimiento de Húsares de la Princesa n.º 2", ¡prepárense para montar! ¡A caballo! "Regimiento de Húsares de Pavía n.º 4", ¡prepárense...! "Regimiento de Cazadores de Villaviciosa 6.º de Caballería", ¡prepárense...! "Regimiento de Lanceros del Rey n.º 1", ¡prepárense...!; y así todos uno detrás de otro, hasta que llegó a las proximidades del Regimiento de Lanceros n.º 5, así sólo, como suena, sólo n.º 5. Su Coronel, que no era otro que Don Julián, amostazado y



cansado de tanto epíteto, ampuloso y rimbombante y en evitación de que su Regimiento pudiera parecer de hospicianos sin padre reconocido, montando a caballo, se situó frente a sus huestes, con el sable desenvainado y de pie en los estribos, como se manda un Regimiento de Caballería, lanzando un chorro de voz ordenó: ¡Atención! ¡Lanceros de Jesucristo! ¡A caballo! <sup>(1)</sup>.

Todos rieron la anécdota, muy propia de Don Julián, y comentaron el carácter y personalidad de aquel gran Jefe. A continuación, su Excelencia comentó que había recibido notificación de que el próximo día quince se efectuaría el relevo de las Baterías del Grupo Fijo de Jaca, perteneciente al Regimiento de Artillería de Plaza y Posición nº4 de Pamplona, y que estaban a cargo de las Piezas Artilleras de la Ciudadela, Fuerte de Rapián y Fuerte de Col de Ladrones, por lo que ese día estarían en la Plaza, además de los Oficiales de esas Baterías, los Gobernadores de dichos Fuertes, Comandante y Capitán respectivamente. Decidiendo a continuación y sin más tardanza, formar los grupos y sentarse para jugar las partidas de tresillo.

La dura climatología de la zona, impedía normalmente el poder realizar actos públicos, por lo que cuando se celebraba alguno, el pueblo entero se volcaba. Aquella Ciudad vibraba con los acontecimientos y actos militares. La monotonía de la vida casera en el invierno sin posibilidad de salir a expansionarse, dadas las bajas temperaturas reinantes en la calle, hacían que todos los pretextos fueran buenos para realizar actos sociales o reuniones.

Poco rato llevaban jugando los caballeros, cuando un grupo de señoras entre las que se encontraba Doña Valentina, se acercaron a las mesas de estos, con una propuesta que, desde que llegó a sus conocimientos la reunión de los Oficiales de Artillería para el día 15, ya habían madurado.

La noche de ese día, Marianito Fulánez, el hijo de Doña Marta, que ese día ya estaría de vacaciones, daría un concierto de violín, acompañado al piano por Doña Orosia, virtuosa de ese instrumento y que ya había sido su profesora en los primeros encuentros de Marianito con el solfeo. Concierto al que se invitaría a todos los jóvenes y damitas de la Ciudad y a los Oficiales de la Guarnición con sus esposas los casados. Buscando como motivo, darles la bienvenida al nuevo Coronel y Señora, a los jóvenes Oficiales recientemente incorporados procedentes de la Academia y a los nuevos Artilleros; terminando la reunión con un baile de sociedad con cotillón. Todo lo pergeñaron tan

---

(1) Este incidente, ya lo cuenta, en una de sus anécdotas, el genial costumbrista militar Excmo. Sr. Don Luis Bermúdez de Castro.

meticulosamente, que a los caballeros no les quedó más opción que sumarse al entusiasmo de las damas.

El acto se realizaría en los salones del Casino a propuesta de Doña Patrocinio, esposa del Presidente del mismo. Con este motivo, ya tenían un pretexto para seguir reuniéndose para hacer los preparativos.

En aquellos años, Euterpe, la musa de la música, descendió del Parnaso, y volcó sus veleidades hacia dos artistas navarros; el tenor roncalés Julián Gayarre, y el violinista pamplonés Pablo Sarasate; llegando los dos a la cúspide de la fama por sus éxitos en todo el mundo <sup>(2)</sup>.

Leí en una pequeña biografía publicada en un periódico de la época, que en cierta ocasión y con motivo de un recital que Don Pablo daba en el Teatro de la Opera de París, estando interpretando su famoso "Zapateado", le saltó una cuerda y Sarasate sin inmutarse, en medio de un silencio expectante de todo el teatro, arrancó del clavijero los restos que le quedaban, y como si nada hubiera ocurrido terminó la partitura con sólo tres cuerdas en el violín, demostrando su virtuosismo y el dominio que tenía del instrumento; arrancando con ello al final la ovación más delirante que se haya dado. <sup>(3)</sup>.

Esta, y multitud más de anécdotas como ella, fueron las que pusieron de moda la música y este instrumento en concreto, haciendo que aumentaran en gran número los jóvenes de ambos sexos que quisieran iniciarse en el estudio del violín, y un gran número de madres, las que quisieran que sus pequeños vástagos se iniciaran en tan distinguido arte.

Esta fue la razón que impulsó a Doña Marta para mandar a su hijo al Conservatorio, y aunque muy bien pudo cursar sus estudios de música en el de Zaragoza, que tenía carácter de superior, por especial capricho de Marianito, y muy a contrapelo de su progenitor, fue matriculado en el de Madrid. Con la asistencia al Conservatorio, muy pronto conoció el "Mundillo Bohemio" de Madrid y sus "Tertulias" en un café de la Puerta del Sol; permutando con esta asiduidad a las tertulias la asistencia a las clases, aprendiendo en ese trimestre gran número de cosas pero poco violín.

Llegado el día del concierto, pareció como si él también quisiera sumarse a la celebración, amaneciendo con un sol hermoso y radiante que mantuvo despejado el

---

(2) Pablo Sarasate 1844 - 1908.- Julián Gayarre 1844 - 1890.

(3) No sé si el autor de la biografía quiso expresar simplemente, que le consideraba capaz de hacer posible lo imposible, o en realidad narraba un hecho cierto y ocurrido al violinista.

cielo durante toda la jornada; pero esto mismo motivó el que a la puesta de sol, un frío seco arreciase en medio de una gran calma.

El salón del Casino, que estaba engalanado, ostentaba además de un cuadro de sus Majestades orlado de Banderas, algunos atributos que hacían referencia a las Armas de Infantería y Artillería. En una esquina del salón un estrado, en donde otras veces, y después, se pondría la música, estaba colocado un gran piano de cola de brillante y negra madera.

Aunque la iniciación del acto estaba programada para las 7, desde bastante antes, la sala de lectura y la de juegos se fueron animando con la llegada del público. A las siete menos unos minutos se paraba frente a la puerta la negra berlina del General, y de ella descendieron, primero Su Excelencia mientras el Lancero de la Escolta, que había saltado del pescante, sostenía la portezuela. Una vez en el suelo, se acomodó la capa sobre sus hombros, permitiendo que con sus movimientos, en algún momento pudiera verse por entre las solapas de su negra levita y sobre el chaleco, el fajín de seda grana con el entorchado de oro que en su frente lucía a modo de hebilla; y aún con el sombrero en la mano izquierda, tendió la derecha a su esposa para ayudarla a descender. Juntos los dos se fueron hacia el zaguán, encontrándose en él con el Alcalde y Señora, que llegaban en ese momento, saludando todos ellos al Presidente del Casino y Señora que los esperaban en la puerta del salón. Con la llegada de estos matrimonios y los saludos correspondientes, el público que aún no lo estaba, se acomodó y a los pocos minutos comenzaba el concierto.

La actuación de Marianito no fue muy afortunada, su total falta de medida y de ritmo se hacía notar, aparte de que de cuando en cuando, alguna nota se resistía a sonar, o por el contrario sonaba intempestiva la que se le escapaba. Doña Orosia, con mucho oficio y habilidad, más que acompañar le seguía, o mejor dicho aún, "perseguía" por lo difícil que le resultaba.

Terminada la actuación de los "artistas", el público aplaudió con generosidad, sin pararse a valorar la ortodoxia de la interpretación dada a las partituras, y sobre todo deseosos, como todos estaban, que se iniciara el baile. Sólo unos pocos de los oyentes, entre ellos Don Germán, el Canónigo, técnico en la materia, y el Músico Mayor del Regimiento, comentaron con el General, sin que trascendiera de su pequeño círculo de melómanos, el lamentable bodrio que acababan de escuchar.

Así estaban las cosas, cuando Doña Marta, la mamá de Marianito, se unió al trío de melómanos y llena de euforia y satisfacción de madre, interpeló al General: "¿Qué le pareció Marianito?."

Los otros dos contertulios, se miraron mutuamente, y miraron al General, en espera de cuál sería la contestación y forma de salir de tan embarazosa situación. Cuando el General serenamente y con cierto gracejo, le contestó:

— Me recuerda muchísimo a CHOPIN <sup>(4)</sup>.

Dando con ello pie al siguiente diálogo entre los dos:

—"Qué cosas tiene, mi General. Usted, Don Miguel, como siempre tan bromista. Cualquiera que le oyera, y no supiera de sus aptitudes, arte y gran cultura musical, se pensaría que era un total desconocedor de todo cuanto suponga música y sus intérpretes.

¡Sabe de sobra que Chopin NO ERA VIOLINISTA!

— ¿Y ES QUE MARIANITO SI?

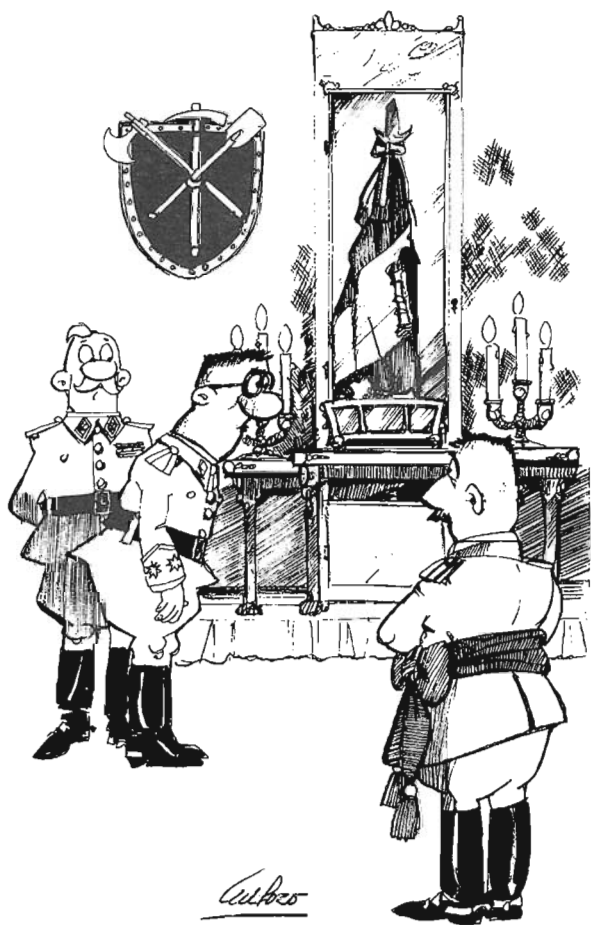
Contestó su Excelencia.

---

(4) Pianista polaco nacido en Varsovia en 1810 y muerto en 1849.

# las cenizas del héroe

---



*Las tumbas de los que mueren dando ejemplo, no son tumbas, son un templo.*

Recuerdo, por la gran impresión y profundo impacto que me produjo, que en la SALA DE BANDERAS del REGIMIENTO de CAZADORES, en que presté mis primeros servicios como Teniente al salir de la Academia, se encontraba una verdadera obra de arte esculpida en alabastro, consistente en una primorosa arqueta de unos veinticuatro centímetros de frente, por doce de fondo, y unos ocho de altura.

Se apoyaba en cuatro patas, simulando unas garras de león o animal quimérico, magníficas en la minuciosidad del labrado, digno del mejor de los miniaturistas; apreciándose con todo detalle: tendones, venas, uñas, etc.

La paredes laterales, no las recuerdo, pero me figuro que serían equiparables en calidad a las patas y a la exquisitez de la tapa, en que como motivo principal, podía verse a pleno bulto, un león macho, sereno en su reposo, tendido con la cabeza erguida, en postura vigilante. Bajo su garra derecha, tenía amontonadas un racimo de banderas napoleónicas arrebatadas de un zarpazo, y con su izquierda soportaba, sobre unas rocas, una cartela en que en efusiva leyenda se expresaba, que en su interior estaban contenidas una porción de las cenizas del heroico Teniente de Infantería DON JACINTO RUIZ MENDOZA, ínclito patricio del 2 de mayo de 1808.

En las frías noches de aquella ciudad altoaragonesa, fueron muchas las guardias en que pasé las horas monótonas de la noche, deleitándome con la contemplación de la filigrana de aquella caja, que en nada tenía que envidiar a los fantásticos trabajos indios.

Con el tiempo, y ya en los empleos de Comandante y Teniente Coronel, estando en otro Regimiento, también de Cazadores, pude contemplar en lugar preeminente de la Sala de Banderas otra arqueta, conteniendo igualmente una porción de las cenizas del sin par Teniente Ruiz Mendoza. De similar volumen y de parecida traza, si no idéntica. Pero este ejemplar en magnífica talla de madera de nogal y con rasgados ventanales laterales, provistos de vidrios biselados por los que en ésta, podían verse perfectamente, unos polvos o cenizas acompañados de otras partículas, las más grandes del tamaño de un garbazo, de hueso o materia similar, difícilmente identificables en su uniforme color gris.

En todas las vísperas de visitas o grandes acontecimientos, recuerdo a la Sra. Pascuala (Sra. encargada de la limpieza del Edificio Noble de la Unidad, y con más años de servicio en ella que ninguno de los destinados), con qué respeto, yo casi diría que con veneración y verdadero ritual litúrgico de culto a los héroes de la Patria; limpiaba y pulía la rica talla de su madera y los transparentes vidrios.

El conocimiento de estos dos casos concretos, de la existencia, por haberlas visto, de arquetas conteniendo restos del Teniente Ruiz, y el haber leído en cierta ocasión, que con motivo de la exhumación de su cadáver, para ser trasladado con todos los honores en solemne procesión cívica, al monumento erigido en Madrid en honor de los héroes del Dos de Mayo <sup>(1)</sup> se repartieron porciones de los mismos, no sé si a todas las Unidades de Infantería, o solamente a unas cuantas por alguna circunstancia especial, o simplemente por que al enterarse de tal posibilidad, las solicitaron.

También ignoro, si se hizo cosa similar con las cenizas de otros "héroes desconocidos", pero lo que sí sé, y quiero contar, es una posible anécdota, que en ningún momento quiere ser "irreverente" ni "blasfema" al culto de la Patria y de sus Héroes; sino simplemente eso, una anécdota más. El último "Chascarrillo Militar".

Me contaron hace algún tiempo, una anécdota, con tal riqueza de detalles en la descripción, que automáticamente, la asociaron a mis recuerdos, y por ello, si no la queremos tomar por cierto, por lo menos tendremos que tomarla con toda clase de consideraciones, como posiblemente cierta:

Había en un Regimiento, y en su Sala de Banderas, una especie de Altar a la Patria. En donde, junto con la vitrina que contenía la Bandera, figuraban unos candelabros y una arqueta similar en formato y decoración, a la últimamente descrita; pero ésta confeccionada en plata repujada y cristal. Perfectamente clausurada y sin posibilidad de apertura como las anteriores, conteniendo unas cenizas, ignoro si de un héroe o del solar calcinado de una ciudad mártir.

Lo cierto es, que por razones del rico material con que estaba confeccionada, periódicamente había que limpiarla para quitarle el feo tono negruzco de la plata oxidada, trabajo que como es lógico, quedaba bajo el control del Subayudante.

---

(1) El monumento está situado en la Plaza de la Lealtad. Fue inaugurado durante el reinado de Isabel II, el 2 de mayo de 1840, con el traslado de los restos de los Capitanes Daoíz y Velarde. En 1909 con gran solemnidad, también fueron depositados en este lugar los restos del Teniente Ruiz, que hasta estas fechas, habían reposado en la ciudad de Trujillo.

El Capitán General, anunció su asistencia para presidir la Toma de Posesión del nuevo Coronel destinado a mandar el Regimiento. Lo que motivó que el Teniente Coronel Mayor, que interinamente mandaba el mismo, se esmerara aún más en la brillante presentación de la Unidad.

En quince días se remozó por completo todo el acuartelamiento, y en las vísperas se ejecutaron los últimos detalles. El Subayudante, como otras veces, encargó al Maestro de Banda, asiduo colaborador en las limpiezas, ducho en la limpieza de metales, se ocupara de abrillantar arqueta y candelabros. El Brigada, tomando a uno de los más espabilados cornetas, le explicó de qué se trataba, y dejó en sus manos la libre ejecución de la tarea.

El Corneta se programó perfectamente el trabajo, y primeramente embadurnó de sidol todas las piezas para que fuera haciendo efecto el líquido, y a continuación se dedicó a la sacada de brillo. Rápidamente terminó con los candelabros, que quedaron de exposición; y después con calma y más esmero se dedicó a la arqueta con el ánimo de un completo lucimiento.

Frotó, frotó y frotó, hasta dejar la plata deslumbrante y para final se dedicó a la limpieza de los cristales, y esto ya no resultó tan fácil, al carecer de algún líquido especial para estos menesteres, contando únicamente con el socorrido papel de periódico, su aliento y sus puños.

Mucho le iba costando, pero poco a poco estaba saliendo adelante con su trabajo, cuando el "Diablo de las Revistas" <sup>(2)</sup> quiso que en uno de los frotones, saltara por los aires uno de los cristales, y por el hueco se vaciara el contenido de la arqueta. Solícito, recuperó lo que pudo, pero fue muy poco; más que nada al estar ya vencida la tarde, y no verse gran cosa en el patio en que estaba trabajando.

Ante tan peliaguda situación, y no viendo otra alternativa, decidió ir rápidamente a la parte posterior de la cocina, donde los rancheros solían tirar las cenizas de la limpieza de los fogones hasta que el carro de la basura pasaba por las mañanas retirándolas.

Llegado al lugar, y ya más que viendo, palpando, recogió un puñado del montón, lo

---

(2) Diablo de las Revistas: El gran costumbrista militar, Excmo. Sr. D. Luis Bermúdez de Castro, habla muchas veces de este maléfico personaje, capaz de ocasionar los mayores desastres en décimas de segundo, y siempre ante grandes autoridades.



precipitó dentro de la arqueta, y colocando el cristal en su alveolo, regresó rápidamente a la Sala de Banderas, dejó la reluciente arqueta en su repisa entre los dos candelabros, miró el conjunto desde lejos con todas las luces dadas, apagó, cerró la puerta y buscó al Brigada; le dio conocimiento de la faena terminada, y marchó a continuación a la Compañía veloz y satisfecho de la solución tomada. ¡Nadie se apercibiría de lo ocurrido!

Llegó el día, se celebró el Acto en el Patio de Armas, y en "Banderas" con toda la oficialidad y suboficiales del cuerpo reunidos: las palabras de presentación y salutación del nuevo Coronel.

A continuación, y mientras se servían unos canapés y unas copas; el Teniente Coronel Mayor, como siempre, y una vez más, fue haciendo referencia a todas y cada una de las obras que adornaban la solemne "Sala de Banderas", y describiendo el "Altar de la Patria", al llegar a la argénteo caja, dijo mientras la tomaba en sus manos para mostrarla:

— Esta rica arqueta contiene las cenizas de un héroe. Entre sus restos pueden apreciarse: trozos de sus huesos y ...

Un silencio se apoderó del ambiente, mientras el Teniente Coronel, atónito y sorprendido por lo inaudito y hasta entonces por él nunca visto, acercándose la arqueta hasta que la gruesa montura de concha de sus gafas chocó con el cristal de la ventana, no rompió el silencio. Escapándosele en voz alta el pensamiento:

— ¡¡¡Las cáscaras de los huevos!!!

# despedida

---

*Recordar es la única manera de  
detener el tiempo.*

*Jaroslav Seifert.*

Y ahora al volver la última página, que no quede sólo en ti el recuerdo de "Las batallitas de un viejo Coronel obsoleto", sino el respeto y tu cariño por unos hombre que....



*Los demandó el honor y obedecieron.  
Los requirió el deber, y lo acataron;  
con su sangre la empresa rubricaron;  
con su esfuerzo, la Patria redimieron.*

*Fueron grandes y fuertes, porque fueron  
fieles al juramento que empeñaron;  
por eso, como púgiles lucharon;  
por eso, como mártires murieron.*

*Inmolarse por Dios, fue su destino;  
salvar a España, su pasión entera;  
servir en el Ejército, su vocación y sino.*

*No supieron querer otra Bandera,  
no supieron andar otro camino,  
no supieron morir de otra manera.*

